

LA CRUZ DEL SUR

CIENCIA - FILOSOFÍA - TRADICIONALISMO

AÑO I.

MAYO 1913

N.º 1.

DIRECTOR: ANGEL CLARA

"La Cruz del Sur"

Si al siglo diecinueve se le ha podido considerar como el siglo de la ciencia, al siglo veinte habría que llamarle el siglo de la filosofía. Empero, bien sabemos que tales términos muy poco favorecen la exacta enunciación de nuestro pensamiento; no, indudablemente, por carencia expresiva, sino por la limitación que les han impuesto un uso o empleo muchas veces exclusivista y siempre arbitrario.

La centuria pasada ha sido, en realidad, de intensa especialización, de labor diferenciada y analítica, de criticismo; pero todo esto circunscripto siempre al marco bien definido de cada ramo de los conocimientos humanos. La suprema síntesis no fué hecha, y a ella solo le cabría el nombre de ciencia, porque ella sola será el verdadero y perfecto *conocimiento*.

No es que no se haya pretendido formularla. Por el contrario, las tentativas han sido múltiples, tantas como subdivisiones tiene la filosofía y en ello estriba el capital defecto de cada una y de todas las síntesis imaginadas. Siempre han tenido como base, los datos suministrados por tal o cual ciencia particular. En el mejor de los casos, algún cerebro privilegiadamente enciclopédico ha esbozado un sistema más completo fundándose en los conceptos sobresalientes (hechos, leyes, axiomas), de las ciencias físico-naturales, de la astronomía y de las matemáticas. Pero utilizar otras fuentes, usar de otros procedimientos que los netamente positivistas, fuera poco serio y por

6105
0000
V.I
10 17
1012

LA CRUZ DEL SUR

REVISTA MENSUAL

CONDICIONES DE SUBSCRIPCIÓN

REPÚBLICA ARGENTINA.—CAPITAL E INTERIOR

Semestre.....	\$ m _n	3.50
Año	" "	7.—
Número suelto.....	" "	1.—

PAÍSES DE LA UNIÓN POSTAL

Año	Pesos oro	4.—
Número suelto	" "	0.50

PAGOS POR ADELANTADO

Correspondencia y giros a nombre de la **Dirección.**

BUENOS AIRES



SUMARIO

<i>La Cruz del Sur</i>	LA DIRECCIÓN.
<i>Un poco de alquimia</i>	MARIO ROZO DE LUNA.
<i>Por nuestras alas</i>	SALVADOR M. ^a BOUCAU.
<i>Las investigaciones sobre los sueños</i>	HORACIO DAMIANOVICH.
<i>Despertar de sombras</i>	FEDERICO W. GÁNDARA.
<i>Rehabilitación de las concep- ciones antiguas</i>	PIERRE PIOBB.
<i>El misterio de la flor del Loto.</i>	MAURICIO MAETERLINK.
<i>Lo que han hecho de la iglesia.</i>	E. GÓMEZ CARRILLO.
<i>Ciencia</i>	HIPÓLITO GIRGEOIS.

ello no pudo intentarse y no se intentó por nadie que mereciera del consenso universal el tan halagador calificativo de hombre de ciencia.

Entre las omisiones más notables de las síntesis que nos legara el siglo de las luces, podemos enunciar algunas, sin entrar mayormente a su estudio. En primer término se ha olvidado deliberadamente a lo que podríamos llamar doctrina del pasado. Nada de lo viejo, podía merecer confianza a la razón apenas libertada de la tiranía del dogma. Miróse lógicamente lo antiguo a través del cuerpo de doctrina que más lo encerraba, o sea el pensamiento religioso sancionado por los concilios y mantenido tenazmente por la iglesia. Con juvenil audacia, se pensó reconstruir el mundo con materiales nuevos que no hubieran servido para ninguna de las fundaciones pretéritas basadas sobre la opresión política y la superchería religiosa. Así, ni el helenismo entró por nada en las nuevas teorías. Esa culminación tan alta del mundo antiguo, síntesis de una evolución que remataba en un punto jamás después alcanzado, por que logró la armonía y el equilibrio más perfecto que registra la historia, fué desdeñosamente relegado con sus dioses, sus héroes, sus filósofos, sus artistas. La estética, la belleza, eran simples contingencias, sentimientos, nada real, positivo, concreto, que pudiera ser fatalmente necesario a una nueva concepción del mundo. Así también se consideraron las matemáticas trascendentales de Pitágoras, porque a los números no se les concibe fuera de su mediata aplicación a las urgencias de la vida, y esa maravillosa y tan acabada obra de Platón y sus discípulos, ¿qué podía significar sino la embriaguez del idealismo inocuo en que inutilizara todos sus esfuerzos una humanidad que acababa de nacer a la inteligencia?

Sin embargo debió predominar de todo algo muy esencial: la Grecia había obtenido una gracia suprema: había conquistado el equilibrio en una magna síntesis político-religioso-social

que informaba desde el más grande hasta el más pequeño detalle de su vida, y si los modernos querían alcanzar ese mismo objeto ¿no podrían encontrar algunas enseñanzas en esa ciencia griega que fundara las brillantes repúblicas de la Hélada?

* * *

Como la antigua sabiduría de los Griegos, fué también despreciada la de los indos, de los egipcios, de los árabes, de la Edad Media. Ni el renacimiento fué tenido en cuenta. Cuando sus pensamientos les recordaban alguna antigua tradición iniciática, donde fácilmente se hubiera alcanzado el sentido profundamente sabio, los nuevos creadores la citaban a título de poética leyenda que inpensada e inconscientemente afirmaba verdades cuyo valor jamás conocieran los contemporáneos del poeta ni aún este mismo. Ese don de hablar inpensadamente y con tanta sabiduría, preciso es reconocer que debió ser privilegio exclusivo de aquellos hombres, porque hoy los ignorantes sólo dicen sandeces, y en verso más aun. Esta contradicción pudo resultar un interrogante para gentes menos prevenidas; pero fuera de la iglesia suele sobrevenir lo que no sucede en ella: el milagro.

Como la antigua sabiduría, como la tradición del pasado, la religión no ha tenido papel ninguno que desempeñar en las síntesis del siglo diecinueve. Ya los estudios de mitología comparada habían insinuado las concomitancias de las distintas creencias y la relación que guardan entre sí aun cuando las separen los mares más anchos y los caracteres étnicos más opuestos. Nada significaba todo ello. Tampoco tenían valor las interpretaciones científicas de los documentos sagrados porque eran a todas luces capciosas. Nadie nombró los libros indios que enseñan una cosmogonía absolutamente idéntica a la de Laplace, como tampoco ninguno se acordó de aquel Fabre D'Olivet, tan perseguido que tradujo el Génesis del hebreo según sus tres claves, mostrándonos una teoría de la evolución que sustentaría sin vacilar el positivista más severo, más excéptico. Todo,

todo eso, pertenecía al pasado y olía lamentablemente a podrido. La higiene moderna impide desenterrar cadáveres:

«Deja al pasado sepultar sus muertos.»

* * *

¿Y lo nuevo? El mundo parecía renacer en una suerte de manifestaciones hasta entonces desconocidas para la ciencia oficial. La psicología se encontraba turbada ante ciertas anomalías de frecuente repetición y ensayaba su estudio entre mil vacilaciones y tanteos preliminares. El sonambulismo, la sugestión, la vista a distancia, las premoniciones, la exteriorización de la sensibilidad...

El magnetismo animal había sido rechazado como un absurdo por la Academia de Medicina de París, de igual modo que los sabios de Salamanca negaron a Colón la redondez de la tierra. Y he ahí que se veía obligada a admitirla ahora con la única modificación del nombre, convertido en hipnotismo. Los viajeros empezaron a hablar de los fakires y los yoguis. Algunos seres extraordinarios aparecieron en Europa y América. Las sesiones espiritistas se vieron frecuentadas por las más aitas personalidades y discutíanse ardientemente las atrevidas especulaciones del nuevo credo que nacía hablando de un más allá y de segundas vidas inconcebibles para la iluminada razón de los hijos del siglo. Hiciéronse experimentos, sometióronse a condiciones especiales a seres que se denominaban mediums y arrancaban secretos de ultratumba; creáronse corporaciones de excépticos para vigilar a los creyentes, otorgáronse premios, se entablaron juicios, se gastaron ingentes sumas de energía y de dinero, se creyó, se dudó, se volvió a creer y se volvió a dudar. La duda siguió, sigue y seguirá por mucho tiempo, pero de este interesante problema, ni una palabra mencionan las síntesis del siglo pasado, como si la duda no tuviera inalienables derechos a sugerir pensamientos y a figurar para algo donde la afirmación o la negación pueden decidir por entero sobre la verdad o el error de un sistema cualquiera.

¿Qué relativo valor no merecen, pues, los trabajos de síntesis del siglo diecinueve? ¿Hay alguno que haya tenido presente todos los puntos que se han enumerado y los infinitos y no menos considerables que dejamos de señalar? Entre los trabajos de los hombres de ciencia, no figura uno solo que reúna todas las condiciones exigidas; pero hubo un ser contradictorio y múltiple, lleno de fuego y de pasión, de ciencia y de misticismo, de espíritu religioso y de reivindicaciones liberales que intentó el esfuerzo y produjo una obra admirable y profunda, elocuente y sabia pero desordenada hasta lo inconcebible. Ese ser fué H. P. Blavatzky.

* * *

Nos apartaríamos de nuestro objeto si hiciéramos ahora, algo más que mencionar el nombre de la célebre escritora rusa. Ya tendremos tiempo de examinarla cuidadosamente a ella y su obra, indicando la influencia que ha tenido sobre la mentalidad contemporánea y hasta qué punto se han seguido o desvirtuado sus doctrinas. Como quiera que consideremos su obra de capital importancia, no está aún realizada, vivida y al hablar del siglo veinte como el siglo de la síntesis o de la verdadera *filosofía* o *ciencia* única, nos referimos en conjunto a su tendencia activa a la vida que ha de desarrollar como época histórica. En este concepto es también que hemos designado al siglo diecinueve con el nombre de siglo científico.

Nótase, efectivamente, desde los comienzos del siglo actual, como si por momentos hubiera de producirse un gran advenimiento. Al desconcierto imperante en ciencia, en filosofía, en religión, en política, ha sucedido la calma y el apaciguamiento. Obsérvase un acercamiento entre todas las tendencias, y una tolerancia incomprensible hace apenas diez años ha sucedido a las pasadas intransigencias. Vivimos como si nos asistiera la esperanza de que un próximo mañana nos ha de ver unidos en una aspiración común, en un esfuerzo definido hacia algo visiblemente armónico, que entonces nos aparecerá como único y

deseable punto de convergencia para nuestros afanosos y sinceros deseos de perfeccionamiento.

¿No serán estos los síntomas de esta síntesis a que nos creemos próximos? Alternativamente hemos visto predominar una u otra de las dos grandes tendencias del espíritu humano: la materialista o la idealista. Pero el siglo actual se ha iniciado bajo auspicios totalmente nuevos.

Las fuerzas son iguales de una y otra parte, y en vez de desgastarse en una lucha sin cuartel, se acercan por mutuas concesiones. A cada instante vemos a la ciencia, hasta ayer encastillada en sus métodos, romper las ligaduras positivistas que oprimían su desarrollo y lanzarse francamente hacia las alturas trascendentales de una nueva y amplia metafísica. Los grandes dogmas de la ciencia, no han resistido a una sutil y sincera introspección que señaló su delesnable consistencia y la misma perennidad de las leyes naturales ha sido objeto de un examen crítico por parte de los más conspicuos representantes científicos, hasta reducirse a su exacto valor como expresión de un momento en la incalculable vida del universo.

* * *

Todo cabe hoy en el vasto plan que servirá de guía al siglo para sintetizar la obra del espíritu humano. No hay actividad alguna que no contribuya a la obra eficazmente, que no halle de antemano un espacio que ocupar, que le está destinado y que deberá llenar sólo ella y nada más que ella. No se conciben las exclusiones, y cada nueva idea que aparece, es saludada como un descubrimiento, como una adquisición de riqueza digna de acreditarse en el haber de la ciencia. Se ha reabierto el proceso del pasado y hay una verdadera emulación por desentrañar el secreto que encierran las tumbas y los monumentos del tiempo pretérito. Cesa la leyenda de ser un asunto poético y se busca en el sentido oculto del mito la ley cosmogónica o psicológica fruto de la pasada experiencia que culminara en las históricas civilizaciones de uno y otro mundo.

Así, sin predilecciones, sin exclusivismos, sin dogmas, en un amplio espíritu de libertad, se inicia la misión del siglo veinte y se define claramente su objeto inmediato. Comulgar con ese espíritu, es ajustarse a la lógica de los tiempos y ayudar a que se cumpla sin tropiezos la ley natural que nos encamina hacia el constante perfeccionamiento de la especie, lanzada vigorosamente a la conquista de su plenitud por el armónico juego de todos sus resortes y potencialidades.

* * *

Y fiel reflejo de ese espíritu será LA CRUZ DEL SUR.

LA DIRECCIÓN.

Un poco de Alquimia

En la riquísima colección de manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid, bajo el número 26 del índice y la signatura «N. M., N.º 3125» aparecen ciertos curiosos documentos ocultistas catalogados en esta forma: «Alderete y Soto (Luis)—Explicación de las profecías de San Malaquías, de acuerdo con las de San Vicente Ferrer, sobre la sucesión de los reyes de España (basadas en las famosas conjunciones de Saturno y Júpiter)—Filosofía Cristiana y Medicina Universal, con las objeciones y respuestas del *Agua de la Vida*—Defensa de la Astrología y Conjeturas de la secta mahometana»—sumando, entre impresos y manuscritos, unos 327 folios, de muy buena caligrafía estos últimos. Alderete fué alguacil mayor de la Santa Inquisición de Granada en las postrimerías del siglo XVII y tuvo, por tanto, excelentes ocasiones para informarse por sí propio de más de un famoso detalle de hechicería y de magia con motivo de los procesos allí seguidos contra buenos, malos y medianos ocultistas. Algo parecido a lo que le ocurriera por las mismas fechas al sabio inquisidor de Llerena, mi paisano Juan de Rieros Sorapán, autor de la curiosísima «Medicina en proverbios vulgares de nuestra lengua.»

Alderete, con una ingenuidad verdaderamente seráfica, á pesar de que aseguraba haber obtenido una «Medicina Universal» o «Elixir de Vida», deja traslucir al final de su libro su completo fracaso en cuanto a la «Piedra Filosofal», que sólo puede obtenerse en la *Retorta* interior de nuestro *Ego*, al ca-

ler del «último fuego», del «Amor de los amores» o sea la pasión mística, cuando, como dice la incomparable obra «Luz en el Sendero» se cumple aquello de que «antes que los ojos puedan ver, deben ser incapaces de llorar; antes de que el oído pueda oír tiene que haber perdido su sensibilidad; antes de que la voz pueda hablar en presencia de los Maestros debe haber perdido la posibilidad de herir, . . . antes, en fin, de que el alma pueda erguirse en presencia de Ellos es indispensable que los pies se hayan lavado en la sangre del corazón.»

La «Filosofía Cristiana y Medicina Universal», con las objeciones y respuestas del «Agua de la Vida» de Alderete, son pura y simplemente un verdadero tratado de lo que podríamos llamar Biología Ocultista, y por cierto mucho menos alejada de la ciencia moderna de lo que pudiera presumirse dado el siglo y las circunstancias de esclavitud en el pensar, propias de la época en que se escribiera. Es el tal libro, sin duda, una falsa cosmogonía cristiana bajo el velo expositivo de los primeros versículos del Génesis, sin el cual de seguro habría caído bajo la inquisitorial censura.

Las ideas del primer capítulo de Alderete en el que «el Espíritu del Señor se cernía sobre las Aguas genesíacas» es pariente muy inmediato de las brillantes páginas de la Doctrina Secreta de H. P. B. consagradas al Akasha indo. Semejantes Aguas no son para Alderete, como tampoco para cualquier ocultista, sino la Materia primordial indiferenciada y absolutamente tenue y continua o *Mulaprakriti*, la Raíz de todo lo existente, el «Pater Omnipotens Aeter» del que el éter de los físicos constituye el grado más inferior o grosero. El Espíritu del Señor que la cobija (Parabrahman neutro) no es sino el Primitivo Sulphur que da la Esencia, la Vida, el Hálito Eterno a todo cuanto existe.

Separadas las Aguas superiores de las inferiores, se hizo la Luz, es decir surgió a la vida el Verbo animador del Cosmos, el Logos o el Hijo, y esta vida tomó por elemento transmisor al Sol, quien, según Alderete, se halla en el centro de nuestro sistema planetario como se halla el corazón en el interior de nuestro cuerpo, derramando sus influencias bienhechoras por todo el ámbito planetario. Sus vibraciones fecundas, que son

vivo Fuego Elemental, se condensan hacia el centro de cada planeta, constituyendo algo así, también, como el respectivo corazón del astro, y cuyas vibraciones de Luz y de Vida son asimiladas y encerradas en el interior del astro, cual el corazón a su vez de ese organismo vivo que se llama Tierra.

Si contásemos con mayor espacio transcribiríamos para solaz del lector las notables frases que consagra Alderete a este momento cosmogónico. La idea fundamental de este precursor de Laplace y de Laparent es en substancia la expuesta, que no puede repugnar a los biólogos modernos ni a los ocultistas de todos los tiempos. Acaso ellas fueron inspiradas en los trabajos de otro ocultista anterior a quien reverentemente toma por maestro, o sea al poco conocido alquimista de Sendivoxio, en su «Diálogo entre Sulphur (el Espíritu o el Verbo) y el Alquimista», fuente parecida sin duda a la de aquella obra de Geronimus Cardanus «De utilitate ex adversus capienda et de longa potestate» que existe también en la Biblioteca Nacional de Madrid. Por este lado, pues, se revela cierto parentesco entre «Sulphur» y aquel inspirador de la más clásica y menos conocida obra ocultista que es monumento de las edades, a saber la traducida al inglés por Chwolsohn bajo el título de *Nabathean Agriculture* o sean «las revelaciones del Espíritu de Cronos (el Tiempo o Saturno) al Espíritu lunar o *Soma* (los hombres mortales) y transmitidas luego en forma de platónico diálogo, o revelación oral al discípulo Qutamý de Babilonia hacia el siglo XIII antes de J. C.» (1). Las enseñanzas de esta

(1) En nuestros artículos en colaboración con H. C., publicados en *La Verdad* bajo el título de «Pitagorismo» (n.º de Agosto de 1911), decimos: «Dado el rigor de la ley cíclica o período de unos 625 años que parece presidir a los retornos de los Grandes Instructores o periódica renovación de la Religión Universal a través de las diversas religiones, debe haber algún personaje, alguna obra ocultista relacionada con las enseñanzas secretas dadas también por el pitagorismo: Una obra curiosa, dice H. P. Blavatsky, fué traducida en 1860, o cosa así, por el orientalista Chwolsohn y presentada a la frívola y siempre incredula Europa bajo el modesto título de «Nabathean Agriculture». En opinión del traductor, este libro arcaico es una iniciación completa en los misterios de las naciones (atlantes y lemu- res) bajo la autoridad de documentos innegablemente auténticos. Es un

obra fundamental, traducida al árabe hacia el siglo VII y aportada a España por rabinos cabalistas y filósofos sufís, pudieron muy bien ser las tomadas por Sendivoxio, y antes que él por la brillante pléyade de alquimistas medioevales, llámen-se ellos Alberto Magno, Tomás de Aquino, Flamel, Paracelso, Agripa. Marqués de Villena o Caballeros Templarios.

En términos de ciencia moderna, el fenómeno citado por Alderete de la formación del *sulphur vital* en el corazón siempre activo de nuestra Tierra, bajando del Sol y sepultándose bajo la ya condensada corteza terrestre, no es sino el tránsito primitivo de la Tierra al pasar de luminoso sol que se condensa a expensas de su anillo nebuloso, a planeta obscurecido, cuando se solidificó por irradiación o enfriamiento la primera película sólida de nuestro globo mediante el fenómeno químico de disipación o entropía de la energía que constituye los estados groseros de la materia a los que denominamos sólidos y líquidos. Es sabido, en efecto, que en la naturaleza la materia manifestada y la oculta energía simbolizada en el calor, la luz, la electricidad, las fuerzas químicas y otras superiores que nos son desconocidas, se hallan siempre en razón inversa y la aparición de la una presupone siempre la entropía o desaparición de la otra, ni más ni menos que los misteriosos hermanos Cás-

compendio inapreciable de las doctrinas, artes y ciencias, no sólo de los caldeos, sino de los asirios y cananeos (o pueblos mediterráneos) de las edades prehistóricas. Estos nabateos como creyeron algunos críticos eran sencillamente los sabeos o caldeos, adoradores de las estrellas. La obra es una segunda traducción del árabe, a cuya lengua fué primeramente traducida del caldeo... Sus doctrinas son idénticas a las Enseñanzas Secretas. Quatremière indicó que este libro podía ser sencillamente una copia hecha en tiempos de Nabucodonosor II de algunos tratados hamíticos «infinítamente más antiguos», mientras que el autor sostiene, con pruebas externas e internas, que el original caldeo fué escrito con notas tomadas de los discursos y enseñanzas orales de un rico propietario de Babilionia llamado Qu-tamy, quien había empleado para estas conferencias materiales mucho más antiguos... Esta obra era tan conocida en la antigüedad como en la Edad Media. El historiador árabe Masondi y el rabino Maimonides hablan de ella.... Abarbanel la elogia sin mesura y Spencer la menciona como «la obra oriental más excelente». Es en fin, la doctrina nabatea o del Dios Nebo, de la Sabiduría Secreta u Oculta.

tor y Pólux, simbolismo de tal fenómeno entre los griegos, y quienes vivían y morían alternativamente como alternativamente nacen y mueren, aparecen y desaparecen, la materia y la energía (1).

La ciencia de Alderete, guiada sin duda por la antorcha del ocultismo, vuela mucho más alto, sin embargo, porque trata de darse cuenta del fenómeno entrevisto hoy apenas por los biólogos de que la vida se alimenta de la vida, es decir que nuestro planeta, como astro, recibe el *sulphur, prana* o vida del Sol, no sólo como sustentáculo de las innumerables vidas minerales, vegetales, animales y humanas que él conduce en su eterno viaje por el éter planetario, sino también como individuo del sistema, o sea como organismo vivo de un Espíritu planetario, «la Madre Bhumi» o la Tierra, Espíritu al que alude también Annie Besant en sus Conferencias acerca de la Geneología del Hombre (2).

Consecuente con tal principio de biología transcendente, de la que nuestra Astronomía no constituye sino una elemental y previa Anatomía, establece Alderete la necesidad de fenómenos de intercambios vitales entre el planeta Tierra y el medio sidéreo que le circunda, cambios más o menos análogos á los que experimentan los demás seres vivos, tales como los de nutrición, respiración y secreción, bajo la acción vital de la Luz solar en todos los órdenes del Prana, es decir visible e invisible por infra o por ultraluminosa, Luz cuyo rayo liga eternamente a la Tierra con el Sol al modo de como el cordón umbilical liga al feto con la entraña materna. Un equivalente del fenómeno de respiración de la Tierra, renovando, por decirlo así, a los efluvios vitales que bajan del espacio exterior hasta la entraña terrestre y son despedidos luego por esta entraña hacia fuera, es el fenómeno de las mareas, por el que las aguas

(1) El concepto oriental y arcaico de energía es el mismo que el de nuestra ciencia contemporánea, pero con la cualidad, además, de ser inteligente. V. t. 2.º de nuestras «Conferencias teosóficas en América del Sur».

(2) Los comentarios a dicha obra, y por cierto plagados de terribles errores, aparecieron también en *La Verdad*, años de 1908 y 1909.

de los mares «tratan de elevarse hacia la Luna y el Sol, sus primitivos orígenes, de unas doce en doce horas en cada región.»

Esa oleada vital, alternativamente ascendente y descendente, verdadera sístole y diástole, o bien inspiración y expiración surgida del más profundo seno de la Tierra, explica el por qué mares como el Mediterráneo, que son verdaderos lagos de montaña, más o menos bajos pero semejantes en último término a los Alpinos y a los que casi invariablemente se encuentran en todas las cordilleras de importancia (1) no presentan el fenómeno de las mareas, porque su lecho pétreo más endurecido no conduce o transmite con facilidad aquellos movimientos emanados de lo más hondo de nuestro globo.

Esa misma oleada de entrada del *sulphur* o fecundo hálito vital del sol en el cuerpo físico planetario que llamamos Tierra, y la oleada recíproca de salida del *sulphur* solar, ya transformado en *sulphur* terrestre, a nada es comparable como a la entrada del oxígeno puro en el pulmón del ser vivo y a la salida de este mismo oxígeno transformado en anhídrido carbónico y vapor acuoso. La vida entera de la masa planetaria no es sino una especie de hematosis o combustión interorgánica, por virtud de la cual las oxidasas y reductasas que llamamos hoy, constituidas por cada ser vivo de sus profundidades o de su superficie, transforman de múltiples maneras el *prana*, *sulphur* o vida que baja del Sol a la Tierra, o que es devuelto por la Tierra al espacio.

Esta doble corriente, dicho sea de paso, explica, según Alderete, el cómo surgen a veces abundantes manantiales de agua en alturas sobre cuyo nivel no hay terreno bastante para suministrarla por filtración, tal como se ve, añadimos nosotros, en la propia isla de Chipre, y en algunos lugares de España tales como El Monasterio de Piedra y la fuente de Vaciazurro-

(1) Las dos cuencas del Mediterráneo Oriental y del Occidental son dos verdaderos cráteres a la manera de tantos como ofrece nuestro satélite. Los lagos de montaña son algo de índole muy oculta en la economía de la tierra, pues no se conocen apenas montañas de importancia que carezcan de ellos.

nes cerca de Logrosán (Cáceres) de la que hace una curiosa mención «La Medicina en Proverbios» de Rieros Sorapán. El vapor de agua que sube de las profundidades con aquella oleada vital desde el corazón de la Tierra, va condensándose de abajo a arriba por los capilares terrestres y aparece ya líquido en la cumbre. No se ha dado, hasta el presente, que sepamos, una explicación más cabal del rocío y la escarcha por los físicos modernos, y menos acerca de sus propiedades radioactivas acabadas de descubrir por nuestros investigadores modernos, y siglos ha descubiertas, sin embargo, en todos los países como España de vieja raigambre ocultista (1). No menos consideración por parte de la ciencia merecería, también, lo que expresa Alderete acerca de cómo la calcinación de ciertos terrenos estériles puede transformarlos en magníficos veneros acuosos, gracias a las propiedades higroscópicas o delicuescentes y esflorescentes de ciertos nitratos y cloruros.

Ciertas veladas alusiones de Alderete respecto al *prana* o vida que los seres vegetales y animales extraen de las sustancias del suelo, parecen aludir a la materia orgánica en estado de magina o masa amorfa denominado *humus* o mantillo y cuya fertilidad le hace tan precioso para la agricultura. Esta substancia es tan antigua como el mundo, pues que hasta en los propios terrenos graníticos o primitivos, que son rocas hidrotermales y protogénicas contienen gran abundancia de materias orgánicas depositadas al estado de *humus* o mantillo en el seno protoplásmico de sus cristales feldespáticos, según puede apreciarse con el microscopio (2). Dichos restos orgá-

(1) El señor López Morán ha reunido en excelente ramillete las supervivencias druídicas del antiguo reino de León bajo el título de «Derecho consuetudinario y Economía popular de la provincia de León», obra premiada por la Real Academia española de Ciencias Morales y Políticas. En ella se halla, entre mil maravillas del antiguo Saber Perdido, el empleo del rocío matutino (por su *prana* sin duda) para la curación de las enfermedades cutáneas.

(2) El primer granito que se estudió respecto de este particular fué el de Grangesberget en Suecia, una de las formaciones más primitivas del globo, con cargo al continente segundo o hiperbóreo de la Doctrina Secreta.

nicos, verdaderos protofitos y aun protozoarios (principalmente de las familias de los líquenes, algas y hongos, o bien de otros seres unicelulares, tales como *vorticellas diatomeas* y otras esporulaciones) que son las que dan a la sal común su color más o menos rosado o grisáceo y a los nitros de Chile su color pardo-amarillento.

Estos *humus* de aspecto grasiento, se presentan en ocasiones bajo muy curiosas formas allí donde un lapso grande de tiempo ha podido consumir su lenta obra.

Tal sucede, por ejemplo, en los enterramientos romanos y prehistóricos que cien veces hemos escavado en Extremadura. En el fondo de dichos enterramientos, al lado de fragmentos de esqueleto que el simple contacto con el aire exterior reduce instantáneamente a polvo, y de las consabidas monedas que se dice fueran introducidas en la boca del muerto para pagar la barca del viejo Carón en el Aqueronte, aparecen siempre unas vasijitas de barro cocido, llenas de una substancia negruzca, crasa y jabonosa, substancia que se ha formado por ósmosis archiseccular en el interior de la vasija donde primitivamente debió ponerse aceite u otro líquido semejante, que, año tras año fué trasudando al exterior por los poros del barro cocido, al par que penetraban por endósmosis los elementos alcalinos y térreos de fuera, saponificando a la grasa.

Otro detalle muy curioso acerca de tales grasas formadas por el tiempo, le encontramos en la Biblia, en el cap. 1.º del libro 2.º de los Macabeos, según cita también Alderete (folio 23 vuelta). Al final del Antiguo Testamento, se lee, en efecto, el notable pasaje siguiente, que copiamos a la letra:

«18. Debiendo, pues, celebrar los judíos de Jerusalén la ceremonia de la purificación del Templo,—después de la celada tendida en él a las gentes de Antiocho, en la que todas ellas fueron asesinadas—en el día veinticinco del mes de Casleu, hemos juzgado necesario hacéroslo saber, dicen aquellos a sus hermanos de Egipto, para que también vosotros celebréis el día de la Scenopegía y el día del fuego que fué dado, cuando Nehemías, reedificado el Templo y el altar, ofreció sacrificios.»

«19. Porque cuando nuestros padres fueron llevados a la

Persia, los sacerdotes que a la sazón eran temerosos de Dios, tomando ocultamente el fuego del altar, lo escondieron en un valle, en donde había un pozo profundo y seco, y lo guardaron allí, sin que nadie supiese el lugar.»

«20. Y cuando fueron pasados muchos años y plugo a Dios que el rey de Persia enviase a Nehemías, envió los nietos de aquellos sacerdotes que habían escondido el fuego, a buscarlo, y según nos contaron, no hallaron el fuego, sino una agua crasa.»

«21. Y les mandó el sacerdote Nehemías que la sacasen y se la llevasen, y dió orden también que con la misma agua fuesen rociados los sacrificios, que estaban puestos encima, y la leña y lo que había encima.»

«22. Y luego que se hizo esto y vino el tiempo en que se descubrió el Sol, que había estado antes cubierto de nubes (1), se encendió un grande fuego y todos se maravillaron.»

«23. Y todos los sacerdotes hacían oración mientras se consumaba el sacrificio, comenzando por Jonathás, y respondiendo los otros.»

«24-30. Y Nehemías hizo oración... y los sacerdotes cantaban himnos, hasta que fué consumido el sacrificio.»

«31. Y cuando fué consumido el sacrificio, mandó Nehemías que se echase el agua que había quedado, sobre las piedras mayores.»

«32. Y luego que hizo esto se encendió de ellas una gran llama; mas fué consumida por la hambre que resplandeció del altar.»

(1) Esto es una de tantas pruebas de la heliolatría judaica, heredada de los acadiocaldeos, y de cómo el pueblo elegido, al igual de sus hermanos los druidas y demás aborígenes de Europa prehistórica, encendían el fuego del sacrificio concentrando el Sumo Sacerdote con una gemma preciosa o lente los rayos del sol sobre un combustible adecuado (quiza, como la yesca, saturado de nitrógeno). Sólo era permitido encender este fuego vestal con los rayos del Sol, o por la frotación de maderos, pero jamás por medio del pedernal y del eslabón, acto que se consideró siempre como de magia negra. Véase la obra de Alexandre Bertrand «La religion des Celtes, Les Druides et le Druidisme».

«33. Y luego que se publicó el suceso, contaron al rey de Persia cómo en el lugar en que los sacerdotes, al trasladarse al cautiverio, habían escondido el fuego, fué hallada un agua con la que Nehemías y los que con él estaban purificaron los sacrificios.»

«34. Y considerando el rey y examinando atentamente el suceso hizo allí un templo en reconocimiento de lo acaecido.»

No hay por qué decir que la substancia crasa del pasaje referido, era una especie de pólvora, es decir un compuesto orgánico de nitro. Sabemos, en efecto, que los hidrocarburos y muchos derivados de ellos, cuando son tratados por el ácido nítrico (procedente a veces de la destilación de los nitratos con substancias orgánicas) dan todas substancias explosivas, capaces de arder lentamente en determinadas circunstancias. Ejemplo clásico el de la nitroglicerina, substancia inestable capaz de transformarse descomponiéndose integralmente en vapores nitrosos, agua en vapor y anhídrido carbónico, cuyos gases, al formar volúmenes mucho mayores cuando se libera su energía, dan a la dinamita su enorme poder expansivo.

Los sacerdotes judíos que se expatriaron, discípulos secretos, sin duda, del gran Hermes Trimegisto, por intermediación de Moisés, al partir para el cautiverio tuvieron buen cuidado de ocultar en sitio seco los útiles de su ciencia o *del fuego sagrado*, allí donde después sus nietos hallasen la substancia grasienta obradora de aquellos prodigios.

Para el recto enjuiciar en el problema del *prana* o *sulphur solar*, fuente de toda vida, creo que es preciso dar mayor amplitud a nuestras habituales ideas acerca de ciertos problemas. Hay, en efecto, una sola manera, clara, normal y exenta de todo peligro, de atesorar aquella energía y aunque desde tiempo inmemorial la viene practicando la humanidad, nunca se ha manejado quizá tan sabiamente como en nuestros tiempos.

El rayo de sol que cae sobre un desierto, o cede por entero su energía vital al corazón del planeta, como creía Alderete, o vuelve al espacio por irradiación, como creen los físicos modernos, pero cuando este rayo cae sobre la arena de ese mismo desierto química y alquímicamente dotada, con arreglo a los principios de nuestra Química agrícola, de sustancias fertilizantes, entre las que figuran en primera línea los fosfatos, nitratos y *humus* orgánicos, amén del agua robada a la tierra o al ambiente, el desierto, gracias al *prana* solar repetido y a ellos, se transforma por magia en paraíso. Tras los vegetales, empezando por los líquenes, algas y hongos y microbios nitrificadores, vienen los animales y el hombre, cual sucede también en los áridos bancos coralíferos del Pacífico. Aquel *prana* solar fulgura, en fin, y es devuelto al espacio bajo la poderosa forma vital de las vibraciones del humano pensamiento. El vidente que desde el espacio pudiera contemplar así el antiguo desierto, le vería brillar con el nuevo y más puro brillo de aquellas vibraciones transcendentales.

La Alquimia se ha realizado así, gracias al mago—Sol y al mago—Pensamiento. La industria y el comercio se encargarán muy luego de metamorfosear y transportar ese *prana*, atrapado por aquel suelo, para los usos más variados y en los más remotos países. El viejo alquimista pudo hacer otro tanto antaño en el secreto de su laboratorio, huyendo de las persecuciones malvadas retardadoras eternas del humano progreso, pero esta otra Alquimia ya dada a la luz del día por la ciencia moderna, es de radio más amplio, redentor y fraternal, y como fraternal humano por excelencia.

Ya no hay ningún secreto substancial en esto, aunque los desarrollos o perfeccionamientos que nos aguardan sean infinitos. Todas las ramas de las ciencias aplicadas pueden definirse por eso en función de tamaño principio ocultista, verbigracia: «Química agrícola es el arte mágico (es decir *grande, admirable, según la etimología de magnus, magis, magister*) de atrapar el *prana* solar y ligarle con el *prana* terrestre, para obtener con ambos productos vegetales y animales útiles a nuestros vivires»; «Mecánica aplicada es el arte

mágico de utilizar hoy el prana solar y terrestre, almacenado hace millones de años en las plantas fósiles del terreno carbonífero, y utilizar mañana la fuerza de las olas, del viento, de las corrientes telúricas, etc., etc., aplicándolas a las necesidades de nuestra existencia»; «Higiene médica es el arte mágico de poner nuestro sistema físico, intelectual y moral en sintonía perfecta con el *prana* solar y terrestre de los que vivimos»; «Higiene social es este mismo arte mágico aplicado a la vida de los pueblos», etc., etc.;... definiciones éstas que podrán parecer con razón un tanto estrambóticas, pero que en el fondo expresan todas el mismo hecho fundamental, y son rigurosamente ciertas.

Hay, además, otra *prana* (desde hoy haremos femenino al vocablo), prana dotada de belleza y de vigores trascendentes; prana que es la piedra angular de todo sensato naturismo exento de las groserías y peligros del llamado *Hatha Yoga*, y es la que fluye, así como suena, de la *Armonía* de las Esferas, es decir de la conciencia ilustrada, emancipada, virtuosa y recta, frente a un Cosmos que como tal es una fuente perenne de Armonía trascendente, capaz de reducir al orden, que es la salud y la vida, todos los desgastes orgánicos y todas las *desafinaciones* patológicas. Estas ideas podrían por sí solas dar pie para un libro acerca de la *vix-medicatrix* del Arte, a veces superior a la propia acción curativa y restauradora de la Madre-Naturaleza, que es Arte también de una amplitud inabarcable y divina.

¿Cómo obtener, pues, la piedra filosofal? De un modo tan sólo, según es ya opinión corriente entre cuantos autores se han ocupado del estudio crítico de los grandes alquimistas. Trascendiendo previamente nuestra condición animal por el perfecto dominio de nuestras pasiones y egoísmo. Si por encima del estado animal se halla el humano, por encima del estado humano se halla el superhumano o de los dioses y Adeptos. El que estos últimos conozcan la Piedra filosofal, el Elixir de Vida, etc., cuadra tanto a su superioridad en la cadena evolutiva, como cuadra a la superioridad humana el realizar verdaderos prodigios: el primero el de encender fuego con una lente; el último el de la telefonía

sin hilos, cosas que a los animales, si fuesen capaces de adecuado discernimiento, les asombraría tanto como a nosotros nos asombran en nuestra condición inferior tamaños aparentes imposibles.

El problema de la transmutación o *Magnum Opus* de los metales en oro, pretendido objeto de la Alquimia, tiene tres aspectos: el físico, el psíquico o astral-mental y el espiritual o trascendido.

Para sólo hablar de la famosa «Piedra transmutadora de los metales en oro», pretendido objeto de la Alquimia, diremos que el problema tiene los tres aspectos dichos.

Hay, en efecto, tres clases de oro, es decir, tres grandes modos de considerar al precioso metal: como tal cuerpo simple; como medida actual o patrón de todos los valores, y como símbolo filosófico. Las tres clases se corresponden con las tres condiciones evolutivas que más directamente nos afectan: la animal, la humana y la super-humana, o como diría Enrique Cornelio Agripa: la elemental, la inteligente y la divina.

La gallina de la fábula que buscando en el muladar un grano de trigo, tropezó con una pepita de oro, no pudo dar a éste otro valor que el mero metal, que era para ella como no darle ninguno. El hombre, sobre el valor efectivo del oro como elemento metálico dotado de preciosas aplicaciones industriales, tales como la galvanoplastia, las orificaciones dentarias o el arte fotográfico, le ha adjudicado además, desde que el mundo es mundo, un valor psicológico, como patrón de los valores comerciales que, dada nuestra presente organización social, constituyen la base de nuestra vida, o sea un *símbolo astral* del humano esfuerzo, y no pocas veces, ay!, de la humana perfidia, por lo que el oro viene a constituir en el organismo social, un depósito de fuerzas sociales, una especie de explosivo dotado de una fuerza real utilizable en el momento oportuno, una a modo de *grasa*, en fin, que como las grasas de nuestro organismo es una fuerza ahorrada capaz de substituir en cierto momento la deficiencia del alimento durante varios días. El simbolismo espiritual del oro entre los hombres realmente superiores,

es muy otro. Por su belleza típica, por su brillo, por su considerable densidad, por su ductilidad, maleabilidad, etc., es, en el reino mineral, el prototipo de lo perfecto, de la energía cósmica en su grado máximo casi de entropía o de sacrificio. El Adepto y el oro en esta alta acepción son una cosa misma. No es, pues, la fabricación del metal la *Opus Magnum*, sino la obra de hacerse uno a sí propio Oro divino; es decir, uno con El, con el Logos que vibra en el fondo de todo cuanto vive, como Espíritu Supremo que es del Cosmos como organismo vivo.

Hacer oro material, es decir metálico, químico, no debe ser ningún imposible de laboratorio. Ragón cita en su *Masonería Oculta*, el *Oedipus Aegyptiacus* de Atanasio Kircher (t. II, p. 2: De alquim., c. 1) el cual se expresa acerca de Hermes de esta manera: «Es cierto que fué el primer hombre quien poseyó el arte de hacer oro, obteniéndolo de cualquier materia o por trasmutación de metales, pudiendo decirse que quien lo niegue se acredita de ignorante. Los sacerdotes, los reyes y los cabezas de familia lo sabían perfectamente. Sin embargo, esta ciencia se mantuvo siempre en el más profundo secreto, y sólo en los templos y en los más ocultos laboratorios se realizaban operaciones de alquimia. El ingenioso Hermes mantuvo prudentemente el secreto de su saber bajo la obscuridad de los jeroglíficos simbólicos, sabiendo el peligro que significaba el divulgar semejantes conocimientos.» Además, la misma Estequiología, o ciencia de los cuerpos simples como agregados de iones y electrones, ya entrevé la posibilidad teórica de dar a éstos distinta disposición y condensación, trasmutándolos, como trasmuta por ejemplo un cuerpo mineral u orgánico en su isómero o en su isomorfo, dotado ya por ende de propiedades distintas (1). ¿Qué di-

(1) Nuestro amigo el doctor José Muñoz del Castillo, catedrático de Química Inorgánica y de Radiología en la Universidad Central, ha hecho tema de su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias de Madrid el estudio de la «Clasificación periódica de los cuerpos simples». En dicho estudio no repugna la posibilidad teórica de que algún día alcancemos a poder cambiar la contextura de los iones y electrones que integran al

ficultad puede presentar esto para el mañana de una ciencia que hace años obtuvo con Berthelot la síntesis orgánica, es decir, la formación de líquidos orgánicos como la *rea*, sin *organismo* que la produjese, ciencia, en fin, que habla ya de la fecundación artificial como de cosa factible? Si al oro se le mirase en la sociedad como simple pariente del osmio o del platino, es decir, como mero metal, no como objetivo de ciegas concupiscencias animales por su mágica intervención logradas, hace tiempo que se nos habría permitido su *redescubrimiento*, por los Poderes Directores que presiden al mundo.

Hacer *oro humano*, es decir, crear riqueza, producir valores efectivos para nuestro mejoramiento, lo viene haciendo la humanidad desde *ab-initio*, porque a este oro se refieren mis leyendas orientales, como aquella leyenda árabe que cuenta que cierto padre, al morir, dejó revelado a sus hijos la existencia de un rico tesoro en el huertecillo que representaba toda su fortuna. Los hijos escavaron codiciosos por toda el área de la finca paterna y en vez del oro que buscaban, hallaron al fin una cajita con un pergamino donde estaba escrito que el tesoro de fecundidad productora que la azada sabe obtener en el suelo que labra, es oro más verdad que el oro mismo, ya que el trabajo, según los Proverbios salomónicos, es el único que enriquece, consuela y dignifica.

Hacer *oro divino*, *oro alquímico* o por antonomasia, es obra ya de verdaderos titanes. Uno entre un millón puede lograrlo, superándose así propio con la voluntad, el estudio y el amor sin egoísmos. De aquí sus inauditos peligros, porque los tres estados animal, humano y superhumano son perfectamente incompatibles.

De aquí los inauditos peligros de esta obra, porque, como dice H. P. Blavatsky en un artículo sobre «El Ocultismo y las Artes Ocultas (Sophía, año de 1912, pág. 269) hay cuatro clases de conocimiento o ciencias secretas: la *Yajna Vidya*, o poderes ocultos despertados en la Naturaleza me-

átomo, con lo que, dicho se está, que todos los cuerpos simples podrán obtenerse unos de otros, cual unos de otros obtenemos hoy los cuerpos orgánicos. Para los detalles relativos a las transformaciones operadas por el radio véase nuestras Conferencias en América del Sur, epígrafe de Física y Metafísica.

dian­te ciertas cere­mo­nias reli­gio­sas y ritos; la Maha-Vidya cabalista, he­chi­ce­ría de mala ín­do­le casi siem­pre; la Guhya-Vidya de los man­tras fun­da­da en los po­de­res mís­ti­cos del So­ni­do (Eter) o ma­gia de los po­de­res de la Har­mo­nía, y el Atma-Vidya o ver­da­de­ra Sa­bi­du­ría na­ci­da del al­tru­is­mo. To­das, ex­cep­to ésta, son ra­mas de al­gu­na de las «Cien­cias Ocultas», es decir, artes ba­sa­das en el co­no­ci­mien­to de la úl­ti­ma esen­cia de to­das las co­sas de los di­ver­sos reinos de la Na­tu­ra­leza ma­te­rial, por muy in­vi­si­ble que ésta sea y por mu­cho que haya es­ca­pa­do al po­der de la cien­cia. «La Al­qui­mia, la As­tro­lo­gía, la Fi­si­o­lo­gía oculta, la Qui­ro­man­cia, exis­ten en la Na­tu­ra­leza y la cien­cia mo­der­na ya ha de­scu­bi­er­to no po­cos de sus se­cre­tos. Pe­ro la cla­ro­vi­den­cia... no es el hip­no­ti­smo, ni pue­de ser ad­qui­ri­da por esas artes. Puen­den do­mi­nar­se to­das las de­más y lo­grar en ellas re­sul­ta­dos ora ma­los, ora bu­enos o in­di­fe­ren­tes, pe­ro el Atma-Vidya las con­cede po­co va­lor. Ella in­cluye a to­das, y ha­sta pue­de usar de ellas ocasio­nal­men­te; pe­ro no lo ha­ce si­no des­pués de ha­ber­las pu­ri­fi­ca­do de sus es­co­rias, con pro­pó­si­tos be­né­fi­cos y te­niendo bu­en cui­da­do de des­po­jar­las de to­do mo­ti­vo egoísta... El Ocultismo y la Ma­gia son dos co­sas que di­fe­ren enor­me­men­te... Aquél di­fe­re de ésta co­mo la luz del Sol de la de una mo­des­ta bu­jía... La Pu­er­ta de Oro de la Sa­bi­du­ría pue­de trans­for­mar­se en la am­plia pu­er­ta y an­cho ca­mi­no «que con­duce a la de­struc­ción.» Esta es la pu­er­ta de las Artes Ocultas pra­c­ti­ca­das con fi­nes egoístas y ale­ja­dos de la in­fluencia res­tri­c­ti­va y bien­he­cho­ra de Atma-Vidya. Es­ta­mos en el Kali-Yuga y su fa­tal in­fluencia es mil ve­ces más po­de­ro­sa en Occi­den­te que en Orien­te, y de aquí las mu­chas pre­sas que ha­cen los po­de­res de la Edad de las Tinieblas en este cic­lo de lu­cha e ilu­sio­nes ba­jo cuya in­fluencia tra­ba­ja el mun­do. Una de éstas es la re­la­ti­va fa­ci­li­dad con que creen los hom­bres po­der lle­gar ha­sta la «Pu­er­ta» y tra­spa­sar el umbral del Ocultismo sin un gran sa­cri­fi­cio.»

Por si que­da­se al­gu­na du­da aun so­bre las ter­mi­nan­tes pa­la­bras del Ma­es­tro H. P. B. de­be leer­se tam­bién el ar­ tí­cu­lo de «Parabolanus», pu­bli­ca­do ha­cia las mis­mas pá­gi­nas de Sophía.

La obra de Edward Arthur Waite «Vidas de Alquimistas filósofos», dice, da una lista de más de cincuenta verdaderos y falsos adeptos, desde Geber a Cagliostro «De ellos, únicamente los que dominaron sus pasiones y despreciaron todo objeto terreno han sido quienes gozaron de éxito en sus pesquisas. Tal es indudablemente el caso de Monks, Roger Bacon, Basilio Valentín, Ripley, etc.... Nicolás Flamel no alcanzó la meta durante su vida... Como se negase a revelar al rey su secreto, terminó sus días en la Bastilla... Trevisán gastó en buscar la piedra filosofal toda su fortuna y a los 75 años logró descubrir el secreto... Paracelso, discípulo de Trithemio, usó con gran moderación de sus poderes, curó muchos enfermos... y despreció los conocimientos alquímicos que pudieran emplearse en tareas menos dignas... Si murió de muerte violenta (por asesinato o suicidio) fué sin duda por haber revelado una parte de los misterios.... Schroepffer y Savater practicaban un rito mágico sumamente peligroso, que fué causa de la muerte violenta de los dos... El Dr. J. Dee buscó la piedra filosofal quedando reducido a una extrema miseria. En sus últimos años logró comunicar con algunos espíritus, dándonos el espectáculo de la triste degeneración de un hombre de genio que, por emplear estos arriesgados medios, pierde cuanto tenía de elevado... Setón fué encarcelado por negarse a revelar el secreto que consiguiese irregularmente y padeció horribles tormentos... El Dr. Prise, de la Royal Society of Londres consiguió realizar la ansiada transmutación ante testigos, pero al querer repetirla ante sus colegas fracasó y... se suicidó de despecho... Delisle, por iguales motivos fué encarcelado y, al querer fugarse, muerto por los centinelas de su mazmorra.»

Todos estos fracasos y cien otros revelan que el verdadero Ocultismo y sus poderes están aún muy por encima de los hombres más sabios de Occidente, porque la santidad más absoluta es la base indispensable para poder abordar sin peligros los difíciles problemas de la Alquimia.

Por nuestras alas

Mariposas augurales portadoras de la audacia
Con que al cielo levantamos un pendón de aristocracia,
Buscadoras de infinito, peregrinas hacia el sol;
Mariposas pregoneras del afán ilimitado
De las locas ansiedades del señor de lo creado,
Nigromante en los misterios de la fragua y el crisol.

Aves blancas, milagrosas, avanzadas de una aurora
En que nada ponga frenos a la estirpe vencedora.
En que nada ponga vallas al progreso redentor...
Id batiendo vuestras alas por los yermos desolados
Y llevadles el recuerdo de las villas y poblados,
En la gesta fragorosa de los golpes del motor.

Anunciadles que acabaron las distancias, arrolladas
Si rubrican el espacio las estelas azuladas.
De una máquina encantada que desgrana su canción,
De una máquina que pasa saludando en un mugido,
Las praderas asoleadas y el labriego sorprendido,
Que abandona la manquera sobre el surco en rotación.

Al sentirlos en el aire se agobiaron las montañas,
Los picachos se abatieron al compás de las extrañas
Sinfonías de la hélice fragorosa y triunfal;

Y las aves azoradas esponjaron el plumaje,
Y las águilas huyeron, sin tentar el abordaje,
Con las garras humilladas ante el águila rival.

En vosotras finca el genio de la estirpe en las alturas
Con los broncos aquilones disputando en los primuras
De la nube y de la cumbre, todo nívea soledad,
Sois el grito en la trinchera de los locos imposibles,
Banderín de la victoria de los hombres invencibles,
Tremolando en el reduto de la eterna claridad!...

SALVADOR M.^a BOUCAU.

Las Investigaciones sobre los sueños

ANÁLISIS DE UNA OBRA DE VASCHIDE

La Biblioteca de Filosofía científica, dirigida por G. Le Bon, ha dado a la publicidad la importante obra del Dr. Vaschide (1), titulada «Le sommeil et les rêves», cuya lectura será muy instructiva para todos los que se dedican a la psicología de los fenómenos que se desarrollan en el mundo de los sueños. Como el adelanto en el estudio de estos fenómenos tiene repercusión inmediata en el campo de la psicología de las llamadas realidades objetivas, he creído que un extracto detallado y comentario de esta obra, no carecería de interés para los lectores de «La Cruz del Sur», y ello me ha impulsado a escribir el presente artículo.

I

El libro 1.º está dedicado al estudio del sueño. En su primer capítulo, el autor, recordando que la ciencia vive de errores (2), más que de verdades, «en esta eterna aproximación a la realidad, alrededor de la cual gravitan todas nuestras pobres concepciones humanas, como esos cuerpos siderales opacos y

(1) Director adjunto del laboratorio de psicología patológica en la Escuela de Altos Estudios.

(2) Esta afirmación de índole general nos trae a la memoria las siguientes frases del célebre Duclaux: «Si la ciencia avanza es porque no está segura de nada».

pesados que deben su luz a la fuente central de luz y energías, hace el juicio severo de las teorías más importantes, demostrando a grandes rasgos sus principales deficiencias. Después de examinar las teorías circulatorias neurodinámicas, y bioquímicas, se detiene especialmente en la teoría biológica de Claparede, que a pesar de ser seductor, no resiste a una crítica rigurosa.

Las investigaciones psico-fisiológicas se hallan tratadas en el capítulo siguiente. Merecen especial mención las experiencias neurodinámicas de Berger y Loewy, las efimográficas de Patrizi y las del autor. Patrizi lleva a cabo una feliz aplicación del método gráfico y Vashide resume en una serie de conclusiones interesantes, las experiencias por él realizadas en el estudio del sueño diurno y nocturno. En este sentido son notables las diferencias observadas: Así, p.e, las funciones del organismo sufren una atenuación menor en el sueño diurno que en el nocturno, siendo este último más profundo; en el sueño diurno la inteligencia se halla en general más libre, los sueños son más lógicos y la memoria de éstos más exaltada (1).

El libro primero termina con un capítulo importante sobre la atención durante el sueño. Las primeras tentativas aunque algo interesantes, han permanecido en un terreno puramente literario. Esto sucede muy a menudo con ciertos escritores, que seducidos por la belleza de la forma y por lo atrayente del tema, desvían inconscientemente el punto capital del problema, que es de índole puramente psicológica. Las investigaciones de carácter experimental sobre este punto se deben especialmente a un autor ruso, Tschisch y a Vashide.

Tschisch para poner a prueba la intensidad de su voluntad durante el sueño, se acostaba con el propósito de despertarse a una hora determinada de la noche. Basándose en un gran número de experiencias (134) efectuadas en el intervalo de tres años, pudo comprobar, que el error medio no pasaba de

(1) En las observaciones que he tenido ocasión de realizar sobre mis amigos, he podido comprobar la veracidad de esta afirmación: casi siempre me ha sido más fácil la reconstrucción de un sueño diurno, aun cuando éste fuera más complicado que el nocturno.

15 minutos y que, siempre se despertaba antes de la hora fijada. Este último hecho concuerda con una característica de su vida diaria.

En cambio Vaschide, ha observado que al lado de estos individuos, *maestros de sí mismos*, existen algunos, que experimentan grandes dificultades para despertarse voluntariamente. Lo hacen siempre con gran retardo.

Los trabajos de este autor pueden dividirse en dos grandes categorías, que corresponden respectivamente a las observaciones tomadas al azar entre personas de diferente cultura (a las que se someten a un interrogatorio (1)) y a las que el autor ha hecho sobre sí mismo durante 4 años.

Por la encuesta así realizada Vaschide ha llegado a los siguientes resultados:

I. Los sujetos se han despertado casi siempre antes de la hora fijada: este resultado confirma las anteriores observaciones de Tschisch.

II. Respecto al estado psicológico en el momento de despertar, los sujetos se pueden agrupar en tres categorías: 1.^a *categoría*—sienten a la hora fijada de antemano, una sacudida violenta que acompaña al despertar brusco de la voluntad; 2.^a *categoría*—despertar tranquilo y sólo recuerdan su decisión un rato después de haberse levantado; 3.^a *categoría*—despertar muy lento, a veces deciden levantarse antes de la hora, pero se hallan en la imposibilidad de hacerlo y los domina un

(1) A continuación transcribimos el texto del interrogatorio que ha enviado Vaschide a las personas cultas: «¿Es usted capaz de despertarse a cualquier hora de la noche, después de haber pensado esta hora? ¿Puede darnos detalles acerca de su estado psicológico en el momento de despertarse y antes de acostarse? ¿Qué diferencia ha notado con los otros días? ¿Cuáles son los errores en la hora del despertar? ¿Quiere hacer algunas observaciones exactas y anotar inmediatamente la hora? ¿Ha dormido bien durante esas noches? ¿Observa alguna diferencia entre el sueño de esta noche y el de las otras? ¿Durante el sueño del día ha observado algo análogo? ¿Puede indicarnos las horas en que se ha dormido y despertado? ¿Su sueño era parejo durante los días en que usted ha dormido con placer? ¿Ha notado diferencia en las distintas horas de la noche? ¿Ha observado diferencias según las estaciones?»

sentimiento de angustia y curiosidad y se encuentran de mal humor.

Distribución según el sexo:

	<i>Categorías</i>		
	1. ^a	2. ^a	3. ^a
Hombres	3	1	6
Mujeres	7	3	13

III. La mayor parte de los sujetos se acuestan preocupados, con una emoción intensa y sentimiento de temor; algunos se despiertan varias veces durante la noche (1).

IV. La diferencia entre la hora del despertar y la fijada de antemano es algo variable, pero se puede asegurar que rara vez pasa de 30'; oscila entre un máximo de 21' y mínimo de 0.5'.

V. La mayor parte (90 o/o) han observado el predominio de sueños en los que intervenían ejercicios musculares y la noción del tiempo. Uno de los sujetos experimentados tenía frecuentemente sueños sobre las horas: durante el sueño le parecía seguir la marcha de las agujas de un reloj que se aproximaba cada vez más a la hora que él había fijado para despertarse.

VI. Existe una diferencia bien manifiesta entre las noches de sueño normal y las noches de «sueño atento» (expresión del autor). Vaschide opina contrariamente a Tschisch, que debe tenerse en cuenta también el estado psicológico de los individuos durante los sueños agitados y ha podido comprobar el hecho curioso de personas cuyo sueño ha sido más tranquilo en las noches de experiencias (5 individuos de 33). Algunos, basándose en esta observación, han llegado hasta proponerse de noche pensar en una hora fija para despertarse a la mañana, con el objeto de tener un sueño reposado!

VII. Las diferencias entre la hora del despertar y la hora fijada son tanto menores, cuanto más próxima se halla esta úl-

(1) Esto lo he observado muy a menudo sobre todo cuando al acto a realizar al día siguiente me interesaba intensamente.

tina de la hora acostumbrada. Estas diferencias son mayores en las horas del día que en las de la noche.

VIII. Las *estaciones* tienen una influencia muy grande en la atención durante el sueño. La mayor parte de los sujetos experimentados aseguran, que durante el verano es más posible despertarse a la hora fijada o a una muy próxima. Las cifras siguientes resultado de las experiencias hechas con 19 sujetos (17 observación para cada estación), muestran claramente estas diferencias:

Diferencia entre la hora fijada y la hora en que el sujeto se despertó:

Primavera	16'.31"
Verano	14'.33"
Otoño	18'.10"
Invierno	20'.40"

Un calor o un frío excesivo actúan desfavorablemente.

IX. Respecto al grado de instrucción y medio social del individuo él ha sacado conclusiones curiosas. Los sujetos menos instruídos (?) son los que tienen mayor facilidad para conservar su atención durante el sueño. El término medio de la diferencia es: para los instruídos 25', id instrucción elemental 12'.30'', id sin ninguna instrucción 7'.

X. Sin embargo, la importancia de esta conclusión nos induce a ser más exigentes. En efecto, para que estas experiencias fueran más concluyentes, sería necesario averiguar cuál es el *grado de orden o regularidad y voluntad en la vida diaria de las personas*, porque puede presentarse el caso de individuos muy instruídos pero de poca *voluntad* como para poder *concentrar su atención* hacia un sentido determinado, los cuales estarían en desventaja respecto a este punto, comparados con otros de poca instrucción y *mucho orden y voluntad y viceversa*. En una palabra, para resolver o plantear este *delicado problema psicológico de la atención durante el sueño, según la clase de individuo*, es necesario averiguar más las *condiciones del carácter que el grado de instrucción*. Esta objeción fundamental parece haber pasado desapercibida al examen del autor. (Véase pág. 64 de la obra comentada).

XI. Las observaciones relativas a la *influencia de la edad* han motivado conclusiones más seguras. Los de mayor edad se despiertan con diferencias de tiempo muy pequeñas con respecto a la hora fijada. Los jóvenes se caracterizan por ser más incapaces de sostener su atención y en las mujeres se han observado diferencias de tiempo muy grandes.

XII. Respecto a la exactitud en la hora, se notan algunos casos sorprendentes: uno de los sujetos experimentados llegó a despertarse de cuatro, dos veces a la hora justa y las otras dos, con diferencias de 25 a 12 segundos! (Véase gráficas del autor, pág. 66). Según los resultados obtenidos por Vasehede, *las diferencias son tanto más pequeñas cuanto más rápidos, enérgicos y voluntariosos son los individuos*. Como puede verse, esta conclusión que el autor no relaciona a la que se refiere al grado de instrucción, viene a corroborar la objeción que hemos hecho anteriormente (X).

XII. Las experiencias (en número de 257) hechas por Vasehede sobre su misma persona durante cuatro años, se hallan de acuerdo con los resultados de la encuesta que hemos examinado (de I a la XII).

Los resultados siguientes vienen a ser complemento de los anteriores: *a)* Cuando el número de horas de sueño y la hora de despertar sobrepasan la hora fijada, la atención disminuye y los errores se hacen cada vez mayores (en 9 horas el error fué de 57' y en 10 horas, de una hora y 41'); *b)* Según el autor el sueño diurno puede considerarse como un estado hipnótico: en ciertos casos era tan débil que él podía escuchar la conversación y el tic-tac de un reloj. (Roemer ha efectuado muchas experiencias sobre el sueño diurno); *c)* La *aceleración* del pulso es notable en el «sueño atento» y llega a su máximo a medida que se aproxima la hora de despertar (véase cuadros XIII y XIV y pág. 73); *d)* Examinando durante varias noches la fisonomía de los sujetos sometidos a experimentación, él pudo observar, que una hora o veinte minutos antes de la hora fijada, éste cambia de expresión (los párpados se apretan más, la frente se pliega y los maceteros se contraen) y el sujeto se agita tanto más cuanto más cerca se halla la hora: en resumen, todos estos cambios del físico concuerdan con los de una persona

preocupada; e) Respecto a la noción del tiempo transcurrido durante el sueño, a pesar de las minuciosas experiencias de Munsterbegr y Neumann, todavía no se puede decir nada seguro.

II

La segunda parte de la obra contiene el conjunto de los trabajos realizados hasta el presente sobre *los sueños*.

Uno de los problemas que más ha preocupado al autor es el relativo a la *aplicación de los métodos experimentales* al estudio de los sueños. Y este empeño se explica, si tenemos en cuenta, que esta clase de investigaciones difíciles e interesantes para la psicología, apenas se hallan en sus albores y por consiguiente no ha sido posible aun, dar reglas generales destinadas a encausarlas por un sendero racional.

Para evitar falsas interpretaciones, Vaschide, empieza por precisar lo que debe entenderse por métodos experimentales en este caso. El no acepta las observaciones clínicas (a pesar de que la literatura médica es rica a este respecto) porque ellas han sido realizadas con personas enfermas, con el fin de hallar alguna relación entre la clase del sueño y ciertos caracteres patológicos. Otro tanto sucede con las observaciones psiquiátricas, en las cuales, no se aborda el mecanismo y la estructura del sueño: «los fenómenos constatados son señalados de una manera vaga y a menudo no son más que reconstrucciones *a posteriori*».

Lo que realmente interesa en este problema, es el *análisis psicológico objetivo y subjetivo*, apoyado en experiencias provocadas a voluntad y en observaciones, donde no se descuide una sola de las circunstancias, en que los sueños se han desarrollado.

Algunos autores han reflexionado seriamente sobre el alcance real de los métodos en el estudio de los sueños y entre ellos, Alfredo Maury, iniciador y verdadero auto-experimentador pero según Vaschide, aparte de Sante de Sanctis que ha dedicado a la cuestión un capítulo de su libro, no se conoce trabajo alguno de conjunto.

Son varios los métodos adoptados por los diferentes investigadores. Daremos a conocer de un modo sintético la esencia de cada uno de los principales.

El *método subjetivo*, es el antiguo método de los filósofos, que Alfredo Maury ha aplicado por primera vez de un modo científico, al estudio de los sueños. Se puede decir también, que es el más difundido. Consiste en anotar exactamente las disposiciones en que el experimentado (que puede ser el mismo observador) se encuentra antes de dormir y hacerlo despertar a intervalos cortos por una persona, con el objeto de anotar en el cuaderno de observaciones, los detalles de los sueños y sus relaciones con aquellas disposiciones y demás circunstancias que lo rodean. La presencia de la segunda persona es indispensable además, para observar ciertos gestos, palabras o movimientos, que tienen lugar en ciertos sueños agitados. Procediendo de este modo Maury, auto-experimentador que poseía gran memoria y una predisposición a las llamadas alucinaciones hipnagógicas (que tienen lugar en el estado intermedio entre el sueño y la vigilia), ha hallado entre los sueños que se producían en diferentes épocas de su vida, analogías en las cuales, la similitud de circunstancias que parecían haberlas provocado, pudo darle a menudo, la clave del problema.

A pesar de que este método (continuado con interés por el marqués Hervey de Saint-Denis), mediante observaciones psicológicas introspectivas, permite penetrar en la estructura interna de la vida de los sueños, el resultado obtenido con él, no es del todo satisfactorio. En efecto, como lo observan Vachide y Sante de Sanetis, al querer experimentar sobre sí mismo, el sujeto crea de una manera inconsciente una sugestión sistemática, que persiste y modifica la naturaleza del fenómeno que desea estudiar.

Además, este método exige que el experimentador tenga una vida onírica muy activa, a la cual pueda dirigir voluntariamente.

Por el *método objetivo*, se efectúa también el análisis psicológico de los sueños de otras personas, ya sean éstas naturales o artificialmente provocados, mediante excitaciones de la sensibilidad. Debido a que la objetividad sólo reside en el cam-

bio del sujeto en experiencia, Sante de Sanctis le ha denominado método *introspectivo indirecto* para diferenciarlo del anterior que sería *introspectivo directo*.

Vaschide se inclina mucho al método objetivo, sobre todo cuando por medio de él, se llega a «provocar modificaciones en la mentalidad del sujeto». «Las excitaciones artificiales se mezclan o dominan a los que figuran en el pensamiento del sujeto dormido y se asiste a una verdadera investigación de laboratorio, provocando de esta manera sueños de los cuales se conocen perfectamente, sino todo el pensamiento, por lo menos buen número de sus elementos.»

Acompañamos al autor en su inclinación a la rigurosidad experimental que debe exigirse en esta clase de investigaciones delicadas. Pero al mismo tiempo, no ocultamos nuestras dudas acerca del valor que tenga para la psicología, el estudio de esta clase de sueños *provocados artificialmente por excitaciones exteriores*. En primer lugar, se puede objetar, que los sueños así provocados, no son verdaderos sueños, puesto que al alterar la sensibilidad del sujeto por medios artificiales, *modificamos precisamente, esa mentalidad onírica que deseamos estudiar..* De este modo destruimos el estado psicológico característico del verdadero sueño, eliminando la personalidad que en él se manifiesta, para sustituirlo por otro estado psicológico artificial, que creemos conocer mejor, pero que más bien corresponde al estado de conciencia de los experimentadores despiertos. Si queremos experimentar sobre *la modificación del estado mental del sujeto que sueña*, debemos más bien tratar de que esa *modificación sea elaborada por el mismo sujeto*. Para ello bastaría que él se ejercitara en imponer una determinada dirección a un sueño antes de dormirse y de este modo conseguiría hasta cierto punto, hacer poner, por intermedio de su voluntad, más en contacto el mundo de la realidad con el mundo de los sueños. En segundo lugar, es completamente ilusorio pretender conocer el pensamiento del sujeto en el sueño que ha *sido provocado así artificialmente, modificando su estado mental, puesto que estamos aún muy lejos de saber cuál es ese estado en el sueño natural*.

Esta clase de experiencias será útil sobre todo para la fisio-

logía, pues por medio de ellas se podrá determinar el estado de los sentidos y de la sensibilidad general durante el sueño.

Maury, Mourly Vold y Miss Calkins, han sido los principales autores que han aplicado el método objetivo.

El *método ecléctico* fundado independientemente por Sante de Sanctis (1) y Vaschide (2) consiste en el empleo del método de Maury modificado (subjetivo) completado por el método experimental de Vold, por el interrogatorio y por otro método verdaderamente objetivo. Los caracteres externos como la mímica, los movimientos del cuerpo, la respiración, el pulso, las palabras entrecortadas, son utilizadas por este método como *reactivo* del estado afectivo del sujeto que sueña.

Por último, el *método del cuestionario e interrogatorio*, consiste en enviar a las personas una lista con una serie de tópicos generales y luego construir cuadros y estadísticas para el análisis minucioso de las respuestas. Entre las encuestas realizadas se pueden anotar como principales las de Jastrow, Heerwagen, Vold, Vaschide y Sante de Sanctis.

A continuación damos algunos resultados ilustrativos de este método que extractamos de la obra de Vaschide: *a) Heerwagen* ha comprobado que el sexo femenino tiene sueños más superficiales que el masculino (63 o/o de las mujeres y 44 o/o de los hombres tienen sueños livianos); con la edad los sueños disminuyen (entre 20 y 25 años se halla el máximo de sueños entre los estudiantes): los que tienen sueño superficial recuerdan más rápidamente los sueños que los que duermen profundamente: *resultado de la estadística*:

Personas que sueñan casi todas las noches.	99
» » » muy amenudo.	133
» » » rara vez (3).	153
» » » de tiempo en tiempo.	15
Respuestas ambiguas.	6

406

(1) Descripto en su obra sobre los sueños publicada en Italia en 1899.

(2) Véase comunicación presentada por el autor a la Academia de Ciencias de París el 17 de Julio de 1899.

(3) De este número habría que descontar los que casi nunca recuerdan que han soñado.

b) *Sante de Sanctis* resume en el siguiente cuadro el resultado de sus investigaciones:

I.—FRECUENCIA DE LOS SUEÑOS

	Hombres	Mujeres
	%	%
Sueñan siempre.	13.33	32.73
» a menudo.	27.27	45.45
» rara vez.	50.30	12.73
No sueñan jamás o no saben dar datos sobre sus sueños.	9.09	9.09

II.—VIVACIDAD DE LOS SUEÑOS

	Hombres	Mujeres
	%	%
Sueños vivaces.	37.33	66.00
» débiles	62.67	34.00

III.—CONTENIDO HABITUAL DE LOS SUEÑOS

	Hombres	Mujeres
	%	%
Sueños complicados.	46.47	54.00
» bizarros.	28.67	12.00
» simples.	34.67	34.00

IV.—RELACIÓN DEL CONTENIDO DEL SUEÑO CON LOS HECHOS DE VIGILIA

	Hombres	Mujeres
	%	%
Admiten que la relación tiene lugar. . .	85.33	72.00
» » a menudo la relación no tiene lugar.	14.67	28.00

V.—MEMORIA EN LOS SUEÑOS

	Hombres	Mujeres
	%	%
Recuerdo con muchos detalles.	23.33	42.00
» sumario.	55.33	48.00
Habitualmente no tienen recuerdo. . .	21.33	5.00

Inspeccionando el cuadro se saca la interesante conclusión de que la mujer sueña más y tiene más recuerdo del sueño que el hombre. Además, sus sueños son más vivaces y más complicados que los de este último. Otra conclusión importante es que la mayor parte de los sueños tienen relación con los hechos de la vida ordinaria.

Este mismo autor ha podido comprobar también que las *emociones experimentadas durante el sueño y la vigilia tienen mucha relación*.

(El método propio de Vaschide lo mencionaremos al hablar de sus investigaciones cuando terminemos el examen de su obra).

III

Terminada esta serie de consideraciones sobre los métodos experimentales Vaschide emprende la tarea de examinar una por una las investigaciones de los principales autores y con ello trata al mismo tiempo de hacer una exposición histórica-crítica completa del asunto.

Las *investigaciones y teorías de Alfredo Maury* comenzadas en 1848 y continuadas en su clásico volumen «*Le sommeil et les rêves*», han sido muy citadas por diferentes autores, pero en general no se las ha sometido a un verdadero análisis crítico. Por esta razón y en vista de su importancia, Vaschide le dedica un capítulo preferente de su libro II.

El estudio de los estados fisiológicos y psicológicos durante el sueño, el método aplicado en él y sus investigaciones personales sobre las llamadas alucinaciones hipnagógicas, forman la trama de su obra verdaderamente experimental.

Debido a la extensión de este capítulo de la obra de Vaschi- de daremos a continuación una breve síntesis que comprende las principales conclusiones de aquel autor.

I. La alucinación en el sueño, es idéntica de la alucinación hipnagógica (que se observa en el estado intermedio entre el sueño y la vigilia) y parece provocar la incoherencia aparente de las ideas que en ellos se desarrollan: la ligereza de estas ideas se opera por asociaciones que no tienen nada de racional. Este hecho y el *desdoblamiento de la personalidad*, frecuente en sueños, tienen sus análogos en el estado de alucinación. En los sueños como en la locura, a menudo se atribuyen a personajes extraños y fantásticos, nuestras propias ideas y palabras.

II. Los fenómenos de la memoria pueden provocar la previsión profética de los sueños, y el autor los trata de interpretar basándose en los procesos de amnesia y paramnesia.

III. El automatismo y la aceleración del pensamiento son dos fenómenos comunes al sueño y a la alienación mental y al delirio. Otro elemento común al sueño y a la alienación mental es que «el recuerdo interviene más que la invención».

IV. El sonambulismo natural, el sueño y los fenómenos hipnóticos guardan estrecha relación. En el desarrollo de todos estos fenómenos desempeña un papel importantísimo la «revivencia de recuerdos olvidados».

V. En la interpretación de la «asociación de las ideas». él, como David Hartly, hace intervenir el juego de las sensaciones externas.

VI. Según Maury la voluntad no dirige el sueño: éste continúa espontáneamente lo que tenía lugar voluntariamente durante la vigilia y el «soñador no se halla más libre que el alienado». Como veremos, la idea contraria ha sido sostenida por el marqués Hervey de Saint-Denis.

VII. La memoria adquiere su máximo de intensidad durante los sueños: los casos de hipermnesia son muy frecuentes.

VIII. Las *alucinaciones hipnagógicas* (1) se observan con

(1) «No se pasa bruscamente del sueño a la vigilia: existe entre los dos estados toda una región intermedia. Ella es particularmente rica

más frecuencia en las personas nerviosas, de «constitución fácilmente excitable» o «predispuestas a la hipertrofia del corazón, a la pericarditis y a las afecciones cerebrales». También pueden provocarse con ciertos excitantes del sistema nervioso como el café, el vino, etc. Esta clase de alucinaciones comienzan cuando la voluntad ha cesado de ejercer su dominio y la tensión intelectual se ha anulado y para que el fenómeno tenga lugar, es necesario que haya una *ausencia de atención*, de una duración extremadamente corta.

Pueden persistir a menudo, aun cuando la reflexión entre en juego: Según Maury las visiones de ciertos místicos son del mismo género: «la inmovilidad del pensamiento provoca discreta y dulcemente una predisposición al sueño y de esta mezcla, resultan alucinaciones surgidas de sensaciones anteriores y de diversas preocupaciones intelectuales. Numerosos ejemplos de experiencias hechas sobre el mismo Maury, ponen en evidencia la ligera sucesión de imágenes que tiene lugar en este estado del *«caos del sueño»*.

Las alucinaciones que tienen lugar en la vigilia y en el estado intermediario entre éste y el sueño, constituyen los elementos de la trama de ciertos sueños.

Uno de los puntos examinados con más atención por Maury es el que se relaciona con la *calidad de las sensaciones* que tiene lugar durante la alucinación. La mayor parte son sensaciones visuales. El ha podido observar paso a paso la transformación de una imagen luminosa (debido al parecer a una excitación del nervio óptico) en figuras humanas más o menos fantásticas. Alucinaciones de esta clase se notan cuando comienza a invadir el sueño. Ellas aparecen conjuntamente con el desvanecimiento

en alucinaciones; muchas personas que jamás han tenido alucinaciones durante la vigilia completa, las han experimentado en el momento en que ellas se duermen o despiertan. De las alucinaciones que preceden al sueño, las más conocidas son las que han recibido el nombre de alucinaciones hipnagógicas. Ellas han sido cuidadosamente descritas por Muller, Alfredo Maury, etc., que han tenido la ocasión de observarlas en sí mismos.» (Les hallucinations télépathiques por Gurney, Myers y Pidmore, trad de Phantasms of the living» por Mariller (1905) 4.^a ed. cap. VIII).

de la inteligencia, pero pueden ser hasta cierto punto evocadas imprimiendo con la voluntad un sentido a la imaginación.

Son frecuentes también las alucinaciones auditivas: las frases que se oyen son generalmente cortas y la voz es débil, como lejana e interior pero con timbre y acento particulares. Las alucinaciones del tacto, gusto y olfato son raras.

En resumen, las delicadas y prolijas investigaciones de Maury de suma importancia para la psicología, constituyen, según la feliz expresión de Vaschide, la *embriología de los sueños*.

Algunos años después de los primeros estudios de Maury, apareció una obra de gran interés, cuyo título *«Les Reves et les moyens de les dirigers», «observations pratiques»* (París 1867) revela ya una de las ideas principales de su autor el marqués *Hervey de Saint-Denis*, que fué profesor de clínica en el Colegio de Francia. El estilo, la gran documentación sobre la historia del problema y el cúmulo de observaciones personales llevan al lector a considerarla como una obra de primer orden (1).

(1) El conocido escritor y poeta Rubén Darío, ha tenido la feliz idea de divulgar entre nosotros, en forma galana y agradable, la obra del marqués Saint Denis, que Vaschide estudia en un capítulo preferente de su libro. El lector podrá encontrar los tres artículos que Rubén Darío ha publicado bajo el título del «Mundo de los sueños», en los números (Diciembre y Febrero, 2, 1911) de nuestro diario *«La Nación»*.

Programa del concurso sobre «La teoría del sueño y los sueños», fijado en 1885 por la Academia de Ciencias Morales y Políticas, para su sección de Filosofía. «El sueño desde el punto de vista psicológico. ¿Cuáles son las facultades del alma que subsisten o que han quedado suspendidas o considerablemente modificadas en el sueño? ¿Qué diferencia esencial existe entre pensar y soñar? Los concurrentes abarcarán en sus investigaciones el sonambulismo y sus diferentes especies. ¿En el sonambulismo natural hay conciencia e identidad personal? ¿El sonambulismo artificial es un hecho? Si es un hecho, estudiarlo y describirlo en sus fenómenos menos objetables, reconocer aquellas de nuestras facultades (qui y sont engagés) y ensayar de dar de este estado del alma una teoría según las reglas de un sano método filosófico.» El marqués Hervey de Saint Denis hubo de presentarse pero luego desistió y fué laureado Lemoine, quien adaptó sus investigaciones a este programa. (Véase la obra de Vaschide, pág. 142 o la de Saint Denis, pág. 17).

«El hecho (dice Vaschide en el cap. III, t. 2.º, p. 136) de que el libro de Maury haya prevalecido sobre el del marqués Hervey se explica por el carácter más científico del primero por su manera (más lógica y más rica en crítica) de considerar al problema; el marqués Hervey se deja tentar más fácilmente por las generalizaciones más literarias, más agradables de leer, pero ciertamente más dañosas al ser consideradas como tales y sin control suficiente para un sabio».

Es interesante la manera como Hervey comenzó su obra. Apenas tenía 15 años cuando tuvo la idea de hacer los croquis con lápices de colores, de las imágenes que en sueños lo habían impresionado fuertemente y después de algunos años (15), esta tarea de diversión, se transformó en un espléndido album, que le prestó el doble servicio, de *ejercitarlo en retener fácilmente sus sueños* y de constituir el plantel de su primera tentativa.

A continuación daremos a conocer de una manera sucinta la tesis espiritualista (contraria a la de Maury) que defiende el autor mencionado.

I. Experimentalmente ha podido probar que casi no existe noche sin sueños: los resultados negativos en este sentido deben atribuirse a la falta de memoria.

II. Es posible imprimir a los sueños una orientación determinada (recuérdese el título de la obra).

III. El ejercicio realizado de un modo constante con el objeto de recordar los sueños, contribuye a facilitar la tarea de hallar el hilo de los desarrollos intelectuales.

IV. Según este autor, entre pensar y soñar sólo existe una diferencia, la confirmación por la vida real. Los sueños nos presenta todo el andamiaje de la construcción mental que rara vez se aperece en la vida real, en la vida del pensamiento consciente (expresión de Hervey).

V. Critica en varias ocasiones a los teóricos que saben encontrar en el sistema nervioso la explicación de todas las cosas y que atribuyen la diferencia de *asociación de las ideas*, a las diferencias en el movimiento de las fibras cerebrales. El trató de interpretar la producción de fenómenos extraños a los asuntos de nuestra vida, atribuyendo su potencia extraordinaria a la *imaginación*, a la *memoria* y a la *facultad*

de abstracción. «El ignorante (dice Hervey) que apenas sabe tener el lápiz en la mano, puede trasformarse de golpe, gracias al sueño, en un artista incomparable; *inventa, crea y ejecuta* lo que en el fondo (o en la vida real) es incapaz de algo semejante. Se perciben de tiempo en tiempo, en el panorama de los sueños, monumentos de arte, trabajos artísticos muy por encima de las facultades del soñador.»

Las *imágenes en los sueños* parecen encadenarse como las *ideas sensibles*: existe siempre correlación entre «el movimiento determinado por la asociación de las ideas y la evocación instantánea de las imágenes que sucesivamente irán a pintarse ante los ojos de nuestro espíritu.» La imagen del sueño es la copia de la idea, que es la sustancia, lo principal; la visión es lo accesorio. Por el análisis prolijo del tejido de nuestros sueños, se puede seguir la marcha de las ideas y la incoherencia se hace comprensible y las concepciones fantásticas se convierten en hechos simples, lógicos. Ejercitándose en esta clase de análisis introspectivos, se hace fácil la elección de los senderos que nos han de llevar a contemplar los bellos, atrayentes y misteriosos panoramas que ofrece el mundo de los sueños.

VI. Existe un estado intermediario de desvarío entre la vida lúcida y la vida de los sueños, en el cual puede encontrarse la explicación de estos últimos. La transición se realiza suavemente y sin que se interrumpa el encadenamiento de las ideas (véase alucinaciones hipnagógicas de Maury).

VII. Son varios los elementos que concurren a la formación de los sueños: *a)* desarrollo natural y espontáneo de una cadena continua de reminiscencias; *b)* intervención súbita de una idea extraña a las que forman la cadena, debido a alguna causa física accidental; *c)* la voluntad y su acción sobre el sueño.

Además de estas ideas directrices que forman la trama de la doctrina del marqués Hervey, señalaremos las principales observaciones de orden práctico, los medios de dirigir los sueños y la crítica que de su obra hace Vasehede.

I. *No hay sueños sin sueños* (1).—El ha comprobado, ya sea

(1) Los resultados negativos que hemos transcritos al examinar los *métodos experimentales* (véase pág. 13 y sig.) (método estadístico)

despertándose espontáneamente o bien encargando a otras personas esta tarea, que todas las veces, su pensamiento se hallaba ocupado por una imagen onírica cualquiera. Esto ha sido confirmado y experimentado con otras personas. La *profundidad del sueño* influye mucho en la vivacidad de las imágenes: en general cuanto más profundo es el sueño más vivas son las imágenes. Este aumento en la intensidad de las imágenes se consigue también por la *concentración de la atención* sobre un recuerdo o una imagen cualquiera. Parece que el *aislamiento del espíritu* durante la abstracción es propicio al desarrollo de las imágenes nacientes (alucinaciones hipnagógicas de Maury).

En la mayor parte de los sueños se observa un hecho sorprendente: la velocidad incalculable con que se producen los acontecimientos. Como ejemplo típico bástenos citar el hombre citado por Hervey, que provocaba el sueño artificial con haschisch y después en *una noche* soñaba haber vivido cien años!

II. *Ni la atención ni la voluntad quedan suspendidas durante los sueños.*—Tal es la conclusión que cree legítimo poder sacar del gran número de observaciones por él efectuadas. Parece que la voluntad actúa no sólo en la dirección de los sueños lúcidos, sino también en los sueños incoherentes. Es posible entonces cambiar bruscamente la dirección de un sueño evocando a gusto las nuevas imágenes y fijando sostenidamente sobre ellas la atención. De 42 observaciones, 23 tuvieron éxito completo (sustitución inmediata de la imagen), 13 fueron con resultado mixto y el resto negativo.

III. A menudo hay superposición de la realidad con las imágenes oníricas.

IV. *La memoria y la imaginación* se hallan exaltadas en grado superlativo durante los sueños. En muchos casos se han visto en sueños, con una nitidez increíble, imágenes de personas muertas muchísimo tiempo antes, o escuchado pasajes leídos con

pueden interpretarse admitiendo que ellos se deben más bien a la falta de memoria del experimentado que a la no producción del fenómeno. (Véase observación de la pág. 13).

gran anterioridad. Respecto a la maravillosa obra de la *imaginación creadora*, el M. Hervey de Saint Denis cree que la memoria y la concentración de fuerza sorprendente, ha desempeñado un papel importante.

V. Se observa también una exaltación de la *sensibilidad moral y de la conceptividad intelectual*. El autor cita ejemplos de matemáticos y jugadores de ajedrez que han resuelto muchos problemas en los sueños. Hace notar también la influencia de ciertos sueños sobre la moral de los hombres y sobre las acciones de la vida real, y llega hasta a creer que es más fácil conocer las inclinaciones de las mujeres por sus sueños que por su manera de actuar en la realidad!

VI. Existe una relación grande entre el carácter del sueño y las variaciones de la *sensibilidad física*: las personas que gozan de un perfecto equilibrio interior, tienen en general, sueños lúcidos, sucediendo lo contrario en las que se hallan dominadas por una sobreexcitación.

VII. El marqués Hervey de Saint Denis piensa, contrariamente a la mayoría de los autores clásicos, que es posible hallar, con cierta facilidad, la trama de la asociación de las ideas en los sueños, o en otros términos, la *marcha de la arquitectura onírica* y los cambios de sentido que a este último imprime la voluntad. La *abstracción* ejerce una influencia preponderante en los cambios de estado del espíritu durante el desarrollo del sueño y constituye el lazo de unión de las ideas, a tal punto, que llega a producirse una verdadera confusión «entre las dos ideas que la abstracción había aproximado.» Al decir de Vaschide, en este punto, Hervey de Saint Denis, se muestra más psicólogo que el sutil Alfredo Maury.

VIII. La *voluntad* tiene una influencia grande en el desarrollo de los sueños y ella es de tal magnitud, *que el ser que sueña puede llegar a dirigirlos*. Para ello sólo se necesita satisfacer las tres condiciones siguientes: 1.º Poseer, durmiendo, la conciencia de su sueño, costumbre que se adquiere pronto por el solo hecho de llevar un diario de los sueños. 2.º Asociar ciertos recuerdos o invocar ciertas percepciones sensorias, de manera que el retorno de estas sensaciones, dirigido durante el sueño, introduzca en medio de nuestros sueños ideas-imá-

genes a las cuales los hemos hecho solidarios. 3.º Estas ideas-imágenes contribuyen a formar el cuadro de nuestros sueños y la voluntad (que no se hallará ausente cuando se sepa bien que se sueña) regulará el desarrollo según la aplicación del principio «que pensar en una cosa es soñar.»

Haciendo un paralelo entre las obras de estos dos investigadores, Vaschide llega a las siguientes conclusiones que transcribimos textualmente por su importancia. (Véase cap. III, libro II op. cit.).

«El trabajo del marqués Hervey es, en mi opinión, uno de los mejores que se han hecho sobre los sueños; está mejor concebido psicológicamente que el de Alfredo Maury y representa una etapa en la historia de los estudios sobre los sueños y será siempre leído. De las investigaciones de Maury nos quedará el análisis de lo que él llama la *embriología del sueño*, la historia de las alucinaciones hipnagógicas; el marqués Hervey, penetra más íntimamente en el problema, es más psicólogo y dándonos el método práctico de dirigir nuestros sueños, él proyecta por sus observaciones claras, verdaderamente experimentales y precisas, una luz viva, desgraciadamente poco conocida de los autores contemporáneos. Entre los datos experimentales de Maury y de Hervey, existe una diferencia notoria a causa de la manera según la cual estos autores consideran el problema. Para Maury la psicología explica todo; el autor se contenta como Lemoine, admitiendo como verdaderos psicológicamente, todos los esquemas de la dinámica cerebral; Hervey trata el problema como verdadero psicólogo: el espíritu, cuya existencia misteriosa él invoca a menudo, es más apto para explicar la hipótesis de estas construcciones psicológicas y él se pregunta, con justa razón, si la psicología es capaz de explicar este grave problema. Debido al horror que él tiene a los esquemas, se libra al análisis de sus documentos y de sus observaciones, abogando a cada paso que él utiliza los datos de su conciencia de soñador, de su sensibilidad, sin cuidarse si su mecanismo psico-corporal puede darle la clave. No pudiendo seguir todo el trayecto de las fibras nerviosas hasta el cerebro y no imaginando el juego fantástico de la mecánica cerebral, él pide a los hechos, a sus

solos datos mentales, la solución práctica de los elementos principales del problema que él persigue, dejando las grandes cuestiones en su posición práctica o apenas planteadas.»

Una de las críticas serias que este autor hace a la obra de Hervey, es la que se relaciona con la autosugestión que tiene lugar en todo análisis personal minucioso. Es preciso tener en cuenta que la sugestión provocada cuando una idea fija ocupa nuestra atención, sintetiza nuestras ideas y nuestra subconciencia, de tal manera, que al investigar la causa del fenómeno onírico se prepara su solución del modo «más honesto y voluntario.»

Vaschide cree que esta objeción se puede levantar utilizando el método de la experimentación objetiva. Sin embargo, debemos tener presente, como ya lo hemos hecho notar al examinar los «métodos experimentales», que este último se presta a una crítica análoga, debido a la modificación que la voluntad del experimentado provoca (con los agentes externos) en la marcha del «llamado sueño experimental.»

Otro punto débil del sistema, se debe, a que Hervey no hace una distinción neta entre el sueño y los sueños, y tampoco se preocupa de las condiciones exteriores ni de las excitaciones orgánicas que contribuyen a imprimir una orientación determinada a la trama onírica.

En cambio, su idea de que la voluntad ejerce una influencia preponderante al punto de poder dirigir la marcha de los sueños, tiene gran importancia y Vaschide llega hasta creer «que no se podrá constituir una psicoterapia real, hasta tanto no se sepa la manera como modificar la estructura de los sueños.»

Hervey se opone con justa razón, a la comparación entre el sueño y la muerte, de la que han abusado mucho en todas las épocas. Aparte de las razones de orden psicológico que lo asiste para rechazar esta comparación gratuita, existe una de orden lógico bastante atendible: «¿No es desde luego, una idea bizarra, (dice Hervey), pretender comparar una situación que apenas se conoce con otro estado que nada se conoce?» Mejor será aceptar el dicho clásico de que «la vida es sueño» y a aquellos

que la consideran como un sueño penoso, consolarlos con la respuesta del marqués Hervey, según la cual, la vida así concebida, nos daría la feliz esperanza de «despertarnos en la muerte.»

(Continuará).

HORACIO DAMIANOVICH.

Despertar de sombras

A mi madre.

No sé si es un recuerdo, un sueño, una ilusión o una realidad. Sólo puedo decir que lo que a continuación refiero, ha sido parte integrante de mi ser, de eso que parece vivir a través de los siglos y de las edades sin fin...

I

Era una noche silenciosa, una de esas noches en que el misterio de la Naturaleza parece levantarse cual vaporosa nube, cubriendo a los mundos, los seres y las cosas...

Sentía en mí algo extraño: mezcla de raros presentimientos, de dudas, de dolores que fueron, nostalgias de amor y chispazos de misticismo. Todo eso, y mucho más, burbujeaba en el fondo de mi alma, como los primeros movimientos precursores de los grandes cataclismos...

En ese estado especial de ánimo me encontraba en mi gabinete de trabajo; era este un cuarto grande y poco alumbrado: por único foco, tenía una lámpara de aceite, al parecer, perteneciente a uno de esos memorables castillos de las épocas feudales. Sus paredes, no se distinguían; la débil y titilante luz apenas iluminaba la mesa y sus contornos. Sobre ella, en artístico desorden, encontrábanse diseminados libros, manuscritos y pinceles... Viejos pergaminos, cuadros y bocetos ro-

deaban al rígido sillón de baqueta de alto respaldo y relucientes clavos. Este mismo recinto, era a la vez taller de pintor, sala de estudio y templo de abstracciones. Una ventana daba al jardín; por ella se dominaba el espeso bosque y la magnitud del cielo. Variadas enredaderas con sus matices cubrían desde la base la rústica pared.

Abatido mi espíritu por el estado en que me encontraba esa noche especial de mi vida que jamás olvidaré, dejé el trabajo como abrumado por un pesar extraño. Me paseaba por el oscuro gabinete como buscando una solución a mis dolores. ¿Por qué sufría?... Eso, era imposible saberlo: ¡tan grande era la congoja, que parecía sentir sobre mi alma el peso mismo del cielo!...

Mi vida se agotaba... Era mucha mi debilidad para poder descender por la larga escalinata que, desde lo alto, conducía al jardín del castillo, y respirar allí el aire puro y las emanaciones de las plantas acariciadas por la brisa: no tuve otro recurso que abrir la ventana que aprisionaban las hiedras y otras caprichosas enredaderas. Después de continuados esfuerzos, venció al fin mi temblorosa mano a la dura falleba. Al penetrar el aire, agitando cortinados y moviendo pergaminos, parecía que una legión de intangibles entidades invadiera el recinto donde antes sólo existía el vacío inmenso. Un perfume de rara delicadeza: mezcla de violetas, junquillos y azucenas, diríase que constituía esa atmósfera misteriosa donde gravitaban esos seres etéreos. El aroma de las flores, ese mágico perfume derramado por manos invisibles, fué anonadando mi ser, poco a poco, hasta llegar al éxtasis.

II

Algo así como la calma misma del infinito compenetraba todo mi ser e insensiblemente, fuéronse desvaneciendo dudas y pesadumbres... Parecía que el alma, encerrada en su débil mortaja de carne, se asomara con asombro y contemplara con sus espirituales ojos el espacio infinito, donde se mueven los soles y los mundos. ¡Qué hermoso era todo aque-

llo... Los mundos giraban en torno de cada sol, cumpliendo la sublime ley de la Armonía Universal. Difícil sería expresar por medio de palabras tanta magnificencia. Al mismo tiempo que se contemplaban todos los mundos, se *sentían* también todos sus ritmos... Así proseguí mi viaje a través de *espacios distintos*. Diríase que al contemplar los mundos y sucederse los sistemas, se iba desvaneciendo en mi el concepto de tiempo y afianzándose el de la eternidad.

A medida que compenetraba el Universo, parecía modificarse la estructura de mis ojos: miré primero el cielo con los ojos de la Tierra, después, desapareció aquel, y pude contemplar *al mismo tiempo* todos los sistemas y todos los mundos.

Sentir y ver, fué todo uno. El tiempo dejó de ser: las estrellas y los mundos abarcaron el infinito. Mi conciencia siguió a las estrellas, y la Luz inundó el Espacio.....

En el mismo instante en que *sentí y ví* la Luz, perdió ésta poco a poco su intensidad: concentrábanse los soles y reaparecían los sistemas.

Parecía perder mi espíritu sus anteriores facultades. Siguió a ésto una confusión inmensa hasta que llegó mi alma a descubrir el sistema planetario de la Tierra con su Sol y sus mundos.

Desde entonces, volvió mi espíritu a contemplar el Firmamento a través de carnales ojos.

III

Me encontraba de nuevo reclinado sobre la ventana del viejo castillo con la mirada fija en la inmensidad. ¡Cuántas bellezas encierra el Infinito!... ¡Qué nostalgia misteriosa invadía mi alma en esos momentos! Sentía en mi interior algo que *había vivido*: la vida de todos los seres y de todos los mundos—la Armonía Universal, tal vez, a través de toscos y mutables cuerpos... La Tierra me parecía pequeña: fué mucha la Luz para vivir ahora en tan obscuro templo—¡sentía la Unidad del Universo en el limitado mundo de mi espíritu!...

Dos lágrimas brotaron de mis ojos, y el silencio de la noche apagó mis últimos quejidos. ¡Adiós patria de los Dioses; adiós santuario del Infinito!

IV

La Luna se elevaba sobre los montes de robles y castaños que se perdían en lontananza. La lámpara se había apagado y caí postrado sobre el sillón. Un rayo de luz penetraba por la larga y angosta ventana para ir a perderse a mis pies.

El letargo sucedió al dolor profundo, y el vacío volvió a ocupar el lugar de antes. El cansancio me venció entonces, y tuve el siguiente sueño:

Solo, completamente solo caminaba por el mundo. Vivía de recuerdos, de antiguas experiencias, de delicadas armonías. ¡Qué contraste con la frívola vida de los hombres de las ciudades; con sus cotidianas preocupaciones!

Buscaba un sentido al movimiento de los seres, algo así como la gravitación de los mundos, y sin saberlo, me apartaba de la Humanidad. ¡Qué pequeña me parecía la existencia y qué monótona la vida de todos los días! ¡Cuántos años de martirio se sucedían sin cesar! ¡Cuándo volvería a sentir aquí en la Tierra los divinos reflejos del cielo?

Imbuído de un pesar inmenso, vagaba por este valle de dolor y de miserias. Así transeurrieron años mientras recorría campos, aldeas y ciudades...

V

Sufría, sufría mucho... El dolor había tejido sin saberlo la trama de mi nueva vida. Desde entonces, comencé a mirar a los hombres como contemplé a los mundos.

Así como antes mi alma, ante el movimiento universal, compenetró a los soles y a los mundos, así también, compenetró a las demás almas y sintió sus ocultas armonías; comprendí entonces a las piedras, a las plantas, a los animales y a los hom-

bres. Insensiblemente mi alma fué comulgando con todas las almas y penetrando en el misterioso mundo de cada ser. Admiré a la hormiga, escuché a las flores y descifré el enigma del Hombre.

Desde entonces, el dolor de los demás fué también mi dolor: sentí sus dudas y sus alegrías; sus pasiones y sus virtudes. Ya no me sentía solo: había descubierto un microcosmos en cada ser y los intangibles lazos que unen todas las vidas.

¡Qué de bellezas encierra cada criatura en su oculto Sol!

¡Qué valor divino adquiere la palabra cuando se descubre su misteriosa clave!

¡Cuántas cosas dice la serena mirada del hombre cuando tiene la certeza de la inmortalidad!

En cada conciencia existe también un infinito.

VI

Era una tarde de primavera. El Sol se ocultaba poco a poco detrás del horizonte despidiéndose de las flores y saludando a las aves y a los niños. El cielo estaba sin nubes y comenzaban del oriente a destacarse algunas estrellas.

Las aves habían entonado sus himnos; el silencio reinaba y las flores en secreto difundían sus perfumes...

El silencio del crepúsculo fué interrumpido por el canto lejano de una mujer que caminaba por el bosque que circunda al río. Con paso pausado, avanzaba por la inclinada cuesta que nace en lo alto de la montaña y va a morir al valle verde y florido.

Junto al río, en sus tranquilas aguas, contemplaba yo mi rostro y con ansia en los labios, me preguntaba: ¡Quién soy?... La duda comenzaba a elevarse como las nubes que del río nacen cuando el eco del canto lejano sorprendió mis abstracciones... Miré a lo lejos, en dirección a la montaña... Serpenteando en el camino, se aproximaba lentamente una doncella. Llegó hasta el extremo de la senda: era alta, delgada, esbelta y de mirar profundo. A través de sus ojos, ví

reflejarse la Luz de todos los soles, aquella que siempre recordaba, a la que quería llegar.

Se cruzaron nuestras miradas, el silencio renació en mi alma, y se confundió con la Eternidad.

VII

Desperté del ensueño... miré a lo lejos. La aurora anunciaba su llegada; las ranas y los grillos cesaron de cantar. En el bosque cercano, mil aves distintas, en coros aislados, entonaban himnos de alabanza al Astro del Día que asomaba entre rosadas nubes.

El sol se elevaba majestuoso como siempre, y el murmullo del viento parecía decir: «En el Cielo, Dios es Luz; en la Tierra, Amor»...

F. W. GÁNDARA.

Rehabilitación de las concepciones antiguas por la ciencia moderna

Al principio de su obra, ya célebre, sobre la evolución de la materia, Gustavo Le Bon dice: «El dogma de la indestructibilidad de la materia pertenece al reducido número de aquellos que la ciencia moderna había recibido de la ciencia antigua sin modificarlo en nada. Desde el gran poeta romano Lucrecio, que lo hacía el elemento fundamental de su sistema filosófico, hasta el inmortal Lavoisier, que lo apoyó sobre bases consideradas como eternas, este dogma sagrado no había sufrido ninguna modificación y nadie pensaba en contrariarlo.» Agrega, más adelante, que el dogma expira y que, contrariamente a las creencias anteriores, «la materia no es más eterna y puede desvanecerse sin retorno.»

Esta proposición puede considerarse como la expresión misma del espíritu de la ciencia moderna y como el signo del desarrollo que se opera en el mundo científico de algunos años a esta parte.

Como se ve la ciencia moderna, de la que Lavoisier es uno de los más dignos representantes, había creído un deber suyo el separarse de las concepciones antiguas, no aceptando de éstas más que la aserción de la indestructibilidad de la materia.

Es sobre esta aserción que se fundamentaba el materialismo hasta hoy mal comprendido. Minando en sus fundamentos una

doctrina, tan importante que tomaba para muchos el aspecto de un dogma, lo primero que se imagina es que la ciencia moderna se alejaría cada vez más de la antigüedad. Empero, poco se tardó en apercibirse de que, por el contrario, retornábase más pronto de lo que se pensaba a las concepciones del pasado.

¿Se sienten las consecuencias de estas nuevas doctrinas? Disgustan, sí, y ese disgusto proviene de nuestras habituales maneras de encarar la antigüedad.

Desde hace muchos siglos, la antigüedad es para nosotros el paganismo. Es una época imprecisa que el espíritu abraza en globo. Presenta a nuestros ojos una fisonomía muy simple. Parécenos que, siempre, los pueblos que formaban esa antigüedad, no tuvieron jamás más que un modo de vestir y una manera de pensar. No distinguimos diferencias entre ellos. Sólo tomamos en cuenta su diferencia con nosotros. Menos aun, nos apercibimos de sus evoluciones. Sabemos, sin embargo, que cada pueblo poseía un genio especial, que su política varió según los siglos y según los países que habitaron.

No ignoramos que llevaron a cabo grandes obras. Aun nos admiran los vestigios de sus ciudades. Pero los consideramos de un modo poco apropiado. Excepto su arte y su historia, nada conocemos de ellos.

Para nosotros, la antigüedad es la época en que, en las orillas del Mediterráneo, se cantaban hermosos versos, se hacía filosofía especulativa, se esculpían capiteles graciosos; de tiempo en tiempo, peleábase con cierto noble heroísmo, con aptitudes atléticas, y se moría desdeñosamente, seguro de hallar, en un más allá poético, la inmortal recompensa de la gloria. Para nosotros, los antiguos son gentes felices que jamás han padecido nuestros mezquinos cuidados. Son paganos, inmorales pero estéticos, artistas y filósofos pero desprovistos de espíritu práctico. Nos estimamos muy superiores a ellos, si bien, inconscientemente, nos admiran.

Nos sorprende hallarlos tan bien organizados. Nos sentimos un poco estupefactos de verlos tan hábiles en todas las artes. No comprendemos cómo han podido seguir políticas interiores y exteriores que en nuestros días serían imposibles de imaginar.

No concedemos a los antiguos ninguna tendencia científica. ¿Qué era la sociología en la antigüedad? ¿Conocíase la mecánica aplicada? ¿Teníase nociones de estrategia? Los vocablos modernos que caracterizan nuestras diversas ciencias, nos sugestionan algo; nos figuramos que estas ciencias datan del día en que se las bautizó con el nombre que llevan.

Pero se debe mirar toda época de la humanidad y todo pueblo a cada época, como poseyendo un carácter propio, una evolución especial. Sólo se debe precisar que el hombre ha tenido siempre necesidades y tendencias que, en todo país y en toda época le han hecho semejante a lo que es en el día de hoy.

Una sociedad babilónica del año 800 antes de Cristo, no pudo ser muy diferente de una sociedad parisiense del siglo XX. No tendría, sin duda, automóviles y mil otras comodidades que ha engendrado el progreso científico; pero se sentiría confortable, tendría sus modos prácticos de hacer más convenientes las relaciones sociales y la vida en general. Una prueba de ello, es que se acaba de descubrir, precisamente en las ruinas de Babilonia, un gran número de ladrillos llenos de caracteres cuneiformes, que no eran otra cosa que letras de cambio, órdenes de pago, contratos, etc.; acciones y obligaciones nominativas y al portador, contabilidad por partida doble: en fin, todos los elementos que precisa la circulación del valor y del crédito. En Babilonia había Bancos y hasta Bolsas. ¿Y por qué no? La extensión comercial engendra, necesariamente, la circulación del valor y las diferentes formas del crédito: ella implica la banca y muchos banqueros crean un mercado, una bolsa. Babilonia era una ciudad inmensa, y toda aglomeración exige un comercio activo a fin de satisfacer las necesidades de los habitantes. Esto es lógico; pero esto es también espíritu práctico. Es absolutamente imposible concebir pueblos desprovistos de este espíritu práctico. Esto no impide a ciertas individualidades mostrarse únicamente como artistas o guerreros.

Pero si los antiguos poseían verdaderamente algún espíritu práctico, es imposible que no hayan buscado el medio de hacerse de una ciencia aplicada.

Tenemos, por lo demás, pruebas concluyentes de que no eran únicamente gentes especulativas. ¿Qué se quiere decir, entonces, cuando se habla de una ciencia moderna enteramente separada de las concepciones de la ciencia antigua? No es, por cierto, a una ciencia antigua aplicada a lo que se hace alusión, puesto que ella permanece aún ignorada, sino que sólo se hace referencia y se mira sólo a una ciencia antigua especulativa.

Esta ciencia la encontramos entre los filósofos, y nuestra manera *literaria* de considerar la antigüedad nos inclina a creer que los filósofos han gozado de una gran influencia. Falta, para permanecer en el terreno científico, conocer hasta qué punto la filosofía, en una época determinada y entre un pueblo dado, ha tenido influencia sobre la ciencia aplicada. Pero creo más bien, que el procedimiento a seguir debiera ser a la inversa, puesto que se puede asegurar que en los tiempos modernos, precisamente sobre el sujeto que nos ocupa, son las ideas prácticas de Lavoisier las que han modificado las ideas filosóficas concernientes a la materia. ¿Lucrecio ha pensado, porque sí, un día, que la materia era indestructible? ¿Fué de su parte un sueño de poeta? ¿O bien ciertas experiencias prácticas, realizadas en su tiempo, le han inducido a formular una tal aseveración?

He aquí un buen problema a resolver.

En todo caso, lo que se puede decir es que los conceptos de Lucrecio no han sido, en la continuación de los tiempos, universalmente admitidos. Los hermetistas de la Edad Media no han jamás participado de la opinión de la indestructibilidad de la materia. Y estos hermetistas relacionaban sus opiniones con la tradición antigua.

Hay que creer que al lado de los que antes pensaban al modo de nuestra ciencia moderna sobre la materia, había otros que tenían ideas opuestas. La cosa es muy natural, porque haríamos muy mal en imaginar que en cualquier época no ha pasado lo que en nuestros días. Jamás las opiniones han sido unánimes ni sobre un individuo ni sobre un punto de filosofía. Luego, cuando hoy se descubre algo, no hay que sorprenderse de hallar que entre los antiguos pudo haberse presentido y hasta realizado.

Nuestra ciencia moderna se ha separado y se separa más y más de la antigüedad, es cierto; pero ¿de qué antigüedad? De la que, hasta el presente, se había considerado como sola y única. Al progresar, es muy natural que ella acepte poco a poco ciertas ideas que también se esbozaron en la antigüedad y que luego fueron desdeñadas.

Por esto es que la proposición de Gustavo Le Bon parece encerrar cierto menosprecio.

Es muy natural. La teoría de la indestructibilidad de la materia había sido proficua. Tuvo por consecuencia una infinidad de descubrimientos. Cuando se la destruyó, muchos creyeron, de buena fe, que la ciencia moderna se hallaba en peligro. Hubo un momento de emoción. Mas poco a poco todo se regularizó. Al fin y al cabo, la materia continuaba comportándose, en los laboratorios, como si fuera indestructible y nada se había turbado, a no ser la mente de aquellos que se imaginaban saberlo todo.

Finalmente, se ha arribado a la siguiente proposición de Juan Becquerel: es probable que toda materia sufra una evolución; pero la lentitud de sus transformaciones o la rareza de las condiciones favorables, nos da la ilusión de la estabilidad.

Esta es la rehabilitación de los hermetistas. Estos, en efecto, habían sido ridiculizados porque profesaban que la materia evoluciona, pero con una extrema lentitud y que no se puede sorprender esta evolución, ni realizarla experimentalmente, sino empleando mucho tiempo y colocándose en ciertas condiciones.

Hemholtz había ya dicho: «El que conoce la ley de los fenómenos, no sólo ha adquirido conocimientos, sino también el poder de obrar, a su tiempo, sobre la naturaleza misma y de hacerlo trabajar a su capricho. Ve la marcha futura de los fenómenos. Posee, en realidad, las facultades que en las épocas de superstición se buscaban entre los magos y los profetas.»

Estas palabras no carecen de exactitud. Expresan el terror de la superstición y el miedo de pasar por un mago o un

profeta cuando se hace ciencia y no se es más que un físico o un químico. Ese miedo fué el que causó una cierta perturbación en el mundo científico. Parecía que, con las nuevas concepciones, con las vías imprevistas que se habían abierto, se volvía a caer en lo que hasta entonces se habían considerado como errores.

También durante algún tiempo la opinión científica acogió friamente los descubrimientos más sensacionales, y excépticamente las teorías que esos descubrimientos legitimaban.

Sin embargo, hoy día—quince años después del descubrimiento hecho en febrero de 1896 por Enrique Becquerel, de que «ciertos cuerpos poseían la propiedad de emitir espontáneamente, sin que se les suministrara ninguna energía, rayos de diversa naturaleza»—la opinión científica se ha modificado.

Actualmente, todos los fenómenos naturales se refieren a uno solo: la transformación del éter.

Esto ha permitido comprender las relaciones estrechas que existen entre la luz, el calor, la electricidad, el sonido y la materia misma. Es estudiando estas relaciones estrechas que se ha llegado a establecer la telegrafía y la telefonía sin hilos. Más todavía: sir William Ramsay ha demostrado que los elementos materiales podían ser degradados y los cuerpos trasmutados. Ha obtenido la trasmutación en carbono del silicium, del titano, del plomo, etc.

Esto es lo que ha hecho decir a Becquerel: «Todas las sustancias están formadas por cargas eléctricas, *el átomo no puede más ser considerado como inmutable y, sin ser alquimista, se puede decir que la trasmutación de la materia no es una utopía*».

«Pero no se puede pensar, por el momento, agrega, en realizar la trasmutación inversa (de la de Ramsay); la del cobre en oro, por ejemplo. Esta trasmutación necesitaría, sin duda, una energía colosal y no tenemos todavía ningún medio de disponer de la energía intraatómica que sólo sabemos que es considerable.»

Hallamos, en estas concepciones actuales, lo afirmado, bajo otra forma, en diversos pensamientos puramente hermetistas. Por lo pronto, recordaremos el siguiente bien conocido aforismo: «Lo que es abajo es como lo que es arriba»... El átomo en el cual los electrones juegan el papel de los cuerpos celestes en el universo, nos parece hoy absolutamente análogo a este mismo universo y que aun cuando sea lo más ínfimo de la tierra es igual a lo más grande que está en el cielo. Pero no es esta la sola concepción antigua que los descubrimientos modernos obligan a aceptar.

La noción de indestructibilidad de la materia amparaba las siguientes consecuencias: 1.º La materia es enteramente distinta de la energía y no puede crear energía por sí misma; 2.º El éter imponderable es enteramente distinto de la materia ponderable y no tiene con esta última lazo alguno. Estos dos principios parecían tan sólidos como la noción de que eran corolarios. Pero las experiencias hechas sobre los cuerpos radioactivos demuestran que esos principios debían ser igualmente abandonados.

Sí, a pesar de los esfuerzos de Gustavo Le Bon, no estuviera absolutamente probado que la materia se transforma en energía, se admite, al menos, que la polarización de los electrones en el seno del átomo crea una energía llamada *intra-atómica*. La proposición antigua es justa, pero inexactamente expresada. Hay que decir: el átomo material es, en tanto que sí mismo, distinto de la energía, y no puede así crear esta última; pero el electrón que encierra el átomo, puede convertirse en energético bajo ciertas condiciones.

En cuanto al éter, no se nos aparece distinto de la materia si miramos algo más que superficialmente. Concibiendo al electrón como éter transformado, podríamos ver un lazo entre este éter y la materia, porque el electrón es constitutivo del átomo material.

Así, un mundo nuevo se abre a la ciencia. Entre el *mundo material* que se puede ver, si se quiere para más comodidad, a la manera de Lavoisier y el *mundo del éter* sobre el que aún solo podemos formular conjeturas, existe un *mundo intermedio* que es aquel donde el éter se transforma en materia. Este

mundo se halla poblado de fenómenos imposibles de clasificar en los otros mundos y que la física de hoy día descubre poco a poco.

Vemos, pues, a la ciencia, resueltamente empeñada en un orden de ideas que, en cierto modo, puede considerarse como la resurrección de las concepciones antiguas de la alquimia y de la magia. Esto no quiere decir que se vuelva a esas ciencias. La ciencia no retrocede ni puede retroceder. Pero esto significa que muchas proposiciones miradas antes por la ciencia moderna como sueños, son examinadas favorablemente por la ciencia de hoy a título de indicaciones útiles para los investigadores.

PIERRE PIOBB.

Padma-patni o el misterio de la Flor del Loto

(Traducción del libro «La inteligencia de las flores», por Maeterlink)

Entre las plantas acuáticas figura como la más romántica la *Vallisneria*, una hidrocaridea cuyos desposorios forman el episodio más trágico de la historia amorosa de las flores.

La *Vallisneria* es una hierba harto insignificante, desprovista de la gracia encantadora del Nenúfar (especie de Loto europeo) o de otras flores submarinas de airosa cabellera, pero la Naturaleza se ha complacido en desarrollar en ella una hermosa idea.

Toda la existencia de la ínfima planta se desarrolla en el fondo de las aguas, en una especie de somnolencia hasta el momento nupcial en el que vive una vida nueva. Entonces la flor femenina desenrolla lentamente la larga espiral de su pedúnculo, sube, emerge de las aguas y se abre y extiende por la superficie del estanque. De una zona vecina, al verla apenas al través del agua soleada, se eleva a su vez la flor masculina llena de esperanza, atraída hacia un nuevo mundo de ensueño por la mágica sugestión de su compañera. Llegado, sin embargo, a la mitad de su camino la flor masculina se siente bruscamente retenida, porque el tallo que la sustenta y el que le da la vida es demasiado corto no permitiéndole por tanto llegar hasta la luz de la superficie y allí realizar la unión nupcial del estambre (1) con el pistilo (2).

(1) Estambre en botánica es el órgano masculino de la flor y el pistilo, (2) el órgano femenino.

¿Se trata acaso de un defecto o de la más cruel de las pruebas de la naturaleza?... Imaginaos, en efecto el drama horrible de este deseo, de esta fatalidad transparente, de este suplicio a lo Tántalo de estarse tocando y viendo sin obstáculos lo que es inaccesible...

Semejante drama sería tan insoluble como nuestro propio drama sobre la Tierra, más, he aquí que de repente surge un nuevo e inesperado elemento: ¿Tendrá la flor masculina el presentimiento de tamaña decepción? No lo sabemos, pero es lo cierto que ella ha sabido conservar en su corazón una burbuja de aire como nosotros guardamos en nuestra alma un dulce pensamiento de desesperada salvación... Diríase que vacila un instante, más, enseguida con un esfuerzo gallardo—el más sobrenatural de cuantos conozco en la vida de los insectos y de las flores—rompe heroicamente el lazo que les liga a la existencia para volar a las alturas de su ideal sublime. Cortan su pedúnculo y en un incomparable impulso, entre perlas de alegría, sus pétalos afloran ya la superficie de las aguas.... Heridos de muerte, pero libres y rutilantes, flotan un instante al lado de su amorosa desposada! la unión de los dos seres se realiza, después de la cual la flor masculina sacrificada, es juguete de las aguas que llevan su cadáver a la orilla, mientras que la esposa, ya madre, cierra su corola donde aun palpitan los amantes efluvios, enrolla su pistilo y vuelve a descender a sus profundidades para madurar el fruto de un amor heroico y sin límites...

M. R. DE L.

Lo que han hecho de la Iglesia

Una emoción profunda reina desde hace algunas semanas en el seno de la Iglesia. Un grupo de sacerdotes, entre los cuales figuran algunos profesores eminentes de los Seminarios de Roma y de París, ha publicado un folleto, cuyo solo título bastaría para llenar de inquietud a los ilustres cardenales de la Congregación del Indice. Pero el título no es nada. Lo terrible es el tono de honda pena, con la cual esos hombres, llenos de fe, llenos de amor de su estado, llenos de entusiasmo religioso, hacen ver al Papa Pío X la situación lamentable en la cual se halla actualmente la Iglesia.

Siu cambiar una palabra, voy a traducir la definición que el folleto da de la Iglesia Católica Apostólica Romana en el siglo XX:

«Es—dice—una Iglesia reducida al papel de burocracia celosa de conservar los poderes que le quedan y ávida de reconquistar los que ha perdido; es una Iglesia transformada en una fuerza estéril que, a despecho de apariencias soberbias, celebradas aún por mucha gente fácilmente admirativa e inconsciente, no ejerce sino una acción reaccionaria contra el progreso de la sociedad y pierde su influencia, tanto más cuanto se obstina en tratar de resucitar las apariencias de su poder pasado.»

No hay que perder de vista que estas palabras, en las cuales está resumido el espíritu del folleto entero, han sido escritas

por un grupo de sacerdotes, y que estos sacerdotes no son ni rebeldes, ni cismáticos, ni siquiera modernistas, sino simples hombres de buena fe, y de fe, que se duelen de ver la ceguera de los que dirigen al clero por un camino que no puede conducirlos sino al abismo. Los autores mismos del folleto proclaman su lealtad a la Iglesia cuando, después de preguntarse si no sería mejor separarse de ella para seguir aisladamente una vía más conforme con el cristianismo verdadero y con la vida moderna, exclaman:

«No; mañana o pasado, o dentro de un año o dentro de diez años, poco importa la fecha, pasará con Roma lo que ha pasado con la China, que parecía más inmutable aun: el cambio será radical; los poderes exagerados hasta la usurpación, las ideas impuestas hasta la opresión, el polvo humano hollado hasta la abyección, todo volverá a su sitio natural».

Claro que los periódicos católicos se empeñan en quitar importancia a estas palabras, tratándolas de quiméricas.

«¿Por qué—pregunta «L'Univers» a los que de tal modo hablan—por que continuáis en el redil de la Iglesia, puesto que así pensáis?»

—Porque somos tan católicos como vosotros—contestan los interrogados.

Y hasta podrían agregar:

—Porque tenemos el deber sagrado de tratar de salvaros a vosotros, los esclavos de Roma, de la heregía antievangélica en la cual vivís.

El caso de monseñor Duchesne es uno de los que han determinado, según parece, la publicación de este folleto.

«Esto prueba—dicen los vaticanistas—que se trata de rencores personales.»

Mas, ¡ay!, la verdad es que esto prueba lo contrario; esto prueba que la política mezquina de los cardenales de Pío X ha llegado a exasperar aún a los más obedientes miembros del clero instruido. Monseñor Duchesne, en efecto, había publicado su «Historia Antigua de la Iglesia» hace años, y nadie la encontraba reprensible. Pero sucedió que, hablando del lujo insolente de los cardenales, permitiéndose en su discurso de recepción de la Academia Francesa decir algo que no podía gus-

tar a los Merry del Val, a los Vives, a los Rampolla, a los Capecelatro. Y en el acto, como por milagro, la Congregación del Índice comenzó a encontrar páginas pecaminosas en la obra admirable del admirable historiador.

«Acabarán por condenar su libro»—dijo Loisy.

«No, no puede ser»—contestó la prensa católica.

Y, de pronto, sin respetos humanos ni divinos, la predicción de Loisy se realizó. Monseñor Duchesne tuvo que humillarse, como antes se había humillado el abate Max, de Sajonia.

Toda la política del Vaticano está en esos alardes de poder vano, en estos actos de despotismo espiritual, que permiten creer al Papa que aun puede hacer temblar al mundo, como las ancianas se figuran, cuando alguien los saluda con afecto, que aun son capaces de inspirar pasiones.

E. GÓMEZ CARRILLO.

Ciencia

La verdadera ciencia no es sectaria, no agita vanas banderas. No es escéptica, pero sabe dudar; no se mentiría a sí misma llamándose materialista, no pudiendo decir exactamente lo que es la materia; espiritualista no sabiendo lo que es el espíritu.

Es la Ciencia, es decir, la investigación de la Verdad, allí donde sea, como sea, dulce o cruel, humillante o gloriosa.

No conoce de la materia más que las modalidades, divide los cuerpos en moléculas, las moléculas en átomos, entre los átomos busca el éter impalpable, intangible, imponderable. La pendiente del análisis la lleva de los colosos celestes a un no sé qué, que no es el vacío, pero que no puede tocarse, ni pensarse, ni sentirse. Su dinámica explica la metamorfosis eterna del mundo, pero no podría penetrar la esencia última de las cosas ni explicar su forma. Cuando pronunciamos el nombre de materia sabemos bien que hay tras esta palabra un desconocido profundo, tan obscuro como el que envuelve las palabras favoritas de la filosofía.

HIPÓLITO GIRGEOIS.



L

(Es
Di
— J
Dr
Dr
(Al
— J
Pr
Inc
— J

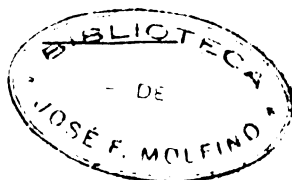
LA CRUZ DEL SUR

Ciencia - Filosofía - Tradicionalismo

Director: ANGEL CLARA

COLABORADORES:

DR. EDUARDO L. HOLMBERG.—RICARDO ROJAS.—DR. MARIO ROSO DE LUNA (España). — DR. HORACIO DAMIANOVICH.—RÓMULO D. CARBIA.—DR. VIRIATO DÍAZ PÉREZ (Paraguay).—DR. FEDERICO W. GÁNDARA.—SALVADOR MARÍA BOUCAU.—PROF. J. FERNANDO CARBONELL (Uruguay). — DR. RENÉ BASTIANINI. — DR. DELFINA MOLINA Y VEDIA DE BASTIANINI.—JUAN AMADO (Paraguay).—DR. MIGUEL CATALANO.—DR. ULISES L. BERGARA.—SRA. ALICE VON SONKLAR (Alemania).—F. DÍAZ FALP (Uruguay).—ADRIÁN A. MADRID.—SALVADOR BOCCA.—JORGE DAMIANOVICH.—DIEGO MOLINARI.—ING. ENRIQUE MARCÓ DEL PONT.—PROF. JUAN G. LACRAMPE.—PROF. EDUARDO MELGAR.—P. DIAMICO (Brasil).—ING. EMILIO REBUELTO.—ALFREDO FRANCESCHI.—DR. GUILLERMO F. SCHAEFER.—ALEJO CURUCHET.



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Ramón L. Falcón 2230 (Flores)
BUENOS AIRES



IMPRENTA Y CASA EDITORA
"ALSINA"
Victoria, 1287

1913

SUMARIO

<i>Los «Ensayos» y el «Quijote» . . .</i>	JORGE DAMIANOVICH.
<i>Probabilismo.....</i>	MIGUEL CATALANO.
<i>España y Roma.....</i>	RÓMULO D. CARRIA.
<i>El determinismo de la Creencia.</i>	ANGEL CLARA.
<i>La vida.....</i>	ELY SART.

LA CRUZ DEL SUR

CIENCIA - FILOSOFÍA - TRADICIONALISMO

AÑO I.

JUNIO 1913

N.º 2.

DIRECTOR: ANGEL CLARA

Los "Ensayos" y el "Quijote"

Estos dos libros extraordinarios y originales pueden decirse de la misma época, pues no lleva el primero más de un cuarto de siglo de antelación al segundo (1580-1605), el uno en la proximidad y el otro al principio del siglo XVI, famoso siglo de las letras.—Murió Montaigne de 59 años y Cervantes de 69.

Ambos han sido tenidos como los prosistas más notables de su tiempo en sus respectivas lenguas, sin haber dejado de ser modelos de facilidad, gracia y buen sentido.

Ambos fueron *filósofos*, (cristianos y católicos), teniendo independencia Montaigne para alabar a los protestantes y Cervantes para criticar a los clérigos.

Ambos fueron admiradores de los poetas, historiadores y filósofos de la antigüedad, llegando Montaigne hasta la idolatría de los antiguos con mengua de los modernos.

Ambos coincidieron en su admiración por Julio César, si bien Montaigne prefiere a Alejandro Magno.

Ambos dieron formas nuevas y atrevidas al lenguaje, llamando las cosas por su nombre.

Ambos apoyaron su juicio en grandes autoridades, trayendo la opinión ajena como sostén de la propia.

Ambos trajeron modismos y cuentos que se han incorporado al caudal común y cuyo origen está en las obras mencionadas.

Pero procedieron de distinto modo. Montaigne, es más realista y no tiene más personaje que él mismo. Cervantes más idealista, y si bien el Quijote es en el fondo el mismo Cervantes, y ambos estudian la humanidad en un tipo humano, el último ha puesto en escena diversos personajes y ligado en la trama de

su historia muchas historias y caracteres que dan variedad a la obra sin perjudicar su unidad.

Montaigne narra la historia de sí mismo, y aunque Cervantes también narra la historia de Don Quijote, se vale de Sancho y de Dulcinea para definirlo mejor. El caballero, el escudero y la dama, son la trinidad de la caballería, y son a la vez elementos que están en la naturaleza y forman el equilibrio humano. Don Quijote es el hombre superior, amarrado a Sancho que es el vulgo y arrebatado por Dulcinea que es el ideal.

El Quijote es una obra más literaria que los Ensayos, y ambas son originales en su concepción y desarrollo.

No es esto decir que los Ensayos no tengan páginas literarias. El discurso que pone en boca de la Naturaleza contra el temor de la muerte, a que da el autor mucha importancia, es un trabajo de aliento, de bella literatura y de profunda filosofía. La tesis que sostiene sobre la inteligencia, razón, discernimiento y demás condiciones de los animales es brillantísima.

Tienen los Ensayos como el Quijote muchos pensamientos y sentencias muy bellos. Y al lado de esto—con perdón del autor de los Ensayos—cosas vulgares, de realidad anatómica e inconducente.

Cervantes no dice menos pero lo dice bien y a propósito. Uno y otro tenían la libertad del filósofo y querían demostrarlo.

Bien está que en el Quijote se diga *puercos* (*sin perdón*) porque así se llaman y el perdón era una cortesía ridícula. Pero de eso a repetir Montaigne tres veces en diversas partes de su obra, ligada a anécdotas interesantes y graciosas, una palabra grosera que no se puede escribir porque queda atrás de toda decencia, no me parece aceptable. Que se hubiera dicho una vez, por el enérgico y ridículo contraste, que en el más alto trono uno se sienta con..... lo que se sienta, bastaba. Confesamos que el Quijote tampoco dice en latín lo que piensa de la madre de los que figuran en su novela cuando viene a pelo.

Pero se ha de perdonar a Cervantes por la habilidad con que salva los escollos. Describe la escena de la venta, diciéndolo todo sin decir nada de más, lo mismo que las consecuencias del miedo de Sancho y del encantamiento de Don Quijote en la ca-

rreta de bueyes. Vamos, si al leer esto no se puede menos de exclamar: todo se puede decir cuando se sabe decir.

Tampoco me parece bien motivado en Montaigne el detalle de los supuestos deseos de su propia hija, y el exceso de lubricidades de Claudio y Mesalina; salvo que se haya propuesto demostrar que el hombre es inferior a los animales, lo que no es ajeno a sus ideas.

Al lado de esto hay valentía de filósofo: en combatir a los médicos como inútiles y hasta perjudiciales, aunque esté contra la opinión común y la de Cervantes que fulminó a los malos y honró a los buenos: en sostener que los animales son tanto o más inteligentes que el hombre, y que los conquistadores de América eran muy inferiores a los indios. Cervantes dice que de los animales hemos aprendido muchas cosas.

Hay también en los Ensayos una gran riqueza de citas muy bien escogidas. Cervantes se le parece en sus predilecciones latinas, siendo Montaigne un latinista formidable a quien su profesor le hablaba en latín cuando el discípulo solo tenía seis años.

Montaigne empezó a escribir los Ensayos en la plenitud de la edad y en su retiro, después de haber abandonado la magistratura; recapacitó sobre su vida y unió a sus recuerdos las observaciones que iba practicando; era la historia de un hombre, con saltos, sin lógica, como se presenta, como es la vida humana, mosaico en lugar de una sola pieza.

Cervantes escribió el Quijote ya cargado de años y de sufrimientos y en una cárcel según él lo dice como alarde de su inocencia. Cada uno estaba en su cuerda. Montaigne para escribir la historia de un hombre, Cervantes para cantar la epopeya de un héroe; la obra de aquél era la realidad, la de éste una creación, aquella se impone como es, ésta se lleva como se piensa y siente. Las dos son admirables, pero el Quijote lleva la ventaja de lo extraordinario sobre lo común. La razón es lo común, pero la razón, dice Montaigne, procura argumentos para probarlo todo: es un jarro con dos asas que puede cojerse del lado derecho lo mismo que del izquierdo.

Los dos libros demuestran una grande erudición: Cervantes se muestra muy informado de las obras poéticas españolas, ita-

lianas y latinas. Y una de las cosas más admirables de los Ensayos es el tesoro de sus citas, en que predominan los grandes poetas, dando razón a nuestro Echeverría que dijo—y la poesía... ¿qué es sino filosofía?

Cervantes es más sentimental que Montaigne. Y mientras éste apenas cultiva los sentimientos naturales de la familia y de la amistad, y especialmente de ésta, Cervantes levanta el amor a las estrellas y hace que su héroe a fuerza de ser grande se conforme con ser bueno como una águila que se posa en un árbol cansada de volar. Se compadece de los pobres de quienes dice «también los pobres virtuosos y discretos tienen quien los siga, honre y ampare, como los ricos tienen quien los lisonjee y acompañe.

Es desconcertante lo que dice Montaigne de la variedad de las leyes y las costumbres, bien que su pintura siniestra esté de acuerdo con la implacable realidad. Es un pesimista. Cuando por medio de la razón viene a afirmar la nulidad de ésta; yo me digo: tal vez surge de esta contradicción una verdad, y es que debe haber en nuestro organismo facultades desconocidas u ocultas e influencias extrañas que dirigen nuestras acciones.

Cervantes no se coloca a mucha distancia de Montaigne cuando exclama que todo el mundo es igual,—y compuesto de máquinas y trazas contrarias las unas a las otras.

Mientras los capítulos de los Ensayos no tienen una manifiesta relación, los del Quijote son todos cuadros acabados de una sola tela.

Estas obras monumentales se están poniendo hoy a la moda, que también vuelve la moda de las cosas viejas, que como los cometas desaparecen por un tiempo, si bien las obras extraordinarias brillan siempre como ciertos astros extinguidos. Así las grandes obras citadas conservan su veneración por la antigüedad clásica, trayéndonos a la memoria aquella razón fundamental de la experiencia humana, firme base de legislación, invocada por el famoso código de «Las Siete Partidas» cuando prescribe: porque *dijeron los sabios antiguos*...

Lamento tener que limitarme a estas ligeras y atrevidas líneas en tan importante asunto.

JORGE DAMIANOVICH.

PROBABILISMO

AL DR. HORACIO DAMIANOVICH.

El hombre conocerá la verdad porque ella existe.

«Niuuno infatti piú di te e di me puó esser convinto della nobiltà della nostra ragione e della necessita, non pure di non rinnegarla, ma di ricorrervi ad ogni passo; che se per un istante avessimo potuto dubitare di ciò, il dolore in ciò stesso ci avrebbe saputo ben presto confermare. Adunque noi non riconosciamo né ammettiamo la fede cieca, la fede irragionevole. Chi non vuol ragionare e si contenta di credere sulla parola altrui compie lo stesso suicidio intellettuale di chi respinge ogni fede, anche fondata sulla ragione.

Del resto ragionare é cosa tanto semplice, da rendersi piú difficile il pensare senza il ragionamento o contro il ragionamento che non il pensare ragionando. E per quanto ognuno, come suol dirsi, pensi e ragioni a modo suo; tuttavia la verità é sempre una e bisogna avere il coraggio di dirla tutta senza ipocrisia come senza viltà.» Lettera al prof. cav. Giovanni Hoffmann.—*A. Sacchi.*

Consecuente con el espíritu de nuestra época, que rechaza y evita admitir todo aquello que no se le ha podido indicar minuciosamente su desarrollo y razón de existencia, su valor práctico inmediato efectuado con un estricto encadenamiento lógico, trato, en todo lo que me es posible, satisfacer dichas exigencias.

Actualmente en el vasto dominio de las especulaciones artísticas, científicas, filosóficas y religiosas, entra el probabilismo como poderoso auxiliar de la inteligencia. En sus movimientos y especulaciones, parece ser este momento histórico, el siglo del probabilismo. Sería bueno y útil que se estudiara su influencia sociológica, en la evolución del pensamiento y en la ética gene-

ral; su influencia no puede pasar desapercibida para aquel que estudia ciencias y religiones; mucho del desarrollo de la crítica en nuestra época tiene sus fuentes en el probabilismo, porque incita al análisis y a la correlación. Del estudio meditado e imparcial del probabilismo, en las consecuencias y relaciones que dimanarían de la filosofía de la ciencia y de las religiones, se podrían obtener provechosos resultados para emplearlos en la labor educativa de los pueblos, que necesitan una amplia instrucción y una sana moral. Con dicho estudio se prepararía la creación de una ciencia amplia, libre de dogmas y de una religión que nos daría el sentido del hombre y de los mundos, en su faz más sublime, libre de prejuicios, que tanto nos atan y ciegan. Es lo que se anhela.

En unos casos, con el probabilismo, se trata de abarcar y explicar los objetos y fenómenos de orden material y concreto, en otros se actúa en el mundo de las ideas. En la primera de esas dos formas se tendría, *el probabilismo científico*, con bastante importancia y representantes en nuestra época. El que actúa puramente en el campo de las ideas forma, un *probabilismo* propio de *las creaciones mentales*. Pasemos a definir lo que entendemos por dicho sistema.

El *probabilismo* trata de las hipótesis, concepciones y sistemas más o menos generales, de sistemas científicos, filosóficos y religiosos, que se refieren en unos casos a personas, objetos e ideas, tomados en particular o ya también en general o referidos al universo, presentadas al espíritu exclusivamente como concepciones y sistemas, armónicamente elaborados y lógicos, sin exigir sean la representación de la verdad o de la ley, pudiendo cada individuo armonizar con uno de ellos y creer en su realidad y certeza.

Tratemos de historiar todas las razones, que se alegan para dar la razón de existencia del probabilismo. Sabemos que la exactitud, en las representaciones y juicios que nos hacemos de nuestro mundo interno y externo, es modificada y transformada por múltiples causas. Es en estas alteraciones, donde están las bases para que nuestras especulaciones ulteriores y generales,

adolescan de exactitud; conscientes de esta condición nuestra, es que nos vemos forzados a admitir, la *probabilidad de exactitud* de las diferentes concepciones. La imposibilidad de poder realizar exactamente nuestras observaciones, nos hace formar falsos conceptos y de éstos erróneos sistemas; dada la ingénita imposibilidad de saber lo cierto en nuestras actuales condiciones, nos hacemos discípulos del probabilismo. Pero aun mismo, cuando fuéramos facultados de una exacta observación, no estaríamos exentos del error en nuestras especulaciones, porque una cosa es observar bien y otra pensar bien; nuestros aparatos registradores realizan la condición de observar bien y quizás el genio y el intuitivo realizan el pensar bien y verídicamente. Es en la imposibilidad que reconocemos de poder saber lo cierto y verídico, que se nos impone como un sistema filosófico y de la inteligencia, *el probabilismo*.

Las razones que indicamos como causas, para que la exacta observación no se realice, son objetivas y subjetivas.

Entendemos por *objetivas*, aquellas causas del mundo exterior, que modifican nuestra observación y nos hacen incurrir en error; así lo podemos observar en el examen de la calidad e intensidad de un color, que depende de la calidad e intensidad del color de la fuente luminosa; también nos podemos cerciorar de esto, cuando queremos saber el gusto de una mezcla de cosas, el cual sabemos influyen los gustos parciales de los componentes. Lo imprevisto y lo desconocido, nos inducen en error, por la falta de hábito en estas observaciones y porque correlacionamos mal. El medio, en sus influencias parciales, que hace por medio de la familia, la sociedad, el pasado y las ideas que nos hemos formado del futuro, de los mundos, las razas y los individuos, modifican las observaciones y *determinan* al pensamiento; estas últimas las denominaríamos en especial, influencias sociológicas y religiosas.

Entendemos por *subjetivas*, aquellas causas que se refieren y dependen del sujeto. Estas modificaciones pueden depender de la constitución anatómica y fisiológica de los sentidos, que nos relacionan con el mundo exterior. La agudeza de los sentidos, depende del desarrollo, de su perfección, de su especialización y del grado de salud. Creemos que no es necesario enumerar

todos los casos de ilusión en que incurren nuestros sentidos, ya por propio defecto o por la disposición y arreglo especial que tiene lo que observamos. Una mala inteligencia y una falsa intuición, son causas puramente subjetivas, que nos llevan al error.

Las causas que he enumerado, en su conjunto, como objetivas y subjetivas, que influyen y hasta modifican nuestras observaciones y nos hacen incurrir en la creación de falsos conceptos y sistemas (sin poder cerciorar, por nuestra propia capacidad intelectual, cuáles son aquellos sistemas más próximos a la realidad, más verídicos), son las causas que nos hacen admitir el probabilismo.

Otra de las razones que podríamos aducir, para establecer la existencia del probabilismo, de orden puramente subjetivo es: *el sujeto quiere que exista el probabilismo*.

Las causas indicadas, que falsean las observaciones y por consiguiente los sistemas que construimos, no sólo son patrimonio de las épocas presentes, lo fueron igualmente desde el lejano pasado y seguirán siéndolo para innumerables años venideros, hasta que el ser que nos habrá de reemplazar, haya desarrollado la intuición genial de las cosas y de las ideas.

Las huestes del probabilismo, tanto en el pasado como en el presente, lo forman aquellos seres que no tratan de engañarse y se dan sinceros, entusiastas, al hallazgo de la verdad, libres de toda traba y limitaciones. Como una condición natural, es el probabilismo tan antiguo o más que la misma edad del hombre. Los animales más simples y sencillos, como los más complejos y evolucionados, van constantemente y continuamente *probando el valor* de sus experiencias, aceptándose así en forma natural, la existencia de un *probabilismo animal*. Es quizás este probabilismo animal, que ampliado, hecho lógico y racional, constituye el probabilismo del hombre. La naturaleza hermana a los seres, en su constitución, en sus funciones y aptitudes y hasta en sus más íntimas y misteriosas trascendencias ulteriores de la existencia; la fraternidad está en todo y por todo.

Estas indicaciones las he expuesto, con la idea de hacer notar que el probabilismo, tiene muchos años de existencia, como una condición natural en todos los seres de la naturaleza; to-

davía seguirá teniendo muchos años de vida, aun para el mismo hombre, hasta que no se haya libertado de su vida condicionada y determinada, para pasar a los dominios de la vida intelectual, pura y completamente libre, donde la intuición es el método del conocimiento.

Nada hay nuevo bajo el sol, dice el axioma salomónico. En épocas pasadas, se hizo cierta especulación del probabilismo. Es en la antigua Grecia, patria genial y creadora de nuestro pensamiento occidental, tanto en las artes, como en la ciencia, en la filosofía y en las religiones, donde podemos encontrar rastros en la especulación de este sistema. Cuando su filósofo Sócrates decía: sólo sé que nada sé, se implicaba en cierto modo, este sistema. No es, el aforismo citado, lo suficientemente explícito en indicarnos, si la condición de ignorancia es eterna o temporaria, para los hombres. Se ha tenido representantes, del probabilismo, en todas las épocas transeurridas; se comprueba en la numerosa creación de sistemas filosóficos y en nuestra propia ciencia, no nos sorprende la creación de numerosas geometrías, que partiendo de axiomas que son absurdos para nuestra naturaleza, elaboran geometrías puramente conceptuales y lógicas. No son reales para nuestro pensamiento, pero pueden serlo para existencias especiales. ¿Acaso podemos independizarnos de nuestra constitución, para la buena observación y entendimiento?

Muchas de las creaciones conceptuales, en la filosofía y en la ciencia, nos sorprenden y extrañan, por lo arriesgado de sus conclusiones, por la negación que hacen de la realidad, de su cómo y de sus finalidades. El número de sistemas posibles, no sabemos si es infinito, ni podemos dar por terminado el número de estas especulaciones. Hay sistemas que consiguen nuestra aprobación, pero podemos negar que vendrán otros más amplios y con más afinidades con nuestra manera de sentir y de pensar. Porque en la inteligencia y en el saber, se siguen los mismos procesos vitales de nuestros cuerpos: *evolucionan*. Definida y limitada es la vida de los seres; cada uno ve según sus propios ojos; innumerables son los seres y sus ideas. ¿Acaso son todas ellas, aspectos de la verdad?

Los sistemas, para ser admitidos en el probabilismo, deben reunir ciertas condiciones. No exige sean verídicos y respondan a la realidad, que en una vida futura de superhombres será el *sine qua non*; el hombre actual, no conoce la verdad y si la posee lo ignora, porque no tiene intuición. El probabilismo pide, eso sí exclusivamente, que los sistemas, para ser tales, deben ser totalmente armónicos en las partes que admite, en las consecuencias próximas y lejanas del más insignificante detalle, no debiéndose hallar ninguna contradicción dentro del sistema.

Esta exigencia, que se atribuye al probabilismo, es propia y característica de toda persona que piense. Cualquiera, hasta en sus más simples ideaciones, exige esa condición de *armonía*, que comúnmente denominamos *condición lógica*. No es pretensión mía dar el *porqué* nuestro espíritu exige dicha condición de armonía; está por sobre todas las creencias y sistemas. Basta reconocer inconsecuencia o desarmonía en un sistema, para que éste se subdivida y hasta se anule. Aquí está la razón fundamental, para que las creencias de los hombres, aun aquellas más dogmáticamente admitidas, sean puestas en duda, se modifiquen y hasta sean integralmente rechazadas y substituídas por nuevos valores y creencias. Es ésta quizás, la razón de la alquimia de las creencias. La armonía la exige el hombre, en las artes, la ciencia, la filosofía y las religiones. El amor es armonía de almas. Dios es armonía de mundos, de cosas y de seres.

Se ha dicho que no se podía dar la causa, ni el porqué de la armonía que queremos y pedimos, en la existencia de las cosas, de las ideas y de los sistemas. Indicaré la que formulan los hombres. Dios exige y ha dispuesto que sus criaturas, *sepan, sean bondadosos, justos, amen, vivan y contemplen la divinidad*, por la armonía; ésta es, la *razón teísta*. Todo es Dios y en cada ser hay una partícula divina o alma superior, que formando con las demás la unidad divina, es fraternal; la fraternidad es armonía y por intermedio de ella, se aman y se conocen; ésta es, la *razón panteísta*. La herencia, el ambiente, el desarrollo de cada ser y sus necesidades, han ido formando,

determinando y desarrollando en cada ser, la necesidad de ver, obrar, sentir y pensar, por intermedio de la armonía; ésta es la *razón, evolucionista*. Se podría decir que: ver por medio de la armonía es, una propiedad de los seres, como decimos que el peso es una propiedad de la materia; ésta es, la *razón materialista*. Como puede notarse se puede dar una *razón teísta, panteísta, evolucionista y materialista*. Con el evolucionismo parece que se implicara, un teísmo o un panteísmo.

Dar el *porqué* verídico de las cosas, nos es imposible; es por eso que he indicado *cómo* y en qué condiciones nuestro espíritu, como el probabilismo, admite y eleva las diversas ideaciones, al rango de sistemas. Armonía en los principios, armonía en el conjunto, armonía en sus consecuencias, ésta es la condición.

Los sistemas que se nos presentan, sin la armonía que hemos indicado, son considerados como incompletos o falsos. Se podría dar una idea, de semejantes sistemas, con las siguientes proposiciones: Vivo en Buenos Aires, por consiguiente, la materia es eterna.—Estamos en el mes de Junio, por consiguiente, mi sombrero no sirve.—Me llamo Herminio, luego soy un sabio.—Dos más tres son, treinta, etc. Son relaciones éstas, que nuestro espíritu no admite, al igual de muchos sistemas, que son rechazados por esa falta de armonía o lógica, aunque pudiera ser que fueran la misma verdad.

Este principio de armonía, puede estar diferentemente manifestado en los hombres, por no hablar de los animales. Es por eso que observamos individuos, con ideas que se contradicen o anulan. También formulamos como causa de esa desarmonía a la ignorancia. La inteligencia se manifiesta distinta, en los diversos seres y ciertas concepciones individuales, consideradas como armónicas, pueden para seres más superiores, ser burdas galimatías.

Es de llamar la atención que el principio de armonía, pueda ser previo, exclusivo, el *sine qua non* de cualquier sistema, por particular o general que el fuere.

Con el probabilismo podríamos tratar de darnos, todas las explicaciones e hipótesis, que se refieren a las cosas ponderables y a los fenómenos registrables; tendríamos así, un probabilismo de orden científico filosófico y concreto. Aquí estarían comprendidos, los distintos sistemas, de las escuelas naturalistas.

Cuando con el probabilismo, se encaran los diferentes sistemas filosóficos, de orden puramente mental, no relacionados con lo que comúnmente denominamos materia y energía, tendríamos un probabilismo, que desenvolviéndose en el mundo de las ideas, constituiría el probabilismo que denominaríamos abstracto. Aquí estarían comprendidos todos los sistemas idealistas. Es de este probabilismo abstracto que me ocuparé, en el presente artículo.

Todo sistema filosófico, implica un *método*, con el cual se observa, se estudia y se comprenden las cosas o las ideas. El sistema del probabilismo tiene también su *método*, con el cual todo estudioso investiga, tomando todas las posibilidades y cree en último análisis en aquel sistema, que más armonice con sus condiciones de sentir y pensar. Así es como se realiza, la armonía inteligente. Hoy la crítica, tanto en ciencia como en religión, ha demolido y vuelto a construir, los mismos sistemas dentro de sus líneas generales, cuando no ha preferido inventar uno nuevo. Aquí está la razón de ser del *método del probabilismo*. Se impone irrefutablemente a nuestro espíritu y el individuo que lo analiza, tiene ventajas sobre el sectario, que no ve, ni piensa, ni medita, sino al través de una estrecha rendija. Con el método del probabilismo, se encaran las ideas de otro sistema, con un *algo* que lo coloca, en verdadera superioridad intelectual y ética. Hace al individuo, tolerante y respetuoso de las ideas y de los hombres; y le coloca en el verdadero camino del conocimiento y de la gnosis. En medio de la pampa, se contempla toda la extensión del firmamento, con sus mundos y sus soles; y la extensión de la Tierra, con sus cosas, sus seres, el dolor, la muerte, la alegría y el amor. Vida, al aire libre y no vida de cavernas, donde reinan ilusiones.

El *probabilismo*, tomado como *sistema filosófico*, es el sistema de los sistemas. Estudia los sistemas y sus principios, desde el punto de vista de las posibilidades; observà, la extensión de lo

que abarcan; establece las relaciones que guardan entre sí. Determina qué relaciones guardan, en conjunto y por separado, con el principio de la creencia en la verdad o con su negación, la ignorancia. Trata de crear nuevas concepciones y sistemas, como pura especulación teórica o práctica.

Daremos comienzo, al estudio del probabilismo, encarado como sistema filosófico. El criterio de análisis, que emplearemos, es compararlo con el fondo de verdad, que nos puede ofrecer, siempre que admitamos la creencia en el principio de la existencia y conocimiento de la verdad; también se analizará este sistema, comparándolo con la creencia en el principio de la existencia del caos universal, tanto en los objetos, como en las ideas.

Para facilitar la comprensión del lector, dándole una idea de conjunto y haciéndole notar las relaciones que guardan sus distintas partes, haré preceder el estudio analítico del sistema del probabilismo, por el siguiente cuadro sinóptico:

PROBABILISMO

Que toma todas las probabilidades.				Que toma una probabilidad.	
Como simples probabilidades		Como verdades		e) Como armónica con la naturaleza de cada sujeto y no terminado	f) Como armónica con la naturaleza de cada uno de los seres que se cree que se conocerá, la verdad.
a)	b)	c)	d)		
Y cree que no se conocerá la verdad.	Y cree que se conocerá la verdad.	Y cree que las distintas probabilidades, se sucederán en el gobierno del universo, una después de la otra.	Y cree que cada una, tiene una fracción del universo, en la cual se cumple dicho sistema como una verdad.		

En este cuadro, se entenderá por *probabilidad*, cada sistema en particular.

Se irán exponiendo cada una de las subdivisiones, que simbolizamos por letras, en el orden sucesivo en que están clasificadas. Para cada subdivisión, expondremos su sistema filosófico especial y las subdivisiones ulteriores a que diere lugar; se hará su crítica y se expondrá la ética que tendría el individuo que actuara consecuente con dicho sistema particular. Todo ésto, se hará sucintamente y dentro de líneas generales.

a).—*Es una subdivisión del probabilismo, que toma todas las probabilidades simplemente como tales y cree que no se conocerá la verdad.*

La verdad, no se podrá conocer, ya porque ella no exista o ya porque, dadas las condiciones, biológicas y psíquicas del hombre, éstas se lo impidan. *Aquellos seres que niegan, la existencia de la verdad*, ley armónica para los seres que los hermanan y deifica, creen que el caos es la ley. Los fenómenos y las cosas, no tienen ninguna relación con sus causas. Admiten la armonía, de las ideas y principios, puramente abstractos, dentro de cada uno de los sistemas que abarca. El principio de continuidad, no es admitido en este sistema; la ley armónica es una exigencia convencional en el campo de las ideas, pero ella no existe como realidad en el mundo de la materia y de la fuerza. La ética particular de los individuos consecuentes con este sistema, es armónica en su campo mental. Como en la vida de sus hechos no hay relación cualitativa, ni cuantitativa, no tienen ninguna moral. No existe para éstos, la moral. No hay sufrimientos ni alegrías. No existe el conocimiento. Estos individuos, son como sin razones, con derecho a la existencia. El estudio de los diferentes sistemas, no le fastidia, ni le deleita y sin embargo estudian. Se estudia porque sí. La vida no tiene ningún porqué, ninguna razón, ninguna finalidad. Sin embargo hay para tales creyentes, aunque tampoco tienen ninguna razón de creer y creerlo en determinada forma, la creencia o la convención, en la armonía de los sistemas. Estos individuos, son como dos seres, en uno observan con caos, el caos; y en el otro observan con

armonía, ideas y sistemas, estableciendo relaciones de causa y efecto. No se ve, en los individuos de este sistema, una absoluta consecuencia con lo que son; quizás dependa que no lo podamos concebir.

Aquellos seres, que creen en la existencia de la verdad, admiten la existencia de una ley armónica, para los objetos, los seres, las ideas, los sistemas y los mundos. Admite el principio de continuidad, para toda la existencia, aunque crea que él no sabrá nunca, cuál es la verdad. Las cosas y las ideas, siguen las relaciones de causa a efecto. La existencia tiene una razón, un porqué, un modo de actuar y relacionarse, cada una de sus partes, una finalidad. Se observan y se estudian las relaciones, de las cosas y de las ideas; se tiene un cierto conocimiento parcial, pero no se conocerá la ley de todas las relaciones, de todos los porqués, de todas las finalidades. Las cosas siguen la verdad, sin su conocimiento.

La ética del individuo, que actúa consecuente en esta creencia es, creyendo que las cosas siguen por fuerza la ley, sin poder evitarla; una *ética determinada* en su más amplio sentido; los valores del bien y del mal no existen y la ley es la voluntad, el deseo, el pensamiento, las simpatías, el amor.

El individuo puede creer en una transformación, de las condiciones biológicas y psíquicas del hombre y por dicha transformación, poder tener el conocimiento. Cree en un sistema, porque siente la armonía, pero se ve obligado a dudar de todos. ¿No pueden ser, meras apariencias? El individuo, se ve obligado a dudar.

b).—*Es una subdivisión del probabilismo, que toma todas las probabilidades simplemente como tales y cree que se conocerá la verdad.*

Tiene bastante parentesco con el conjunto del sistema que hemos explicado, pero se diferencia radicalmente, en la categórica afirmación de la creencia en la verdad, ley de todas las relaciones y que implica todas las razones y finalidades. Se admite, la continuidad y armonía, para toda la existencia. Se ad-

mite, la relación de causa y efecto. Se puede creer, que el sistema que se admite, es la verdad.

La verdad se conocerá, pero ¿cómo se conocerá? El hombre de ciencia, dirá que ella es el verdadero camino, para adquirir la verdad. El filósofo dirá que es la filosofía. El religioso, que es la religión. Los evolucionistas, nos dirán que la vida desarrollará esa capacidad de conocer. Otros atribuyen ese conocimiento a una raza futura de superhombres, que poseen el don de la adivinación consciente. Cada uno de ellos en particular, pretenden ser el único, exclusivo y verdadero camino, para adquirir el conocimiento absoluto.

El individuo, trata de poseer el conocimiento y su ética, quiere estar de acuerdo con la verdad. No poseyendo la creencia del conocimiento absoluto, el hombre establece grados de valor, para sus actos personales y de relación. Trata de realizar éticamente, todos los sistemas, deseoso de estar armónico con la ley. Si la ley existe, independientemente de su individualidad, su ética es determinada. Si la ley es formada, por el concurso de todas las individualidades, su ética es determinada y tiene una parte de libre albedrío.

c) *Es una subdivisión del probabilismo, que toma todas las probabilidades como verdades y cree que ellas se sucedrán, en el gobierno del universo, una después de la otra.*

¿Qué tiempo durará cada sistema, gobernando la existencia y siendo durante ese tiempo, la ley y la verdad? No se lo indica. Puede variar desde un tiempo muy corto, hasta uno bastante largo.

Cada sistema, teniendo su individualidad propia, se diferencian por consiguiente entre sí, aunque pudieran tener cierto parecido. Estos sistemas, como distintas verdades, deben sucederse, uno después del otro; no se nos indica en qué orden, con qué ley de sucesión, deben efectuarse dichos cambios.

En el momento del cambio de un sistema, por otro, se produce una discontinuidad, porque la verdad del uno, no es la del otro. Se admite, por consiguiente, cierta discontinuidad

que va contra el principio de la existencia de una sola verdad, en toda la eternidad. Se admite en síntesis, la existencia de armonías; la existencia de desarmonías. No se comprende, en virtud de qué, un determinado sistema. puede dejar de existir, para ser reemplazado por otro.

No se puede pensar que la desarmonía, que existe entre los diversos sistemas, es aparente, porque se admitiría de esa manera, una relación armónica, de todos los sistemas, lo cual equivale a reducirlos a uno solo; pero nosotros, hemos establecido diferencias irreductibles, para cada sistema.

El conocimiento de la verdad del sistema que gobierna y de los que le sucederán, puede ser una cosa que el hombre no podrá realizar nunca, porque los individuos son limitados en su conocimiento, o porque siendo muy breve el tiempo que dura cada sistema, no permite la realización de tal conocimiento. La ética de los individuos, que actúan en este sistema, condenados a la ignorancia, quedan sus actos justificados por dicha ignorancia. Preferirá gozar individualmente o sacrificarse, pero él ignora la verdad. Dudará de todo.

Cuando se admite que la verdad, se conocerá, para cada uno de los sistemas en vigencia, se plantea el problema de cómo se realizará tal conocimiento, que se resuelve de la misma manera, como lo hemos efectuado en (b). La ética del individuo, que actúa en este sistema, es estar en armonía con cada una de las diferentes verdades, que implican cada uno de los sistemas que se sucederán en el gobierno del universo.

d) *Es una subdivisión del probabilismo, que toma todas las probabilidades como verdades y cree que cada una tiene una fracción del universo, en la cual se cumple dicho sistema como una verdad.*

Hay grupos de cosas, de seres, de atributos, manifestaciones y relaciones, que para cada caso particular existe una verdad o ley que le es propia. Es como si se admitieran la existencia de muchos mundos.

Del uno al otro, no hay ninguna relación. Se admite la dis-

continuidad, por dicha falta de relación, de todas las cosas de la existencia. La verdad es una en el mundo de las ideas, otra en el mundo de materia y otra en el mundo de la fuerza.

Se puede ignorar, para siempre, cuáles son esas verdades parciales; la ética del individuo, que actuara dentro de la corriente de este sistema, tendría que darse al instinto, porque ignorará el conocimiento de la razón de su ética.

Se puede admitir que se conocerá cada una de las verdades por los caminos que ya hemos indicado en otro lugar. La ética del individuo, dentro de este sistema, responderá armónicamente con el conocimiento adquirido. Tendrá varias éticas, cuando tenga que actuar, en grupos distintos de cosas.

e) Es una subdivisión del probabilismo, que toma una probabilidad, como armónica con la naturaleza de cada determinado sujeto y no cree que se conocerá la verdad.

Los individuos que actúan en este sistema, realizan aquello que es armónico con su propia manera de ser, independientemente de la misma verdad, que cree no se conocerá, ya porque ella no existe o porque el hombre, por sus condiciones biológicas y psíquicas, queda limitado e imposibilitado.

Cuando se admite que no existe la verdad, se cree en el caos y la sin razón. El individuo no tiene ética, aunque realiza un sistema, con lo cual admite cierta armonía, que quedaría anulada por la naturaleza de este sistema.

Cuando se admite que la verdad existe, aunque no se conocerá la verdad, se admite una ley en el universo de las cosas. Existe la relación de causa a efecto. Hay una continuidad armónica en la existencia. Como el individuo no puede conocer la verdad y existiendo una ley que todo lo relaciona y armoniza, la ética del individuo es instintiva; la naturaleza lo guía y no existe una tabla de valores morales. Su moral es la que armoniza con su naturaleza de ser.

f) *Es una subdivisión del probabilismo, que toma una probabilidad como armónica con la naturaleza de cada uno de los seres y cree que se conocerá la verdad.*

Se cree en una verdad y se admite la existencia de la ley que rige a la vida de las cosas. Se admite la continuidad y la relación de causa a efecto.

La verdad se conocerá por los caminos que habíamos indicado, de la ciencia, la filosofía, la religión, la evolución o la intuición consciente.

La ética del individuo trata de armonizar con la ley. Su conocimiento progresa y por eso tiene una tabla de valores morales, para el bien y para el mal.

La exposición que hemos hecho, admite como principio, que existe el mundo objetivo, el no-yo. En caso contrario, me hubiera evitado esta molestia, pues lo hubiera realizado para mis propias concepciones interiores. Muchas de las críticas que se hacen y de orden personal, no pueden ser evitadas, porque deben ser hechas y pensadas, con la mente del que esto escribe. El lector, podrá hacer las suyas, agregar mucho de lo que falta y suprimir lo incorrecto, que siempre se desliza y pasa inadvertido.

Actuando en las construcciones lógicas y armónicas que forman el sistema del probabilismo, nuestra inteligencia se ensancha y se abre a la verdad, contemplándola sin temores ni dudas. Es la obra grande y positiva que este sistema realiza.

El procedimiento de presentar a nuestro espíritu todas las probabilidades, tienen la ventaja de romper con prejuicios y estrechos formulismos, que coartan e impiden el sano progreso. Aquellos que acostumbrados a una regla, fórmula o cartabón, en nuestros conocimientos intelectuales y en nuestra vida ética, entran por primera vez en el método de este sistema y en su gimnasia mental, están como colocados ante un abismo caótico y cruel.

Es con esta base del probabilismo, que se han construído muchas ciencias, partiendo de ciertos conceptos fundamentales admitidos por la razón como probables, pero exigiendo dentro del mismo cuerpo de la ciencia así construída, una perfecta armo-

nía de sus partes; nuestro espíritu relegado a sus exámenes interiores, no era llamado a dictaminar, con la tabla propia de sus valores éticos o intelectuales, si dichos principios y ciencias así contruídos, eran verídicos o falsos. Es en los matemáticos poderosos auxiliar para la comprensión, que se han hecho ensayos de estas construcciones hipotéticas; numerosas son las geometrías así inventadas; aunque no tienen una aplicación inmediata en nuestras necesidades comunes, guardan en el campo del pensamiento, un mundo que le es propio. Es en la filosofía, donde la numerosa diversidad de sistemas, prueba acabadamente esa razón de existencia del probabilismo, en su más amplio sentido, cuando no nos creemos poseedores de la verdad y si simples amantes, que damos por ella, estudio y sacrificio. En estas gimnasias del pensamiento, creando ciencias y sistemas filosóficos, concepciones religiosas y morales, es que el hombre da nacimiento a aquel atributo propio de los dioses: *la creación*; primero crea en el mundo de las ideas y luego pasa a las creaciones en lo que es plástico y concreto: la materia y la fuerza, en su más amplio sentido.

Hecho un sistema probable, por lo armónico y lógico de su construcción, no se da con ello una prueba de existencia verídica. Sería bueno y práctico que los creadores de sistemas, nos indicaran con qué valor lo presentan, si ya es como una probabilidad o como una creencia de que la verdad es ese mismo sistema: así sabríamos a que atenernos y nos serviría, para indicarnos qué categoría de principios, son los que admitimos como ciertos; de lo contrario, observamos en el campo de la filosofía, sistemas de los más extraños, que nos chocan y contradicen, defendidos por notabilidades del pensamiento e ignorando si la defensa que ellos les hicieron, era puramente de orden lógico o porque creían firmemente en ellos.

En el probabilismo, entran los sistemas de orden general, los particulares, las hipótesis, las concepciones individuales científicas y religiosas, los sistemas puramente lógicos. Según la amplitud de los sistemas, ya se refieran a cosas concretas o simplemente a ideas, se tendrá su importancia y sus alcances.

Nos es más que conveniente, colocarnos en el examen de las cosas e ideas, dentro de la filosofía del probabilismo; se hará obra

amplia y constructiva. Acaso se produciría en el comienzo de esta gimnasia, una duda general; ésto es, preferible a toda estrechez y dogmatismo.

Atravesamos un momento histórico, en que se inician creaciones, hasta en la misma ciencia, de sistemas puramente conceptuales y lógicos o sistemas interpretativos de las cosas de la naturaleza. Todo se nos presenta, como un resurgimiento de platonismo, aunque con marcadas diferencias. No erige el probabilismo las ideas a la categoría de lo verdadero en la naturaleza, pero dicho sistema puede actuar enteramente, en esos dominios. No afirma el probabilismo que la idea es lo único y fundamental, pues también hemos mencionado un probabilismo científico. También la ciencia, estudiando como lo hace, la fuerza, la materia y sus fenómenos, no afirma que eso es lo único y verdadero. Esto pretende resolverlo la metafísica y para el orden de creencias personales.

El probabilismo que surge, está llamado a cumplir una sana y vasta reforma. Sus frutos, se pueden empezar a observar en nuestra época. Su acción debe ser secundada, por todos aquellos que sueñan en el triunfo, del bien, de la justicia y del saber. Pretende abrir, nuestro espíritu a la verdad. Rompe con prejuicios, nos sana del dogma, que *clericaliza* y embrutece. Nos abre a la vida amplia, intensa y fraternal; *amplia*, porque cada sistema nos muestra nuevos horizontes; *intensa*, porque implica realización de vida; y *fraternal*, porque nos capacita a sentir y vibrar con las cosas, los seres y las ideas. Y así, creamos el Dios en nuestros corazones, ya que lo hemos muerto en el cielo.

M. CATALANO.

España y Roma (*)

Punto de arranque.—La política de España con la Santa Sede.—Situación externa de la Iglesia en España.—Espiritu religioso español.—El descubrimiento de América y la bula de Alejandro VI.—El Patronato de Indias.—Segunda faz de la política de España en sus relaciones con Roma.

La necesidad de fijar un punto de partida al encadenamiento de las causas cuyos efectos se han de conocer en estas páginas, obligánme a arrancar desde un punto remoto. La situación espiritual de España, la de su política internacional y todo cuanto se relaciona con el estado en que vino a quedar la Península luego de finalizar la reconquista con la toma de Granada, son, como ha de quedar evidenciado, factores de los que no se puede prescindir en un estudio cabal de la colonia. Esta fué la consecuencia de aquello, y si es hoy indiscutible que los sucesos históricos obedecen a leyes que resultan del nexo de los hechos, nada se impone más que este análisis preliminar del foco céntrico. Lo que ocurrió en América no fué, en manera alguna, la obra de eventualidades caprichosas, sino la consecuencia de premisas que estuvieron en hechos y sucesos de la Península, anteriores, coetáneos o que siguieron al Descubrimiento. Luego

(*) Capítulo de la obra *El régimen colonial en el Río de La Plata*, próximo a aparecer. El autor, don Rómulo D. Carbia, nos ha favorecido con esta primicia de su interesante obra, llamada a modificar muchos conceptos referentes al sistema de colonización empleado por España. El presente capítulo, es una síntesis del estado de España a la época de la conquista y de esa especie de lucha constante que mantuvo la realza con el Papado.

hemos de ver, en la percepción de la *serie histórica*, como el encadenamiento de que habla Sorel, explica hasta los detalles del proceso dinámico (1).

Al producirse la aparición del Nuevo Mundo, recién aquietada España después de ocho siglos de guerra por la independencia, y solucionado ya el problema de la unión capital con el matrimonio de Fernando e Isabel, se había comenzado a pensar, resueltamente, en la expansión territorial, fuera de la Península. El Estado de Nápoles era la base de esa expansión, y la correspondencia mantenida por los Reyes Católicos con sus embajadores en Roma, informa puntualmente de los procedimientos que se empleaban para dar cima a este anhelo. El Rey Don Fernando, a pesar del hallazgo de Colón, y en fuerza de que no lo pudo apreciar en toda su importancia, no abandonó sus proyectos sobre Nápoles, y está de manifiesto en la documentación conocida, que sus relaciones principales con la Santa Sede tuvieron un preciso y tendencioso carácter político. Desde Valladolid, el 2 de Noviembre de 1509, don Fernando escribía a su embajador en la Corte del Pontífice, en forma que evidencia el propósito capital que lo llevaba a cuidarse de sus relaciones con la Iglesia (2). Más tarde, en cartas fechada en León el 5 de Diciembre del mismo año, encargaba al personaje de referencia, que hiciera entender al Papa que

(1) Alfredo Sorel ha dicho: *Rien en histoire ne s'explique que par enchainement.*

(2) La parte pertinente de este documento reza así:

«Yo creo que Dios cegó al papa por sus pecados para que trate mal como lo faze las cosas de la fe y las cosas del Rey de francia y mias porque nosotros respondemos por su fe y por su iglesia y entendemos en el remedio y reformation dello/y rectamente quanto en mī fuere yo entiendo de lo fazer y posponer todas las otras cosas por esta en que tanto va al seruizio de dios nuestro Señor y al bien vnyuersal de la christiandad que yo creo que entanto que toujercemos tal papa nunca salieran trabajos y zizañas de la Christiandad y que si dios nos diesse un buen papa no solamente seria el causa de la paz de Christianos mas creo que se abriría campo muy recto para la destruccion de todos los jñfeles. ha procurar lo suso dicho yo soy muy obligado por lo que deno a dios nuestro Señor y por otra parte el papa me da gran causa para ello porque me trata como ha enemigo. Quando el ouo de ser assunto al papado prometió que

no debía experimentar su paciencia (1), actitud que confirmaba lo que ya había hecho declarar al Pontífice en 1508, con motivo de una solicitud que formulara en el sentido de que se le permitiera prender a los eclesiásticos que conspiraran o cometieran crímenes de lesa majestad. En esa ocasión había encargado a su enviado que pusiera de manifiesto al sucesor de Pedro la necesidad palpable de que se le extendiera una bula acordándole esa facultad, pues que de no proveerse así, *tendría que fazerlo sin bulla como lo fazen los otros príncipes*... (2).

Parece indiscutible que se tocaron todos los extremos en estas negociaciones políticas del trono de España con la Santa Sede, antes y después de descubierto el Nuevo Mundo, y así durante el reinado de Fernando e Isabel como bajo el cetro de sus inmediatos sucesores. Las instrucciones de la misión que los Reyes Católicos confiaron al Obispo de Tuy, al abad de Sahagun y al doctor Juan Arias ante el trono del Papa, inéditas hasta hace poco, demuestran cuales eran los sentimientos que abrigan los soberanos peninsulares. En ellas encargan a sus enviados que, después de exhortar al Pontífice a la paz, le manifiesten que siendo ellos príncipes cristianos debía él tratarlos como a hijos *«con todo amor e dilección, e proveer en las cosas de nuestros reinos a nuestras suplicaciones e desagrar-*

me daría luego la investidura de napoles libremente «(es decir, sin cobrarle los derechos)»/después dixo que porque estonces no hauja paz y concordia entre mī y el Rey de francia que era mejor que no se declarasse parcial en dar la investidura porque quedasse por medianero para procurar la paz entre nosotros y siendo fecha la paz la daría.»

(Documento del Archivo Histórico Nacional de Madrid. Pieza publicada por el Marqués de Bendaña).

(1) *«Decid de mi parte a nuestro muy santo padre... no quera experimentar my paciencia»...*

(Documento del Archivo Histórico Nacional de Madrid, actualmente en vitrinas).

(2) Carta datada en Burgos el 3 de Mayo de 1508. (Citada por el Marqués de Bendaña en su obra: *Dos siglos de nuestra historia*, tomo I, pág. 95).

nos de algunas provisiones hechas por Su Santidad en los dichos nuestros reinos, en nuestro perjuicio... (1).

Por su parte, el Padre Mariana, refiriéndose a las actuaciones posteriores hechas para la obtención del reino de Nápoles, declara que el rey católico, *acordó de valerse del Papa y ayudarse de la enemistad que tenía con el Rey de Francia para alcanzar la investidura de aquel reino (2).*

Y tal lo logró, porque la situación política del Papado le prestó una aprovechable conjuntura. El mismo P. Mariana dice que al Papa le parecía mal acceder al pedido del monarca, y que después «como se vió embarazado en negocios tan graves, por valerse de la ayuda de España, acordó de dar la investidura de manera y tan ampliamente como se pudiera pintar» (3).

* * *

Lo que resulta de lo consignado hasta aquí era la situación de la política internacional de la Península, con respecto a Roma en la época a que quiero referirme, y la externa de su iglesia, vinculada por decontado a ella, la que va a poderse conocer en seguida.

Durante los seis primeros siglos, según la opinión de los canonistas, la iglesia de España siguió la disciplina general en cuanto se relacionaba con la elección de los obispos que era privativa, entonces, del clero y del pueblo, al punto de que toda promoción hecha por otra vía conceptuábase nula. Tal se deduce por lo menos, de la epístola 68 de San Cipriano al pueblo y clero de España, acerca de Basíldes y Marcial y del texto

(1) *Colección de documentos inéditos para la Historia de España* por Salvá y Sainz Baranda, tomo VII.

(2) Mariana: *Historia General de España*, libro XXIX, cap. XXIV.

(3) *Ibidem*. Conviene recordar que el Papa Alejandro VI había concedido parte del derecho sobre el reino de Nápoles al rey de Francia. Para acordarlo a Felipe hubo de argüirse que el monarca francés había perdido ese derecho por no haber acudido con el reconocimiento que debía y por haber exagerado el feudo «cuando se concertó con el Rey Católico», sin autorización del Papa, único señor de aquel estado.

del canon XIX del IV Concilio de Toledo, celebrado a fines del año 633 y que es bien claro a este respecto (1).

Esta doctrina, empero, se conservó poco tiempo íntegramente, pues parece indiscutible que en las postrimerías del reinado de Recaredo, muerto como se sabe el año 691, el poder real comenzó a tener intervención en la designación de los diócesanos. Posteriormente, y hasta el siglo X, era facultad privativa de los cabildos de las catedrales, la elección de los obispos. En 1085, el Papa Urbano II concedió a Pedro I de Aragón y a los jóvenes del reino, el derecho de patronato sobre los pueblos que arrancaron al poder sarraceno y sobre las fundaciones eclesiásticas que erigieron en ellos; y a partir de esta fecha en todo el reino de Aragón ese derecho se hizo efectivo y luego pretendió extenderse a toda España, a raíz del matrimonio de Fernando e Isabel, que trajo la unión de este reino con el de Castilla. Y he dicho que se pretendió extender porque, en realidad, Castilla jamás gozó del privilegio concedido al otro reino. Tuvo sí algo que podría llamarse *derecho de protección*, y del cual habla la ley 18, tít. V de la Partida I, pero de ahí no podía emanar, ni emanó, la regalía de la presentación.

Ella recién fué concedida a Castilla por bula de Sixto IV, datada en 1482 y extendida más tarde a todo el territorio español por Adriano VI, en 1528, durante el reinado del emperador Carlos V, y confirmada después, con cierta restricción, por el concordato de 1753.

Las restricciones a que he aludido consistían en que de todos los beneficios residenciales y simples, 52 quedaban fuera de patronato y debían ser directa y privativamente provistos por el Papa.

Conviene advertir, todo esto empero, que no fué la presentación de obispos el único punto especial de regalía. El *pase regio* lo fué también, y el señor Golmago dice a su respecto lo siguiente:

(1) El canon en cuestión dispone que: «No será sacerdote ninguno a quien no eligiese ni el clero ni el pueblo de su propia ciudad o que no hubiese obtenido el asentimiento de la autoridad del metropolitano o de los obispos comprovinciales.»

«Los que sostienen como anejo a la soberanía el derecho de retención, se remontan al origen de la monarquía en busca de hechos en que apoyar el ejercicio de esta regalía, y presentan como tales entre otros la confirmación de los concilios de Toledo por parte de los reyes godos, la publicación con la aprobación real de dos concilios de Coyanza y León en el siglo XI y el haber insertado Don Alonso el Sabio en sus partidas muchas de las Decretales de Gregorio IX. Nosotros estamos muy distantes de considerar estos hechos como prueba del derecho de retención, porque lejos de poner trabas al poder eclesiástico, ni coartar su potestad legislativa, vienen al contrario prestándole protección, y erigiendo en delitos civiles la infracción de las leyes secesias. El primer documento que se encuentra en nuestra legislación, prohibiendo sin previo examen la circulación de bulas y breves pontificios, es una ley recopilada de los reyes católicos dada en un caso especial para la ejecución de una bula de Alejandro VI sobre la publicación de indulgencias. Ni en el Fuero-juzgo, ni en las partidas ni en ninguno de los antiguos códigos españoles hay una sola palabra que indique el ejercicio ni el derecho de retención de las bulas, etc. En la Real Cédula de los Reyes Católicos de 1497 se dispuso «Que estén suspensas e no se prediquen Bulas ni Quæstas apostólicas algunas, salvo seyendo primeramente examinadas por el Ordinario de la diócesis do se hayan de publicar, e por el Nuncio apostólico e por el Capellán mayor de sus Altezas o por uno o dos Prelados de su Consejo por sus Altezas para esto deputados».

«Esta ley está calcada en la bula de Alejandro VI expedida a suplicación de los Reyes Católicos, y en la cual declara este Papa suspensas todas las indulgencias concedidas y que en lo sucesivo se concedieran: *«donec per loci Ordinarium in cuius civitate et diocesi pro tempore publicabuntur et deinde per nostrum et Sedis Apostolicæ prædictæ Nuncium in partibus illis tunc existentem ac Capellanum maiorem eorundem Regis et Reginae consilio assistantem, per eos ad id deputandos bene et diligenter an sint veræ litteræ apostolicæ, visæ et inspectæ fuerint»*.

«Como se ve, por las palabras del papa y de la Real cédula,

el examen versaba únicamente sobre las bulas, muchas de ellas falsas, que tenían por objeto la publicación de indulgencias y exacción de limosnas para fines piadosos; y el examen no lo hacía ni el Rey, ni su consejo, sino los Prelados. Las leyes recopiladas, dos de los reyes católicos, una de Don Carlos y Da. Juana y otra de Felipe II, únicamente versan sobre la misma materia y hasta Fernando VI, en 1747, no hay ninguna relativa a otros asuntos. La Bula *In coena Domini*, a pesar de su remota antigüedad, no consta que se retuviese en España hasta los tiempos del Emperador en 1515; es decir que pasaron casi trescientos años, sin que los reyes se atreviesen a oponerse a su admisión en estos reinos. Don Juan Luis López, del Consejo de S. M. en el Sacro y Supremo de Aragón, en su *Historia legal de la Bula In coena Domini*, hace subir su primera publicación en Roma al año 1254» (1).

Completa de versión de Golmayo, en cuanto hace a este particular, el P. Santaclaro, el cual dice:

«En España publicábanse libremente las constituciones generales tanto de fe como de costumbres; pero en los negocios particulares y a queja de parte, el rey suspendía la ejecución de la concesión pontificia y mandaba que sus reales tribunales procediesen a su examen.» Y luego, refiriéndose a lo que ocurrió en España durante el reinado de Carlos III agrega:

«En España reprodujose el mismo año con el carácter de ley—Ley 9.^a, tít. III, lib. II de la Nov. Recop.—la pragmática dada el 18 de Enero del 1762. Al reproducirse la citada *pragmática* se mandó que todas las bulas, breves, rescriptos y despachos de la curia romana que contuvieran ley, regla u observancia general, derogación directa o indirecta del Santo Concilio de Trento, disciplina recibida en España, y sus concordatos con la Santa Sede; asuntos de jurisdicción contenciosa: alteraciones o dispensas referentes a los institutos de los regulares y exención de la jurisdicción eclesiástica ordinaria en favor de

(1) *Instituciones del derecho canónico*.—Ver, asimismo, tomo III, de la *Revista Eclesiástica de Buenos Aires*, trabajo del P. Santaclara sobre el *Pase Regio*, y J. Aguirre: *Curso de disciplina*.

cualquier cuerpo comunidad o persona, se presentasen en el consejo para obtener el pase. De la presentación en el consejo se exceptuaban los breves y los rescriptos de indulgencias y dispensas matrimoniales, los de edad *extra-témporas*, oratorios, y también los de Penitenciaría, todos los cuales habían de obtener el pase de los ordinarios diocesanos. Como complemento de esta ley se publicó el año 1778 otra—ley XII, tít. III. lib. II—que dispone que todas las gracias pontificias, indultos, dispensas, etc., etc., deben necesariamente solicitarse por mediación del Ministerio de Estado, para lo cual se creó la Agencia General de preces a Roma» (1).

* * *

Historiadas así en su primer plano, las relaciones entre España y la Santa Sede, y puesta de manifiesto la situación externa de la Iglesia en la Península, queda aún por conocer un factor fundamental. Quiero referirme al espíritu cristiano de esa parte de Europa. Y vamos a ello (2).

Dado como indiscutible el hecho de que en la guerra de ocho siglos que sostuvo España contra el invasor árabe, el factor religioso tuvo una importancia principal, fácil es deducir la constitución ideal de la Península y mucho más dar con el por qué de ciertas ideosineracias peculiares. En fuerza de la lógica, hay que conceder que los dos sentimientos capitales de religión y patriotismo anduvieron entremezclados, y casi sin delimitación precisa, en aquel tragín guerrero que fué ocupación preferente de una veintena de generaciones sucesivas. El estoicismo natural y humano, como herencia de Séneca, es para Ganivet el cimiento más profundo que se descubre en la constitución ideal de España, cuya Iglesia y cuya sociedad, a juicio

(1) Trabajo citado, en *Revist. Eccl. de Buenos Aires*:

(2) Como se verá, sólo abordo aquí una faz del asunto anunciado. Luego, al ocuparme del espíritu religioso colonial, volveré a él para hacer un análisis hondo. Tal hago porque entonces y no ahora habrá llegado el caso de precisar detalles. Juzgo que lo que va aquí, es lo esencial y suficiente para la comprensión del fenómeno que pretendo hacer perceptible.

suyo, se desenvolvieron bajo la presión de la moral estoica (1); y quizá sea esta una explicación cabal de las modalidades y características que se han de notar en el modo de ser peninsular. En moral, los estoicos lo sacrifican todo al deber, teniendo por objetivo el fin general y dominando toda inclinación que lleve hacia el interés del individuo. De ahí, a mi juicio, lo que explica los heroísmos como el de Guzmán el Bueno, bastante comunes en la historia paladinesca de España, y tantos otros hechos en cuya dinámica se descubre un factor a maravilla poderoso.

He dicho que la religión jugó un papel importante en la guerra por la independencia, y debo agregar que a ella, más que a otra cosa alguna, debió su exuberante dilatación por la Península, bien que parezca cierto que quizá porque fué ese el vehículo que la condujo, sus raíces no estuvieron siempre a la profundidad que se hacía necesaria para que fuera estable. Y hasta estoy seguro de no pecar de ligereza dejando constancia de que las anormalidades que se notan, a este respecto, en la crónica histórica de muchas regiones de España, obedecieron precisamente a eso (2)

La vigilancia y la inculcación del espíritu cristiano, que mantenía unido a los súbditos del trono frente a la progresión del califato, fué constante preocupación de los monarcas, y nada informa mejor sobre este particular que la legislación en vigencia durante los ocho siglos de dominación sarracena. La Iglesia y sus ritos ocupan un puesto de honor en todas las leyes de ese período y parecen ser el fundamento de todas ellas. En las *Partidas* de Alfonso el Sabio, por ejemplo, con excepción de los dos primeros títulos, la partida primera está consagrada a cosas de la Fe. El título tercero de ella lleva este rótulo: *De la Santa Trinidad e de la Fe Católica*, y el cuarto: título figura una ley que determina: *en qué manera se debe fazer el bautismo, e quién lo puede dar*. Otros títulos de este

(1) Angel Ganivet: *Idealismo Español*.

(2) Véase la *Historia de los heterodoxos* de Menéndez Pelayo y lo que dice P. Giner en su *Historia de las dos negociaciones supremas*:

mismo código versan sobre asuntos de teología pastoral, rúbricas, etc. En el *Ordenamiento de las Tafurerías*, del año 1314, la ley I impone severas penas a los que *descreen*—hasta la de cortar la lengua—y determina que a los reos les *fagan decir Señor Dios e Santa María, en vos creo, en vos fío...*» El título II del *Espéculo* de don Alfonso, habla *De la Trinidad y de la Fe Católica*, y el título I de la ley I, libro I de las *Ordenanzas reales de Castilla*, obra de los Reyes Católicos determina: «*Como debe creer todo fiel cristiano en la Santa Fe Católica*» (1). Y por último, en el *Septenario* con que se trató de unificar la legislación, pero que nunca llegó a tener fuerza ni carácter legal, se ven tratadas cuestiones como la de los siete dones del Espíritu Santo, la del sacrificio de la misa, y otras de parecida índole (2).

Sólo he señalado, como se ve, algunos códigos, pues la tarea de ocuparme de todos sería inoficiosa y larga (3).

Los indicados, empero, bastan para dar idea de lo que deseo evidenciar en punto al amalgamamiento con que aparecen en la legislación española las cosas del espíritu y de la conciencia individual, con aquellas que atañen a la vida colectiva en el Estado. Pero si los códigos aludidos tal lo demuestran y cercioran, ninguno, sin embargo, lo hace mejor que el *Fuero Juzgo* que coloca a los jueces civiles bajo la vigilancia del poder eclesiástico, al punto de permitir la apelación ante los obispos en las querellas falladas por los magistrados seculares, y que da al diocesano facultad para revocar y reforzar las sentencias de carácter civil (4).

(1) Dice así: «E si qualquier Christiano con ánimo pertinaz, é obstinado errare, é fuere endurecido en no tener, y creer lo que la santa madre Iglesia tiene y enseña: Mandamos que padezca las penas contenidas en nuestras leyes de las Siete Partidas, las que en este libro en el título de los herejes se contienen.»

(2) Marina: *Ensayos sobre la legislación*, libro VII, núm. 18.

(3) La *Novísima Recopilación*, dedica el libro I, con XXX capítulos, y el libro II, con XV capítulos a la materia. En la *Recopilación* no escapa nada, desde la *Santa Fe Católica*, (título I, libro I) hasta *Del Nuncio Apostólico* (título IV, libro II).

(4) Sempere y Guarinos: *Monarquía Española*; Salvador del Viso: *Historia del Derecho Civil*, etc.; Coronel y Ortiz y Abad de Aparicio: *Constituciones vigentes*, tomo II).

Ahondando en la entraña del tiempo en busca de una explicación lógica de ciertos fenómenos colectivos, Spencer observa que en las primeras fases de la evolución social, no existe distinción entre la ley sagrada y la profana y dice que «puesto que la obediencia a los mandatos, de cualquier género que sean, procede del respeto a los seres considerados sobrenaturales, resulta que en los primeros tiempos tienen todos estos mandatos la misma especie de autoridad» (1). Por su parte César Cantú explica el por qué de esta particularidad, diciendo que en los tiempos en que todo tenía por objetivo el Cielo, lo que resultaba un obstáculo para obtenerlo, debía reputarse un enemigo de la sociedad, y que por eso había necesidad de colocar bajo la custodia de las leyes las cosas de la Fe, al igual de lo que se hacía con la vida, las riquezas y el honor (2). Estas dos observaciones acomodan, perfectamente, al caso en estudio y dan la clave para explicar sus reconditeces. España era un país idiosincrásicamente supersticioso, que amalgamaba la Fe con una innumerable serie de prejuicios nacidos de circunstancias ambientes (3). La misma intolerancia no fué sino la consecuencia de un prejuicio que hacía mirar al moro, y por natural prolongación a todo el que no fuera cristiano, como a un ser que obraba por inspiración directa del Demonio. Las pavorosas leyendas que pueblan el cuadro de la España del Medio Evo así parecen testificarlo, por lo menos.

En esa situación a que aludí antes y que fué el resultado ineludible de la guerra contra el invasor, España se fué desenvolviendo, mal dilimitadas, como se ha visto en el caso de su legislación, las atribuciones y la jurisdicción de los poderes que le daban base: la Iglesia y el trono. Los concilios de Toledo—

(1) H. Spencer, *Instituciones Políticas*, tomo II, núm. 531.

(2) *Los Herejes de Italia*, discurso V.

(3) Buckle, en su *Historia de la Civilización en Inglaterra* sostiene que las principales causas de la superstición española, residen en las hambres, las epidemias, los terremotos, etc., que «impulsan al hombre a invocar más frecuentemente y con más ardor el auxilio de lo sobrenatural».

Para A. D. Xénopol (*La Teoría de la Historia*, edic. 1911, pág. 227) la ley formulada a este respecto por Buckle es falsa, porque al hacerlo el escritor inglés se ha olvidado de que existe el factor raza.

valga ello de ejemplo—desde el III, convocado por Recaredo, hasta el VIII, tuvieron, más que nada, carácter de asambleas políticas, en las cuales los obispos que las formaban debatían asuntos y negocios de Estado. Y si desde el VIII al XI, ellos deben considerarse como verdaderos acuerdos eclesiásticos, lo mismo que el XIV, hubo pocos que lo fueron de verdad y en absoluto (1). Así la Iglesia inmiscuyóse en el Estado y éste en ella.

Mientras las circunstancias reales lo impusieron, la Iglesia sostuvo al trono; y cuando ésta quedó debilitada, el trono fué quien la sostuvo en su aparato exterior (2).

* * *

Como se ve, los antecedentes históricos proyectan la luz necesaria sobre los términos últimos del cuadro que quiero precisar.

No había variado todo esto mayormente, en punto a impresión de contornos entre la Iglesia y el Estado, cuando se descubrió la América. Ocupaba el trono pontificio, a la sazón, Alejandro VI (Rodrigo Lanzol Borgia), natural de España, que acababa de ser arzobispo de Valencia y que gozaba de bastante privanza ante los Reyes Católicos (3). Suscitada la cuestión de propiedad de las tierras descubiertas, cuyo dominio

(1) Marina, en: *Teoría de las Cortes*, considera estos concilios como una verdadera representación nacional o cortes de la monarquía visigoda.

(2) P. Rousselot en su obra: *Los místicos españoles*, dice a este propósito:

«Al catolizarse España, la fe religiosa caracterizó y dominó en todo a su genio. Tras la conversión de los visigodos arriamos bajo Recaredo (589), el clero, solemnemente reconocido como poder público, adquiere una preponderancia que al poco tiempo le convierte en el orden más considerable del Estado. La fuerza de las cosas puso entre sus manos el derecho de disponer de la corona. El príncipe electivo, al obligar a los competidores al trono a buscar un apoyo, recibía el que voluntariamente le prestaba la Iglesia, y por medio de los *Pontificalia decreta* colocaba de algún modo la realiza bajo su tutela.»

(3) Véase el cap. VII de la *Crónica de los Reyes de Castilla*, en el tomo 70 de la *Colección de Autores Españoles* de Rivadeneyra.

exigían por igual España y Portugal, el Papa decidió en primer término la disputa, trazando, por bula del 4 de Mayo de 1493, una línea de demarcación que pasando a 100 leguas de las islas Azores, fijaba a los españoles sólo el dominio de las tierras infiles que cayesen al occidente de ella, quedando el resto para los portugueses (1). El texto de esta bula prueba que la obra de la Reconquista había sido una empresa inspirada por la Fe, y que tal debía ser, a juicio del Papado, la de la conquista de las tierras descubiertas por Colón. Para tal objeto, pues, se hacía entrega de ellas, en la parte correspondiente, al trono de España.

Muy pronto vamos a ver cuál fué la consecuencia de todo esto.

Si bien no emanó de ella, la bula de Alejandro VI, a que acabo de aludir, preparó el patronato general de las Indias. España, urgida por el prurito del *imperio universal*, que venía a reemplazar los proyectos de los papas que aspiraron a él después de rota la unidad de occidente que Carlomagno había cimentado sobre los despojos de los reinos bárbaros, buscaba el medio de realizar ese anhelo, y es por demás claro que el amplio patronato le daba una de las bases necesarias, desde que la convertía en fuerza tutelar de la Iglesia. Por lo demás, yo creo haber demostrado que las relaciones que los Reyes Católicos mantuvieron con el Papa habían tenido un primordial carácter político. España, también, quería manejarse independientemente de Roma en cuanto tenía atingencia con la disciplina exterior de la Iglesia, en forma de disponer a voluntad de las prebendas. Y eso que, según ha quedado dicho ya, sólo lo fué logrando fragmentariamente para la Península, lo obtuvo de lleno para América, debido a la intervención del factor económico. En la Península las iglesias usufructuaban su propio patrimonio y en América carecían de él. Por eso, sobre la promesa de que ellos y sus sucesores dotarían de todo lo necesario a las fundaciones eclesiásticas del Nuevo Mundo, ob-

(1) Como se sabe, el tratado de Tordesillas (7 de junio de 1494) modificó la línea, que vino a quedar tirada a 370 leguas de las Azores.

tuvieron los monarcas españoles el otorgamiento del patronazgo, del cual me he de ocupar al detalle en el capítulo inmediato.

El conocimiento de lo que ocurrió entre el Papado y España después del patronato, lleva a la convicción de que este facilitó la ingerencia de los reyes peninsulares, aún en las cuestiones más privativas de la Iglesia, y no por otra causa que por la de considerarse ellos, desde entonces, tutores permanentes de la Nave de Pedro (1). Y esta es la segunda faz o el segundo término de la política internacional de España con respecto al Papado, a que he querido aludir páginas atrás.

Las guerras que Carlos V sostuvo y de las que son cima la batalla de Muhlberg, que trajo la derrota de los príncipes protestantes y retardó la Reforma, y el fracaso de frente a Viena, mortal para el poder turco en el Este de Europa, prueban que ese tutelaje era efectivo (2); y el caso del Concilio de Trento, suspendido porque el Emperador se opuso a que se trasladaran sus sesiones a Polonia, permite constatar una de las formas que tenía esa tutela. Si esto no bastara, puede recordarse que en el discurso de su abdicación, Carlos V declaró con firmeza que había cuidado más de los intereses de la cristiandad que los de su propio reino (3). De su inmediato sucesor, Felipe II, puede decirse otro tanto, y habrá de bastar que se recuerde, en punto a la tutela, lo ocurrido en el cónclave de 1559, donde el monar-

(1) En la Biblioteca Nacional de Madrid, *secc. Ms. Ms.* (S. 160), pág. 238 y otras están las cartas que Carlos V escribió a Julio III sobre la convocación del Concilio de Trento y las contestaciones del Papa (año 1530). Las he tenido en mis manos y de su lectura he deducido esta afirmación.

Para aclarar mejor el punto, véase R. de Hinojosa: *Los despachos de la diplomacia pontificia*, tomo I, pág. 69 y siguientes.

(2) Ludovico Pastor, el más documentado de los historiadores de los Papas, en el cap. XIII, volumen XII de su obra, declara que Carlos V se erigió *protector de la Iglesia* y que consideraba al Pontífice así como a su capellán.

(3) Prescott, *Felipe II*. Otros autores dejan constancia, de lo mismo, Consúltense, por ejemplo, los siguientes: Vanderhammen: *Don Felipe el Prudente*; Lafuente: *Historia de España*; Davies: *Holland*, etc.

ca español planteó la *inclusiva*, es decir la inclusión de papables en contraposición de la *exclusiva*, hasta entonces en vigor (1).

Velar por la Fe. después de todo, era en España cuidarse de la integridad nacional amenazada, a toda hora. por el sedimento moriseo que quedó en la entraña, aún a pesar de cuantas medidas se tomaron para extirparlo. De ahí vino la confusión consiguiente que se nota en la conducta de los monarcas españoles con respecto al Pontífice, a quien acataron como a jefe de la Iglesia, pero en cuya política externa intervinieron, a plena luz o entretelones, sin otro propósito que el de encausarla en un sentido que no pudiera originar obstáculos al curso ya marcado a la de la Península. Los reyes de España, pues, fueron creyentes por convicción, y papistas por cálculo (2).

Así fijados los delineamientos de eso que he llamado el foco *céntrico*, creo haber habilitado al lector para entrar de lleno en el proceso que tiene por marco inmediato las regiones del Plata. El presenta un conjunto de efectos cuyas causas, según he dicho ya, deben buscarse en lo remoto o en lo cercano de la historia peninsular. Gradualmente, ello se pondrá en evidencia en los capítulos que siguen.

RÓMULO D. CÁRREA.

(1) Véase: Ricardo de Hinojosa: *Eclipse II y el cónclave de 1557*, que abunda en pruebas documentales de estos asertos.

(2) En el saqueo de Roma y en la prisión del Papa Clemente VII, por el ejército español-alemán, Carlos V tenía una parte directa. Ello, empero, al tener noticia de ambos hechos se vistió de luto y ordenó rogativas públicas para pedir a Dios la libertad del Papa, la cual, a la postre, dependía de su arbitrio. Esto, más que otra cosa alguna, da idea de la exactitud de cuanto acabo de decir.

El determinismo en la creencia

Puede afirmarse que ha contribuido en gran manera a la dulcificación de las costumbres contemporáneas una más recta apreciación de la responsabilidad que cabe a cada cual en el cumplimiento de sus actos, sobre todo cuando estos afectan los principios morales o el común sentimiento de equidad y justicia.

La moderna legislación criminal, se ha inspirado en ese nuevo criterio de juicio y ha establecido los atenuantes y agravantes, de un modo todo lo convencional que se quiera, pero que revela cómo para ella el libre albedrío ha perdido mucho de su valor antiguo. Aun más, si se la examinara haciendo abstracción del tiempo en que rige, podría concebírsela como adoptando todas las conclusiones del determinismo filosófico, si bien no pudiendo hacer lo mismo en cuanto a sus consecuencias, por razones de seguridad social fáciles de imaginar.

Tiene tanto más valor este nuevo concepto de la responsabilidad, cuando, como puede constatarse, domina a la vez en la legislación y en la sociedad. La función siempre conservadora del estado, hace que aún en él no pueda manifestarse con la misma fuerza que tiene en la opinión, ni revestir sus especiales formas, pues mientras ésta juzga cada caso aisladamente y a conciencia, el estado se ve obligado a sujetarse a códigos que catalogan los hechos por analogía. Pero este desacuerdo nace de inconvenientes y obstáculos diversos; en manera alguna de imposiciones incompatibles con el perfeccionamiento político de nuestros días. Si lograran vencerse esas dificultades, el concepto teórico de la responsabilidad podría, ciertamente, aplicarse en la práctica y en cada caso, tal como socialmente se entienda.

Empero, como se la aplica, satisface el principio de justicia que envuelve, y su adopción por la ley sanciona una de las más grandes conquistas morales de nuestro tiempo. Ella se debe, seguramente, a la especulación filosófica, y merece tenerse esto en cuenta por cuanto demuestra cómo en nuestra existencia va inmiscuyéndose la ciencia de las ciencias convertirse en algo tan concreto y real como la ley. No fué ese el alcance de que se la creyera capaz en los buenos tiempos en que se filosofaba exclusivamente para la filosofía y en que una conclusión cualquiera podía aceptarse sin pensar en la necesidad de ponerla en práctica. Entonces la filosofía constituía un reino especial, y no era como hoy una manifestación activa de la vida, llamada a resolver puntos de interés general para ser enseguida aplicados y puestos al servicio del progreso y perfeccionamiento de las leyes.

El determinismo práctico dentro del cual se regula hoy la vida de los pueblos, es, como hemos dicho, una aplicación del concepto de la responsabilidad que si no niega en absoluto el libre albedrío, es pura y simplemente por un acto de consecuencia con los procedimientos que en la práctica se ve obligada a adoptar la sociedad y no porque de hecho no se le considere suprimido. Efectivamente, no es posible admitir casos en que se pueda ser libre y otros en que no. Las circunstancias, por imperiosas que se manifiesten, no pueden *absolutamente* primar sobre la voluntad si a esta la consideramos como a algo siempre y en todo momento libre de manifestarse en el sentido que *se quiera*. De aquí que un término medio sea imposible; o se ha obrado o pensado en tal sentido porque así se ha querido o porque no se podía obrar o pensar de otro modo. En el primer caso, siempre se es responsable; en el segundo, nunca. En el primer caso, hay libre albedrío; en el segundo, determinismo.

Sentar tan categóricamente las conclusiones, parece aventurado cuando se sabe que se han escrito tantos libros para elucidar el problema; pero si se examinan a fondo todos los pro y los contra, veráse que siempre se va a parar a lo mismo: *o se es libre, o no se es libre*. A más, no es el objeto de este artículo el de estudiar la cuestión, sobre la que todos los lee-

tores tendrán ya su opinión formada, sino el mostrar cómo si el determinismo puede hoy, gracias a la filosofía, regular socialmente nuestra vida, no es, sin embargo, un producto de la especulación filosófica moderna exclusivamente, y que él es el fundamento moral de más de un sistema religioso.

* * *

El libro albedrío ha informado toda la vida occidental hasta principios del siglo pasado. El cristianismo ha sido quien más lo ha sustentado y el que lo ha mantenido a la fuerza en la legislación de toda Europa. Cuando la iglesia ha sido juez, lo ha llevado hasta sus últimas consecuencias, y si alguna vez lo ha dejado de aplicar, ha sido por un simple acto de piedad, nunca por un principio de justicia. Lo mismo puede decirse de los tribunales o jueces profanos, imbuídos del pensamiento teológico de que el hombre nace libre y es en todo momento perfectamente responsable de sus actos, que pudo ejecutar o dejar de ejecutar.

El dogma, por lo demás, es concluyente. Existiendo una recompensa y un castigo para los buenos y los malos, claro es que se admite que se pudo ser libremente lo uno o lo otro y que si se optó por este sendero en vez de aquel, fué porque así se quiso, a despecho mismo del conocimiento del bien y del mal que el dogma da como innato en el hombre.

Que el cristianismo ha siempre sostenido el principio del libre albedrío, es indiscutible; sin embargo, nada hay en los evangelios que permita creer que en el pensamiento de Jesús, el hombre pudiera considerarse libre en su obrar. Por el contrario, todo hace suponer que para él el malvado debía ser visto más como víctima que como victimario. No la doctrina de la piedad, sino la de un sentimiento más lógico le hace obrar así, y esto ha contribuido a destruir en muchos ese prejuicio de la suma ignorancia de Jesús. Parece que viera en cada uno de los pecadores, un ser que cumple fatalmente su destino, que agota su pasado o sufre la necesaria experiencia del mal. Al estudiar más adelante la doctrina del *karma* o el determinismo hindú, explicaremos más ampliamente este punto.

Vemos, en realidad, en Jesús, a poco que lo estudiemos, el sustentador del principio de la libertad moral. El hombre, para él, puede modificarse por un esfuerzo continuo sobre sí mismo. La teoría de la gracia, sanciona ya como fatales sus actos anteriores; pero puede regenerarse «creando» intenciones y esfuerzos que fatalmente, también, han de resolverse en el futuro en efectos buenos. Parece que una fe absoluta y un gran conocimiento de la ley de causalidad le diera la certeza de que jamás, no ya un acto, sino un simple pensamiento bueno o malo, dejara de resolverse en un efecto determinado. Así, nunca recuerda a los pecadores sus faltas, hechos verdaderamente fatales, como no sea para sacar ejemplos y mostrarles el lazo que los liga a otros actos posteriores, limitándose a recomendar nuevas prácticas, a enseñar, a educar los sentimientos, a convertir, en una palabra.

Por eso vemos que en Jesús, nunca el pecador es indigno de perdón. Si alguno de los que le han seguido abandonando sus viciosas costumbres, vuelve a caer en el pecado, se entristece el maestro pero no condena y se reduce a insistir en que se vuelva a empezar de nuevo. «Yo no te he dicho que la perdones siete veces, sino setenta veces siete veces»; puede verse en esta frase sintetizado el pensamiento de Jesús sobre el mal y su necesaria fatalidad, a la vez que su esperanza de que en todo momento puede iniciarse el primer acto de libertad moral que por su constante repetición engendrará una nueva orientación en la vida.

¿Dónde se ve ese libre albedrío que tanto preconizó el cristianismo posterior? En el fondo de todas las admoniciones y a veces severas reprimiendas del maestro, se vé menos el dolor por el acto consumado que la esperanza en las potencialidades humanas para el bien futuro. Empero, muerto el gran educador, esa gran fuerza persuasiva y ese inmenso prestigio individual no fué heredado por sus sucesores, quienes, para imponer la moral cristiana, no encontraron otros medios más eficaces que la fuerza y el terror. Por la primera, imponían el bien, castigando rudamente el mal efectuado, contra los mandatos expresos del maestro, y por el terror de los castigos de ultratumba llegaban donde no alcanzaba la fuerza: al mal que se cumplía fuera de su conocimiento o de

sus posibilidades de represión. El infierno, en su forma objetiva y hasta localizada, es posterior a Jesús. Este no habla sino de los remordimientos y del mal que de rechazo hiere siempre al que lo ejecuta.

El determinismo de Jesús, aparece explícito en la célebre sentencia «ojo por ojo y diente por diente» y en su constante y repetidísima exhortación al perdón de las injurias. Por la primera, parece indicar que el efecto ha de ser inevitablemente proporcional a la causa y que nadie debe esperar recibir en moneda distinta de la que dió. Por la segunda, se corta o suprime la multiplicación de un mal efecto, pues al contestar por idénticos procedimientos los ataques, vigorizamos la causa de la violencia y nos exponemos, cuando menos, a percibir el saldo que en nuestra contra arroje el exceso o la inoportunidad de nuestra retribución. No sabemos en qué medida hemos de responder, ni aun siquiera si debemos hacerlo, pues quizá nos hemos ganado legítimamente la ofensa por injusta que nos parezca. Esta duda, explica suficientemente la resignación aconsejada al discípulo, que ha servido en la crítica de la doctrina, para tacharla de negativa, cuando sólo es expresión de un razonamiento lógico en que por mucho interviene la creencia en la palingenesis o reencarnación, punto al que en más de un lugar hacen alusión los evangelios.

La misma vida de Jesús, examinada a la luz de los evangelios, es la ratificación de ese concepto de fatalismo con que encaró el maestro todos los acontecimientos en que le tocó intervenir. Su misión involucraba su martirio, y así lo comprendía cuando hablaba de su futuro con el sombrío pesimismo que revelan los escritos de sus discípulos. No en valde había sacudido tantas prepotencias, herido tantos intereses fariseos, despertado en las masas la conciencia del dolor y de la opresión política y religiosa. Ese conocimiento causal de que hablábamos, inspirábale la necesaria e impostergable fatalidad de su caída. Y vióla venir serenamente, como el rechazo inevitable de la piedra al chocar en la coraza, quizá como el contrapeso exacto en la balanza de sus actos, de aquella solemne y triunfal entrada por las puertas de Jerusalén.

El dogma cristiano no es el dogma de Jesús, y de aquí que para estudiar la verdadera ética del cristianismo, debamos remontar la investigación a las fuentes de la doctrina. En esas fuentes, el determinismo moral es innegable, aun cuando luego la Iglesia lo haya abandonado para adoptar el concepto del libre albedrío.

En el mosaismo, que al fin y al cabo fué la ley religiosa de Jesús, podemos observar el encadenamiento causal de los hechos y el concepto fatalista de la doctrina en las predicciones de los profetas y cien otros pasajes del antiguo testamento. Pero el hebraismo es hoy considerado como una simple transformación de la religión egipcia, donde el pueblo de Israel bebió toda su leyenda más allá del simple monoteísmo de sus primeros patriarcas, cuando la cautividad lo transportó a las orillas del Nilo. Moisés mismo, sino era egipcio como muchos lo pretenden hoy, fué un iniciado en los misterios que más tarde ilustraran a Pitágoras y quizá otros filósofos griegos anteriores y posteriores al ilustre hijo de Samos. De aquí que el fondo filosófico del gran legislador judío sea el mismo de los sacerdotes y escuelas del Bajo Egipto que nos han legado los geroglíficos y esa extraña obra mística religiosa llamada el libro de los muertos, donde el determinismo de todas las acciones humanas es la lógica misma de las exposiciones ante las divinidades del más allá.

Sin embargo, tanto el judaismo como la doctrina de los misterios egipcios no presentan sino en pasajes, esbozos de vida, sermones y consejos, el concepto del determinismo. En ninguna de esas dos religiones aparece perfectamente definido como dogma. Débese ello, quizá, a que los dogmas judíos y egipcios no se traslucían fuera de los colegios iniciáticos o sacerdotales. En uno y otro país, el sentido oculto de la doctrina se velaba cuidadosamente a los profanos, dándoles sólo a manera de vislumbres del mismo en las parábolas

y leyendas que matizan el culto popular. No es posible negar el esoterismo de ambas creencias. Contra el del Egipto, está la institución de los misterios, que también existieron en Grecia, y donde, según las mismas afirmaciones de los filósofos helénicos, se revelaba el sentido oculto del mito. También Jesús empleó la parábola para dirigirse al pueblo y un pasaje del evangelio de Juan afirma que luego reunía a sus discípulos y les hablaba directamente, sin usar ya más del velo de la parábola. No conocemos esas enseñanzas ocultas de Jesús, de los sacerdotes de Sais o de Menfis ni la que se daba en Eleusis y Delfos, pero no podemos negar el esoterismo de unas y otras creencias, sin contradecir la palabra autorizada de los más ilustres escritores y filósofos antiguos.

Ahora bien, si el determinismo aparece en la leyenda, el mito, o la parábola *exotérica*, es porque también existiría en la doctrina esotérica. No nos es dado conocer esta, por lo que respecta a la Grecia, el Egipto y la Palestina, pero que dentro de ella el concepto del determinismo debía estar ampliamente esbozado como principio director de la actividad humana, podría probárnoslo el hecho de encontrarlo como el dogma fundamental del Brahmanismo y el Buddhismo hindú. En la India, efectivamente, sea porque la idiosincrasia étnica así lo permitiera o por una mejor disposición espiritual de los pueblos, el esoterismo se ha voleado en los libros, en las tradiciones y en el mismo culto popular, resultando de ello que podemos conocer el verdadero sentido de todos los mitos y leyendas indostánicos, porque el dogma de la misma religión está vertido en los Vedas, los Puranas, los Upanishads y los dos grandes poemas épicos: el Mahabarata y el Ramayana.

Valiéndose de todos estos elementos y de una menor restricción por parte de los grandes sacerdotes de la India, se han podido reconstruir todas las religiones de la gran península y principalmente las dos principales: el Brahmanismo y el Buddhismo esotérico.

El dogma principal sobre el que se fundamenta todo el edificio de esas dos creencias (y también de todas las demás que existen en el Indostán, hasta las más inferiores) es el del

Karma, que podríamos llamar de la acción. Este dogma es el determinismo más puro, y trascendental hasta tal punto que sin él no puede concebirse como lógico ningún otro punto religioso o metafísico, pues hay que tener presente que en la India la filosofía, la religión y aun la ciencia son una sola y misma cosa.

Ensayaremos definir el karma hindú y luego, para terminar, lo compararemos con el determinismo occidental.

Las religiones indostánicas, que preconizan el evolucionismo y el progreso indefinido, admiten que el Universo tiene una finalidad, una razón de ser, que es el perfeccionamiento y la absorción en el Bien absoluto, en la unidad de que es expresión Brahma.

A esa perfección se llega por la práctica de las virtudes, porque estas virtudes son los aspectos positivos de la gran ley evolutiva, o ley de amor, que empieza a cumplirse en el primer acto de la manifestación fenomenal y culmina en el último, cuando todo el universo se sume en el mahapralaya, en el No-ser que es el ser de Parabrahm, el cero o lo absoluto.

La ley de amor es, pues, la única ley positiva, porque es el alma de la evolución misma. Todo lo que tiene por mira un fin general, está de acuerdo con esta ley y por el contrario, todo lo que tiene por objeto un fin individual, está en contra de esa ley, es la fuerza de inercia opuesta a su más rápido cumplimiento. De aquí que las virtudes, por su finalidad y tendencia a lo general, sean positivas, y los vicios, por su característica personal sean negativos. Lo bueno es lo general, lo positivo, lo que está y marcha en la corriente de la evolución, o sea del perfeccionamiento. Lo malo es lo particular, lo negativo, lo que está y marcha contra la corriente de progreso.

Estos dos conceptos están allegados a los de espíritu y materia. En efecto, para la religión hindú, las virtudes o el Bien son la característica del Espíritu, de Dios, de Brahma, del Gran Todo y los vicios son la característica de la materia, estado eventual, forma estable de la energía o el Espíritu. El universo sale del Espíritu Puro, de Brahma, y vuelve

a él, pero en su ruta, cae en la materia o pasa por la materia.

Ahora bien, en este paso, es cuando aparecen las pasiones, el mal, fuerza de inercia, puesto que impide que el Espíritu o la energía salga de esa forma estable y remonte su curva ascendente que la llevará hacia el seno de Brahma. Entablase, pues, la lucha entre el bien y el mal, vale decir, entre el espíritu y la materia, entre el alma y la forma y sólo cuando el mal, la materia, la forma, es vencida, el universo puede seguir su ruta hacia la suprema unidad.

Luego, pues, el hombre que se apega a la forma, a la materia, es el que obra mal y va contra la ley. Lo hace por dos razones: por ignorancia de la ley y porque se constituye en centro del universo. Lo último es consecuencia de lo primero, pero a su vez lo primero está determinado por el estado de evolución a que ese hombre ha llegado, estado que se caracteriza por una obscuración del yo demasiado envuelto por la densidad material de su vehículo, o sea el cuerpo.

Vemos, en este estado, una especie de equilibrio, pues tanto pesa el espíritu como la materia. El hombre así concebido estaría como un hierro entre dos imanes igualmente poderosos y a idéntica distancia de uno y de otro.

Es indudable, pues, que no podría salir de su estado mientras no primara uno de los dos puntos de atracción. ¿Cómo, pues, ha de hacer para proseguir su camino cuando se siente igualmente atraído por uno y otro imán? Muy sencillamente. El no puede conocer lo bueno si no es por la experiencia, y esta se adquiere por la práctica del bien y del mal. El hombre, para ser bueno, tiene que haber llegado a la conclusión de que lo malo atenta a la ley evolutiva y de que esta ley evolutiva es el Bien y lo que le hará progresar. Pero ese conocimiento no se adquiere más que por la experiencia, y la experiencia es un producto de la práctica del bien y del mal. De aquí que el malvado se mire como el hombre que se halla aprendiendo la ciencia magna del conocimiento todavía en los grados más elementales. Mientras está en este trabajo, inútil es quererle arrancar de él. Se resistirá, necesariamente, porque no es por la palabra o los consejos como aprende, sino por la experiencia sobre sí mismo. Indudablemente que se le

puede ayudar, pero nadie le ha de impedir pasar por todos los grados inferiores de las pasiones, aunque le muestre sus inconvenientes. Los sucesivos golpes cuando obra en un sentido, y la reacción benéfica cuando obra en otro, le indicaran lo que es bueno y lo que es malo. Eligirá entonces, lo primero, y practicándolo por propia conveniencia, se percatará de la ley y proseguirá en el mismo camino para estar siempre de acuerdo con ella.

* * *

Así, pues, el mal, en las religiones hindúes, muéstrase como necesario para la evolución, porque es en efecto uno de los dos aspectos o polos de la dualidad espíritu materia de cuya síntesis nace la manifestación universal. Sin embargo, hasta ahora sólo se nos ha revelado como un hecho, y no como una ley o condición de la misma existencia, como algo formando parte integrante, por su función reconocida y lógica, del dinamismo del mundo y de la vida.

Examinándolo desde este punto de vista, es decir, como ley, entramos de lleno en el terreno del determinismo hindú, o el Karma.

La causalidad para los hindúes, se rige por una misma regla o modo cualquiera sea el fenómeno en que se la observe: La analogía. Este procedimiento, ya que no debemos llamarle método, es el que les ha servido para todas sus especulaciones sobre el mundo y aun para sus mismas abstracciones metafísicas. No es el momento de pronunciarse sobre su bondad, pero podemos, sin aventurar nada objetable, convenir en que, basados sobre ella, el pensamiento indio ha sabido edificar el sistema filosófico más lógico y más perfecto como conjunto. Podráse objetarlo en bloque, pero no es posible admitirlo en parte sin verse llevado, por la fuerza de los razonamientos, a aceptarlo en un todo.

Valiéndose de la analogía, el dogma indio aplica la ley que rige en los fenómenos físicos al mundo del alma individual y colectiva. Así, si observando a los primeros vemos, por

ejemplo, que se arroja una piedra, sabemos de antemano que ha de caer en algún lado, herir a algo o a alguien. No nos imaginaremos que pueda quedar suspensa en el aire y que el acto termine en el movimiento inicial de arrojar el proyectil.

Extendiendo esta ley más allá del terreno puramente físico, al de nuestros pensamientos, deseos y acciones cotidianas ¿es posible imaginar que todo termine en el primer efecto inicial idéntico al acto de arrojar una piedra? ¿Podemos admitir que una causa quede en latencia o se pierda sin resolverse en un efecto? El determinismo occidental, para no incurrir en el contrasentido de negar la unidad de la ley, admite el primer término, es decir, la latencia, haciendo una profunda distinción entre el mundo físico y el moral. La reacción, inmediata en la física, suspende sus efectos, o puede suspenderlos, en la moral, o más propiamente en el dominio de la psiquis.

Así, cuando considera un hecho cualquiera, admite la posibilidad de impedir que se manifiesten sus efectos y hasta muchas veces juzga terminado todo allí donde apenas ha comenzado la acción. Es esta una inconsecuencia, nacida de la ignorancia en que se está de saber cuándo un hecho es causa y cuándo efecto, cuándo comienza el drama y cuándo es simplemente un acto el que se está representando.

Verdad es que, teóricamente, el determinismo acepta la repetición infinita de los efectos, pero no sujeta estos a una ley determinada. En el Karma hindú, por el contrario, el efecto, cuando es proporcionado a la causa, al equilibrar uno y otra anula toda ulterioridad, porque la causa se ha consumido totalmente en el efecto. Podríamos establecer la diferencia de ambas concepciones en dos fórmulas algebraicas, la primera, infinita dentro de sí misma, para el determinismo occidental y la segunda finita o infinita condicionada para el karma hindú.

$$(A + B) = (C + A + B) = (D + A + B + C) = E \dots$$

$$A + B = C \text{ o } C = A + B$$

En la primera fórmula, el hecho C se ha producido por la

suma de $A + B$, pero a su vez es origen de D por haberse sumado a los otros dos factores. En el determinismo hindú, o sea el karma, C también puede originar sucesión pero únicamente cuando se suma a elementos extraños:

$$(A + B) = (C + X = \dots)$$

Esta equis es, en realidad, lo que permite que C continúe multiplicándose a lo infinito. Pero cuando no existe ella, la fórmula termina en C donde halla su perfecto equilibrio.

Concretando las fórmulas, tenemos que el determinismo occidental especifica que un hecho cualquiera está explicado por tales y cuales factores y que a su vez, por su carácter de hecho real, se suma como una nueva unidad a aquellos otros factores y provoca otro nuevo hecho. No hay, en realidad causa y efecto, sino efectos - causas. En el Karma hindú, el hecho que resulta de esos factores, si es su expresión exacta, su verdadera suma, tiene allí mismo su terminación, como el acto de arrojar la piedra tiene su compensación y su fin en el rebote de la misma o en el recorrido que hace.

Resumiendo, ahora, las conclusiones de todo lo dicho, tenemos que, para el determinismo occidental un hecho cualquiera, a pesar de su potencialidad de multiplicarse al infinito, puede también quedar en latencia, no provocar la reacción, o desmenuzarse tanto que se pierda en mil pequeños otros sucesos. El dogma del Karma, por el contrario, afirma al hecho una individualidad determinada y una acción fatal. El hecho ha, necesaria, *fatalmente*, de provocar una reacción proporcionada, tarde o temprano, según sea su naturaleza. Jamás podrásele impedir que se cumpla en su efecto compensatorio, como no se puede impedir a la piedra arrojada que caiga y choque.

El karma, siendo regido por la analogía tiene esa ventaja sobre el determinismo. Este, como no aplica leyes al proceso de los actos morales, pensamientos o acciones, no puede tener una contextura tan precisa como aquel ni ser algo tan acabado y perfecto. Conoce sólo el fenómeno, el encadenamiento de los sucesos, como una realidad, pero ignora la ley que los rige, más aun, duda de que pueda existir esa ley. Para el

karma, la ley es la *compensación*, la *reacción* idéntica en todos los planos, físico, mental o espiritual, ya pase en las cosas, los hombres o las sociedades.

* * *

De este procedimiento analógico de examinar los hechos morales, el pensamiento indio ha fundamentado una ética que no podrá nunca basar el determinismo. La razón de ser de esta ética, no está en causas finales como las que hasta ahora han explicado la moral religiosa de occidente, ni en credos imperativos, ni en mandatos divinos, sino en un modo particular de ver el proceso que opera la naturaleza en todos sus actos.

Ese proceso es el de la *reacción* sucediendo siempre, y de un modo fatal a la acción ejecutada. Asegurada la finalidad del universo por el concepto cosmogónico de la ley de amor, cuyo sentido profundamente científico trataremos de explicar en un próximo artículo, el pensamiento del bien ya tiene un fundamento indiscutible, real, y para fortalecerle, se agrega, ahora, el elemento utilitario que se desprende de la ley del karma.

Efectivamente, si respondemos a la violencia con la violencia, necesariamente procedemos de un modo poco lógico para nuestro propio bien. Podemos, fácilmente, propasarnos, y en ese caso, deberá devolverse el saldo. Puede ser que el golpe que recibimos sea consecuencia de acciones inconscientes nuestras, o resultado de actos en vidas anteriores (la palíngenesis es, en la India, un dogma que nadie rechaza) y en ese caso, no procede nuestra defensa, porque toda ella refluirá sobre nosotros y jamás, por ese medio, agotaremos nuestro karma, o sea el fardo de nuestras culpas. De aquí nace la teoría de la no resistencia al mal, que practicándola, nos lleva al perfeccionamiento máximo, porque, si el mal que recibimos lo merecemos, al aceptarlo, quedamos a mano con el pasado y es un deudor menos, y si no, la reacción que debíamos oponerla, por un proceso de alquimia espiritual, la trasmutamos en un acto de amor que acelera nuestro perfec-

cionamiento y a la vez hace morir en nosotros una mala obra ajena.

Para terminar, queremos ampliar una frase ambigua expresada más arriba. Hemos dicho que un mal que se nos infiere puede estar motivado por actos inconscientes nuestros, y esto parecería ir en contra del concepto de la justicia y la equidad, pues si es inconsciente nuestro acto, no somos de él responsables.

He aquí, precisamente, la férrea lógica del dogma indio.

Poco importa que tengamos o no conciencia de lo que hacemos porque no es la justicia la que se cumple en la retribución, sino la lógica de la naturaleza. La piedra que nos cae de un tejado y nos hiere, no procede justamente, ni somos responsables de que, yendo contra un obstáculo que no podemos ver, choquemos contra él y nos lastimemos. La lógica nos dice que en ambos casos debíamos ser maltratados, malgrado nuestra inocencia. Lo mismo es cuando obramos. Hacemos un mal inconscientemente; pero esa inconsciencia ¿hace, acaso, que desaparezca o deje de producirse el mal? No, seguramente. Y luego, el mal causado, fatalmente ha de provocar una reacción y esa reacción se ha de ejercitar sobre nosotros indefectiblemente.

El karma indio puede resumirse en unas cuantas palabras, pero para explicarlo no bastarían muchos volúmenes. Parece que nadie puede aspirar al perfeccionamiento, si no es devolviendo cuanto se ha recibido, saldando todas sus cuentas. Una poética leyenda hindú nos habla de los lipikas o señores del karma, especie de contadores que llevan el libro de nuestras vidas por partida doble y donde nos anotan el debe y el haber con una precisión imponderable.

Cuando el balance se cierra con sumas iguales, el hombre puede aspirar a ser algo más que un hombre y en realidad es el momento en que se convierte en uno de los seres directores de la humanidad.

ANGEL CLARA.

La vida

1. Emanación divina; fuerza creadora, radiante y expansiva, que anima y llena todo lo que existe sobre los planos invisibles como sobre la tierra, la vida es la energía principiante que se manifiesta a nuestros sentidos por el movimiento a través del número (1).

2. En su naturaleza íntima, la vida es triple: activa, pasiva y resultante armónica.

En nosotros, esas manifestaciones se traducen por el amor, los instintos y la inteligencia.

3. En el hombre, como en la naturaleza, las manifestaciones activas de la vida, son fuerzas; sus manifestaciones pasivas, las formas; sus manifestaciones equilibradas, o mixtas, los flúidos.

Los sentimientos son el alma del amor; los instintos el alma de las formas; el pensamiento, el alma de la inteligencia.

(1) El *número* es aquí considerado desde el punto de vista pitagórico. «Pitagoras, dice Chaignet, realiza, hipostatiza el número, como Platón realizara e hipostatizara la idea. El ser verdadero de las cosas, es ese principio interno de que el número es la forma. Toda cosa, no es, pues, más que un número: el ser sensible e individual, es un número; el mundo es un número: la substancia, la materia, las cualidades activas o pasivas de las cosas, los seres concretos y los seres abstractos, el hombre y el caballo como la justicia y la ocasión, el alma, la vida, la sensación, el pensamiento, todo es un número. Pero como todo número es engendrado por el Uno, padre del número, se puede decir que el Uno es el principio universal.» Y más arriba: «Sea que se la considere en los seres particulares y perecederos, sea que se la admire en su vasto conjunto, todo en la naturaleza y la naturaleza misma, obedece a un orden, a una ley, a una

4. En la naturaleza, los fluídos (luz, calor, electricidad), son los agentes intermediarios entre la vida, Proteo divino inescrutable y la multitud de las formas.

En nosotros, el pensamiento no puede obrar sobre nuestros músculos, más que por intermedio del fluído nervioso.

5. La vida es una; los fluídos son triples y las formas cuádruples en sus líneas principiantes.

6. Sobre el plano material, la vida es análoga al calor, cuyo carácter inicial es la expansión por el movimiento.

La forma es análoga a la electricidad.

7. Todo es en el Todo.

El calor contiene la electricidad y la luz en potencialidad.

La electricidad-movimiento, contiene el calor y la luz.

La luz contiene la electricidad y el calor.

8. En la naturaleza hay, pues, tres luces: la luz de la fuerza; la luz que proviene de las formas y la que emana de los fluídos.

9. En nosotros, esas tres luces son: el instinto, la inteligencia y la intuición.

La intuición proviene del corazón; la inteligencia de la cabeza; el instinto tiene su fuente generatriz en el vientre.

10. El calor vital en nosotros, es análogo a la fuerza: es la salud.

El calor cordial, es el sacrificio (manifestación última del

armonía de que el número es la forma y la medida. ¿Quién no se admira de las analogías que los seres y las propiedades de los seres presentan con los números y las propiedades de los números? El número se manifiesta y manifiesta en presencia activa en los movimientos de los cuerpos celestes y divinos, en el ser del hombre, en su vida y en todo lo que produce, en las artes, incluso las manuales, pero sobre todo en las bellas proporciones, en esas relaciones armoniosas de la música que maravillan al hombre... y puesto que este orden se manifiesta en los números, y que por otra parte él es el elemento persistente, constante, universal de las cosas, ¿cómo no admitir que el ser sea idéntico al número, que en todo él se revela, gobierna y anima? Todo está hecho de medidas, de pesos, de números: esta ley constante que se manifiesta en todo ser y en todo fenómeno natural, que es la condición necesaria y universal, puede y debe ser la causa, el principio, la substancia, la esencia.» *Chaignet, Pythagore et la Philosophie Pythagoricienne*. 2.^a ed. tom. II pág. 3 y 4. N. d. T.

amor); el calor intelectual, es la idea, (que puede exaltarse hasta el genio).

11. La vida—hemos dicho—es generadora del movimiento; luego, del movimiento depende el espacio o la extensión; del movimiento y del espacio nace la noción del tiempo (o de la duración).

12. La vida es una y no varía más que según las formas que anima, más que según la capacidad del ser o de la cosa que la encubre, desde el guijarro hasta el cerebro del hombre de genio.

13. La vida—pensamiento obra sobre las formas por intermedio de los fluídos. En una locomotora el fuego no obraría más que de una manera destructiva sobre los órganos de la máquina sin el intermediario del agua, transformada en vapor.

14. La vida se manifiesta a nuestros sentidos de siete maneras:

Es atractiva en el mineral y el metal,

Es cohesiva en los líquidos,

Es sensitiva en los vegetales,

Es instintiva en los animales,

Es intelectual en la humanianimalidad,

Es razonable en la humanidad superior.

El pensamiento tiene, pues, el poder de obrar sobre las formas por intermedio de los fluídos; esto lo podemos constatar sobre nosotros mismos, a cada instante y por cada uno de nuestros movimientos.

Pero si el pensamiento obra directamente sobre el músculo por intermedio del fluído nervioso, y de los nervios, ¿cuál será, luego, el poder de la palabra, manifestación del pensamiento, sobre la materia inerte? Es lo que veremos en seguida.

15. En la humanidad, las naturalezas expansivas son las que tienen en sí mayor suma de vitalidad y las que pueden transmitirla o comunicarla a otros por el magnetismo de la palabra.

16. Mientras menos tiempo hace que un hombre ha salido de la animalidad, más intensa es en él la vida material: tal el salvaje.

17. La vida animal es análoga al calor.

La vida sentimental, a la luz.

La vida intelectual, a la electricidad.

18. Cuando en un intelectual, el pensamiento se extingue momentáneamente, es por el movimiento físico que él puede revivirlo, como se obtiene las chispas haciendo girar rápidamente una bobina sobre un hierro imantado.

19. La activa circulación de la sangre produce el calor y el calor produce la insensibilidad. El dolor físico es menor en los sujetos sanguíneos y los temperamentos guerreros. El hombre colérico no siente los golpes que recibe y todos somos menos sensibles al dolor físico en verano que en invierno.

20. Los nerviosos son impresionables y friolentos, porque la vida animal es débil en su organismo y la circulación sanguínea se opera lentamente.

21. Como dicen las escrituras, la primera manifestación de la vida, en la naturaleza, fué la luz; pero quien dice luz dice calor, electricidad y magnetismo.

De estas cuatro modalidades de la fuerza primordial derivan los cuatro elementos, génesis de todo lo que existe en el dominio de las formas.

Luz	Oxígeno	Aire	Frío
Calor	Nitrógeno	Fuego	Cálido
Electricidad	Hidrógeno	Agua	Húmedo
Magnetismo	Carbono	Tierra	Seco.

Estas cuatro modalidades del éter están en armonía con los cuatro puntos cardinales del espacio, con las cuatro estaciones del tiempo, con los cuatro temperamentos en los animales y en la humanidad.

De las combinaciones múltiples de estos cuatro elementos surgieron al principio los metales que, transformados, convirtiéronse en minerales.

De los minerales nacieron los vegetales, luego las animales y más tarde el hombre.

22. Durante su período instintivo o de ignorancia, el hombre-niño, exclusivamente regido por sus necesidades no tuvo

más que *ideas* y no era aun responsable de sus actos, pues no tenía libre albedrío. El pensamiento no aparece en el ser más que con el libre albedrío.

23. El libre albedrío no aparece más que con el conocimiento del bien y del mal, con la conciencia y el pensamiento, y es esta epifanía la que constituye el hombre verdadero.

Todo ser turbado por sus pasiones y sometido a sus instintos, no es todavía más que un antropomorfo:—«La humanidad, en el hombre no comienza más que con el desinterés»—ha dicho Amiel.

24. Es, pues, erróneo creer que los pensamientos generan las ideas, porque, en realidad, es a la inversa que se producen los hechos.

El pensamiento es a la idea lo que el perfume a la flor.

25. Las ideas son pensamientos en gérmenes. Constituyen como un *lazo* entre los instintos y el pensamiento.

La idea es el pensamiento rudimentario de la humanidad, mientras que el pensamiento es la sublime manifestación del espíritu humano, reflejo del espíritu de Dios.

26. El pensamiento, en nosotros, es análogo al *Verbo* y puede, por consecuencia, ser eminentemente creador.

27. En el ser evolucionado en quien se hallan acallados los instintos, el pensamiento es la sublime manifestación de la Vida; es el reflejo directo del pensamiento divino.

28. En numeración, el pensamiento es análogo a la unidad. En geometría es el radio emanando del punto central.

29. El pensamiento es el movimiento espiritual de la vida. La confianza es el movimiento afectivo y la necesidad el movimiento impulsivo.

30. La Vida—fuerza, llena todas las formas.

Puédese, pues, decir, que el pensamiento es la forma positiva del espíritu, mientras que la idea no es más que la forma del instinto, y la confianza la forma de la fe.

31. La forma negativa del espíritu, es el número.

La forma del número, es la geometría.

La forma del pensamiento, es la palabra y el gesto, y la forma de la palabra es el grafismo de las letras y de los símbolos.

32. El número es la forma negativa del movimiento-pensamiento.

33. El movimiento es la forma de la vida.

34. El pensamiento preside a las facultades morales:

La palabra preside a las facultades intelectuales.

La acción preside a las facultades instintivas.

35. La idea es la faz del pensamiento que mira hacia la materia.

36. El movimiento es la última manifestación de la Vida-fuerza en la materia-forma.

37. La fuerza es el movimiento expansivo.

La forma es el receptáculo transitorio de la fuerza.

Los fluídos son el hilo de trasmisión entre lo activo y lo pasivo, entre la forma expansiva y la forma capacitada.

38. El movimiento es, alternativamente, expansivo y contractil, con un tiempo de descanso entre ambos.

39. La expansión proviene de la vida siempre activa.

La contracción, de la forma, siempre pasiva.

Estos dos movimientos compensadores, son la fuerza centrífuga y centrípeta que anima todos los cuerpos: la inspiración y la respiración de la vida universal.

La vida se manifiesta, pues, por el movimiento; pero el movimiento mismo no es más que la manifestación de las vibraciones del *número*.

40. Lo que genera la Vida, es el Amor, porque en los cielos como en la tierra el amor es la cima y la base de todo.

DR. ELY STAR.

Desde la fecha, se ha hecho cargo de la Administración de LA CRUZ DEL SUR, el señor Alberto Massa.

Todo pedido de subscripción deberá enviarse en adelante, a dicho señor, calle SANTIAGO DEL ESTERO, núm. 365, a quien también habrá que dirigirse por todo otro asunto relacionado con la Administración de esta revista.

LA CRUZ DEL SUR

REVISTA MENSUAL 

CONDICIONES DE SUBSCRIPCIÓN

REPÚBLICA ARGENTINA.—CAPITAL E INTERIOR

Semestre.....	\$ m. n.	3.50
Año	» »	7.—
Número suelto.....	» »	1.—

PAÍSES DE LA UNIÓN POSTAL

Año	Pesos oro	4.—
Número suelto	» »	0.50

PAGOS POR ADELANTADO

Correspondencia y giros a nombre de la Dirección: Ramón L. Falcón 2230 (Flores)
BUENOS AIRES

Concepción Rosacruz del Cosmos

POR MAX HEINDEL

La primera obra que se publica sobre la hermosa y profunda Filosofía Rosacruz.

SUMARIOS:

TOMO I

Una palabra al sabio.—Introducción.—Los mundos visible e invisibles.—La Región Química.—La Región Eteréica.—El Éter Químico.—El Éter de Vida.—El Éter Luminoso.—El Éter Reflector.—El Mundo del Deseo.—La Región del Deseo Sensual.—La Región de la Impresionabilidad.—La Región del Sentimiento.—La Región Neutral.—La Región de la Vida Anímica.—La Región de la Luz Anímica.—La Región del Poder Anímico.—El Mundo Mental.—La Región Continental.—La Región Oceánica.—La Región Aérea.—La Región de las Fuerzas Arquetípicas.—Los Cuatro Reinos.—El hombre y el método de la evolución.—El Primer Cielo.—El Segundo Cielo.—El Tercer Cielo.—Renacimiento y Ley de Consecuencia.—El Vino, la bebida letal, como factor de la evolución.

TOMO II

Cosmogénesis y antropogénesis.—La relación del hombre con Dios.—Diagrama 6.—El Ser Supremo, los planos cósmicos y Dios.—El esquema de la evolución.—El principio.—Los Siete Mundos.—Los Siete Periodos.—Diagrama 7.—El Periodo de Saturno.—El sendero de la evolución.—Revoluciones y noches cósmicas.—Diagrama 8.—La obra de la evolución.—El Periodo Solar.—El Periodo Lunar.—Las 12 jerarquías creadoras.—Rezagados y precursores.—Diagrama 10.—El Periodo Terrestre.—Revoluciones de Saturno, Solar y Lunar del Periodo Terrestre.—Génesis y Evolución de nuestro sistema Solar.—El Caos.—Nacimiento de los planetas.—Forma pasada, actual y futura del hombre.—Época polar.—Época Hiperbórea.—La Luna.—Época Lemúrica.—Nacimiento del Individuo.—Separación de los sexos.—Influencia de Marte.—Las razas y sus guías.—Influencia de Mercurio.—La caída del hombre.—Los espíritus lucíferos.—Época Atlántica.—Época Arya.—Los diez y seis senderos de destrucción.—Hacia la Biblia.—Análisis oculto del Génesis.—La Teoría Nebular.—Jehová y su misión.—Evolución, Involución y Epigénesis.—Un alma viviente.—La costilla de Adán.—Los ángeles guardianes.—La mezcla de sangres en el matrimonio.—Diagrama 13.—El principio y el fin del sexo.

TOMO III

Futuro desarrollo e iniciación.—Los siete días de la creación.—Evolución de la religión.—Jesús y Cristo Jesús.—Diagrama 14: El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.—No paz sino guerra.—La estrella de Belén.—El corazón es una anomalía.—El misterio del Gólgota.—La sangre purificadora.—Cristo y su misión.—Diagrama: Como arriba es abajo.—Futuro desarrollo e iniciación.—Los siete días de la creación.—Diagrama 15: el Simbolismo del Caduceo.—Radiados, moluscos, articulados y vertebrados.—Espirales dentro de espirales.—Alquimia y crecimiento anímico.—La palabra creadora.—El método para adquirir conocimiento directo.—Los primeros grados.—Métodos occidentales para los occidentales.—Ciencia de la nutrición.—Tabla de valores alimenticios.—La ley de la asimilación.—Vivid y dejad vivir.—La oración del Señor.—Diagrama 16: El voto de castidad.—El cuerpo pituitario y la glándula pineal.—Diagrama: 17.—Camino que recorren las fuerzas sexuales inempleadas.—Ejercitamiento esotérico.—Como se construyen los vehículos internos.—Concentración.—Meditación.—Observación.—Discernimiento.—Contemplación.—Adoración.—Constitución de la Tierra y erupciones volcánicas.—El número de la bestia.—Diagrama 18.—Cristián Rosenkreuz y la piedra filosófica.—La iniciación; la Orden de los Rosacruces y la Fraternidad Rosacruz, etc., etc.

Pídase el sumario completo que se enviará gratuitamente.

PRECIO

	RÚSTICA	TELA	LUTO
La obra completa (3 tomos)	\$ 6.00	\$ 7.80	\$ 10.50
Segundo y tercer tomos, juntos	" 4.00	" 5.20	" 7.00
Tercer tomo solo	" 2.00	" 2.60	" 3.00
Para el extranjero los 3 tomos valen: En rústica: francos 14.40; en tela: frs. 18.55			

(Porte para el interior \$ 0.20 m.n.).

(Porte pago sólo para el exterior).

LIBRERÍA TEOSÓFICA

DE

Nicolás B. Kier

SUYPACHA, 732

BUENOS AIRES

Pídase el catálogo general.



LA CRUZ DEL SUR

Ciencia - Filosofía - Tradicionalismo

Director: ANGEL CLARA

COLABORADORES:

DR. EDUARDO L. HOLMBERG.—RICARDO ROJAS.—DR. MARIO ROSO DE LUNA (España).—DR. ENRIQUE HERRERO DUCLOUX.—DR. HORACIO DAMIANOVICH.—RÓMULO D. CARBIA.—DR. VIRIATO DÍAZ PÉREZ (Paraguay).—DR. FEDERICO W. GÁNDARA.—SALVADOR MARÍA BOUCAU.—PROF. J. FERNANDO CARBONEIL (Uruguay).—DR. RENÉ BASTIANINI.—DR. DELFINA MOLINA Y VEDIA DE BASTIANINI.—JUAN AMADO (Paraguay).—DR. MIGUEL CATALANO.—DR. ULISES L. BERGARA.—SRA. ALICE VON SONKLAR (Alemania).—F. DÍAZ FALP (Uruguay).—ADRIÁN A. MADRID.—SALVADOR BOCCA.—DR. JORGE DAMIANOVICH.—DIEGO MOLINARI.—ING. ENRIQUE MARCÓ DEL PONT.—PROF. JUAN G. LACRAMPE.—PROF. EDUARDO MELGAR.—P. DIAMICO (Brasil).—ING. EMILIO REBUELTO.—ALFREDO FRANCOESCHI.—DR. GUILLERMO F. SCHAEFER.—ALEJO CURUCHET.



DIRECCIÓN:
Ramón L. Falcón 2236 (Flores)
BUENOS AIRES



ADMINISTRADOR:
Alberto Massa
SANTIAGO DEL ESTERO, 365

1913

SUMARIO

<i>Síntesis del pensamiento medioeval.....</i>	ALFREDO FRANCESCHI
<i>Algunas reflexiones sobre la psiquis humana.....</i>	F. W. GÁNDARA.
<i>Las cortes de amor.....</i>	DIEGO L. MOLINARI.
<i>La estatua.....</i>	TITO BIAGOSCH.

LA CRUZ DEL SUR

CIENCIA - FILOSOFÍA - TRADICIONALISMO

AÑO I.

JULIO 1913

N.º 3.

DIRECTOR: ANGEL CLARA

Síntesis del pensamiento medioeval

Madre, no me llores, ¿Para qué hacerlo? Venérame más bien: fui cambiado en el astro divino que surge al llegar la noche.—*Inscripción sepulcral griega.*

.....
Addio, semitico nume! Continua
ne'tuoi misterii la morte domina.
O inaccessibile re degli spiriti,
tuoi templi il sole escludono.

CARDUCCI.—*In una chiesa gotica.*

En general para los historiadores, la luz de Grecia ha sido un término de comparación harto peligroso: ¿Qué pueblo o qué época recuerda algo igual al siglo de Pericles? Atenas, maestra de Grecia como la llama Tucídides, vió entonces junto a los grandes filósofos, Sócrates o Anaxágoras, a artistas como Sófocles, Eurípides o Aristófanes en el teatro; Herodoto, el de la prosa severa, en la historia; y en las artes plásticas a Fidias o Apolodoro. No faltaron tampoco los políticos hábiles y los oradores eminentes y para hacer más completo el conjunto, Alcibiades impuso su elegancia y Aspasia sus encantos de *etera*. Al estudiar pues, los siglos que siguieron a la cultura greco-latina, el recuerdo clásico pesó como un argumento de desprecio sobre ellos y la Edad Media fué considerada en conjunto época de obscuridad alterada por momentos por algún hecho histórico de importancia. Este juicio,

al cual en cierto modo corresponde el mismo calificativo de *edad media*, es sin embargo erróneo; así lo entendió el movimiento romántico de principios del siglo XIX, dando *interés* al elemento medioeval, por lo menos como asunto poético o artístico, por oposición al culto clásico que caracteriza el arte francés e italiano de los siglos XVII y especialmente XVIII. De esta manera se hizo popular el conocimiento de esa época, riquísima en elementos propios. El arte ojival, las literaturas en lenguas romances, el arte místico y esa gran filosofía de los siglos XII, XIII, XIV y XV fueron estudiados, y relacionados con los grandes movimientos sociales, en especial las cruzadas que permitieron una vez más la comunicación con las brillantes civilizaciones arábigas, no sólo en el sentido político sino también en el espiritual. La evolución filosófica del espíritu medioeval se apreció entonces en su debido valor y más por el trabajo de crítica y erudición que caracteriza al siglo pasado. Así se llegó a un conocimiento cada vez más minucioso y documentado de la época, y una vez abarcado el conjunto se pudo ver como el elemento espiritual propio que hace tan interesante y original su civilización es el hecho social del cristianismo. Sobre los evangelios—armonizados éstos con conceptos y formas clásicos—se elaboró durante siglos el pensamiento de la Edad Media: fué éste el que creó la Divina Comedia, elevó los templos góticos y condujo las masas a la lejana Jerusalém...

Si Grecia, ese prodigio de luz, es interesante con sus mármoles blancos y sus filósofos serenos, la Edad Media, toda inquietud, lo es igualmente: la historia de las edades, como la de los hombres, es un sendero y aquel que adora a Dios, todo en armonía con él, es hermano del que llora al borde del camino.

El Cristianismo, surgido del pueblo más despreciado del Imperio Romano, no llevó a éste, concepciones filosóficas nuevas. Roma en virtud de su carácter centralizador, se asimiló la cultura de los pueblos vencidos y entre ellos el helénico.

De esta manera las concepciones más hermosas de Grecia tuvieron en los filósofos del imperio comentadores y aun continuadores. Sócrates aconsejando seguir el famoso precepto de Delos; Platón; los pitagóricos, que bajo el nombre de amistad consideraban la caridad en su forma más elevada; los estoicos que consideraban la virtud única fuente de felicidad; los epicúreos tan calumniados en la Edad Media, que admitían como base del acto moral el placer, estableciéndoles sus jerarquías; todos estos filósofos sostenían concepciones semejantes, total o parcialmente al Cristianismo, pero si la originalidad filosófica no es su característica, en cambio llevó al ambiente de la decadencia del imperio, el *hecho* del amor, no exclusivamente como un principio filosófico sino como una fuerza más bien del sentimiento. De aquí que al llegar a Roma y a los demás centros de cultura, por la acción de los apóstoles, los que primero la admitieron fueron los humildes y en general los que sufrían. Fuerza popular por excelencia, su lucha con el Imperio paulatinamente se equilibra hasta llegar a su consagración efectiva con Constantino y a su consagración oficial como religión de estado por el edicto de Teodosio del año 380, después de persecuciones y críticas filosóficas. Las tentativas de Juliano el Apóstata habían fracasado: el poeta Rutilio Numaciano debía exclamar más tarde: «¡No hubiese sido nunca conquistada Judea! ¡Los vencidos hoy oprimen a los vencedores!» (1).

El Cristianismo de la primer época por la obra de los apologistas y Padres de la Iglesia adquirió valor filosófico al relacionarse con la filosofía pagana. Tertuliano, mezcla de sensualidad púnica y fantasía oriental (2), en vano quiso divorciarlo de la cultura de Grecia; en vano proclamó el *credo quia absurdum*. Los padres de la iglesia griega, Justino, Clemente y Orígenes asociaron la nueva religión a los sistemas filosóficos griegos: el primero versado en la filosofía platónica tomó de ella el concepto del *logos* o Verbo; su respeto

(1) Versos 395 y 398. Cit. en Crivellucci.—Stor. delle Relazioni tra lo stato e la Chiesa. Vol. I. Pág. 49.

(2) Lessico ecclesiastico. Artlo. Tertuliano.

por el platonismo le lleva a admitir que, al igual del Cristianismo, tiene su origen, aun cuando en forma parcial, en la revelación divina. Orígenes, del cual Porfirio afirma que «en su concepción de las cosas del mundo y del ser divino era un griego» contribuye a fijar la concepción de la identidad de naturaleza del Padre y del Hijo. Esto es lo ortodoxo de la religión católica. En cambio su concepción de la vida material y post-terrena como una purificación de los espíritus—creados por Dios de la nada—que abusaron de su libertad, fué rechazada como muchas otras proposiciones por el Concilio de Constantinopla en el año 543, es decir, tres siglos y medio después. Una teoría opuesta a la de Orígenes sobre la relación entre el Padre y el Hijo fué presentada por el famoso Arrio y aceptada por numerosos prosélitos. Sostenía que entre Dios y el Verbo había diferencia esencial, no distinguiéndose este último, de las criaturas nada más que por diferencias cuantitativas. Cristo pues no es de naturaleza divina. Constantino que veía en la unión de las fuerzas religiosas la posibilidad de mantener la unidad del imperio reunió el Concilio de Nicea—que fué el primero en que se discutió el dogma—y de éste resultó después de acaloradas discusiones entre Arrianos y Atanasistas, el famoso *Símbolo* que proclama la consubstancialidad del Hijo y del Padre, dogma fundamental de la religión cristiana (1).

La Iglesia por obra de concilios sucesivos definió o dió mayor fijeza a los dogmas y estableció su organización. Bajo Teodosio que como dijimos consagró oficialmente el Cristianismo religión de estado, se reunió el primer concilio de Constantinopla (381) estableciéndose contra Macedonio, la divinidad del Espíritu Santo (2); el de Efeso (431) bajo

(1) Crivellucci. O. Cit. Tomo I., Pág. 175.

(2) Así quedó constituido—aunque su definición como dogma de fé corresponde al concilio bateranense—iv año 1215, el concepto de la Trinidad de las personas divinas. Aun cuando puede encontrarse en la revelación mosaica alguna alusión a esta concepción, su verdadero origen está en el Nuevo Testamento. Puede definirse así: en Dios hay tres personas realmente distintas: Padre, Hijo o Verbo y Espíritu Santo, subsistentes y operantes en la unidad de igual naturaleza. El Verbo procede del Padre

Teodosio el joven, proclamó contra Nestorio que Cristo debe considerarse *una sola persona* y que *María es madre de Dios*; el de Calcedonia contra Eutiques afirmó haber en Jesús dos naturalezas, la divina y la humana. Agréguese, además de otros dogmas menos fundamentales definidos por concilios posteriores, la labor filosófica de los Padres de la Iglesia latina. San Agustín partiendo de una concepción opuesta a la de Orígenes, sobre el origen de la inferioridad presente del alma humana, formula la teoría de la gracia que en síntesis es esta: después del pecado original el hombre perdió la libertad de abstenerse por propia voluntad del mal; Dios produce en quien desea la voluntad de hacer el bien: en esta selección de los individuos llamados al bien consiste la predestinación: la gracia es la fuerza que lleva a los predestinados al bien. Con todos estos elementos se constituyó el primer esquema del catolicismo; siglos después Tomás de Aquino debía introducir en él modificaciones de detalle. Su labor como veremos se dirigió en el sentido de definir la relación entre lo divino y la razón.

La deposición de Rómulo Augusto (476)—que marcó la ruina definitiva de la unidad política de Roma—se considera como el punto inicial de la nueva época: el cristianismo se había propagado hasta en las más lejanas provincias y los pueblos bárbaros determinaban la formación de nuevos nú-

por generación *ab aeterno* y por modo intelectual: vendría a ser pues la expresión del ser divino (de aquí el nombre de logos o verbo). El Espíritu Santo—así como el Verbo es el resultado de la autorcomprensión del intelecto divino—es el amor de la voluntad divina a la misma divinidad. De aquí se han intentado interpretaciones filosóficas; una de ellas sería la siguiente: El ser divino como Realidad es el Padre; el Ser divino en la Forma, es decir cognoscible es el Hijo y el ser divino considerado en su significación moral, el Espíritu Santo. Sin embargo ésta y otras interpretaciones son rechazadas por la Iglesia. Las representaciones iconográficas de la Trinidad son muchas pero ninguna de ellas tiene la suprema exactitud de *La disputa del Santo Sacramento* de Rafael. «Del Padre, que ocupa la parte alta del fresco, al Hijo y al Espíritu Santo, la Gracia cae en línea vertical tocando el ostensorio como un timbre cuya resonancia produce en otras, se propaga circularmente de alma en alma» Louis Gillet. Raphael, pág. 74.

cleos. La luz clásica ya extinguida, en los templos serenos de la Hélade gloriosa no se escuchan ya los himnos a Apolo, a Dionisos o a la Tierra: en vano ella dice a los hombres «hijos yo soy Demeter la diosa de los dioses». La armonía del espíritu y la materia realizada por el carácter griego ya no existe: Surge la Edad Media llena de su inefable poesía de la muerte.

Los ostrogodos y los visigodos al constituirse en Italia y España respectivamente, tuvieron que seguir la suerte de los pueblos conquistadores de cultura inferior: imitar y asimilar la cultura del vencido, los ostrogodos particularmente que llegaban al centro mismo de la civilización romana.

Teodorico, su rey más eminente, aunque desprovisto de cultura, distinguió y atrajo con honores a los doctos y conservó las formas exteriores de la organización romana. Dos hombres eminentes de la época de Teodorico: Boecio (1) (480?—524) y Casiodoro (480-575) deben ser recordados.

Boecio, de ilustre familia romana, tenía una vastísima cultura. De aquí que sus obras originales, sus comentarios y sus traducciones sean en una época realmente obscura, de mucha importancia. La más importante de ellas es un tratado filosófico en prosa y verso, que escribió estando en la cárcel y que es una especie de alegoría para justificar consuelos tomados del estoicismo. La trascendencia de esta obra, *De Consolatione philosophiae* ha sido inmensa. Dante tomó de ella muchas ideas y no sólo esto: la génesis psicológica de la alegoría dantesca tiene su origen muy probablemente en la lectura del tratado de Boecio. Casiodoro se preocupó de conservar, ordenar y copiar los preciosos manuscritos de la antigüedad. Como autor original se le recuerda por tratados históricos y por obras doctrinales. En España la exigua cul-

(1) Conviene indicar las obras de Boecio, en razón de su importancia en la cultura medioeval: Un comentario sobre la traducción latina del *Isagoge* de Porfirio; la traducción de algunos tratados de la *Lógica* de Aristóteles, con comentarios; dos libros *De Geometría*, dos *De Aritmética* y cinco *De Música*; *De Trinitate*; *De Consolatione Philosophiae*. La importancia de las dos primeras, fué, como se verá, muy grande en la cuestión de los universales.

tura de los monasterios vió por un momento la figura de San Isidro, arzobispo de Sevilla (muerto en 636) autor de las *Etimologías*, enciclopedia del saber medioeval.

Con el renacimiento de los estudios iniciado por Carlomagno, la cultura medioeval, reducida hasta entonces a estudios defectuosos ya áridas crónicas de monasterio, entró a nueva vida: entonces surgió de las *scholae* instituídas el sistema filosófico característico de la Edad Media: la escolástica.

La escolástica no se propone, como los sistemas anteriores, encontrar tal o cual principio fundamental. Para ella «el supremo criterio de verdad es la Sagrada Escritura» (1) contenido de principios indiscutibles. Partiendo de éstos la razón-auxiliar el método lógico de Aristóteles—trata de sacar las consecuencias legítimas, muchas de ellas tomadas de los Padres de la Iglesia: de aquí una similitud entre la Patrística y la Escolástica, explicable si se tiene en cuenta la igualdad de fuente dogmática.

Sobre la relación entre los dos elementos de la Escolástica, la fe y la razón está basada su división en tres épocas correspondientes: la 1.ª al predominio de la fe sobre la razón, la 2.ª al equilibrio de las dos y la 3.ª al predominio de la razón. El *credo quia absurdum* de Tertuliano con ser excesivo podría aplicarse en cierta manera al primer período: la filosofía fué llamada entonces, sierva de la teología: ancilla theologiae; el segundo período fué el mejor momento de la Escolástica: la igualdad entre la fe que justifica por el sentimiento la hipótesis y la razón que formula y exige la demostración. En cuanto al último período, el predominio de la razón sobre la fe fué causa de la decadencia de todo el sistema: el estudio experimental surgió—determinando la formación de las filosofías naturales—como uno de los más inmediatos y mejores frutos del Renacimiento.

En la época de Carlomagno surgieron pues las primeras tentativas de sistematización filosófica; prescindiendo de Al-

(1) Estudios de Historia Filosófica. La Escolástica — Schopenhauer.

cuino—autor de un tratado sobre las artes del trivio y del cuadrivio—y de su discípulo Rabano Mauro, que empieza a formular algunos de los problemas propios de la Escolástica, a la primer época corresponde un filósofo originalísimo, Escoto Erígena, interesante, no tanto por su influencia en la época, que fué escasa, sino por sus relaciones con la escuela Alejandrina. Conocía el griego, lo que le permitió traducir a Dionisio el Arcopaguita, del cual toma la concepción panteísta del universo y la teoría del mal, ligándose de esta manera al misticismo alejandrino lo que explicaría su semejanza con la filosofía india (1).

Erígena. clasificó lo existente en cuatro formas: 1.º lo que crea y no es creado, es decir Dios; 2.º lo que crea y es creado, es decir el mundo de las Ideas; 3.º lo que es creado y no crea, es decir el fenómeno; 4.º lo que no crea ni es creado, es decir Dios, considerado no como principio sino como fin de las cosas. Al establecer la 2.ª forma de lo existente afirmaba implícitamente el realismo: la cuestión de los universales en realidad ya planteada, empezaba a preocupar los espíritus. La cuestión puede resumirse en la pregunta: ¿Las especies y los géneros, en una palabra, los universales, no son más que concepciones de la inteligencia, o puras abstracciones verbales? ¿O existen fuera del pensamiento y fuera de las cosas como el tipo inmutable y distinto de todos los individuos de la misma clase? La primera solución es el nominalismo o también el conceptualismo; la segunda, el realismo. Es fácil ver la relación entre este problema y las filosofías de Platón y Aristóteles. Porfirio lo establece, intérprete de una cuestión que apasionó a los alejandrinos. En el

(1) Colebrooke ha señalado alguna de estas analogías. Por otra parte parece desprenderse de sus ideas que «toda criatura racional, animal, vegetal o inanimada, debe según su esencia íntima y hasta por el curso necesario de la naturaleza, llegar a la bienaventuranza eterna, puesto que procede de la eterna bondad». Schopenhauer. Loc. Cit. Párraf. 9. Esta es como se ve una solución perfectamente oriental. Las obras principales de Erígena son: *De Corpore et sanguine dominí*; *De Praedestinatione* y sobre todo *De divisione natural*, contenido de su filosofía.

Isagoge, introducción a la *lógica* de Aristóteles escribió lo siguiente: «yo no investigaré si los géneros y las especies existen por sí mismos o sean, por el contrario puros conceptos abstractos, ni tampoco, dado que ellas sean realidades, si son corpóreos o no; ni si tienen existencia separados de las cosas sensibles o son confusas con ellas; esta investigación es demasiado difícil y exigiría una larga discusión que no es de mi tema». Proclo en el comentario del Parménides de Platón establece también con gran exactitud el problema: 1.^a cuestión, si las ideas existen. 2.^a De qué cosas hay ideas. 3.^aCuál es la naturaleza de las Ideas. 4.^a Cómo las cosas sensibles, particulares, los individuos, participan de la Idea. Pero desde el punto de vista medioeval Porfirio nos interesa más: del pasaje de Porfirio, traducido por Boecio ha salido la filosofía escolástica (1).

La filosofía medioeval, cuyo campo de acción estaba limitado por el dogma, encontró en este problema motivos de controversia; puramente formal al principio, la discusión invadió el campo de la teología. El nominalismo de Roscelino—que lo llevó—aunque no de una manera explícita, a negar un aspecto del dogma de la Trinidad y el conceptualismo de Abelardo tuvieron entonces por parte de la Iglesia impugnadores: el concilio de Soissons en 1092 obligó al primero a retractarse y San Bernardo influyó en el segundo por la persuasión y la discusión. Así el realismo apoyado por la Iglesia se extendió cada vez más. Abelardo mismo, lleno de energía juvenil, duda de su obra: «yo no quiero—escribe en una carta a Elorisa—ser filósofo, si debo rebelarme contra Pablo; yo no quiero ser Aristóteles si soy separado de Cristo». San Anselmo (1033-1109) elevó el realismo a su mayor altura: sus dos obras capitales son el *Proslogium* y el *Monologium*; en la 1.^a da la famosa prueba ontológica de Dios: La mente humana tiene la idea de un ser perfecto, es decir comprendiendo todos los atributos posibles o en otros términos, tal que no podemos pensar otro que sea mayor: Este ser perfecto

(1) Véase sobre este problema los *Fragments philosophiques*, Víctor Cousin.

(Dios) no puede estar sólo en la inteligencia porque entonces podríamos pensar *uno* que estuviera en la inteligencia y en la cosa, es decir que pensaríamos algo más perfecto de aquello del cual no puede pensarse nada mayor; pero esto es absurdo. Dios está pues no sólo en la inteligencia humana como puro concepto: Dios existe (1).

Un hecho importante influye en el curso de la filosofía escolástica: la introducción de los textos árabes. Hasta entonces los medios de estudio habían sido escasos. Para conocer a los antiguos se tenía: las obras de Boecio (2); que había traducido y comentado parte de la Lógica de Aristóteles; el Timeo por el comentario de Chalcidius; los padres de la iglesia; algunos tratados de Cicerón, Séneca y Apuleyo; la Isagoge de Porfirio; las compilaciones de Capella Beda e Isidoro. Por intermedio de los árabes fueron conocidas muchas obras más, referentes a ciencia y filosofía clásicas y no solo esto: los árabes aunque no propiamente originales, aportaron, sin embargo, valiosas críticas y problemas nuevos, como el de la individuación, por intermedio de sus mejores representantes. La cultura clásica de los árabes, recibida por ellos de fuente indo-europea, Persia o Asia Menor (esta última derivada directamente de los comentaristas griegos de Alejandría), se introdujo en los pueblos latinos por dos vías España y el Sur de Italia. Raimundo, arzobispo de Toledo.

(1) Tuvo críticas de Gaunilón y posteriormente de Santo Tomás. Presentada posteriormente en otras formas por Descartes, Leibniz y Spinoza, fué criticada por Kant.

(2) Aún cuando con respecto al problema de los universales, Boecio, se contradice no pocas veces puede afirmarse que se inclinaba al nominalismo. Para ello emplea argumentos análogos a los opuestos a Platón, especialmente por Aristóteles; el más importante es este: Todo lo que *es*, es necesariamente uno: ahora bien, el género es común a muchos objetos. Por consiguiente no tiene unidad; luego no *es* (Arist. libro III y VII de la *Met.* Pero la crítica de Aristóteles tiene valor decisivo únicamente con respecto a la primer forma de la teoría platónica, la *méthesis* o participación. Platón—que se formuló el mismo argumento, sustituye a la participación, la *mimesis*, imitación que explica la reminiscencia por la semejanza con la Idea. Según esto, la Idea no está distribuida en las cosas, sino que es exterior, independiente a ellas: manteniendo pues su unidad.

forma un colegio de traductores que hace conocer especialmente a Avicena; años más tarde se traduce a Alkindi; posteriormente en la corte de Sicilia, la cultura árabe influía en el monarca mismo: Federico II fué, como se sabe, partidario del Averroismo (1).

En contacto con la filosofía alejandrina, los árabes asimilaron, no sólo las teorías filosóficas de la época que llamaríamos clásica, sino también el misticismo elevadísimo de los primeros siglos de la era Cristiana. Así no es extraño ver en esta corriente arábica—sangre nueva en el organismo árido del primer período escolástico—resurgir muchos de los conceptos, platónicos o neoplatónicos de aquella época maravillosa.

Los principales representantes de la filosofía árabe son sucesivamente: Alkuidi (siglo IX); Alfarabi (siglo X); Avempace autor, del *Régimen del Solitario*, que sostiene que el fin del hombre es entrar en una unión cada vez más estrecha con la razón (intelecto activo); Avicena con ideas análogas a aquel y que admite la inmortalidad del alma; Algacel, autor de la *Dstrucción de los filósofos* personalísimo en sus ideas. Sostiene la impotencia de la razón y por consiguiente la inutilidad de la filosofía. Funda la religión en el excepticismo; Abubacer o Abentofail, autor del *Filósofo autodidacto* en el cual trata de demostrar «como las facultades humanas llegan por su propia fuerza al orden sobrenatural y a la unión con Dios» (2). La filosofía de Abentofail es un sistema de panteísmo según el cual la pluralidad y la variedad son un error de los sentidos y de la imaginación. La unidad divina existe sola y el último término de la sabiduría consiste en abismarse en la contemplación del pensamiento infinito (3).

Averroes, el más grande entre los filósofos árabes, es el que interesa más con respecto a la evolución de la Escolástica. Su labor filosófica y científica—sin dejar de ser original

(1) Véase con respecto a la filosofía árabe y sus influencias, Renan, *Averroes y el Averroismo*.

(2) Renán. L. Cit. Cap. II *Doctrina de Averroes*.

(3) Jourdain. La phil. de S. Thomas d'Aquin.

en muchos puntos—refleja con precisión el pensamiento aristotélico. Con respecto al problema tan debatido en la Edad Media de la *individuación* de los seres, es decir, del origen de lo múltiple, Averroes sigue fielmente al Estagirita: desde la eternidad la materia primera sin cualidad ninguna, recibe determinación por la forma, que es el otro polo de la realidad. La materia es pues *posibilidad* del ser; el *movimiento* determina para ella la progresiva complicación de las formas; la generación y la transformación no son más que movimientos; por él el tiempo tiene para nosotros un valor real: si no hubiese movimiento no apreciaríamos el tiempo y desaparecería en nosotros la noción de vida sucesiva. El movimiento es infinito y suponiendo un sujeto, la materia, ésta también lo será; la materia es pues eterna; lo múltiple se explica por evolución y no por creación.

La misma preocupación que llevó a los gnósticos y kabalistas a crear seres intermedios entre Dios y el mundo para justificar el origen del mal como resultado de la culpa de aquellos y no de un Dios que se supone onnisapiente, omnipotente y que es la suma bondad, llevó a Averroes a admitir también categorías de seres: «El gobierno del universo se asemeja—dice Averroes—al gobierno de una ciudad en que todo parte de un mismo centro pero no todo es obra inmediata de un soberano.» Esta jerarquía de seres desde la Inteligencia Primaria, motor de las estrellas fijas, producto inmediato de Dios, hasta las inteligencias particulares de cada orbe, constituye en Averroes, un sistema del Cosmos, particularmente homogéneo que aunque absolutamente falso—resultado necesario de conocimientos astronómicos tan incorrectos—tiene un valor que sería difícil negar, más si se tiene en cuenta que era original sino en los razgos generales, cuya fuente es siempre Aristóteles, por lo menos en los detalles.

También está inspirada en el Estagirita, la teoría del entendimiento humano (Aristóteles. De Anima, Cap. 5 del libro III). La distinción establecida entre la materia, elemento pasivo, posibilidad del ser y la forma, elemento determinativo, es referida análogamente al alma: hay una *inteligencia pasiva*,

susceptible de identificarse con lo pensado y una inteligencia activa, independiente de los seres particulares, aunque participable por ellos, semejante a la luz, que determina los colores (simples *posibilidades*, sin ella, de color). La Inteligencia activa es imperecedera; la Inteligencia pasiva, elemento personal, es perecedera. Esto, que se encuentra en Aristóteles encontró comentadores minuciosos en la Escuela de Alejandría, sobre todo con Alejandro de Afrodisia, y en Averroes que lo desarrolló introduciendo modificaciones de detalle, al asociarlo con los elementos místicos, comunes a todos los filósofos de la escuela árabe. Con respecto a la inmortalidad del alma llegó a la solución negativa. La inteligencia pasiva, que es lo personal, perece. En el terreno físico, la generación y la muerte no son más que cambios pero la personalidad se borra con la muerte. Así, en esta vida, es necesario encontrar la razón de existencia. Por lo racional ir ascendiendo en la escala de las Inteligencias, he aquí el verdadero camino.

Esta mística, apuesta a aquella, común a los árabes, que se basa en mortificaciones inútiles, debe tener como base el ascetismo, condición del acrecentamiento de las facultades trascendentes del hombre. No existe inmortalidad para el alma (1), así que en este sentido el único consuelo para el ser es la facultad de reproducirse, determinando la especie, es decir lo permanente dentro de la variación de los individuos.

En cuanto a los judíos que llegaron a España desde la época de Adriano, vejados continuamente por los visigodos, acogieron favorablemente a los árabes triunfantes. Así se estableció cierta comunidad entre unos y otros fundada en una análoga posición con respecto a la religión de los cristianos.

Los árabes dominaron casi toda España, desarrollando una filosofía importantísima por su trascendencia en el pensa-

(1) Es decir, la conciencia de nuestra identidad, dentro de la variación de las cosas. Averroes considera, es cierto, eterno el intelecto activo, pero éste por el hecho de ser independiente, impersonal, común a todos los individuos (por participación) no justifica la inmortalidad del alma, por lo menos en el sentido en que tomamos esta expresión: la conciencia de nuestra identidad, interrumpible, quizás en ciertos momentos, pero efectiva por toda la eternidad.

miento latino; los judíos aceptaron esa filosofía modificándola únicamente en los detalles. Los más ilustres fueron: Avicbrón (Ibn-Gebiról), el primero de ellos, anterior a la filosofía árabe de valor; es autor de una obra, *La Fuente de la Vida* que traducida al latín gozó de mucha autoridad; con él empieza una corriente racionalista que encontró un impugnador en Judas Halevy, representante de la Teología. Moisés Maimónides, el más ilustre de ellos tiene una filosofía análoga a la de Averroes; no fué su discípulo, puesto que recién en edad avanzada conoció los escritos del gran comentador, pero hay una analogía casi completa, explicable por el hecho de que partían de las mismas fuentes.

La importancia de los judíos, en esa época no está pues en su originalidad; debe encontrarse más bien en sus traducciones que llevaron a distintos puntos de Europa, sobre todo a Provenza la filosofía arábica. Hemos citado anteriormente las traducciones encargadas por el arzobispo de Toledo de 1130 a 1150; únase a esto la labor de traducción y divulgación de los judíos, fácil para ellos desde que sus aficiones comerciales los llevaba a distintas regiones, y sobre todo la obra de traducción de Miguel Scoto y el alemán Hermann, los dos afectos a la corte de Federico II de Sicilia y será fácil explicar cómo con toda rapidez, esta nueva fuente de conocimiento clásico se agregó a la escasa información de los escolásticos.

Sobre las traducciones de Scoto, se fija su época alrededor del año 1220 (la primera de ellas correspondería al año 1217) pero su difusión europea se verificó hacia el año 1230, de acuerdo con el testimonio de Roger Bacon. De todas ellas, las más importantes son las de los comentarios averroísticos sobre los dos tratados de Aristóteles de «Coelo et Mundo» y el Tratado del Alma que parecen constituir el envío filosófico hecho por Federico—gran partidario de la cultura arábica—a las Universidades italianas, principalmente a Bolonia. Sin embargo, anteriormente a Scoto y Hermann, ya se conocía si no Averroes por lo menos elementos de cultura árabe. En el concilio de París, realizado en 1209, se hace alusión a comentarios árabes sobre Aristóteles.

Las teorías árabes, especialmente las de Averroes eran un peligro para el dogma; el intelecto activo, según la interpretación averroística llevaba a negar la inmortalidad del alma. Esto no solo era contrario a la tradición filosófica de la Escolástica, sino que atacada por su base ese sentimiento de lo trascendente que fué tan considerable en la Edad Media. Por eso la reacción surgió, no puramente como una tranquila refutación filosófica sino con todo el vigor que supone un ideal tan excelso. El alma latina, mecida durante diez siglos por los cánticos sagrados y llena de la dulce Esperanza, opuso entonces, fuerzas admirablemente dirigidas; así de una refutación «vital» (1) del averroismo surgió la edad de oro de la Escolástica.

Guillermo de Auvernia, que fué el primer impugnador del peripatetismo árabe, dirige sus críticas, por lo general débiles, contra la filosofía árabe anterior a Averroes. Este último es poco conocido de él; así se explica que lo llame «muy noble filósofo» (2), desconociendo sin duda lo peligroso de sus interpretaciones.

Alberto el Grande, tiene más importancia en este sentido. En una época en que la teoría de la unidad del intelecto activo, de tan peligrosas consecuencias, se había generalizado, escribe por encargo del papa Alejandro VI la primer refutación seria del averroismo: «De unitate intellectus contra Averroistas». Su manera de argumentar es la siguiente: la distinción averroista entre la autoridad teológica que se basa en la fe y la autoridad filosófica basada en el razonamiento,

(1) «El empeño—ha dicho con justicia un historiador moderno—de nuestras luchas presentes por las cuestiones sociales, en las cuales se trata para los unos de adquirir y para los otros de conservar bienes que la muerte ha de anular, quizás demasiado pronto y que no producen muchas veces—la experiencia nos lo dice—ninguno de los placeres que de ellos se espera, no puede dar idea, ni siquiera aproximativa de la aspereza de las discusiones referentes a la posesión eterna de un patrimonio del que todos podían tener su parte, de bienes nunca experimentados pero de los cuales la perfección divina es garantía de valor y duración». GENTILE.—*La fine della scolastica*. Pág. 21.

(2) Renau. I. Cit. Cap. 2, Tomo II.

le obliga a presentar la cuestión desde un punto de vista lógico. Así presenta los argumentos favorables a cada una de las doctrinas adversas y de la prevalencia aritmética de la teoría de la inmortalidad del alma, desprende sus consecuencias. Esta contabilidad es un modo de argumentar sin consistencia; agréguese a esto el hecho de que Alberto toma no solo la «forma» de la filosofía árabe sino también muchas veces hasta conceptos.

Y llegamos a Santo Tomás, llamado por la Iglesia el Doctor Angélico, «Como teólogo—dice Jourdain—ha sido colocado por los sufragios de la catolicidad en un lugar donde no existen superiores, si es que hay iguales», y esto es exacto en cuanto él fué la verdadera fuerza de resistencia contra la interpretación heterodoxa de los árabes. Lo que no pudieron hacer ni Guillermo de Auvernia ni Alberto el Grande, ni los esfuerzos de los Concilios o de las Universidades (1), lo realizó él, estableciendo en sus obras fundamentales, (la «Summa Theologiae» sobre todo) una argumentación sólida basada en la razón.

Pero digamos algo, antes, con respecto a la época, en que este hombre extraordinario desarrolló su actividad filosófica.

Nada más importante para el conocimiento de una época que el estudio de sus manifestaciones artísticas. Si tenemos sobre la Grecia primitiva datos bastante exactos ello es debido, en gran parte, a los poemas del cielo homérico. De igual modo utilizamos los poemas o las leyendas de los pueblos germanos y escoceses o las primeras manifestaciones literarias de España. Tratándose de la época a que nos referimos—tan compleja desde cualquier punto de vista, filosófico, político o social, el arte nos permitirá encontrar, más

(1) La importancia de las Universidades en la cultura medioeval es muy grande. En la época de la gran controversia árabe-latina, a que nos referimos, los tres grandes centros universitarios eran París, Oxford y Bolonia, aún cuando hubiera otras muchas. En Italia, se fundaron universidades o centros de estudios en Nápoles (por decreto de Federico II), en Padua, Arezzo, Modena, etc., pero Bolonia siguió la verdadera «gran-de alma madre de los estudios» como la llama Bertoni.

que cualquier otro medio sino los hechos, por lo menos el espíritu que le es propio.

La pintura del siglo XIV (de igual espíritu del anterior en cualquier sentido) es particularmente interesante como «signo» de la época. El amor al símbolo, el desprecio por la naturalidad de las figuras manifiesto en el error anatómico y en lo incorrecto de la perspectiva; el deseo de expresar las cuestiones teológicas o los estados del alma, son caracteres comunes a este período. Los encontramos en cualquiera de los frescos de Santa Catalina de Pisa o Santa María Novella de Florencia. El símbolo es casi siempre en homenaje al Doctor Angélico (1). Uno de estos frescos, de Tadeo Gaddi es curioso por la claridad y precisión de la Alegoría: representa catoree mujeres correspondientes a las distintas ciencias teniendo a sus pies los hombres que más las elevaron; en lo alto y dominando todo el cuadro, el Doctor Angélico, hollando a los tres herejes Arrio, Sabelio y Averroes. La representación es exacta: la escolástica que estima la fe igual o superior a la razón, sujetó la expansión de dudas, en monjes y doctores, con su fuerza persuasiva y con fuerza coercitiva cuando tuvo autoridad, influyendo hasta en el arte como dijimos de la pintura y como es fácil comprobar con respecto a la literatura. ¿Qué es la Divina Comedia tomada en conjunto sino la suprema afirmación de la filosofía tomista? Dante, a quien se ha llamado con razón, representante y epílogo de la Edad Media, glorifica al santo doctor, en su poema. De él toma el concepto fundamental de la esterilidad de la razón para el conocimiento de Dios. En su divino poema, Virgilio, que según la más aceptada interpretación, es el símbolo de la razón, cede a Beatriz su virtud de guía (Canto XXX, del Purg.) a Beatriz, es decir, la Fe. Pero aun ésta es insuficiente: la visión final del poema, la visión de Dios se cumple por intermedio de San Bernardo: es éste el tercero y último camino, el Amor.

(1) Sobre la importancia de estas representaciones, como signo del triunfo de Tomás de Aquino, véase Taine. La pintura en Italia; Renán, *Id. Cit.* Tomo II, Cap. 2; GENTILE.—*La fine della Scolastica*. Pág. 61.

Este instante místico deja en él, un dulce recuerdo:

Quasi tutta cessa
Mia visione ed ancor mi distilla
Nel cor lo dolce che nacque da essa.

Este último grado, el amor extático que Dante llama intelecto es interesante en cuanto corresponde a una vasta corriente mística que tiene su expresión popular en S. Francisco de Asís y Jacopone de Todi. La fe incondicionada, la esterilidad de la razón y por consiguiente el predominio del sentimiento, encaminado al ascetismo y a una ardiente caridad, llegaron a tener caracteres marcados en la época, determinando ese arte profundamente interior y *extranatural* que se complace ya en el símbolo, como en la Vita Nuova, ya en la representación minuciosa de los instantes del éxtasis. Fra Angélico, en una época posterior, representa aun este arte tan grato a los prerafaelistas. Es como una flor preciosa, para emplear la expresión de Taine, conservada intacta en una época en que la luz del Clasicismo determinaba ya otras orientaciones de espíritu. Sus figuras, de una delicadeza infinita, tienen esa serena unción, que es difícil encontrar en sus contemporáneos o antecesores. Ni la obra de Dante, ni la teología, dieron a su espíritu la inquietud de la época. Su manera de interpretar es serena y suavísima. Ninguno como él fué tan perfecto, en la representación de las figuras angélicas. *La Coronación de la Virgen*, con las dos figuras centrales, dulces y pensativas, irradiando la luz que los separa de los coros de ángeles y santos, es la obra de un verdadero místico. No debemos extrañarnos de semejante unción: Fra Angélico meditaba sus oraciones antes de entregarse al trabajo artístico.

El arte, pues, refleja la influencia filosófica de la Escolástica, asociada a un sentido místico cuyo origen es o producto inmediato del amor, como en el caso de S. Francisco, o de la filosofía platónica (por intermedio de San Agustín o de los árabes).

Junto a estas dos tendencias, la teología y la mística, el pensamiento se manifestó según orientaciones más o menos dife-

rentes de aquellas. La Iglesia pudo retardar su explosión necesaria pero nunca suprimirlas: desde los tiempos de Constantino, hasta la época definitiva de la Escolástica; filósofos de todas condiciones aportaron críticas referentes al dogma que se iba consolidando, sobre todo en la época contemporánea a Tomás de Aquino, por razón del estudio de los escritores árabes. La lucha entre estas fuerzas débiles, casi siempre individuales y la Iglesia organismo de Constitución cada vez más homogénea, no es un simple episodio en la Edad Media; es importante—aparte de otras consideraciones, en cuanto obligó a sutilizar el análisis de las fuentes clásicas y a dar solidez a los argumentos y sistemas propuestos. De aquí ese estado de inquietud común a casi todos los pensadores de aquella época y causa de polémicas por lo general apasionadas.

En esta triple orientación del espíritu medioeval, Santo Tomás es un perfecto teólogo, en cierto modo el salvador de la filosofía católica. Desde su primer obra filosófica *De ente et essentia*—después de intensos estudios como alumno de Alberto en Colonia y en París—hasta su última obra, un comentario al Cantar de los Cantares, que escribió en sus últimos momentos, la actividad desplegada por Tomás es inmensa, tanto en las cuestiones puramente formales, como en aquellas de trascendencia filosóficas: de aquí que el catálogo de sus obras sea tan extenso. Tres de ellas son fundamentales, la *Summa Philosophica contra gentiles*, *De Unitate intellectus contra Averroistas* y sobre todo la *Summa Theologiae*, la obra filosófica más importante de toda la Edad Media.

La mayor parte de las doctrinas contenidas en la *Summa Theologiae*, no son, como es natural, personales. La obra constituye una vasta recopilación de las ideas admitidas por el catolicismo y en el sentido más estricto una defensa del dogma, haciendo ver como está en armonía con los principios de la razón, y en esto está uno de sus méritos. Pero es muy personal su argumentación aguda, minuciosa, a menudo genial, superior en este sentido a sus predecesores. Guillermo y Alberto y aun al mismo Averroes, del cual tomó, sin embargo, en sus trabajos de interpretación aristotélica, el método de transcripción, citando al filósofo sin alterar el texto y sobre esta base estableciendo la exégesis.

La *Summa Theologiae* está dividida en tres partes: 1.^a *naturalis*, 2.^a *moralis*, 3.^a *sacramentalis*. El método, aunque deductivo en la argumentación, no lo es de una manera estricta en la textura de la obra. En lugar de establecer toda una construcción geométrica, desde los principios fundamentales hasta las consecuencias, como debía hacer posteriormente Spinoza, establece las cuestiones en discusión (en la obra se enuncian unas quinientas, que comprenden unos 2600 artículos o cuestiones secundarias); hace después como un inventario de todas las objeciones y luego opone su respuesta. después de un examen de la tesis contraria (1). Este método se relaciona con sus ideas referentes al problema de la relación entre la filosofía y la fé, ideas fundamentales en el tomismo y en general en la Escolástica: la razón humana está dotada de una doble perfección por Dios: la *razón natural* y en segundo lugar las *virtudes teologales* (2), especialmente la fé que permite llegar a la verdad, porque está dotada con respecto a lo trascendente de valor *activo*, mientras la razón no puede hacerlo; pero las dos perfecciones no pudiendo estar en contradicción, es imposible afirmar, como hacia Tertuliano el «*credo quia absurdum*» ni tampoco admitir el concepto de la doble verdad que como una solución provisoria, admitían muchos en la época. La filosofía incapaz—como concerniente a la razón—de llegar al terreno propio de la teología, sin fuerza *activa* de conocimiento, corrobora a aquella, sin embargo. Utilizar la argumentación filosófica, en su forma de *refutación de las objeciones*, contra las verdades de la fe, he aquí el verdadero método que hay que seguir contra la heterodoxia. La *Summa Theologiae* sigue entonces este método: las objeciones son catalogadas y á cada una de ellas, contesta partiendo de principios, no de órdenes dogmáticas, sino admisibles por la razón.

En esta teoría del conocimiento está su primera divergencia

(1) Véase Gentile. L. Cit., Pág. 34 y 35.

(2) De aquí dos órdenes de verdades, según la fuente de conocimiento. Este concepto fundamental está claramente indicado en la *Summa contra gentiles*: «una (verdad) a la que puede alcanzar la razón humana y otra que excede a todo el ingenio de la misma razón.» Parte I., Cap. iv.

con respecto a Averroes pero allí donde las diferencias se acentúan es en las cuestiones referentes al problema de la individualización y al de la unidad del intelecto; este último problema en íntima relación con el de la inmortalidad del alma, punto verdaderamente importante de la gran controversia árabe-latina.

¿Qué es lo que individualiza, la forma o la materia? o en otros términos ¿cuál de estos dos elementos es el universal y cual el particular? He aquí el problema referente al *Principium Individuationis*, que preocupó a los filósofos de la segunda y tercera escolástica y que no es más que el problema de los universales, presentado en otra forma y desde distinto punto de vista. Aristóteles—según la opinión medioeval—no es explícito a este respecto: sabemos, eso sí, que para él, la substancia del individuo consiste en la unión íntima (*sínolo*) de la materia y la forma pero que también admitía una distinción anterior a la unión, de los dos elementos. Averroes se decide por la forma: los individuos *son* en cuanto contenidos de formas; la supresión de la forma equivale a la anulación del individuo como tal. Pero, desde otro punto de vista, si consideramos a las formas como elementos de un orden análogo a las Ideas platónicas, es decir a los universales que hacen las cosas inteligibles, tendremos entonces que, lo que liga este universal al universo sensible, será la materia, es decir que ésta sería el verdadero *principium individuationis*. Santo Tomás adopta esta solución, modificada en cierto sentido por su concepto de la *materia signata*, es decir materia no en el sentido indeterminado sino con cierta *aptitud* a tener una forma; la *materia signata* no debe confundirse con el elemento materia-forma; en ésta la forma está en acto y en aquella en potencia (1).

Igual sentido unitario emplea al estudiar la cuestión del alma. Para él existe una íntima relación entre el intelecto pasivo y el activo este último *propio* de cada individuo y no exte-

(1) Sobre estas teorías tiene dos opúsculos: *De Ente et essentia* y *De Principio Individuationis*, además de estas tratadas en sus tratados grandes.

rior y uno, como en la teoría de Averroes. El alma y el cuerpo supuestos en íntima relación, combate las teorías de las tres almas, vegetativa, sensitiva e intelectual, oponiéndole el concepto de un alma única pero dotada de tres facultades. Establecida la unión estrecha entre el alma y el cuerpo ¿cómo puede explicarse la inmortalidad del alma? Comprendiendo la substancia del alma al cuerpo ¿cómo puede aquella sobrevivir a éste? El signo de individualización es la materia, es decir el cuerpo. A la muerte de éste, el alma—concebida como algo individualizado—se anulará por la falta de un elemento de individualización; pero éste existe y es esa afinidad con el cuerpo, esa especie de adaptación que resulta de su íntima relación con éste. Esta modalidad del alma, como resultado de su unión con el cuerpo es lo que se llama en la filosofía tomista la *commensuratio* y es lo que permite, como elemento de individualización, explicar la supervivencia del alma con respecto al cuerpo.

Así consiguió salvar el Doctor Angélico, contra la aguda crítica de Averroes, el elemento fundamental (desde el punto de vista humano) de toda religión. En otras cuestiones su réplica es también de gran valor; refuta las teorías averroísticas—y posiblemente aristotélicas—de la materia primera indeterminada; el concepto de la Primera Inteligencia y demás proposiciones heterodoxas. Pero el averroísmo era demasiado fuerte para ser vencido por una argumentación por muy importante que ésta haya sido, surgieron filósofos, dentro del seno mismo de la Escolástica, que aceptaron y sostuvieron tesis del averroísmo. En general puede afirmarse (1) el hecho de que la

(1) Véase Renan L. Cit. Párraf. II. Cap. II. Tomo II. Las órdenes dominicas tienen su origen en Domingo de Guzmán (1170-1221). El Santo fundó en 1202 un claustro de mujeres en Prouille (Pirineos) y en 1206 una orden importantísima en Tolosa, con el fin de combatir la herejía por la instrucción religiosa. La orden de los Franciscanos se debe a Francisco de Asís (1187-1226) quien estableció la orden de Hermanas Menores con fines de caridad y humildad. Los dos santos pudieron un día, verse; Domingo exclamó al abrazar al de Asís: «Tú eres mi hermano, tu estarás conmigo siempre y ninguno nos separará» Era como el símbolo de la unión de los dos elementos, el raciocinio y el amor. Sin embargo los

escuela filosófica franciscana haya seguido en un cierto sentido el averroísmo: muchos de entre los más importantes opositores de las teorías de Santo Tomás, es decir dominicanas, pertenecieron a aquella orden, Duns Scoto entre ellos que opuso enseguida la forma como *principium individuationis*, el más enérgico impugnador de la Escolástica tomista.

No hablaremos de estas luchas entre las dos escuelas, luchas sobre todo con respecto al problema de la individualización; ellas constituyen el tercero y último período, sin verdaderos elementos de importancia; ni tampoco de aquellos filósofos como Lulio—más brillantes y entusiastas que rigurosos—a pesar del Arte Magna y de su celo anti-mahometano; ni aún de aquellos—como Roger Bacon—que han seguido en conjunto la escuela escolástica y en parte han tenido intuiciones correspondientes a una época posterior (por lo que deben estudiarse como elementos del Renacimiento).

Una sorda pero activa obra se cumple en Italia; después del Divino Poeta—teólogo y vidente—el más gran discípulo de Tomás de Aquino, Petrarca y Bocaccio, estudian con el religioso éxtasis de las sorpresas divinas el rayo de sol de la Divina Grecia.....

Así tomaron forma, en las mentes más sutiles y más inquietas, los problemas que en todo momento se plantea el hombre, desde aquel del origen de los seres, base del problema cosmológico, hasta el de los destinos del alma humana, esta unidad maravillosa que queremos conservar a través de todos los cambios...

El cristianismo dió a la edad media la iniciación de luz, de luz dolorosa, para referirnos al ideal y al sufrimiento que hace efectivos: después, siglos de duda, de estudio y por último

franciscanos, menos teólogos, más independientes del poder de Roma y llevados a ello quizá por razón de afinidad entre su misticismo y el que es fácil ver en los árabes, siguieron las huellas del Gran Comentador. Así, en lugar de ser colaboradores en la obra dominicana, fueron opositores, no exclusivamente en el terreno intelectual sino aun en el social: la corriente franciscana realizó en cierto modo una obra de Reforma en la Media Italia, con respecto a cuestiones temporales y de organización.

de coordinación; pero en cualquiera de sus épocas no faltaron ni filósofos ni artistas. Sobre los filósofos no queremos insistir; en cuanto a los artistas, en los rudos versos latinos, en el estro joven de la lírica y de los poemas caballerescos y por último en la divina visión de los tercetos del Dante, agregaron a la *tela del tiempo*, hilos de oro, la Armonía que no puede ser personificada por hermosa, pero que no olvida nunca a los hombres.

ALFREDO FRANCESCHI.

Algunas reflexiones sobre la psiquis humana

Al Dr. Eduardo L. Holmberg.

Durante la evolución del «Yo», todas las *formas* en las cuales exterioriza sus potencialidades, pueden considerarse como *estados de conciencia*. Se podría señalar aquí el MINERAL, EL VEGETAL, EL ANIMAL y EL HOMBRE.

Dejemos los estados anteriores—mineral, vegetal y animal—condiciones que nos han servido para llegar hasta el grado actual de evolución psíquica, y pasemos a considerar el ESTADO HUMANO propiamente dicho.

Al Estado Humano se le puede considerar como el lazo de unión entre la ANIMALIDAD y la SUPER-HUMANIDAD: se tiene conciencia de donde se viene, y se tiene conciencia a donde se vá; se interna el «Alma» en los *espirituales* dominios del SER (super humanidad), y retorna de ellos al NO-SER (animalidad). Es un estado reversible; una condición transitoria.

Si por medio de la introspección personal—base de todo método psicológico, penetramos en el vasto y grandioso mundo de nuestro ser, constataremos en él la existencia de un indeterminado número de potencialidades que se exteriorizan en formas distintas: verdaderas vidas dentro de nuestra vida. Existe pues un centro, un foco diremos, en torno del cual gravitan esa serie de *condiciones psicológicas* (potencialidades que responden a una vida inconsciente). Ese Centro, *Conciencia* de todas las *conciencias individuales*, vendría a constituir la base fundamental del hombre psicológicamente considerado. Si fuéramos a definir ese centro, diríamos que se comporta, como

el espectador inmutable dentro de los infinitos estados de conciencia mutables; estados que caracterizan la *persona* y determinan al individuo, en la sociedad donde desenvuelve sus actividades. El concepto de inmutabilidad recientemente mencionado, nos lleva al concepto de *eternidad*, y éste, al de *potencialidad infinita*: la *sensación de potencialidad infinita*, nos da la clave psicológica de la evolución. Todo en el Universo se forma según un mismo proceso: lo exterior es una consecuencia de lo interno; nada en la Naturaleza aparece como naciendo de afuera para adentro. En el grano, están todas las potencialidades más tarde puestas en evidencia en el árbol, la flor y el fruto; el átomo pone en manifiesto sus potencialidades por medio de la afinidad, y los astros por la gravitación... Ese núcleo, centro de nuestro mundo Psicológico, es a la vida del Alma, lo que el átomo es a la materia, lo que el gérmen al árbol. Así, como la vida mantenida en el grano llega en el árbol hasta el extremo de sus hojas, hasta sus más profundas raíces, así también dentro de los dominios de la psiquis, el centro a que hacemos referencia — el «YO» — en vidas distintas, a través de transitorias y mutables formas, extiende poco a poco sus potencialidades, hasta llegar a los límites por El secretamente concebidos. La semilla antes de llegar a ser árbol, tiene que pasar por varias fases distintas: plántula primero, árbol después; del mismo, puede mirarse al desenvolvimiento del «YO» a través de las formas, en las cuales se manifiesta.

Dejemos el mundo de la forma y pasemos a considerar puramente el mundo psicológico correspondiente a los tres estados anteriormente mencionados: *animalidad*, *humanidad*, *super-humanidad*. En lo que sigue, trataremos de indicar el proceso, mediante el cual, aumenta progresivamente el campo de acción del «YO» a través de las formas.

* * *

Así como se considera dividido el «mundo» en dos partes: mundo objetivo y mundo subjetivo, así también consideraremos dividido el mundo psicológico con respecto al «YO».

El mundo objetivo del «YO» (psicológicamente considera-

do), vendría a ser lo que comunmente se denomina «la persona»: mundo de la pasión, de la voluntad, de la inteligencia. El «YO» que no puede definirse—que se siente a sí mismo, esencia de todas las esencias,—según las condiciones de su mundo exterior psicológico,—puede extenderse, más bien dicho, compenetrar su mundo exterior. El proceso de la evolución psicológica, vendría a ser pues la transmutación conveniente del medio exterior psicológico, para que el «YO» pueda exteriorizar en dicho medio su *conciencia*: única manifestación posible de su existencia.

Se ha dicho que el mundo exterior psicológico, es el mundo donde se pone en evidencia la pasión, la voluntad y la inteligencia; pasemos ahora a exponer el proceso mediante el cual, el «YO» — Conciencia Universal, Conciencia Cósmica — o como quiera llamársele, llega durante la evolución de la vida a través de la forma, en el infinito espacio y en el infinito tiempo, a compenetrar en sí todos los mundos psicológicos.

Mientras que el «YO» *encarna* en una «forma animal», se determina éste (el animal) puramente por medio de sus instintos (deseos no sometidos al discernimiento). La satisfacción *inconsciente de los deseos*, crea en potencia el deseo de *satisfacción consciente*. Primera condición del estado humano: discernimiento—esbozo del libre albedrío.

Al pasar la *potencialidad pasional* creada en el estado animal al estado de pasión manifestada (consciente), transmútase poco a poco la condición en la cual se desenvuelve el «YO» en el *estado animal*, para pasar al Humano. A medida que aumenta la conciencia en el mundo pasional, va aumentando insensiblemente el *grado volutivo de la especie*, hasta llegar a crear el medio psicológico denominado HUMANO, en el cual el «YO» determina sus actividades, según un proceso distinto.

De lo expuesto hasta ahora, se deduce:

1.— Condición Animal: inconciencia pasional. (Acumulación de pasiones a manifestarse conscientemente).

2.— Condición Humana: Exteriorización consciente de las potencialidades, creada en el estado animal. (Acumulación de *voluntad inconsciente* a manifestarse conscientemente).

Como se ha dicho en un principio que el estado humano es

un estado transitorio, podríamos simbolizarlo por medio de una progresión aritmética cuyos primeros términos fueran considerados como grados sucesivos de conciencia pasional, crecientes, según un incremento pequeño. Como dicha progresión se la considera infinita, aumentando sucesivamente el valor de los términos, se llegaría a un valor tal, que por su magnitud, representaría los primeros grados de conciencia pasional, o sea los rudimentos de la Psiquis Humana. Es decir, que pasando un cierto límite en el crecimiento consciente pasional, se entraría recién al estado *Humano* (según su condición psicológica).

Esa acumulación de la potencialidad animal, a manifestarse en una forma consciente en la condición Humana, es lo que en filosofía hindú, se denomina «Karma», efecto de causas, que a su vez son causas, y así sucesivamente (1). A medida que la conciencia directriz crece, el grado de evolución psicológica aumenta, y recíprocamente, en casos contrarios. Por consiguiente, de lo que se acaba de decir, se deduce que antes de llegar al estado Humano (el que hoy consideramos como tal), ha pasado la humanidad por una serie de estados intermedios—más animales que humanos—hasta llegar al que tiene en el presente.

En los comienzos, la dirección en la pasión es apenas sentida, siendo la parte pasional inconsciente la que predomina. En el hombre es la *dirección* (conciencia pasional), la que en general prevalece sobre las dormidas pasiones de la humanidad (condiciones psíquicas ancestrales). Lo que caracteriza al estado humano en el presente, es el cultivo *inconsciente de la voluntad*.

Durante la «condición animal», se acumularon pasiones, las cuales debían manifestarse *conscientemente* en el estado humano, de análoga manera en este último estado acumuláanse energías nuevas: *voluntad inconsciente*. Al ir dominando las ciegas pasiones, insensiblemente aumenta la potencialidad vo-

(1) El Karma puede ser positivo o negativo según evolucione o involucione el «YO».

lutiva: la voluntad en el hombre está en razón directa de su grado de conciencia pasional (1).

A medida que aumenta la conciencia pasional, se acelera la *interna dirección psicológica de nuestra vida*. Se agota así la potencialidad acumulada durante nuestra condición animal, y se acumula en cambio una nueva potencialidad: *voluntad inconsciente* (Karma de la humanidad). Durante todo el tiempo que estemos dentro de la condición humana, irá transmutándose poco a poco la POTENCIALIDAD PASIONAL CONSCIENTE en POTENCIALIDAD VOLITIVA INCONSCIENTE. Recién después de terminada esta transmutación, podrá el «YO» desenvolverse en su nueva condición SUPER HUMANA.

En las tradiciones iniciáticas de todos los tiempos, la denominada INICIACIÓN, no consistía en otra cosa que en la preparación natural de aquellos hombres que estaban próximos a terminar la transmutación «*pasional consciente*» en «*voluntad inconsciente*», para pasar después a la exteriorización de la *potencialidad volitiva inconsciente*, en *voluntad consciente*. (Actos realizados por la voluntad inconsciente, en los cuales aparece una nueva dirección en la VOLUNTAD).

Durante todo el proceso de la Iniciación, se transmuta la *voluntad inconsciente* acumulada durante el estado humano (2), en *voluntad consciente*: armónica fusión de la MENTE y de la VOLUNTAD. Después de terminada la *Iniciación del Hombre* (3), pasa el «YO» a manifestar sus actividades en su nuevo medio psicológico: el de la VOLUNTAD CONSCIENTE. Esta nueva condición se denomina el estado de los Adeptos; desde entonces, el «YO» individual, se convierte en un verdadero ARQUI-OBRIERO DEL COSMOS.

F. W. GÁNDARA.

(1) Por eso decía Sócrates: «Conócete a tí mismo».

(2) Se considera puramente aquí su condición *psicológica*.

(3) Se comprende la realización que tal estado representa.

Las "Cortes de amor"

Entraremos a estudiar una de las más increíbles y bizarras instituciones. Existieron en verdad las tales «Cortes de amor» o son puras ficciones de los trovadores?

Al decir de Saint Pelage (1) Nostradamus (2) el presidente Rolland (3) el abate Millot (4) Sismondi (5) Guinguené (6) tal existencia no se puede poner en duda. Sin embargo estos nos informan muy poco al respecto, habiendo Raynouard escrito con más exactitud sobre el asunto.

Se dice que los condes de Ventimiglia y Tenda en una visita que hicieron a Inocencio VI en Avignon pudieron asistir con la consiguiente maravilla a una sesión de la mencionada corte (7).

Los autores de quienes recabo mayores datos son Giulio Ferrario (8) y Antonio Meray (9). Este último parece haber empleado al primero o usado ambos de una fuente común

(1) Historia literaria de los trovadores en 25 vols. París 1774. La redujo Millet en 3 vols. en 12.

(2) Juan Nostradamus. Vida de los poets provenzales. Hermano del célebre médico y astrólogo. Fué reducido por su sobrino César en la Historia de Provenza.

(3) Ricerche sulle Corti d'amore. 1787.

(4) Storia litteraria del trovatori.

(5) Storia della letteratura della Europa Meridionale.

(6) Storia della letteratura italiana.

(7) Discours sur les arcs triomphaux dressés dans la ville d'Aix, p. 26.

(8) Storia ed analisi degli antichi romanzi di cavalleria e dei poemi romanzeschi d'Italia. Con dissertazioni sugli instituti, sulle ceremonie de'cavallieri, sulle corti d'amore, sui tornei, sulle giostre ed armature de' paladini, sull'invenzione ed usidegli stemmi, ecc. con figure tratte dai monumenti d'arte. 4 vols. Milano, 1828.

(9) La vie aux temps des Courts d'Amour. Croyances, usages et moeurs

La fuente histórica, es un libro manuscrito de Andrés el Capellán. De este autor, habló Fabricio en su biblioteca latina de la edad media y lo supone viviendo hacia el año 1170 (10). El libro se titula «Libro del arte de amar y de la reprobación del amor» (11).

La biblioteca del Rey de Francia (1826), poseía un manuscrito de este autor con el N.º 8758, que en otras épocas perteneció a Baluzio. Su primer título era el siguiente: «Hic incipiunt capitula libri de arte amatoria et reprobationis amoris». Este título va seguido por la tabla o índice de los capítulos y luego se lee un segundo título: «Incipit liber de arte amandi et de reprobationis amoris, editus et compilatus a magistro Andrea Francorum aulas regiae Capellano, ad Galterium amicum suum cupientem in amoris exercitu militare: in quo quidem libro, ejusque grados et ordines mulier ab homine ejusque conditiones et status ad amorem sapientissime invitatur; et ultimo in fine ipsius libri de amoris reprobationis subjungitur».

Se publicaron varias ediciones del original latino; una en el principio de la imprenta (según Menckenius); la segunda en 1610; la tercera en 1614.

Según Ferrario (12), el capellán Andrés no se propuso componer un tratado sobre las cortes de amor, sino uno para advertir a las personas de los peligros que un amor desarreglado trae siempre consigo.

Meray asegura que dicho tratado sirvió de ejemplo a los muchos que sobre el amor se compusieron, entre otros al «Diálogo d'Amore» de Bocaccio, cuya similitud de títulos es debido a algo más que a la pura casualidad. El famoso libro de amor del capellán Andrés comienza con una contestación a la definición del amor, dada por un cierto tal, quien aseveró, que «amor no es otra cosa que la delectación carnal de cierta

intimes des XI, XII, XIII siècles d'après les chroniques, gestes, jeux parisiens partis et fabliaux. París, 1876.

(10) Ferrario. Ob. Cit.

(11) Ars amandi, dice Meray.

(12) Vol I, pág. 224.

persona». Según el capellán tal definición no puede sostenerse (13). Dilucidaremos ahora lo que realmente eran las Cortes de Amor; cuál fué su origen; cuál su función en el medio social de la época; cuál su modo de proceder; su propagación, decadencia, y finalmente las supervivencias históricas que aun subsisten.

El lugar de origen fué sin disputa Francia. Pero las opiniones están divididas entre fijarlo en la Armorica o la Provenza. Meray dice: «en el país de armórica es donde el código del amor tuvo su más constante aplicación y puede decirse su país de origen», se puede considerar como una prueba en este sentido la leyenda que explica la génesis del código.

Legrand d'Auny dice también que su país de origen fueron las comarcas septentrionales de la Francia.

Debemos considerar a la Armórica como el punto donde primero surgieron, sino que muy luego se propagaron por toda la Francia, alcanzando singular importancia y brillo en los países provenzales.

Lo que motivó este florecimiento en los países meridionales fué el espíritu especial de la Provenza, donde no se disputaba más que sobre el amor y donde los trovadores sostenían graves cuestiones en tales asuntos; cosa que no sucedía en el norte, donde el gusto se inclinaba hacia los romances de caballería y los cuentos.

Se señala como otra causa al establecimiento de los papas en Avignon (14).

Estas comarcas florecientes, se convirtieron de pronto en el centro de las gracias y de los tesoros de la cristiandad. Los mismos Pontífices protegieron a estos tribunales y hemos visto que Inocencio VI asombró con su espectáculo a los condes de Ventimiglia y Tenda.

Cuando la aparición de las Cortes de Amor, la sociedad se movía dentro de los cuadros feudales. El feudalismo, explica

(13) Pág. 228 del tratado.

(14) Legrand d'Auny *Fabliaux ou contes, fables et romances du XII et XIII siecles*. 3eme edition. París, 1829.

la singular contextura de las tales Cortes, la preeminencia de las mujeres y el singular poder que a juzgar por los ejemplos conocidos adquirieron las sanciones de dicho tribunal. Las instituciones feudales del dominio, que capacitaban a la mujer tanto como al hombre; la caballería; las cruzadas; y el espíritu poético creador de los romances del cielo arturiano; son las causas más visibles y predominantes.

J. Ebert, sabio alemán (15) en la revista *Hermes* dice: «En ausencia de sus maridos, expuestas sin égida a las asechanzas de la calumnia, las mujeres del tiempo de las cruzadas, en interés de su honor habían querido formular ciertas reglas de vida social. Por eso las cortes de amor, en un principio, no son más que simples tribunales reprimiendo las contravenciones en amor, allanando las dificultades entre amantes y por vía de entretenimiento, dando soluciones a las cuestiones propuestas.»

Las cosas podrían presentarse de esta manera: Los matrimonios de la Edad Media dejaban de lado toda cuestión puramente personal, reduciéndose a no ser más que una mera conjunción de tierras. Tal desconocimiento de los móviles humanos más elementales, arrastraba consigo peligros de toda índole. Curiosa es la moral sexual de la época aquella, según resulta de los fabiaux y demás producciones literarias. La personalidad tomaba su revancha en las formas que durante siglos se han conocido. Lo más original, sin duda, es el código del amor y la forma de proceder de las cortes. Se tendrá un ejemplo característico en las decisiones de María de Champaña.

Añádese a esto, que las cruzadas llevaban lejos por años interminables a los legítimos poseedores de los encantos femeninos. La humana naturaleza no cumple con lo arbitrario y de poco valían en este caso cinturones de castidad, escrúpulos religiosos y sanciones penales. Hay un momento en que todos estos obstáculos no pueden sostener el empuje de los instintos convulsionados y todo lo que a estos se opone cae por tierra.

(15) Meray. Ob. Cit. Cap. vi.

Por esto, no son los cortes de amor tan aparentemente frívolas como se ha querido dar a entender. Encubren la justificación y la reacción de actos contrarios a un régimen sexual completamente arbitrario. Ya veremos como resaltan estos caracteres en los códigos y codicilos del amor.

He aquí como Legrand d'Auny explica su origen: Las disputas interminables sobre las cosas de amor, motivaron la creación de una corte soberana, que se denominó por esta razón Corte de Amor. Los jueces se elegían entre los gentiles hombres, damas de calidad y poetas, gentes a quienes el mundo y una larga experiencia habían conferido suma habilidad en tratar de esas materias. Comenzaban sus sesiones en el mes de mayo, y las verificaban en pleno campo, bajo un olmo, de donde se llamaron «gieux sous l'ormel».

Estas cortes extendieron con el tiempo su jurisdicción: tuvieron conocimiento de todas las cosas de los amantes, y de todo lo que concernía a la galantería. Intimaban a los culpables a que comparaciesen y estos guerreros feroces se sometían sin murmurar a jueces de quienes nada podían temer.

Las cortes de amor se componían, pues, en su mayor parte, de mujeres. Eran estas las castellanas, que reunidas cerca de alguna de entre ellas, formaban un conjunto imponente y lleno de gracia. Sin embargo, como ya lo hemos indicado no eran tan solo damas las que intervenían. Hubo príncipes y soberanos, que como Alfonso, rey de Aragón y Ricardo Corazón de León, no desdénaron presidirlas. En el reino de Carlos VI de Francia, se estableció una en la corte, a la que se dieron todos los oficiales que suelen tener las cortes soberanas: presidentes, consejeros, auditores, secretarios, gentes del rey, etc. (16). Estos empleos fueron desempeñados por los príncipes de la sangre y los más grandes señores del reino, por magistrados graves, sacerdotes y eclesiásticos respetables. Estos fueron los frutos prohibidos por el espíritu de frivolidad difundido por la reina Isabel.

Las memorias de la Academia de Bellas Artes, tomo VII,

(16) Histoire de France par Villaret. Tomo XII, pág. 97.

pág. 287, notician una corte de amor en la que se encuentran los nombres más ilustres de las casas de Francia, Borgoña y Flandes.

Debemos suponer que el objeto de las cortes de amor estaba en promover aquel «derecho de amor» del cual nos hablan algunos trovadores. En un juicio civil dado por un señor y referido por Guillermo de Bergedam se encuentran estas expresiones: «Según los estatutos de amor». Las damas debido a las cruzadas se encontraban en el desamparo de sus naturales protectores, viéndose expuestas a la brutalidad y rapacidad de sus convecinos. Encuadrar esta brutalidad pasional, dentro de ciertos límites, teniendo por criterio fundamental a dicha pasión, parece haber sido el propósito mismo de las cortes.

Las exigencias, fruto de la concupiscencia, no tenían más valladar que este supuesto «derecho de amor», sentimiento que aun en nuestros días parece vivir en esas pretendidas mútuas obligaciones, que originan las relaciones amorosas. La delimitación de estos sentimientos en pugna, eran la materia misma sobre la que trabajaban estos graciosos tribunales.

La fijación de las normas para guiarse en el laberinto sentimental (17) reconocía una tradición milagrosa. Es sabido que el ciclo de caballerías arturianas introduce un mundo de hadas y encantadoras, al parecer residuos célticos, que pertenecen a un orden de realidades maravillosas. La leyenda que explica el origen de las normas del código de amor, la transcribiremos en seguida y veremos en ella como comenzó la inmediata aplicación de sus disposiciones.

Este código tiene la rara y preciosa virtud de que para juzgar las cuestiones del sentimiento, no supone más criterio que el sentimiento mismo. Independiza a los afectos de toda otra cosa que no ellos mismos, como muy especialmente lo dice el artículo X.

(17) La palabra sentimental fué por primera vez usada en la significación moderna por Sterne en el siglo XVIII.

Nuestros códigos para juzgar de las cuestiones de los esposos, apelan a criterios del todo ajeno al sentimiento, que viene a constituir la esencia misma del matrimonio, siendo el matrimonio una parte de la familia, pero no toda la familia. Es esto más serio de lo que a primera vista parece. Ciertamente es de que hay que tener en cuenta las condiciones sociales y políticas en que tales peregrinas afirmaciones salían de boca de las damas, pero no hay que olvidar de que amor es cosa de todas las épocas y de todos los países, y que la tentativa de encontrar un cuadro al aspecto sentimental de la vida es tal vez una de las empresas más atrevidas que se conozcan. Probablemente la época aquella no lo consiguió del todo, porque si bien fué época de espontaneidad, carecía de los fundamentos precisos para tal tarea.

Hay que tener en cuenta, que nuestros códigos encaran un solo aspecto de la personalidad, para juzgar, lo que viene a ser contrario a la realidad.

Pretender legislar sentimientos sería la más descabellada de las proposiciones, si existiera en verdad quien en tal cosa pensara. Pero a este tribunal galante acudían los euitados de amor, sin más compulsión que al de sus propias voluntades, ni otra sanción que la de la opinión.

Sería difícil, querer cristalizar en formas determinadas lo que por su esencia misma no reconoce ninguna. Porque, quien dice sentimiento dice espontaneidad, y quien dice espontaneidad dice precisamente todo lo contrario de legislación; pues ésta supone cuadros fijos y rígidos. El código de Artú tiene como decíamos, esa rara virtud de haber afirmado la espontaneidad amorosa como única regla, no admitiendo restricción de ningún género al sentimiento. El matrimonio considerado como medio para obtener hijos, se independizaba de aquel otro aspecto extra-matrimonial de las relaciones sentimentales, consideradas como medio para obtener la plena realización de los instintos más elementales que todo ser humano posee. El matrimonio fijaba determinados herederos en interés del apellido y de la tierra; el connubio sentimental, en cambio, realizaba las aspiraciones del individuo en sí mismo,

con sujeción a no otra cosa, persona o institución que no fuera su mero apetito o su deliberada inclinación. Véase el art. I donde se afirma no ser el matrimonio ningún obstáculo serio para realizar el amor, y el art. IX donde se dice que nadie ama sinceramente si no sigue la irresistible impulsión del amor.

Pero esta singular concepción del doble aspecto de lo que a las cosas sexuales concierne, aun cuando afirme lo espontáneo del querer, no evita que se exprese un juicio sobre él mismo. Espontáneas pueden ser la cólera o la avaricia, pero estas no las entiende el común como buenas. En el amor una espontaneidad puede encontrarse en conflicto con otra, la del amante con la del amado, que es a su vez amante, y, precisamente, esa probidad que sola hace llevadera la esclavitud de amor, está en reconocerse mútuas obligaciones de cortesía y de respeto. Esto es lo que hacen las damas legisladoras del amor. Reconocen la equivalencia personal de los amantes, salvo el caso de mera fisiología, como cuando en un faoliaux se trata del caballero que malquerido por Venus, sufre las asechanzas de ésta y a despecho de toda su obligada devoción por la dama, peca sin embargo por infiel.

Lo hasta ahora dicho, nos indica respecto de estas cortes, el lugar de origen, naturaleza y funciones. Sin embargo este tribunal tenía un código que aplicaba y sobre el que sentó jurisprudencia, determinando hasta la compilación de sus decretos.

El origen del código, es así explicado por la leyenda. El código del amor, estaba aprisionado por encanto poderoso, entre las garras de un haleón simbólico, que desde hacía siglos, esperaba en la corte de Artú, a que un caballero, tuviera la audacia de romper el encanto y de lograr conquistarlo (18).

Un caballero bretón, cabalgaba cierta vez por el bosque real de Artú (19) cuando, montado sobre un magnífico cor-

(18) Meray, op. c.

(19) Es este el célebre bosque donde moraban Merlin y Morgana, y donde se realizaban las aventuras de casi todos los caballeros de la Tabla Redonda.

cel, apareciósele una doncella de maravillosa belleza (20) cuya suelta cabellera flotaba al viento.

Ambos se detuvieron, intercambiando un saludo con palabras corteses: *curiale sermone*.

—Sé a qué vienes por estos lugares,—dijo la beldad embriagadora.—pero sin mí no lograrás nada de lo que te propones.

—Si queréis que os preste fe, decidme qué cosa es la que me propongo encontrar—dijo el caballero.

—La dama a quien amas, te ha impuesto de que vayas a buscarle el halcón que reposa sobre el perchero de oro en el pórtico de la corte de Artú.

—Es cierto.

—Y bien—continuó la doncella de cabellos ondulantes,—sepas que no conseguirás adueñarte del halcón deseado por tu dama, si no pruebas, armas en la mano, contra todos los caballeros de la corte del rey, de que no hay quien a ella iguales en candor y belleza. Por otra parte, no sabrías fran-

(20) Acerca de las ideas que se profesaban en esa época sobre lo que era belleza femenina puede verse una curiosa descripción en Legrand d'Aunay, op. cit. T. I. Pág. 117, nota 5, «une demoisellr de beaute eblois-sante». Ici dans l'original est le portrait de la demoiselle; et ce portrait, ainsi que plusieurs autres qu'on verra dans la suite, montre qu'on avait alors sur la beaute les memes idees a peu pres que nous avons encore aujourd'hui. L'auteur a grand soin de repeter que son heroine etait blonde. C'etait le genre de Beaute qu'on estimait le plus. Tous les chansonniers, les poetes de ces temps, ne celebrent jamais qu des blondes; et je ne me rapelle qu'un seul exemple du contraire: c'est le couple suivant, dans lequel une peune fille se vante d'etre brune, et d'avoir quelques agre-ements, etc.

Je suis sade et brunette
Et I joue pucelette
Ai color vermeillette
Yeux vairs, bele bouchette
Si mi point la mamelette
Je ni puis durer
Raison est que m'entremette
Des doux maux d'amer.

quear el pórtico del palacio, si no enseñas a los guardias, el guante mágico sobre el cual debe venir a posarse el halcón encantado; ese guante no se obtiene de otro modo que triunfando, en campo cerrado, de los más formidables campeones de la cristiandad

El caballero reclama la ayuda de la hermosa doncella, confesándola irremplazable; se somete humildemente a su dominación, rogándole que le permita ir para hacer reconocer la superioridad de su dama:—Si consentís en acordarme mi doble petición, siento que todo puedo emprenderlo sin temor.

Encantada de tanta modestia como audacia, el hada del bosque lo felicita y le tiende sus labios purpurinos, donde recoje el esforzado caballero un largo beso de consolación y de amor.

La bella protectora, cambia su maravillosa cabalgadura, familiar con todos los secretos del bosque, contra la del caballero, que dejaba vagar a su amo a la ventura, por los senderos trazados desordenadamente en los más profundos macizos. Antes de retirarse dá a su nuevo amigo, todos los consejos, todas las palabras de paso, todas las noticias que comportan las circunstancias; le recomienda no olvidar, luego de haber vencido a los dos guardianes del guante mágico, de separarlo de la columna a la que está colgado:

—Ese guante,—añade,—es el encanto indispensable, el talizmán necesario, sin el cual, sangre fría y prudencia no sirven para nada.

A estas palabras, la encantadora, graciosamente, se despide y desaparece.

Con la guía segura del hermoso caballo, que había reemplazado su pesado corcel de combate, el amoroso bretón no tardó en llegar al lugar de las grandes pruebas, donde comienza para él las más fantásticas aventuras.

El joven caballero, encara y vence todos los peligros y obstáculos; consigue desprender de la célebre columna de oro que soporta todo el peso del palacio del rey Artú, al guante encantado, que le hace triunfar de los últimos mirajes, y sobre el cual viene a posarse el hermoso halcón tra-

yendo, para su gran sorpresa, entre sus garras, un precioso libro, cuyas hojas eran de oro. El vencedor miraba curiosa-mente al maravilloso manuscrito del pórtico de la real morada; parecía excitar en adueñárselo, cuando una voz invisible disipó sus dudas hablándole de esta manera:

—Tú que has sabido conquistar al pacífico halcón, llévate con él a estas páginas, sobre las que están escritas las reglas del amor, que el mismo rey del amor ha trazado, a fin de hacerlas conocer por todos los leales amantes.

El caballero obedeció; desprende al misterioso código y despidiéndose, se ve transportado en un abrir y cerrar de ojos y sin obstáculo alguno que vencer, al lugar del bosque donde el hada de los hermosos cabellos se le había presentado. Al verlo sano y victorioso la gentil doncella no disimula su contento:

—La Bretaña atiende tu vuelta, mi bueno, valiente y leal caballero; no te entristescas por abandonarme tan pronto; en todas partes donde estés, cerca o lejos, feliz o apenado, no tendrás más que evocarme, para que yo acuda a tu llamado.

Vuelto a los pies de su dama, el triunfante bretón le hace homenaje de este tratado de toda cortesía, que por agradarla, había conquistado a través de tantos peligros. La dama recompensó largamente y sin reserva sus fatigas y sus valentías: «*plenus suo renumeravit amore*». Una vez cumplida esta dulce obligación, fué convocada una numerosa corte de barones y damas; sin disputa mucho antes de que María de Champaña entrara en escena. La dama del vencedor, reveló a la graciosa reunión las reglas redactadas por el rey del mor, las que fueron solemnemente promulgadas como leyes; debiendo ser, dice el texto, observadas y mantenidas por siempre e indefinidamente por los que quieran ser dignos de amar y de ser amados.

Luego de inaugurada la nueva ley, los miembros de este primer parlamento de amor, se separaron, jurando propagar cada cual según su poder, de viva voz o por escrito y por sentencia judiciares, los artículos de fe, que desde ese momento iban a dirigir los usos de la república de los amantes (21).

(21) Las reglas que siguen se dan según la versión de Ferrario.

ISTAE REGULIS AMORIS

- I. CAUSA CONIUGII AB AMORE NON EST ESCUSATIO RECTA.
- II. QUI NON CELAT AMARE NON POTEST.
- III. NEMO DUPplici POTEST AMARE LIGARI.
- IV. SEMPER AMORE MINUI VEL CRESCERE CONSTAT.
- V. NON EST SAPIDUM QUOD AMANS AB INVITON SUMIT AMANTE.
- VI. MASculus NON SOLET NISI IN PLENA PUBERTATE AMARE.
- VII. BIENNALIS VIDUITAS PRO AMANTE DEFUNCTO SUPERSTITI
PRAESCRIBITUR AMANTI.
- VIII. NEMO, SINE RATIONIS EXCESU, SUO DEBET AMORE PRIVARI.
- IX. AMARE NEMO POTEST, A NISI QUI AMORIS SUASIONE COMPE-
LLITUR.
- X. AMOR SEMPER AB AVARITIAE CONSUEVIT DOMICILIUS EXULARE.
- XI. NON DECEt AMAREM QUARUM PUDOR ET NUPtIAS AFFECTARE.
- XII. VERUS AMANS ALTERIUS NISI SUAVE COAMANTES EX AFFECTU
NON CUPIT AMPLEXUS.
- XIII. AMOR RARO CONSUEVIT DURARE VULGATUS.
- XIV. FACILIS PERCEOTIO COMPTemptibilem REDDIT AMOREM DIF-
FICILIS CUM CARUM FACET HABERI.
- XV. OMNIS CONSUEVIT AMANS IN COAMANTIS ASPECTU PALLESCERE.
- XVI. IN REPENTINA COAMANTE VISIONIS COR TREMISCIT AMANTIS.

XXVII. NOVUS AMOR VETEREM COMPELLIT ABIRE.

XXVIII. PROBITAS SOLA QUEMQUE DIGNUM FACIT AMORE.

XIX. SI AMOR MINUATUR CITO DEFICIT ET RARO CONVALESCIT.

XX. AMOROSUS SEMPER EST TIMOROSUS.

XXI. EX VERA ZELOTHYA AFFECTUS SEMPER CRESCIS AMANDIS.

II. (22).

XXIII. MINUS DORMIT ET EDIT QUEM AMORIS COGITATIO VEAT.

XXIV. QUILIBET AMANTIS ACTUS IN COAMANTIS COGITATIONE FENITUR.

XXV. VERUS AMANS NIHIL BEATUM CREDIT NISI QUOD COGITAT AMANTI PLACERE.

XXVI. AMOR NIHIL POTEST AMORE DENEGARE.

XXVII. AMANS COAMANTIS SOLATIIS SATIARI NON POTEST.

XXVIII. MODICA PRESUMPTIO COGIT AMANTEM DE COAMANTE SUSPICARI SINISTRA.

XXIX. NON SOLET AMARE QUEM NIMIA VOLUTARIS ABUNDANTIA VEXAT.

XXX. VEXUS AMANS ASSIDUA SINE INTERMISSIONE COAMANTIS IMAGINE DETINETUR.

(22) Este artículo, que trata de la sospecha, se me pasó en el momento de la copia y no pude rehacerlo por encontrarse demasiado lejos el texto. La versión francesa que da Meray es así: Le soupçon possède le même pouvoir.

XXXI. UNAM FEMINAN NIHIL PROHIBET A DOUBUS AMARI, ET A
DOUBUS MULIERIBUS UNUM.

El código de Artú tenía codicilos y anexos. He aquí por ejemplo doce preceptos de cortesía refinada dados por Andrés el Capellán:

Huir de la avaricia como de una peste perniciosa

No mentir jamás.

Bien cuidarse de la maledicencia.

Ser mudos sobre los secretos ajenos.

No multiplicar inútilmente los intermediarios en los mensajes de amor.

No intentar seducir a quien un leal afecto ha impulsado en brazos de otro.

No elegir por amante a quien sería vergonzoso tomar por esposa.

Ser siempre dóciles a los mandamientos de las damas.

Estar preparado siempre para servir bajo los estándares de amor.

Mostrarse siempre y en todo lugar, dulce, amable y cortés.

No exceder jamás, en las caricias amorosas, los deseos del ser amado.

Que un modesto pudor, acompañe siempre las volup-
tuosidades del amor, sea que uno las procure, o se las procuren.

En el manuscrito de Wolfenbittel, posterior en un siglo al código de Artú, se encuentran los siguientes preceptos:

Dix commandemens fait amour a ses sergents, auxquels tous
cœurs loiaux doiovent doucement et sans contredit obéir

Que d'orgueil et d'enmye soit exempt en tout temps

Parole d'ye a nulluy qui puist estre nuisans

A tous soit acquaintable et en parler plaisans

De toutes villonies soit partout eschievans

D'estre faitis et cointes soit toujours recordans

De honnourer toutes femmes ne soit ja recreans

En toutes compaignies soit et lyes et joians

Les vilains mots ne soit hors de la bouche partans

Soie large aux petits, aux moyens et aux grans
 Soi en tout seul lieu ton coeur perseverans
 Qui ces commans ne garde
 Secret et obeissans,
 Aux bien d'amour qu'en garde
 Ne soit participant.

Las virtudes del perfecto amor se enumeran en el romance de caballería «I caballieri della tavola rotonda». Sigo una antigua versión italiana:

«Mai da nessun'amante come da loro, (Tristán e Isolda) era stato serbato tanto gentilmente e tanti fedelmente l'amore.

«Essi ebbero e dimostrarono tutte le virtù che il perfetto amore deve avere in sé; cioè, lealtad senza inganno: dappoiché l'uno si uni all'altro amorosamente, mai non conobbero altra persona per tal diletto;—begninitá senza orgoglio e senza superbia: e infatti fra loro non furono mai liti, e quello che all'uno piaceva all'altro dilettava;—cortesía sin villanía: e mai non si dissero una parola disordenada;—in fine, discretezza, costanza e perseveranza.»

Dan todos estos textos, una idea de las normas que aplicaban dichos tribunales. El procedimiento era simplísimo. Ante todo, no existía ninguna compulsión que obligara a presentarse ante él. Era, pues, de una competencia, limitada a los casos de pura voluntad, por parte de los interesados. La cuestión, a juzgar por lo que dice María de Champaña, se consideraba en auditorio pleno, y resulta, se impartía la decisión.

Su única fuerza obligatoria estribaba en la sanción de la opinión pública y en separar al desobediente de la compañía de las damas, castigo terrible para todas las épocas.

Es necesario hacer notar, que la jurisdicción de dicho tribunal se hallaba limitada a las personas de la misma calidad que la de los mantenedores de los tribunales o cortes de amor. La vida del castillo y las épocas de los torneos, motivaron las brillantes reuniones, a las que los quejosos por los malos tratos de amor, acudían sosteniendo el rol de partes en tales juicios.

Los jueces que alcanzaron general renombre y cuyas sentencias fueron precedentes respetados, son Eleonor de Aquitania, esposa que fué de Luis de Francia y de Henrique de Plantagenet, de quien tuvo a Ricardo Corazón de León; Ermengarda de Narbona, la condesa de Flandes; pero célebre entre todas, fué María de Champaña, hija de Leonor y de Luis, por lo tanto de la real casa de Francia.

He aquí como fué resuelto un caso por esta última: (23). Es una contestación a una consulta por carta pedida por dos amantes de los cuales la mujer experimenta los escrúpulos más vivos para violar su juramento de esposa.

Dice la carta de los amantes (24):

Noble Señora:—A María de Champaña, Condesa, N..., una mujer y un Conde saludan, y la desean todo lo que de alegría puede haber en el mundo:

Prueban antiguos usos, que se debe pedir justicia en aquella parte donde reside la sabiduría; y que tomar más vale de abundante fuente lo que necesitamos que no mendigarlo de pequeños ríos. Dado que no puede dar abundancia de bienes, la pobreza de cosas.

Estando un día bajo la sombra de un pino, doble duda nació entre nosotros, esto es, si puede existir amor entre esposos, y si entre amantes pueden existir celos. Sobre las cuales dudas disputando y defendiendo cada uno con razones su parte y durando largamente tal disputa. ninguno quiso conceder nada, pero sí, ambos de común acuerdo, resolvimos pedir vuestra opinión sobre el asunto. Por lo que, conociendoe llena de sabiduría y sabiendo que nadie puede recibir engaño de vuestra parte, pedimos mediante esta carta vuestro juicio sobre tales cuestiones; y os pedimos por escrito las razones que aduzeais, con el firme propósito de observar la sentencia que diéreis,

(23) En el diálogo del libro Andrés el Capellán: *Hic loquitur noblior nobli mulieri.*

(24) Ferrario, op. c.

estando nosotros seguros, que acabareis de una vez por todas con nuestras disputas sobre el asunto, al investigar con vuestra sutileza la verdad.

La contestación de Maria de Champaña fué la siguiente:

Noble y sabia mujer N..., y magnífico G..., conde:

Considerando, que nos vemos obligados en escuchar a las justas pretensiones, y que no podemos negar nuestra ayuda, a quien dignamente la pide, mucho menos a quienes en los artículos del amor yerrasen, intentaré por tanto llevar a su fin debido, la disputa que he llegado a conocer por medio de vuestra misiva.

Decis que ha surgido entre vosotros esta doble duda:— si puede existir amor entre los casados, y si entre los amantes puede haber celos. Y que quereis, que verificado el litigio y vistas por mí las razones, sea yo quien defina quien de los dos está en lo cierto.

Decimos y confirmamos, que amor no puede disponer de sus fuerzas entre casados. Los amantes hacen todo por la gracia y sin que ninguna necesidad los fuerze; mientras que los casados se ven obligados en responderse uno al otro, sin que puedan negarse complacencias mútuas. razón esta que no tolera la existencia de los celos. Y sin los celos no puede existir el amor, tal como lo prueba la regla de amor que dice: quien no es celoso no puede amar.

Queremos por tanto, que tengáis por firme y constante, esta nuestra sentencia, dada luego de deliberada maduramente y haber sido afirmada por el consejo de las damas de más alta alcurnia. Año del Señor MCLXIV, 3.^a Calendas de Mayo, Indicione VII.

Meray da una versión diferente de la contestación de María de Champaña:

«Afirmamos fundándonos sobre el texto establecido por la ley de amor, que el amor no sabría extender su imperio sobre los esposos como lo hace sobre los amantes. Estos últimos se prodigan mutuamente las larguezas amorosas de su pleno agrado sin a ello estar forzados por ninguna obligación legal; los esposos al

contrario por obediencia no deben rehusarse jamás las caricias matrimoniales.—¿Qué puede añadir al honor de los esposos el hecho de disfrutar de las recíprocas atenciones, si no es que retiene sin derecho—«sine jure»—las primicias de amor que la ley le ha conferido? Por otra parte, es bien cierto que el dios del amor no corona a los verdaderos combatientes de su milicia sino fuera del yugo matrimonial; ahora bien otra regla de su ley, nos enseña que no podríamos disfrutar a la vez de las caricias de dos amantes (art. III). Es por lo tanto evidente, que el esposo no puede pasar por amante y que el código del amor, no reconoce a los casados como enrolados bajo sus estandartes. Si de otro modo fuera, la admisión del amante al lado del esposo violaría el 3er. mandamiento del código revelado.

En lo que a los celos se refiere, dice la noble presidenta:—«Que este precepto no tiene en cuenta sino a los verdaderos amantes, unidos discretamente por vínculos, en conformidad con el art. II, de que los celos no pueden existir entre esposos, quienes no deben temer de que se rompa un lazo que los encadena, siendo este una unión solemnizada públicamente, lo que viene a violar el precepto supremo de la discreción.

Es aquí digno de hacer notar que los celos, según una ampliación que se da al art. XXVIII en el diálogo VII del libro de Andrés el Capellán, son legítimo alimento de la verdadera pasión, siendo ridículos tan sólo entre los esposos: *Zelotypa inter conjugatos per omnia reprobatur*.

Las Cortes de Amor solían imponer como pena, la ruptura; o bien prescribían las formas de la reconciliación y sus sentencias que se denominaban: «arrêts d'amour» y que en Francia por largo tiempo constituyeron un código de leyes, reverenciadas de tal manera que nadie hubiera osado apelar de ellas.

Tales costumbres se conservaron por mucho tiempo. Marcial de Auvernia en el siglo XV, habiendo publicado sentencias de amor, a imitación de las antiguas sentencias, tuvo un suceso increíble; y se encontró a un célebre juriseconsulto que

se tomó el trabajo de confirmarlos por la autoridad de las leyes romanas, por las decisiones de los Padres de la Iglesia y por citas de los autores griegos y latinos (25).

No debe creerse que la autoridad de las cortes era reconocida por todo el mundo. Ya hemos señalado la limitación que imponía el círculo de personas para quienes es hacían valederos los tales juicios, que en definitiva vienen a traducirse como la magnificación del adulterio. Sin embargo ejercían una coacción indirecta. Véase el siguiente caso:

«Un gran «bailly» del condado de Flandes, llamado Felipe Chandon, habiendo matado a un joven escudero, a quien sospechaba en buenas gracias con su mujer, fué excomulgado en corte de amor y puesto fuera de todo trato con la sociedad honesta. A partir del día de su condena, todo el mundo le cerró sus puertas y hasta en su misma familia le volvieron las espaldas, sin piedad de ninguna especie. El brutal Felipe murió como desesperado (26).

Existe otro caso célebre. Era en el sud de Francia. Un castellano tenía una mujer preciosa y un amigo fiel. Sucedió lo que siempre. Enterado de las cosas quiso vengarse de una manera inusitada. Sabedero de las costumbres que mantenían en sus citas, dijo a su mujer que iría a una de sus tierras, para visitarla. El amigo en ausencia del esposo se encamina hacia el castillo. En una encrucijada del bosque le sale al encuentro un caballero, quien no era otro que el esposo ofendido. Luego de apostrofarlo y de echarle en cara su felonía, lo asalta, mata y bárbaramente arranca el corazón del pecho. La dama que esperaba al amante, ve llegar con sorpresa al marido. Este se sienta a la mesa y los momentos pasan. Al llegar a cierta altura de la comida, le pregunta que tal sabía el manjar que acababa de probar. La dama responde que muy bien y repitió la pitanza. El caballero con un sarcasmo infernal la dice: Comed, señora, hasta que os hartéis; porque es imposible de repetir en vuestra vida. Ante la mi-

(25) Legrand d'Aunty, op. c.

(26) Meray op. c. Cap. III, p. 102.

rada sorprendida de la dama: Lo que coméis es el corazón de vuestro amante que mi cocinero os ha aderezado expresamente. La dama se levantó como loca y se precipitó desde el balcón abajo, muriendo horriblemente aplastada. El caballero fué obligado por la opinión a vagar continuamente, hasta que acabó su vida suicidándose.

La historia del marido que hace comer a la esposa el corazón del amante es una tradición popular probablemente de origen celta, de la que se conocen muchas variantes (27) dice Langlois comentando el romance del «Chatelain de Couci» (28).

La difusión de las cortes de amor se verificó especialmente hacia el sud de Francia, aunque parece que Federico Barroja estableció una en Alemania a imitación de estas (29).

Las cortes de Provenza tienen su historiador en Nostradamus. Las principales residían en Pierafuoco, Signa, Romanino y Avignon (30).

Las causas de su esplendor y propagación en Provenza, fueron: el espíritu poético de los provenzales y la especial disposición de la sociedad en general. En que consistía el espíritu de los poetas provenzales, cuya frivolidad hizo posible el florecimiento de las mencionadas cortes, puede verse en el ejemplo que va a continuación y que cita Guizot (31):

«Raimbault de Vaqueiras, poeta y gentilhombre provenzal, estaba enamorado de Beatriz, hermana del marqués de Monferrato (32). Habiéndose casado Beatriz, creyó su deber no prestar atención a las galanterías del trovador. Picado en su amor propio, éste, tanto para mostrar que la dama había cambiado de opinión, como también que el cambio le era a

(27) *Histoire litteraire*, xxviii, p. 375, 383.

(28) Ch. Vá Langlois. *La société française d'après dix romans d'aventures*. París, 1904, pág. 186 y siguientes.

(29) Legrand d'Aunay, op. c.

(30) Ferrario, op. c.

(31) *Corneille et son temps*, cap. I.

(32) *I'dico l'une e l'altro Rimbalde. Che cantar per Beatrice in Monferrato*. Petrarca: *Trionfo d'amore*, cap. iv.

él agradable, hizo una canción de despedida. donde a cada copla cambiaba de idioma. La primera en provenzal, la segunda en toscano, la tercera en francés, la cuarta en gascón, la quinta en español y la última copla fué una mezcla de palabras tomadas de los cinco idiomas: «invención tan gallarda, añade Pasquier, que si hubiera sido presentada a los caballeros y damas jueces de amor, creo que habrían sentenciado porque se reanudaran los amores de Beatriz con este gentil poeta» (33).

Los siglos XII y XIII, vieron el auge y decadencia de estas instituciones. Las causas que se dan son diversas.

Ferrario indica las siguiente:—Las guerras sangrientas contra los albigenses, y el decaimiento de la poesía provenzal, debido a la salida del país y a su establecimiento en Nápoles del conde de Anjou, quien en sus nuevos dominios no hablaba el idioma provenzal, y al establecimiento en Avignon de los Papas, quienes solo hablaban italiano.

Contra esta última opinión está Legrand d'Aunoy, quien ve en el establecimiento de los papas en Avignon antes bien una causa para el florecimiento que para la decadencia.

Meray parece estar más en lo cierto: «Les querelles des apanages, les competitions de suzeraineté, les terribles ambitions des princes', volvieron a traer en escena la brutalidad. y el abuso de la fuerza recuperó su imperio. Desde los primeros años del siglo XV las sangrientas rivalidades de las coronas de Francia y de Inglaterra se renovaron ferozmente y por centenares de años ahogaron los esfuerzos de la humanidad (34).

Otra de las causas es la decadencia de la caballería.

En el año de 1323 se instituyó en Tolosa una Academia denominada del Gai Saber o de la Gaya Ciencia, fundada por los «Siete Trovadores de Tolosa» y protegida por los Capi-

(33) Recherches de la France, I. VII. Cap. VI. T. II, colm. 695, 696.

(34) Op. c. Pág. 211. Cap. VIII.

touls de la ciudad, con el fin de conservar viva la poesía provenzal (35).

Esta academia promovió una reunión general de poetas para el 1.º de mayo de 1324, prometiendo dar como premio una violeta de oro a la mejor composición. Numeroso fué el concurso, obteniendo la flor de oro Arnaldo Vidal, quien ese mismo año fué creado doctor de la Gaya Ciencia.

De esta manera comenzaron los juegos florales. Debe considerarse problemática la existencia de la célebre Clemencia Isaura, que se dice fué la primera en promover los juegos florales.

La academia en 1335 instituyó otros premios: una eglantina de plata (jazmín de Cataluña) y una flor de acacia. La violeta para la mejor canción; la acacia para el mejor bailable; y el jazmín para el mejor serventesio.

Todo esto se conocía con el nombre de leyes del amor.

Las cortes de amor subsistieron en Francia a través de los siglos XIV, XV y XVI.

Ya conocemos la que se estableció bajo el reinado de Carlos VI. En el siglo XIV, Liles en Flandes y Tournay tenían su «Príncipe del amor».

El mismo manuscrito que noticia la existencia de la corte bajo Carlos VI (36) nos pone en conocimiento de una Corte de Amor y de los reyes de l'Épinette, de los que no quedan casi memorias, pero que florecían hacia el siglo XV.

Al siglo XV corresponde la obra de Marcial de Auvernia. La nación que había contraído el gusto de las cuestiones sútiles de la jurisprudencia galante, las conservó por largo tiempo. Durante los siglos XVI y XVII la mayor parte de los autores se ejercitaban sobre tales asuntos (37). Los antiguos Mercurios y sobre todo, los Mercurios extraordinarios estaban repletos de ellos; por eso por largo tiempo, estos periódicos

(35) Ferrario, op. c. Los españoles se acostumbraron a denominar Gaya ciencia a la poesía, la retórica y la elocuencia, como lo prueba el libro del marqués de Villena.

(36) N.º 626 del suplemento de la biblioteca del Rey. Ferrario, op. c.

(37) Legrand d'Aunay.

cos se llamaron Mercurios Galantes. Legrand d'Aunoy cita la: «Gazette Galante de Mercure», febrero de 1678, «La Loterie Galante de Mercure», mars 1678, «L'Histoire de l'Ordre de la Liberté des Coeurs», août 1678, «Trêse Galantes, 1679, «L'Armoiries d'Amour, janvier 1680, etc.

Sin embargo los verdaderos sucesores de las cortes de amor fueron los salones del siglo XVII, entre los que sobresalía el de Rambouillet, con los prototipos de preciosas como Mme. Sablé, Mme. Longueville, los «honnetes hommes», el aire galante, y los géneros español e italiano.

Se inventó por entonces la palabra: «urbanidad». Más tarde, en el siglo XVIII, se inventó la de distinguido.

Francia ha sido en todas épocas patria de las futezas (38). Las cortes de amor, los salones, son verdaderos centros de frivolidad y de galantería.

En Aix el Príncipe del amor duró hasta 1791.

Es interesante cotejar lo que dijimos de Raimbault de Vaqueiras, con lo que nos dice G. de Avenel del aire galante (39): «Une femme devait «faire la malade» être pâle et s'évanouir—un homme devait «avoir bonne grace», envoyer des poulets, donner des cadeaux, et surtout et avant tout être «fondu d'amour». Avec cela, se carrant sur un pied, redressant son épée, il délaçait trois boutons de son pourpoint, mordait les bords de ses gantes, et repetait a tout propos «il en faudrait mourir» (40). Aimer et être aimé, voilà le grand point pour être tout a fait dans la note «Penser galamment» c'est quelque chose mais «pousser le doux le tendre, et le passionné; débiter les beaux sentiments» aux milieux des aventures, des rivaux qui se jettent a la traverse d'une machination établie, des jalousies conçues sur des fausses apparences,

(38) Mme. de Motteville hablando de Mme. Sablé: (Petitot Tomo xxvi de la colección de Memorias). Cette dame ayant soutenu ces sentiments avec beaucoup d'esprit et une grande beauté, leur avait donné l'autorité dans son temps; et le nombre et la considération de ceux qui ont continué a l'avoir, ont fait subsister dans le notre ce que les espagnoles appelaient futezas (léase «futezas» en contra de lo que dice Cousin).

(39) Richelieu et le maréchal absolu T. 2. Pág. 61, 62, 63.

(40) Regnier, sat. VIII, en de Avenel.

des plaintes, des desespoirs et de tout ce qui s'ensuit, c'est là le véritable savoir vivre.» Galant c'était l'adjectif universel.

Volviendo a la Gaya Ciencia. El general aplauso con que fué recibida, motivó una gran corriente en pro de la poesía provenzal, en Francia, Italia, Alemania y España.

Juan I de Aragón, a instancias del marqués de Villena, quiso establecer una academia parecida a la de Tolosa. Mandó una embajada a Carlos VI, para pedirles poetas provenzales, y Tolosa le envió dos Doctores en Amor, que fundaron una academia en Barcelona. Enrique de Villena compuso para esa época su Gaya Ciencia. La Academia no tuvo larga vida y terminó probablemente para 1434.

En nuestra época los residuos históricos de estas curiosas instituciones son los Juegos Florales que de caundo en eundo se celebran,—la Corte de Amor que las preside,—la Reina,—la Flor Natural.—el Mantenedor; pero todo ha variado en el espíritu y las formas no son ya las mismas, ni tienen el significado que otrora.

En alguna que otra revista arapece un consultorio femenino, donde se resuelven cuestiones del corazón. Esta es la forma más moderna que la antigua Corte de Amor parece haber prohibido.

DIEGO L. MOLINARI.

La estatua

Aquel día el viejo escultor estaba de plácemes. Después de condenado a la inacción durante largo tiempo por falta de trabajo, tenía una buena obra en que ocuparse y reía jubilosamente; y su estómago mal nutrido, hacía también una mueca de satisfacción ante la idea de succulentos platos engullidos. Porque para no contradecir la ley de la vida de los artistas, el nuestro era pobre, miserable casi. Comía cuando había trabajo y el trabajo era poco.

Se afanaría; pondría todo su ingenio y su tesón, terminaría pronto y vería realizada la promesa del gran señor que le había encargado la obra y soñaba con épocas de abundancia en que no tendría que esperar al comprador mezquino para satisfacer a su implacable enemigo: el hambre; tiempos en que el cierzo, la lluvia, el viento, la nieve, no lo sorprenderían en plena calle, sin abrigo, con su par de estatuas bajo el brazo.

Su Mecenaz volví de un viaje de placer por Grecia y había encontrado en la tienda de un negociante de estatuas antiguas, un montón informe de trozos de mármol, polvo casi, que compró bajo la firme aseveración del preñero que se trataba de una obra de gran mérito, pero que el tiempo había maltratado.

Era necesario reconstruir aquello y el burgués llegó a las puertas del artista en momentos en que su ayuno había sido más largo. Dejó sobre la mesa de trabajo varias monedas de oro lucientes como estrellas, ofreció muchas, muchísimas. a la conclusión de la obra y se fué.

La tarea era ardua. Se trataba de construir un hombre. Dios había hecho cosa más fácil al poner el primero sobre la tierra pues le sirvió de modelo su propia figura; pero aquello,

¿sería una Venus de suave cuerpo, de curvas ondulantes y finas?; sería un Hércules de músculos de piedra vigorosos, potentes?; ¿un Apolo?; ¿o acaso un sátiro de cuerpo velludo, de recias patas cabrias, con su cara lasciva, coronado de pámpanos? Y así al azar sin norma, sin guía, el viejo artífice ensayaba la solución de aquel intrincado juego de paciencia.

Transeurieron días y más días en que el artista empezaba a sentir el desaliento por el gran número de tentativas infructuosas que había llevado a efecto. Hasta que uno, después de haber cavilado largas horas y cuando ya la fiebre había hecho pasto en su cerebro, vislumbró entre el mármol hecho polvo los vestigios de una lira... Y esa lira suponía dos brazos; y esos brazos dos hombros; y esos hombros un cuello, un cuerpo, una cabeza. Y en su mente exaltada, aquella lira, aquellos brazos, aquellos hombros, el cuello, el cuerpo y la cabeza, se unieron y vió erguirse ante sus ojos, en forma de visión, la figura de un hombre...

Desde entonces encaminó la tarea por el sendero trazado entregándose a ella con febril dedicación. Los diminutos trozos de mármol pasaban con increíble maestría de sus manos a su lugar exacto en la estatua como llamados por un conjuro misterioso que los obligara a unirse.

Y trabajaba, trabajaba. Escoplo en mano reconstruía los pedazos perdidos, las espátulas, los buriles. Juntaba polv o y lo convertía en la divina concepción del artista. Y el mismo rayo de sol que visitaba al maestro cada mañana, pudo besar una alborada a la olímpica frente de un soberbio Orfeo tañendo una lira de oro y al viejo escultor contemplando su obra, absorto, en el estado único, tan vecino del éxtasis, en que se encuentra el artista en el momento de escalar la cumbre de una idea.

Y así, con el alma henchida de belleza, pudieron sus ojos atónitos contemplar el prodigio nunca visto de una estatua hecha hombre. Poco a poco, bajo la ardiente caricia del rayo de sol matinal, los ojos del Orfeo cobraron vida y mirándole fijamente con profunda tristeza. Y a su paso el rayo de sol iba despertando la vida dormida hacía tanto tiempo en aquel cuerpo de mármol. La boca hizo un gesto como de llanto. El pecho se levantó con la primer bocanada de aire y pudo oírse

en su profundo un ruido extraño que anunciaba al corazón desprendiéndose con lentitud. Los dedos del divino tañedor también se movieron y a la bendición del Sol a la lira, respondieron quejumbrosos acordes, acordes de cántico, de Kirye, a su son cantó la estatua con voz de triste reconvenimiento:

* * *

«Porqué me has reconstruído a mi forma y a la vida? ¿Quién eres tú para contrariar la sabia obra del Tiempo? ¿No sabes que la muerte llega cuando no debe vivirse más? Y entonces, ¿por qué ese empeño en resucitarme? Egoísta; por ganarte un mísero salario no has titubeado en arrojarme otra vez a este mundo que había abandonado por mi propia voluntad. Y como en los ojos del artista apareciera la duda, sí, por la voluntad, repitió la estatua.

¿A qué había de vivir si mi obra estaba terminada sobre la tierra? ¿A vivir vida de escarnio teniendo que avergonzarme de mi propio ser? ¿Para tener que ocultarme en las pocas almas que me segían adietas, yo, que he gozado en mi juventud del albergue sincero y generoso de todos los corazones? No, el contraste era rudo y no quise sufrirlo en todo su rigor. Mi reinado había tocado su fin y como monarca viejo claudiqué antes de ser muerto por mis propios súbditos.

Todo pasa. Y el tiempo de mi poderío también pasó. Yo tuve la hegemonía de la lira y tiempos hubo en que todos los pueblos de la Hélade se servían de mi propio lenguaje para cantarme himnos triunfales de alabanza.

Era aquella la época de mi apogeo en que mi prestigio fué tal que con mis cantos ensayados en medio de la selva atraía las fieras a mi lado. El viejo Sileno y su corte de sátiros, cesaban de perseguir las ninfas, siempre vírgenes, bellas como Venus y preferían oírme a sus caricias. Las náyades suspendían sus juegos en el lago. Enmudecía el sollozo de la brisa entre el ramaje. El arroyo detenía su paso. Las ninfas llegaban en punta de pie. Los árboles, las flores, los pájaros, las rocas, la selva toda, se inclinaba hacia mí y se estremecía al unísono bajo la llama ardiente de las vibraciones de mi lira. Baco, mi

enemigo, me hacía la ofrenda de los más hermosos racimos de su fuente, ebrio de orgullo por la melopea arrobadora de unos ditirambos. El buen Pan, avergonzado de la debilidad de su siringa, sollozaba en las profundidades del bosque.

¡Oh Grecia de mis tiempos juveniles! en que el alma de cada uno de tus hombres era un santuario para el culto de los dioses del Olimpo. ¡Tiempos fáciles, por qué habéis pasado!

Y luego tus hombres se hicieron más débiles que mujeres y se entregaron a la adoración de los dioses nuevos, que hacían dulces promesas para los caídos. Los hombres, débiles, amaron la religión de los débiles que ponía como condición de su eficacia la demolición de tus templos y tus aras, la abolición de tus sacrificios, la profanación de tus misterios y el destierro de tus dioses. Y el mismo pueblo que acudía en masa a las procesiones de Pallas Atenea, que iba a Delfos para los sacrificios e invocaba a Apolo Padre, tomó el hacha y despedazó todo lo que era bueno según la nueva ley y llamó Apostata a Juliano el Restaurador.

Y así fué que fuimos olvidados y para no presenciar entera la catástrofe en su horrenda magnitud, pedí ayuda al Tiempo para que pasara velozmente sobre mí y me destruyera. Cada nueva bazaña iba ablandando mi cuerpo y poco a poco fui desmoronándome y me hice polvo sin sentir...

Desde entonces he permanecido en las sombras. Cierta vez sentí que despertaba. Hace de esto muchos años, seis, siete siglos. Volvía a cobrar vida; pero cuando quise incorporarme, todo había pasado. Era solo una ráfaga de viento regenerador que duró poco pero fué fecunda.

Y ahora, ¿se ha efectuado la resurrección, por eso me llamas?... Pero no, no es posible. El sol que veo no es el sol de las victorias; no es el de mis augustos días. No es el que brillaba en el cielo de Atenas, el que enviaba su primer rayo a herir el flamígero escudo de Pallas coronando la Acrópolis. La brisa de la mañana no es tampoco la que perfumaban los olivos de Minerva y sacudía el sueño del mirto, padre de Adonis. El canto de esa alondra no es el que solía oír. El sol de hoy es más oscuro, más rojizo; la brisa es viento helado; el canto de la alondra es ronco y apenas se oye.

Entonces, si no es para mostrarme lo que mis ojos están acostumbrados a ver, mis nervios a sentir y mis oídos a oír ¡por qué me has despertado?, ¡por qué no me has dejado dormir hasta el día soñado?

Y luego mi obra, a la que he dedicado mi vida entera, también en ruínas... Torpes gentes me han arrancado la lira de las manos y han prostituído mi arte. Mi nombre está en todas las bocas y llaman inspiración mía a las burdas inspiraciones de sus cerebros, cuando mi voz, mi verdadera voz, va al alma, a los corazones y los enciende con el fuego sagrado que Apolo dejó en mi plectro. Y también se llaman poetas y tienen derecho a maltratar mi lenguaje. El auro con que premiaba a mis predilectos es repartido a granel entre los versificadores de pobre inspiración, de palabra fría y fermentidos sentimientos.

Han hecho de la Poesía una espada de combate y la esgrimen sin reparo contra sus enemigos. No vacilan en hacerla rendir vasallaje a pasiones innobles obligándola a bajar su gallarda cabeza ante e linterés. La plebe ha entrado en el Parnaso y lo ha saqueado todo saciando su brutalidad con las musas. Y eso, eso es lo que me has llamado a ver!

¡Necios, creen que con solo pulsar mi lira van a hacer adormecer el dragón del Velloceino de Oro! Creen que las móviles rocas que amenazan a Argos van a detenerse ante su canto! y lo único que consiguen son ruidos desafinados, grotescos, a cuyo compás danza groseramente la horda semiborracha de los hombres. Y si alguna vez, muy rara, asombra al mundo una inspiración afortunada, es que la lira, sola, repleta de tristeza, desborda sus llantos y sus añoranzas en forma de canto. ¡Oh, que desesperante es asistir a la propia agonía!

* * *

Orfeo calló. Por sus mejillas rodaron dos gruesas lágrimas y fueron a caer sobre las cuerdas de la lira que vibraron largamente..... Aquellas lágrimas fueron para el artista más eloquentes que el canto. Se acercó a la estatua que iba recobrando su consistencia marmórea, miróla de cerca con ojo atento y tomando un pesado martillo, comenzó la tarea de reducirla a polvo.

TITO BIAGOSCHI.

NOTA.—Se nos ha observado que en el artículo «El determinismo en la ciencia», las expresiones de orden matemático que se aducen no son suficientemente conceptuosas. Efectivamente, solo se ha querido sugerir la condición tanto del determinismo occidental como del oriental en manera alguna dar su representación algebraica. En cuanto a éstas serían las siguientes:

1.ª

$$(A+B) \rightarrow (C+A+B) \rightarrow (D+A+B+C) \rightarrow (E+A+B+C+D) \rightarrow \dots$$

en la cual cada término de la serie es causa del que le sigue hacia la derecha y efecto del que le antecede. $A \rightarrow B \rightarrow C \rightarrow D \rightarrow E \dots$ representan causas o efectos espirituales, morales, intelectuales, fisiológicas, físicas, etc... La serie es infinita teóricamente; pero cuando se aplica a un individuo organizado tiene un límite que como causa quedará—en nuestra filosofía occidental del determinismo—latente. En cada término se agrega algo nuevo.

2.ª

$$(A+B) \rightarrow C \text{ pero cuando } (A+B) \text{ es } (\pm), C \text{ es } (\mp)$$

siendo $(A+B)$ igual en valor absoluto a C . La serie es infinita. En este caso el individuo recibiendo o dando la acción $(A+B)$, da o recibe otra que le es cuantitativamente idéntica, su suma algebraica será por consiguiente igual a O . La causación en este caso termina porque se agota la causa. Con ésto representamos aquel estado del individuo acto para la iniciación que nos hablan las filosofías orientales.

3.ª

$$(A+B) \rightarrow (C+a) \rightarrow (D+b) \rightarrow (E+c) \rightarrow \dots$$

como podrá notarse la serie es infinita, $(a \rightarrow b \rightarrow c \rightarrow \dots)$ indican causas o efectos que se han agregado en cada término. Si estos agregados no se integran en un término dado, la serie pasará de infinita a limitada; así, por ejemplo, si b no entrara en el tercer término la serie quedaría como sigue:

$$(A+B) \rightarrow (C+a) \rightarrow D$$

que representaría el estado que hemos indicado con la expresión

$$(A+B) \rightarrow C.$$

La expresión que hemos indicado

$$(A + B) \rightarrow (C + a) \rightarrow (D + b) \rightarrow (E + c) \rightarrow \dots$$

representa el determinismo de la filosofía oriental, ilimitado por cuanto puede proseguirse indefinidamente, siempre que se produzcan agregados ($a \rightarrow b \rightarrow c \rightarrow \dots$) y limitada cuando en un término no se produce. Es así como en el determinismo oriental se cree en que la causación quede suspendida por agotamiento de causa y se admite así la libertad para ser iniciado.

LA CRUZ DEL SUR

REVISTA MENSUAL 

CONDICIONES DE SUBSCRIPCIÓN

REPÚBLICA ARGENTINA.—CAPITAL E INTERIOR

Semestre.....	\$ m/n	3.50
Año	» »	7.—
Número suelto.....	» »	1.—

PAÍSES DE LA UNIÓN POSTAL

Año	Pesos oro	4.—
Número suelto	» »	0.50

PAGOS POR ADELANTADO

Correspondencia y giros a nombre de la Dirección: Ramón L. Falcón 2230 (Flores)
BUENOS AIRES

Concepción Rosacruz del Cosmos

POR MAX HEINDEL

La primera obra que se publica sobre la hermosa y profunda Filosofía Rosacruz.

SUMARIOS:

TOMO I

Una palabra al sabio.—Introducción.—Los mundos visible e invisibles.—La Región Química.—La Región Etérica.—El Éter Químico.—El Éter de Vida.—El Éter Luminoso.—El Éter Reflector.—El Mundo del Deseo.—La Región del Deseo Sensual.—La Región de la Impresionabilidad.—La Región del Sentimiento.—La Región Neutral.—La Región de la Vida Anímica.—La Región de la Luz Anímica.—La Región del Poder Anímico.—El Mundo Mental.—La Región Continental.—La Región Oceánica.—La Región Aérea.—La Región de las Fuerzas Arquetípicas.—Los Cuatro Reinos.—El hombre y el método de la evolución.—El Primer Cielo.—El Segundo Cielo.—El Tercer Cielo.—Renacimiento y Ley de Consecuencia.—El Vino, la bebida letal, como factor de la evolución.

TOMO II

Cosmogénesis y antropogénesis.—La relación del hombre con Dios.—Diagrama 6.—El Ser Supremo, los planos cósmicos y Dios.—El esquema de la evolución.—El principio.—Los Siete Mundos.—Los Siete Períodos.—Diagrama 7.—El Período de Saturno.—El sendero de la evolución.—Revoluciones y noches cósmicas.—Diagrama 8.—La obra de la evolución.—El Período Solar.—El Período Lunar.—Las 12 jerarquías creadoras.—Rezagados y precursores.—Diagrama 10.—El Período Terrestre.—Revoluciones de Saturno, Solar y Lunar del Período Terrestre.—Génesis y Evolución de nuestro sistema Solar.—El Caos.—Nacimiento de los planetas.—Forma pasada, actual y futura del hombre.—Época polar.—Época Hiperbórea.—La Luna.—Época Lemúrica.—Nacimiento del individuo.—Separación de los sexos.—Influencia de Marte.—Las razas y sus guías.—Influencia de Mercurio.—La caída del hombre.—Los espíritus lucíferos.—Época Atlántica.—Época Arya.—Los diez y seis senderos de destrucción.—Hacia la Biblia.—Análisis oculto del Génesis.—La Teoría Nebular.—Jehová y su misión.—Evolución, Involución y Epigénesis.—¿Un alma viviente?—La costilla de Adán.—Los ángeles guardianes.—La mezcla de sangres en el matrimonio.—Diagrama 18.—El principio y el fin del sexo.

TOMO III

Futuro desarrollo e iniciación.—Los siete días de la creación.—Evolución de la religión.—Jesús y Cristo Jesús.—Diagrama 14: El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.—No paz sino guerra.—La estrella de Belén.—El corazón es una anomalía.—El misterio del Gólgota.—La sangre purificadora.—Cristo y su misión.—Diagrama: Como arriba es abajo.—Futuro desarrollo e iniciación.—Los siete días de la creación.—Diagrama 15: el Simbolismo del Caduceo.—Radiados, moluscos, articulados y vertebrados.—Espirales dentro de espirales.—Alquimia y crecimiento anímico.—La palabra creadora.—El método para adquirir conocimiento directo.—Los primeros grados.—Métodos occidentales para los occidentales.—Ciencia de la nutrición.—Tabla de valores alimenticios.—La ley de la asimilación.—Vivid y dejad vivir.—La oración del Señor.—Diagrama 16: El voto de castidad.—El cuerpo pituitario y la glándula pineal.—Diagrama: 17.—Camino que recorren las fuerzas sexuales inempleadas.—Ejercitamiento esotérico.—Como se construyen los vehículos internos.—Concentración.—Meditación.—Observación.—Discernimiento.—Contemplación.—Adoración.—Constitución de la Tierra y erupciones volcánicas.—El número de la bestia.—Diagrama 18.—Cristián Rosenkreuz y la piedra filosófica.—La iniciación: la Orden de los Rosacruces y la Fraternidad Rosacruz, etc., etc.

Pídase el sumario completo que se enviará gratuitamente.

PRECIO

	RÚSTICA	TELA	LIJO
La obra completa (3 tomos)	\$ 6.00	\$ 7.80	\$ 10.50
Segundo y tercer tomos, juntos	" 4.00	" 5.20	" 7.00
Tercer tomo solo	" 2.00	" 2.60	" 3.00
Para el extranjero los 3 tomos valen: En rústica: francos 14.40; en tela: frs. 18.55			

(Porte para el interior \$ 0.20 m/n.).

(Porte pago sólo para el exterior)

LIBRERÍA TEOSÓFICA

DE

Nicolás B. Kier

SUIPACHA, 782

BUENOS AIRES

Pídase el catálogo general.



LA CRUZ DEL SUR

Ciencia - Filosofía - Tradicionalismo



Director: ANGEL OLANA

COLABORADORES:

DR. EDUARDO L. HOLMBERG.—RICARDO ROJAS.—DR. MARIO ROSENTHAL (España).—DR. ENRIQUE HERRERO DUBLOUX.—DR. HORACIO DARGENTON (Uruguay).—DR. CARLOS D. CAMBIA.—DR. VIRIATO DÍAZ PÉREZ (Paraguay).—DR. FERNANDO W. GÁNDARA.—SALVADOR MARÍA BOGGAU.—PROF. J. FERNÁNDEZ (Uruguay).—DR. BENÉ BASTIANINI.—DR. DELFINA MOLINA Y CARRA DE BASTIANINI.—JUAN AMADO (Paraguay).—DR. MIGUEL CATALANO.—DR. PEDRO BERGARA.—SRA. ALICE VON SONCKEN (Alemania).—P. DÍAZ FALCÓN (Uruguay).—ADRIÁN A. MADRID.—SALVADOR BOCCA.—DR. JORGE DARGENTON.—DR. MOLINARI.—ING. ENRIQUE MARCÓ DEL PONT.—PROF. JUAN G. CANTARELL.—PROF. EDUARDO MELIÁN.—P. DIASIO (Brasil).—ING. ENRIQUE HERRERO DUBLOUX.—DR. GUILLERMO F. SCHAEFER.—ALFONSO CARRERA.

DIRECCIÓN
CALLE D. FALCÓN 3330 (Uruguay)
BUENOS AIRES



ADMINISTRACIÓN
CALLE D. FALCÓN 3330 (Uruguay)
BUENOS AIRES



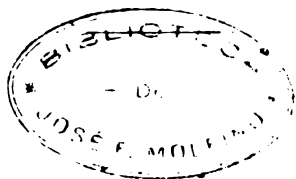
LA CRUZ DEL SUR

Ciencia - Filosofía - Tradicionalismo

Director: **ANGEL CLARA**

COLABORADORES:

DR. EDUARDO L. HOLMBERG. -- RICARDO ROJAS. -- DR. MARIO ROSO DE LUNA (España). -- DR. ENRIQUE HERRERO DUCLOUX. -- DR. HORACIO DAMIANOVICH. -- RÓMULO D. CARBIA. -- DR. VIRIATO DÍAZ PÉREZ (Paraguay). -- DR. FEDERICO W. GÁNDARA. -- SALVADOR MARÍA BOUCAU. -- PROF. J. FERNANDO CARBONELL (Uruguay). -- DR. RENÉ BASTIANINI. -- DR. DELFINA MOLINA Y VEDIA DE BASTIANINI. -- JUAN AMADO (Paraguay). -- DR. MIGUEL CATALANO. -- DR. ULISES L. BERGARA. -- SRA. ALICE VON SONKLAR (Alemania). -- F. DÍAZ FALP (Uruguay). -- ADRIÁN A. MADRID. -- SALVADOR BOCCA. -- DR. JORGE DAMIANOVICH. -- DIEGO MOLINARI. -- ING. ENRIQUE MARCÓ DEL PONT. -- PROF. JUAN G. LACRAMPE. -- PROF. EDUARDO MELGAR. -- P. DIAMICO (Brasil). -- ING. EMILIO REBUELTO. -- ALFREDO FRANCESCHI. -- DR. GUILLEMO F. SCHAEFER. -- ALEJO CURUCHET.



DIRECCIÓN:
Ramón L. Falcón 2230 (Flores)
BUENOS AIRES

↑
♦♦♦
↓
1913

ADMINISTRADOR:
Alberto Masea
SANTIAGO DEL ESTERO, 365

SUMARIO

<i>Wagner</i>	M. ROSO DE LUNA.
<i>Gratitud</i>	DELFINA M. Y V. DE BASTIA- NINI.
<i>Pico de la Mirándola</i>	OSVALDO SIRÉN.
<i>La vida lejana</i>	E. GÓMEZ CARRILLO.
<i>Por nuestro programa</i>	LA DIRECCIÓN.
<i>Pensamientos y libros</i>	M. CATALANO.
<i>El evangelio de Ramakrishna</i>	ALEJO CURUTCHET.
<i>Poemas</i>	WALT WHITMAN.
<i>El Dhammapada</i>	—

LA CRUZ DEL SUR

CIENCIA - FILOSOFÍA - TRADICIONALISMO

AÑO I.

AGOSTO 1913

N.º 4

DIRECTOR: ANGEL CLARA

El drama lírico de Wagner y los Misterios de la antigüedad

Importancia de los Misterios paganos.—En qué pudieron consistir ellos.—

Los Misterios religiosos, los Autos sacramentales y el teatro moderno.

—La Magia tradicional.—La moderna ciencia de la armonía.—La música y el inconsciente humano.—Wagner y sus precursores.

Ningún espiritualista desconoce la excepcional importancia que revistieron los llamados «Misterios» antiguos. A ellos debieron toda su celebridad Sais, Menfis y Tebas, en Egipto; Mitra entre los parsis; Eleusis, Samotracia, Lemnos, etc., entre los pueblos griegos; Bibractis y Alexis entre los galodruidas; Tara en Irlanda y acaso Tarragona, Gades y algún otro, en España. Ninguna ciudad histórica de notoriedad verdadera dejó de tenerlos en grado más o menos excelso: de Roma, por ejemplo, se dice que tuvo un nombre etrusco-atlante, sagrado y esotérico, cuya revelación al profano era castigada con la muerte, y donde quiera que había una sibila o profetisa, como las tan famosas de Cumas, Eritrea o Endor, allí había también un misterio délfico, báquico, cabírico, dáctilo o eleusino, que guardar a los ojos de las multitudes y que devejar ante la vista trascendida de los aspirantes esforzados y sinceros.

Pero, ¿en qué consistían tales misterios?—No vamos a hacer aquí una de tantas disquisiciones históricas que, más o menos acertadas e incompletas siempre, conoce el lector hasta por las enciclopedias. Bástenos recordar que hombres de la

altura mental de Cicerón y Séneca hablaron con el más profundo respeto de estas instituciones venerandas que gozaban del privilegio de reunir periódicamente a los pueblos de la misma sangre bajo su tutela y enseñanza, por más enconadas que fuesen a diario las luchas nacidas de sus recíprocas ambiciones políticas (1).

Estas instituciones de los misterios, cuya trascendencia social, religiosa, y política no conocemos aun bastante por no

(1) Hay que ser perfectos iniciándose en los Misterios perfectos, decía Platón en sus Diálogos. Los Misterios y sus derivaciones gozaban del excelso privilegio de establecer vínculos muy fuertes entre los pueblos en apariencia distintos. Herodoto en el libro IV, capítulos XXXII y XXXIV cuenta que los hiperbóreos enviaban periódicamente a Delos sus ofrendas sagradas, envueltas en paja de *fromentum*. Tales ofrendas tenían marcado su itinerario religioso. Pasaban primero al país escita y después iban caminando hacia occidente hasta el mar Adriático, itinerario igual al que seguía el ámbar desde el Mar Báltico hasta el Río Po, en la península italiana. Luego seguían hacia el medio día. Los dódenos eran los primeros que recibían las ofrendas entre los griegos. Bajaban éstas desde Dódona hasta el golfo Maliaco, de allí a Eubea y Caripia. Desde Caripia, *sin tocar en Andros*, sus ciudadanos los pasaban a Tenos y de allí a Delos. «Los delios, añaden, que los hiperbóreos tenían la costumbre de enviar estas ofrendas por manos de dos vírgenes. Una de éstas fué *Hiperochia*, y *Laodicea* la otra. Para cuidar de la seguridad de ellas las habían hecho acompañar por cinco ciudadanos de los llamados *Pepheres*, a quienes aun se rinde gran homenaje en Delos, más como estos *pepheres* jamás volviesen a su país víctimas sin duda de sus difíciles deberes tutelares, los hiperbóreos, temiendo la repetición del hecho, tomaron el partido de llevar hasta sus fronteras sus ofrendas y confiarlas a sus vecinos para que éstos de unos en otros las fuesen entregando hasta su destino. Los jóvenes delios se cortaban sus cabelleras en honor de aquellas vírgenes hiperbóreas que murieron en Delos víctimas de su deber religioso. Las jóvenes delias les rendían homenaje también tomando uno de sus bucles y depositándole ensortijado a un huso sobre el monumento alzado en honor de aquellas víctimas que se decían vinieron acompañadas por los propios dioses Apolo y Artemisa».

Citamos este pasaje de la interesantísima obra de Alexandre Bertrand «La religión des Galois—Les Druides y le Druidisme», para que se vea cómo en tiempos muy remotos de Grecia se conservaban todavía lazos religiosos comunes entre pueblos tan apartados como los griegos, los escitas y los hiperbóreos, restos, sin duda, del lazo conector de unos Misterios órficos que en tiempos inmemoriales hubo de unirlos.

conservarse de ellas más que deficientes citas en los autores clásicos, desaparecieron en el Mediterráneo oriental a raíz de la barbarie militar de Alejandro, y en Occidente bajo la de César, o mejor dicho se ocultaron haciéndose herméticos hasta bien entrada la Edad Media, cuando el influjo orientalista de las Cruzadas les resucitó un tanto bajo cien nombres, entre los que descuellan la Orden del Temple, la Rosa-Cruz y varias otras instituciones de puro abolengo masónico y ocultista. La Iglesia, por decontado, los conservó siempre, aunque desnaturalizándolos esencialmente en provecho de sus tendencias dominadoras y conservando hasta el nombre que aquéllos habían tenido entre los primitivos gnósticos cristianos. *Misterios* seguimos llamando por eso aun en nuestros días a toda la raigambre dogmática del Cristianismo: la Trinidad, la Encarnación, la Transubstanciación y la Resurrección, etc.

Por los dispersos y desnaturalizados datos que pueden recogerse respecto a la verdadera índole iniciática de los Misterios, cabe asegurar que en el fondo constituían una especie de representación simbólica y como teatral, por las que se daban, al vivo, las enseñanzas más abstrusas. Eran estas representaciones a la manera de una fábula en acción, una fábula real, trascendente, en cuyo contenido intrínseco podían penetrar hasta el fondo los ya preparados previamente por el estudio, el dolor y el sacrificio, mientras que los no preparados libaban también enseñanzas, más o menos confusas pero siempre imborrables, por rodear a la representación de ella de todo cuanto, como a niños, podía impresionar a su imaginación y sus sentidos. Para aquéllos era el Misterio representado una palpitante realidad; para éstos un delicioso mito, ni más ni menos que lo que en grado inferior acontece con las obras clásicas del teatro: las tragedias de Shakespeare o los dramas de Lope, Calderón, Tirso, Moreto y el duque de Rivas, con lo que, dicho sea de paso, se explica el cómo naciera el teatro moderno al calor de los Autos Sacramentales, cual una de tantas ceremonias del culto y representando los *dramas* de la Religión con la más perfecta de las reminiscencias o supervivencias del Paganismo, a quien se tendía así el puente para retornar a la escena simbólica, porque, ¿paralelo

admirable!, si la idealidad es la vida del teatro que por la vía del placer enseña, la realidad exterior es en todo tiempo el mangno teatro de la vida que, con las experiencias del dolor, redime.

Hijos directos de la Magia tradicional, tomando esta palabra en su prístino concepto de ciencia superior, hoy, por desgracia, perdido, los Misterios de la antigüedad lo abarcaban todo: la cosmogénesis, las leyes matemáticas que rigen a los mundos desde el movimiento heliocéntrico y rotativo de la Tierra, hasta los aun ignorados derroteros del Sol en torno de otro sol más excelso por ultraluminoso a los que se refieren sin duda, los grandes yugas y manue-antaras bramánicos; (1) lo relativo a la faz invisible de la Luna, a las interioridades de la Tierra, al misterio de los cometas y a la indiscutible habitabilidad de los astros. Hacia el otro polo mítico, por decirlo así, de sus escenas se agrupaba toda la antropogénesis: la historia del Espíritu, desde su desprendimiento como chispa simbólica del gran océano de fuego o energética del Logos primordial, hasta su apoteosis en el hombre, a través de reinos elementales e inferiores, y también por extraña ley de reciprocidad que sólo la matemática sagrada puede explicar, a través de estados verdaderamente deíficos desde los cuales ha caído antaño el hombre, según las claras alusiones de Platón y de Jesús (2).

No existe, por eso, un juego de azar, una danza, una tendencia escénica, un solo género literario en prosa o verso, un consejo, una leyenda, un mito, una enseñanza moral, una superstición o una costumbre, que no tenga su raíz en la degradación inevitable de las trascendentales verdades dadas a conocer con más o menos velos, en aquellas solemnidades augustas, con razón tenidas por el más sagrado vínculo de los hombres entre sí y de ellos con los dioses.

(1) Véanse «Cronologías Bramánicas» en el tomo II de nuestras «Conferencias teosóficas en América del Sur, conferencia sobre Astrología y Astronomía.

(2) Uno y otro decían «dioses sois y lo habeis olvidado», «vuestra verdadera patria es el cielo», etc.

Es de tal índole, en efecto, este vínculo de las edades que su luz ha podido debilitarse bajo la ignorancia o la perfidia humanas sin extinguirse jamás, pues no hay tiranía ni persecución suficiente para aniquilar en la sociedad lo que forma parte de su divina naturaleza, como tampoco hay degradación en el hombre capaz de borrar lo que hay de inmortal en la humana esencia. Sin ocuparnos hoy de evidenciar esta verdad en la «ignorante» Edad-Media, vamos con estos artículos a intentar el noble atrevimiento, que bondadosamente nos habría de ser dispensado, de demostrar cómo nuestra época, supersticiosa por un lado, aunque escéptica y materialista por otro, ha visto en nuestros mismos días, sin casi darse cuenta, el resurgir poderoso de los Misterios paganos, cuando menos podía esperarlo, y figurando en las filas de los a ellos existentes sin ellos sospecharlo tampoco muchos de los más despreciativos enemigos del viejo espiritualismo iniciático, aunque con igual inconsciencia, repetimos, con que la masa de los pueblos antiguos concurriera a la celebración de ellos, para no ver en ellos más que la corteza, o sea el mito, la distracción musical y el arte, cosa, en verdad, ya no pequeña de suyo.

Nadie ignora, efectivamente, que, gracias al genio de un verdadero iniciado que robara para nosotros el divino fuego, y gracias asimismo a la munificencia de un rey-artista, como todos los príncipes alemanes de los siglos XVII y XVIII, se alza en Bayruth un teatro que es un templo del Arte en la más sublime acepción de la palabra, pues que en él se representan en cierta época del año, con toda la seducción de que es capaz el arte escénico moderno, las maravillosas creaciones del coloso que allí viera la luz en 1813: los dramas líricos de Wagner, en fin.

Durante estas solemnidades *humanas* por antonomasia, dado que gozan del privilegio de atraer a los hombres más cultos de las cinco partes del mundo, todo en ella recuerda a los festivales de los Misterios antiguos: el entusiasmo, el respecto religioso que reina en las audiciones; la confusión de lenguas del exterior; la silenciosa e iniciática obscuridad del recinto; el brotar de las notas musicales cual sonoro *vaho*

que exhalase del seno de la tierra producto de una orquesta invisible; el mayor derroche de colorido, realismo y grandiosidades escénicas que pueda alcanzar la magia moderna auxiliada por el hada de la electricidad y de la mecánica con procedimientos llamados a perfeccionarse aún hasta grados inauditos; las voces humanas, en fin, como un instrumento más y el mejor del sonoro conjunto. Recuerde el lector todo cuanto a este particular corre escrito en libros y revistas y así estaremos dispensados de relatar la parte exterior de los «Festivales de Wagner», para entrar de lleno en la esencia de los mismos.

Se nos dirá que todo esto, aunque en grado más o menos inferior, es lo que se ve en todas las representaciones teatrales modernas, sin que por esto se ose parangonarlas también con los Misterios antiguos, pero semejante objeción está destruída por sí misma, pues acabamos de ver que el teatro todo, como escuela de costumbres, es una incipiente iniciación, para bien o para mal, en los complejos misterios de la psiquis y de la vida, y de aquí el cuidado con que el teatro debe administrarse a los niños. Iniciación, decimos, que alcanza un alto grado en el repertorio teatral clásico de todos los países, rivalizando quizá con la más alta forma del arte que sobreviviera a la ruina definitiva de los Misterios paganos, es a saber: la tragedia griega de Esquilo, Sófocles y Eurípides, continuada, pero no igualada, por el teatro romano de los siglos de oro y precedida en las vías lírica y épica por los cantos de los bardos, tanto en los pueblos de abolengo celtodruídico, hiperbóreo y gótico-lituano, cuanto con las epopeyas populares, de las que hubo de formarse la Iliada, cual muchos siglos más tarde acaeció también con nuestro incomparable Romancero castellano.

Además, y como si en ello se entreviese todo un nuevo mundo de arte, la música que constituyó una parte esencial de los Misterios paganos y la más alta rama de la Matemática (Aritmética, Geometría, Astronomía y Música) fué heredada por los cantos litúrgicos del Cristianismo, por el incomparable *canto fermo* o canto llano eclesiástico. De este canto, como es sabido, brotó en el Renacimiento la ópera moderna, y de

ella a su vez, en los siglos XVII y XVIII, las demás formas precursoras del «Drama lírico» wagneriano: la Fuga musical, con Juan Sebastián Bach, la sonata con Hendel, Haydn y Mozart y muy especialmente la sinfonía, en la que luce como un sol el divino Beethoven, quien en su última o novena sinfonía con coros al cantar con Schiller la celeste voluptuosidad pagana (1), ha abierto camino, según confesión del propio Wagner, para el advenimiento de dicho «Drama lírico».

Todavía a pesar de lo mucho bueno que se ha escrito, no se ha puntualizado acaso el verdadero alcance filosófico de la moderna ciencia de la Harmonía, en la que es seguro superamos a todos los pueblos antiguos, al menos a los griegos, quienes parece ser que sólo conocieron la melodía, a lo más con los naturales recursos de unísonos, octavas, terceras y quintas. Por eso todavía seguimos diciendo que la música, arte matemático-psicológico de bien combinar los sonidos y el tiempo, es el medio más seguro de despertar puras emociones, intensos sentimientos, ideas trascendentes, nobles y hasta heroicos propósitos y, en fin, toda la avasalladora polieromía de lo sublime

Nada más cierto que esto, pero es muy posible que hayamos desatendido la verdadera génesis psicológica y hasta ocultista

(1) Es sabido que Beethoven se preocupó durante toda su vida de poner en música esta admirable oda «A la alegría». Pero la «alegría» a que Schiller aludiera en ella, no es la vulgar o festiva que nace de los frívolos placeres de nuestra vida diaria, sino aquella íntima, mística y trascendente alegría que nace del amor a todos nuestros semejantes y aun a todo lo que existe, secreto efluvio de celeste armonía que hace del Universo un verdadero «Cosmos» o «Harmonía de las Esferas», placer sentido por todos los místicos, y por todos los artistas verdaderos, que es al que los paganos llamaron «Voluptuosidad» (*voluptas latín*) en contraposición a los vanos placeres aquellos (*gaudeo, gaudium*). Por eso hicieron a la diosa *Voluptas* la hija unigénita de Psiquis (el Alma humana) y Eres (el divino Angocides o Espíritu). ¡Cuán horrible es la degradación de nuestras lenguas europeas, que en su afán de conservar el cuerpo, «la letra que mata», han perdido el espíritu todo de las lenguas clásicas, guardando la divina palabra «voluptuosidad» para designar con ella enanto hay de más bajo y grosero en nuestra pobre naturaleza!... (Véase artículo Beethoven, teósofo, que aparecerá en uno de los números próximos).

que preside a la creación musical. El compositor inspirado es, en efecto, un mago, un Prometeo, que en sus deliquios artísticos, en sus evocaciones al ideal trascendente, en el paroxismo, en fin, de sus dolores y de sus esfuerzos como hombre, ha robado a los cielos de la Belleza una joya más de sus tesoros inagotables, para dársela a sus semejantes: es decir que la sucesión de notas de la composición musical inspirada no es sino la corteza envolvente de aquellas emociones que, *en análogas circunstancias y no de otro modo*, pueden así ser transmitidas a otros, a través del espacio y del tiempo, pero que en realidad exigen para su debida apropiación por los oyentes, repetimos, el germen al menos de estados semejantes a los que presidieran a la creación musical... ¡Triste destino el del compositor, obligado a amasar su obra, para que sea fecunda, con pedazos de su propio corazón, al par que con el intenso esfuerzo de sus propias ideas, cumpliendo a costa de sí mismo aquel precepto de Horacio del *si vis me flere...*!

La vida nos ofrece a diario múltiples corroboraciones de esta génesis del pensamiento-emoción causado por la música. A poco que evoquemos nuestro pasado advertiremos con sorpresa que todo momento psicológico de él está ligado con un fragmento musical concordante o no con él en realidad, pero absolutamente identificado con él por misteriosas leyes de asociación nacidas del *hada fantasía*, hasta el punto de que tantas veces como volvamos a oír aquella música otras tantas brotarán del fondo de nuestro inconsciente los recuerdos aquellos, como si las escenas antaño vividas por nosotros tuviesen, por extraña conexión órgano-psíquica, una ligadura, un esqueleto, un fondo de cuadro en aquellas fugaces notas.

Dejemos a los capacitados para ahondar en este inmenso píelago de nuestro inconsciente la tarea de esclarecer las causas internas de semejante fenómeno. Nosotros le hemos traído únicamente a cuento porque esta secreta ley es la que en sentido inverso, preside a toda la obra musical de Wagner. En ella, en efecto, cada situación escénica, cada personaje de la obra está caracterizado por un *leit-motiv* o motivo musical típico, hasta el punto de que presentimos virtualmente

la aparición de cada personaje y la índole de la escena que se avecina desde que suenan las primeras notas respectivas en la orquesta, existiendo así, como es sabido, el motivo, por ejemplo, de los elementos primordiales del Cosmos: agua y fuego; el motivo de la Madre-Tierra; el de la renunciación, el Amor, la redención y el aniquilamiento, el del oro del Rhin, los de los dioses, los hombres, los gigantes, los enanos, las ondinas, etc., etc.

En otros términos, el coloso de Bayruth ha realizado a la inversa, hasta en los más nimios detalles de su obra musical, la ley a que nos referimos, porque así como en la vida asociamos inconscientemente los hechos de ella a las notas musicales oídas al azar en aquel momento, en la obra de Wagner se asocian conscientemente siempre determinados motivos musicales a cada situación de la vida escénica que con ellos se va a producir. Inútil es añadir que a la elección de semejantes motivos musicales ha presidido, además, una selección de honda técnica musical, al par que una prodigiosa intuición filosófico-artística, contribuyendo más y más a consolidar el lazo entre la frase musical y la idea por la escena representada. Así, por ejemplo, toda escena que de lejos o de cerca roce con la naturaleza, aparece basada en el divino motivo de los elementos primordiales, sin perjuicio de asociar a él dentro del glorioso acoplamiento que permite la ciencia moderna de la armonía, todos los demás motivos de ella adecuados, y éste es sin duda uno de los méritos mayores de la concepción wagneriana, porque en este entrecruce de diversos motivos, parece vivirse todo el entrecruce penelópico de las opuestas ideas que a cada instante luchan en nuestra existencia.

La música, que hasta los días de Wagner fué un arte autóctono, tan hermoso como vago e indefinible por la propia amplitud de su abstracción misma, pasa a ser bien empleado, un arte didáctico más concreto, un arte auxiliar por decirlo de la filosofía y de sus múltiples derivaciones de exposición ideológica, porque la *herida* emotiva que deja por modo indeleble es al par el arraigarse para siempre de una idea fundamental, de una enseñanza, que el compositor-filósofo quiso grabar en la mente de su auditorio. ¿Qué otro contenido real

tienen por ejemplo, dentro de sus inevitables egoísmos los llamados himnos nacionales o los aires regionales, algunos de tan remotísimo origen prehistórico como el *Gernikako-Arbola* vascó o los cantos norsos, bretones, gallegos o andaluces y la infinita variedad de fados, jotás, baladas, malagueñas, etc., etc.—El alma entera de los pueblos parece haber cristalizado en ellos para perpetuarse así a través de los siglos.

Por eso, iniciados como Pitágoras dieron tan suprema importancia a la música, que con los himnos órficos y védicos primitivos es probable fuese el alma entera de los Misterios paganos. El bardo ambulante, las Valas, Veledas y Woluspas nórdicas, el recitador griego que al son del arpa o de la lira cantara homérica o pindáricamente las hazañas de los dioses y los héroes, el trovador medioeval, todos aquellos, en fin, que asociasen a una melodía musical una concepción mítica o poética, hicieron lo que hoy con análogo vigor ha realizado Wagner: grabar con letras de fuego en nuestros corazones y en los de nuestros sucesores, mientras que el mundo sea mundo, las incomprendidas enseñanzas de la leyenda y del mito, ese archivo de la ciencia tradicional que comprende y encierra, según Platón, la Religión, la Ciencia y el Arte todo junto.

Establecido así el vínculo secreto que en todo momento puede unir una idea o un sentimiento con determinada composición musical, el corolario es sencillo: la música, como todos nuestros medios científicos o artísticos de expresión, es un arma de dos filos, y si una música canallesea, de la que tanto abunda hoy por desgracia, puede ser un instrumento más de depravación en oídos pecadores, una música trasecundental como la de Wagner o sus precursores cuya verdadera filiación nos llevaría muy lejos, constituye el medio más prodigioso que puede idearse para esteriotipar las más altas enseñanzas en prosa o verso, y si estas enseñanzas son, por ejemplo, las de la filosofía tradicional de las edades, por otro nombre Ocultismo, la manera musical de presentarlas asociadas integralmente a las infinitas seducciones de la escena constituye una verdadera Magia, paralela, cuando no idénti-

ca, a la empleada durante la representación de los Misterios desde hace cientos de siglos (1).

(1) La existencia de la moneda falsa dice H. P. Blavatsky, presupone la de la legítima y las degradaciones punibles que se conocen con el nombre de magia, hoy suponen también la existencia de la Magia como ciencia pura y excelsa por antonomasia. Esta magia, superior conocimiento de las leyes naturales, rodeó siempre a las representaciones de los Misterios paganos. Francisco Lenormant, en el prefacio de su clásica obra «La magie chez les Caldéens, et les origines accadiennes», dice: la historia de ciertas supersticiones constituye uno de los más extraños capítulos y al par de los más importantes del espíritu humano en sus desenvolvimientos. Por extravagantes que hayan podido ser los ensueños de la magia y de la astrología, por lejanas que encontremos hoy, gracias a nuestro progreso científico las ideas que las inspiraron, ellas han ejercido sobre los hombres, durante dilatados siglos y hasta una época harto próxima a nosotros, una influencia demasiado seria y decisiva para ser menospreciada por quien se dedique a escrutar las faces de los anales intelectuales de la humanidad. Las épocas antiguas más excelsas han prestado asenso a sus prodigios. El imperio de las ciencias ocultas, herencia de la superstición pagana, sobreviviendo al triunfo del Cristianismo, se muestra todopoderoso en la Edad-Media, hasta que la ciencia moderna ha logrado disipar los errores (*). Una aberración que se ha enseñoreado durante tanto tiempo de todos los espíritus, hasta de los más nobles y perspicaces: de la cual no se ha librado ni la propia filosofía en ciertas épocas (tales como la de los neoplatónicos alejandrinos, quienes las dieron puesto de honor en sus especulaciones, no deberá jamás ser excluida con desprecio del cuadro general de las ideas y de sus evoluciones. «La Magia que conocemos no es sino la combinación de la antigua religión turania con el mazdeísmo, sobre quien ha ejercido una influencia considerable, y por eso la Media fué siempre turania de alma y de costumbres». «La Magia, en fin, dice Plinio, es uno de los asuntos en que conviene fijar bien los conceptos». A título de la más engañosa de las artes, ha gozado del mayor crédito entre todos los pueblos y durante todos los tiempos, no es de extrañar pues, el supremo influjo por ella adquirida, toda vez que ha compendiado en sí las tres artes supremas o más poderosas sobre el espíritu humano. Nacida de la Medicina—de la Matemática, diríamos nosotros—es indudable que, bajo el pretexto de cuidarse de nuestra salud, la ide deslizando algo así como otra medicina más santa y profunda. En segundo lugar, a las más seductoras promesas ha unido el resorte de la religión, problema acerca del cual el género humano ha andado siempre

(*) No hay para que decir que no participamos de estos últimos juicios del maestro. La Magia tradicional está mucho por cima de la misma ciencia moderna.

Hemos, pues, llegado al objeto fundamental de estos artículos: No se trata aquí de ponderar una vez más los méritos técnicos y emotivos de la música wagneriana, sobrado conocidos ya por los verdaderos *elejidos* musicales, *élite* que aumenta cada día, ni tampoco de demostrar la trascendencia del vínculo que ligar puede en una síntesis suprema a esa trilogía de la Idea, el Sentimiento y la Harmonía, sino de evidenciar, por el análisis mismo de las partituras de Wagner y muy especialmente la del Anillo del Nibelungo o sea su Tetralogía, cuán oculta raigambre filosófica se encierra en ellas. Si ello se logra, quedará plenamente justificado el título de estos artículos, que quieren en la epopeya musical, impropriamente llamada «Drama lírico» que con tanta solemnidad se representa anualmente en los «Festivales de Wagner», la resurrección nada menos que de los Misterios antiguos.

Perdone el lector si la magnitud de la empresa no corresponde ni con mucho la insuficiencia del que, por imperativo categórico de un deber de investigador, se ve constreñido a

a ciegas. Para colmo, la magia se ha incorporado el arte astrológico, y es indudable que todo hombre está ansioso por conocer su futuro y sospecha que tales conocimientos pueden deducirse con la más rigurosa exactitud de los cielos mismos. Así, encadenando los espíritus por dicho triple lazo, la magia se ha engrandecido hasta el punto de que aun hoy día prevalece sobre un gran número de pueblos y manda en Oriente hasta a los reyes de los reyes: *ut et in Oriente regibus imperet*. («Plinio, Historia Nat. cap. XXX, págs. 1 y 4 del tomo II; pág. 322 de la traducción de Littré). Y en el libro IV, cap. XXII al XXIV, pondera Plinio a la Magia en su profundo y sugestivo alcance científico y moral», «cuando hombres como Pitágoras, Platón, Empédocles, Demócrito y cien otros lo hubieron de abandonar todo por ella, hasta lo más querido, cruzando los mares y tierras más lejanos para en ella iniciarse, y siendo, por causa de ella, en todas partes desterrados y perseguidos.

Hacemos estas citas, que podrán considerarse poco pertinentes quizá para demostrar que la Magia en grado superior a nuestras artes actuales nacidas de nuestra ciencia podía contribuir con sus extraños cuanto naturales prodigios a operar el encanto, la total absorción hipnótica de todos los sentidos, durante la representación del Misterio, dejando así libres y sublimando las facultades superiores del hombre, cual hoy, como siempre sucede con todas las sugerencias de los narcóticos, la escena o la palabra elocuente y, en general, de todo cuanto pueda adormecer a nuestra bestia, despertando al ángel que duerme en nuestro Inconsciente.

intentarla. En los mitos de las obras de Wagner se hallan compendiados los más valiosos tesoros de la filosofía tradicional con toda la profundidad de concepto que ella tiene y que no ha sido debidamente comprendida hasta el día.

M. ROSO DE LUNA.

Gratitud

Dulce y pesada gratitud, pecho
Mío oprime, como en espesa bruma
Envolviéndome toda... No sé adonde
Se ocultan mis soñadas esperanzas...
No sé adonde mi amor... Un velo cubre
Mi espíritu... mi vida late oscura...
Y en el vasto cendal todo mi ser
Anégase, como si densa niebla
Escondiese a mis propios ojos tristes,
Pasado y porvenir...

Hija de mi amor, pesada gratitud
Que solo encuentra en mí refugio. Tímida,
Dulce, y al mismo tiempo abrumadora carga
Mía. ¡Pobre hija mía!... aunque me ahogues
Bajo el terrible peso, ... aunque me aprietes
Acongojado el corazón... te quiero
Guardar conmigo, ¡apóyate en mi pecho!
Apóyate, que en él seguro albergue
Te doy. Tu vida vive en mí misma
Vida... y ansío ya que me la robes
Toda... en tí anhelo sucumbir... ¡abrázame!
Oh gratitud! oh fruto del amor!
Que morirás como él desconocida
Cuando me muera yo...

DELFINA M. Y V. DE BASTIANINI.

Pico de la Mirándola

Fué con ayuda de la filosofía de Platón y la elevada ética de los Estoicos que la mente humana, al principio del Renacimiento, se libertó del dogmatismo escolástico y el lucífugo conventualismo de la Edad Media. Los hombres acudieron a los más grandes sabios de la antigüedad en busca de guía en el pensar y el vivir, una guía que no se encontraba ya más entre los representantes de la iglesia o el claustro. El móvil no era nada parecido a la delectación en la controversia y sofistería, sino un verdadero deseo de verdad y reforma, un anhelo de encontrar una base común para la religión y la ciencia —de hacer la vida más digna del hombre, potencialmente divino. Característicamente, desde luego, no se fundó sistema alguno en el que los conceptos de Dios, el Hombre y la Naturaleza fuesen considerados separadamente. La gente estaba cansada de estas tretas escolásticas. Buscaba ahora la satisfacción de las vivientes necesidades del alma del hombre, no las fantasías de abstracto disputar. Bajo la influencia de los recién descubiertos trabajos de los pensadores de la antigüedad, la filosofía se hizo mucho más profunda: ganó otra vez entre sus principales representantes su carácter primitivo de sabiduría de la vida, de sabiduría práctica. En vez de intrincados sistemas e hipótesis, encontramos grandes individualidades espirituales, cuya grandeza radica, en no pequeño grado, precisamente en su íntimo conocimiento de la sabiduría práctica de la antigüedad.

Por medio de una indagación personal más profunda en la filosofía de Platón, los humanistas trataron de armonizar muchas de las tendencias de la civilización antigua, tanto buena

como mala, con la manera de considerar las cosas prevaleciente en el Cristianismo. Platón fué considerado como el principal precursor del Cristianismo, y por medio de una interpretación simbólica se hizo armonizar la Biblia con sus doctrinas y las de los neoplatonistas. Se convencieron de que en el fondo de todas las cosas, y del trabajo de los filósofos antiguos, se encontraban ciertos principios fundamentales comunes, que debían poderse cristalizar para servir como base para una religión conjunta y eclética. Según la declaración del Cardenal Nicolás Cusanus: «Realmente no hay más que una religión, a pesar de todas las diferencias de formas, y se regocija pensando en el día en que todas las diferentes formas de religión queden reconciliadas y unificadas. Aun el platonista florentino, Marsilio Ficino, vió en las varias formas de religión solamente diferentes modos y grados de revelación de la verdad a la humanidad.

Tan fuerte era el deseo de ensanchar el horizonte y ganar algún conocimiento del desarrollo humano en tiempos pasados, que se dedicó poca atención al estudio analítico de los detalles. Fué la Edad Dorada de las síntesis ideales y los conceptos generales. La sed de sabiduría era tanto un anhelo del corazón como un deseo intelectual. Durante algunas risueñas décadas, el miope crítico estuvo anonadado por una fuerte marejada de constructiva alegría de vivir y deseo de belleza. Pero bien pronto comenzó otro período de limitaciones y crítica. La filosofía quedó de nuevo distanciada de la vida, el abismo entre la fe y la sabiduría se hizo más profundo de lo que pudo rellenarse por la Reforma o cualquier otro movimiento religioso anterior a nuestros días. Ciertamente que se han hecho tentativas para lograrlo desde la Reforma; pero si produjeron fruto, cuanto menos se diga es mejor en vista del fanatismo religioso y las aberraciones morales que aun en siglos recientes han desempeñado papeles decisivos en la vida de las naciones.

Si escogiésemos un hombre de las filas de los humanistas florentinos que, tanto en su vida como en sus escritos, ilustre los supremos esfuerzos de su época, difícilmente podría encontrarse uno mejor que Juan Pico de la Mirándola (nacido

en 1463). Era menos profesional que cualquier otro de los humanistas reputados; sus escritos no dan expresión completa de su personalidad, él mismo dijo que «entre los poetas pasaba por filósofo, y entre los filósofos, por poeta». Dió, a todos los que estuvieron en contacto con él, la impresión de una personalidad excepcionalmente noble y armónica. «Hay pocas personas por quienes siento tanto afecto y respeto como por Pico», escribe Lorenzo de Médicis. Admiración igualmente franca le fué rendida por jefes de la Reforma tales como Zwinglius y Sir Thomas More.

Su inteligencia no se satisfizo ni aun por la adición de los estudios platónicos regulares a los del Cristianismo; penetró entre los sistemas esotéricos de las religiones orientales, y fué de los primeros estudiantes occidentales que, en tiempos recientes, trataron de interpretar las simbólicas escrituras de la Cábala. En sus infatigables esfuerzos por alcanzar los fundamentos de las varias formas de religión, por encontrar la unidad en sistemas filosóficos muy distintos, amplificó grandemente su propio concepto del valor del alma humana y de sus potencialidades. Empleando el lenguaje alegórico que usaba con frecuencia, Pico escribió en una ocasión:

«Cuando el Creador del Universo hubo completado su trabajo, volvióse en busca de alguien que pudiese comprender su propósito, amar su hermosura y admirar su grandeza».

En el carácter de Pico habían fuertes contrastes combinados: se encontraba lógica agudeza con una propensión al misticismo—la alegría de vivir y la sed de placer estaban asociados con una tendencia al asceticismo. Hijo de un príncipe, era rico e independiente. Ninguna recompensa eterna podía excitar su ambición. A la edad de veinticuatro años, declaró que el verdadero amante de la sabiduría es rey de reyes, y que para tal persona cualquiera forma de ambición—el deseo de fama, el amor del poder, la sed del placer—es sin valor.

«Prefiero mi solitaria cámara, mis libros, mis estudios, y mi tranquilidad de espíritu a todo lo que una corte real pueda ofrecer, y más que toda vuestra política, vuestros placeres y recompensas».

Gracias a su noble e ilustre madre, Julia Boiardo, Pico re-

recibió una preparatoria educación excepcionalmente cuidada. Siguiendo los deseos de ella, emprendió un comprensivo curso de estudios, primero en Bolonia, y últimamente en las universidades francesas, para prepararse para las mayores dignidades de la iglesia. A los veintidós años encontró a Marsilio Ficino y despertó la admiración de éste, no sólo por su profundo conocimiento de la filosofía griega, sino por su familiaridad con las lenguas orientales y sistemas de pensamiento. Pico leía el árabe y el hebreo con la misma facilidad que el griego y el latín, y en su inmensa biblioteca, en la que se dice invirtió la mayor parte de su fortuna, al lado de las obras de los antiguos filósofos y patriarcas de la iglesia, estaban todos los volúmenes de la literatura talmúdica y cabalística que pudo conseguir.

Los estudios filosóficos y lingüísticos no ocuparon, sin embargo, toda la juventud de Pico. Encontró también tiempo de dedicarse a las musas, tanto a la de la música como a la de la poesía lírica, y su ardor juvenil parece que le llevó a intentar una aventura romántica—el rapto de la mujer que amaba—lo que severamente condenó el mismo en su edad madura. Esto no tenía nada de extraordinario en aquellos días, pero la participación de Pico en el asunto atrajo bastante la atención pública. Un diplomático contemporáneo escribe a este particular:

«La desgracia que le ocurrió al Conde (es decir, al caer en manos de los que se oponían a sus amores a consecuencia del fracaso de su aventura) es deplorable, porque al par de su gran renombre de ilustrado tenía fama de ser un santo. Ahora tendrá que renunciar a buena parte de su buen nombre en Florencia, aunque ciertamente no es el único a quien el amor ha hecho dar tal paso en falso».

Pico mismo declaró más tarde que aun el hombre más puro, puede a veces ser dominado por sus pasiones; pero, no obstante, condenó sus propios extravíos eróticos tan severamente, que quemó la mayor parte de sus poemas líricos, aún aquellos que habían obtenido la aprobación de Angelo Poliziano. El poeta fué callando gradualmente, dando lugar al filósofo y reformador de religiones.

Pico dió un paso decisivo en el otoño de 1486, cuando a la edad de veinticuatro años, publicó en Roma novecientas tesis y retó a todos los hombres ilustrados a una controversia en la que éstas serían el tema. Esta idea de presentarse e invitar a todo el mundo a una disputa puede parecernos algo presuntuosa, pero no era cosa extraordinaria durante el Renacimiento, cuando se deseaba atraer la atención a malas condiciones. El reto de la controversia de Pico fué muy notable. El tenor de la Introducción era el siguiente:

«El Conde Mirándola viene a defender públicamente estas novecientas tesis que han sido escogidas en la Dialéctica, Filosofía Moral, Física, Metafísica, Magia y la Cábala, y que en parte representan su propio pensar, y en parte están derivadas de los sabios escritos de los caldeos, árabes, hebreos, griegos, egipcios, y latinos. Al formular estas tesis no se ha limitado al puro idioma latín, sino que ha empleado el idioma que se usa por los famosos controversistas de París así como por la mayoría de los filósofos de la actualidad. Las opiniones que pertenecen a diferentes naciones o grandes sabios en particular han sido puestas en grupos, pero las que provienen de diferentes divisiones de la filosofía han sido combinadas».

Se enviaron invitaciones para tomar parte en la controversia a todas las Universidades de Italia, España, Francia y Alemania, y el organizador estaba tan deseoso de reunir una gran concurrencia, que hasta ofreció pagar los gastos de viaje y manutención durante la controversia de las personas de pocos recursos. Desgraciadamente este suceso tan cuidadosamente preparado tuvo el más ignominioso fin que nadie pudiera haber previsto, y no lo atenuó en nada la elección imprudente que Pico hizo de Roma como el lugar para hacer su gran esfuerzo en apoyo de sus ideas de reforma.

Las novecientas tesis de Pico, que abarcaban una extensión tan completa de sabiduría, no pudieron por menos, desde luego, que suscitar el disgusto del Papa y del Clero. El autor había expuesto muchas cosas que no estaban de acuerdo con los dogmas de la iglesia. Lo siguiente es un ejemplo:

«No corresponde al hombre afirmar, sobre la base de su egoismo o caprichos personales, que cualquier artículo de fe

es verdadero o falso; como si las propias creencias pudieran depender de meras inclinaciones».

O este otro:

«Un pecado temporal no puede castigarse con una pena eterna».

Y aún más comprensivo:

«No hay ciencia que nos convenza más claramente de la divinidad de Cristo que la Magia y la Cábala».

Los elementos neoplatónicos y cabalísticos que entran en la tesis de Pico debieron haber despertado especialmente la indignación del Papa. La cuestión no podía pasar desapercibida, aunque desde el primer momento Pico declaró su deseo de someterse al juicio de la iglesia. La controversia fué prohibida, y el ilustrado autor citado a comparecer ante el colegio papal. Pero antes de que se pronunciara la sentencia Pico había salido de Roma. Aunque primeramente quiso permanecer en buenas relaciones con el papado, parece que ahora se dió cuenta de que esto era incompatible con sus aspiraciones. Compuso una *Apología* para sus tesis, en la que avanzó más atrevidamente aún contra la iglesia.

«Mis tesis han hecho que algunas personas desconfíen de toda clase de ilustración y filosofía, recordándoles que Adán fué echado del Paraíso porque, por medio de la adquisición de la sabiduría del bien y del mal, deseaba acercarse más a la Divinidad. Así, parece, todos los que quieren saber más de lo que se considera suficiente para ellos, deben ser echados de la presencia del Vicario de Cristo».

En oposición a los que han censurado el sostenimiento de controversia alguna, Pico afirma que la mayoría de los filósofos tomaron parte en ellas, y que aun Platón y Aristóteles aprobaron el público intercambio de opiniones. Tal como los músculos del cuerpo se practican por medio de deportes y concursos, así deben fortalecerse las facultades del alma por ejercicios intelectuales. Hasta Palas Atena, la diosa de la sabiduría, lleva la bélica panoplia del yelmo y el escudo.

«Mi propósito era aprender los principios guiadores de cada sistema. Los antiguos habían ya observado que las varias teorías forman una unidad, y que cada filosofía debe considerar

se como el desarrollo o la continuación de su predecesora. Esto se aplica hasta al sistema de Aristóteles, que se ha demostrado ser una reminiscencia de los pensamientos de Platón. Desde luego que también avanzó ideas peculiares suyas, pero no se pueden distinguir a menos que uno conozca las que tiene en común con otros».

Entre las tesis hay una nueva referencia a una antigua ciencia—la magia.

«Pero yo distingo dos clases de ella: una es la obra de los demonios, que tratan de pasar por autoridades. Nuestra misión es desarraigar esta falsa ciencia del mundo. La otra clase de magia, por el contrario, significa nada más que el final o la perfección de la filosofía natural. La primera, la tendencia perniciosa, no tiene nombre distintivo entre los griegos; ellos la llaman simplemente brujería. La otra se llamaba verdadera magia y era puesta al mismo nivel que la más elevada sabiduría».

Pico se explica más plenamente todavía respecto a las dos diferentes clases de magia, y dice que la verdadera «ha sido siempre considerada como una ciencia sublime y verdaderamente confiable. Los hombres serios y los verdaderos filósofos se han dedicado a protegerla y la han considerado como una cosa sagrada. No hace milagros, ciertamente, que trabaja solamente por medio de fuerzas y leyes naturales. Es una expresión de la unidad que existe en todo. Los griegos, por esta razón, la describen más correctamente aun por la palabra «simpatía».

Así como el agricultor ata la vid al tronco del olmo, como si quisiera casar las hojas del olmo con las de la vid, así la verdadera magia une el cielo y la tierra y trata de poner en contacto los poderes del mundo inferior con los del superior. Mientras que la falsa magia obra nocivamente contra la naturaleza y causa tremendo daño, la verdadera magia divina, por el contrario, hace los mayores beneficios. Si la primera lanza a sus adeptos al abismo con los enemigos de Dios, la magia natural nos da una percepción de la naturaleza interior de las obras del Todopoderoso y glorifica su naturaleza. El corazón, que, con la ayuda de la verdadera magia, com-

prende las maravillas de Dios, queda inbuído por ella con caridad, dulzura, y verdadera fe. Nos guía a la verdadera religión, y hace unir nuestras almas con entusiasmo en las palabras del profeta: «El Cielo y la tierra están llenos con el resplandor de Tu gloria...» «Me he explicado algo extensamente sobre la magia natural, porque sé que todavía se encuentran personas que, como una jauría de perros salvajes, destrozarían lo que no comprenden».

Varias otras declaraciones notables pudieran citarse de la *Apología* de Pico, pero sería demasiado largo el insertarlas aquí. Las citas hechas ponen plenamente de manifiesto su sinceridad religiosa y sus ideas intuitivas. La *Apología* causó aún más enojo en Roma. El Papa excomulgó al autor y declaró heréticas sus tesis (1487). Mostró tal ansiedad por prenderle, que cuando ya Pico había salido de Italia envió orden de arrestarlo al Gran Inquisidor de España, y dos Legados pontificios hicieron expresamente el viaje a Francia para tratar de capturar al hombre peligroso. Lo consiguieron; el año siguiente fué hecho preso en Francia. Pero su prisión no duró mucho. El embajador de Milán en Roma hizo enérgicas protestas, y la autoridad pontificia se encontró obligada a ceder.

Más tarde Pico residió en Florencia, donde tuvo un verdadero amigo y protector en Lorenzo de Médicis. Este influyente príncipe trató hasta de conseguir del Papa que derogase su excomunión, pero en esto no tuvo éxito. No fué sino más tarde, después de su muerte, que fueron declarados inofensivos los escritos de Pico.

Teniendo presente la casi contemporánea aparición de Lutero en Alemania, ¿no puede uno preguntarse qué fué lo que contuvo a Pico—una personalidad de ideas mucho más liberales—de intentar seriamente una reforma en la iglesia, de la que probablemente sufrió tanto como Lutero? ¿No podría haber sido su convicción de que tras de todas las formas religiosas, por desfiguradas que estén por el dogmatismo y sacerdotalismo, hay una sola verdad común, y que consecuentemente es de mayor importancia para el individuo en particular profundizar y embellecer la vida religiosa en su propia esfera—tratar de penetrar hasta el centro de su propia reli-

gión—más bien que guerrear contra instituciones formales? La misma vida de Pico después de este período que estamos considerando parece comprobar esta idea.

Todos sus esfuerzos se dirigieron ahora a ser un auxiliador, tanto en lo espiritual como en lo material, por la aplicación de su ciencia y su extraordinario conocimiento de la naturaleza humana al beneficio de los demás, y de su riqueza material a remediar la necesidad y el sufrimiento. Cuando estuvo imposibilitado de buscar los menesterosos por sí mismo, comisionó a un amigo para llevar alimentos y dinero a los más necesitados. Llevó una vida tranquila y retirada. Las siguientes significativas líneas de Lorenzo de Médicis lo demuestran:

«El príncipe de Mirándola vive aquí, en nuestro vecindario; lleva una vida sencilla y santa; sólo hace uso de lo absolutamente necesario en la vida. A mis ojos es un carácter verdaderamente ideal».

Pico escribe:

«El dolor y el pesar me asaltan cuando veo a los que se llaman filósofos correr tras la paga y la recompensa. Aquel que lucha por la ganancia, aquel que no puede refrenar su ambición, nunca puede obtener conocimiento de la Verdad. Franca y libremente puedo decir que nunca me volví a la filosofía con otro motivo que el de servirla. La esperanza del renombre e la recompensa no me atrajeron. La evolución del alma y el conocimiento de la verdad que buscaba han sido mis únicos fines. Mis deseos eran la adquisición de la Verdad, y puse el alma entera de mis esfuerzos para encontrarla. Renuncié a los intereses mundanos, y consideré sin importancia los asuntos privados y públicos en comparación con aquello. La profunda sabiduría me dotó de filosofía para hacer que mi conciencia, y no la opinión de la multitud, fuese el juez de mis acciones».

Pero al par que Pico valuó la filosofía por sobre todo, reconoció plenamente sus límites. Dice entre otras cosas que si los hombres pudieran conocer y amar lo divino por medio del razonamiento lógico solamente, la filosofía sería lo esencial y más elevado para la humanidad, y satisfaría completamente sus aspiraciones interiores. La filosofía, sin embargo, solamente puede elevar nuestra inteligencia a un nivel superior.

sin que pueda darnos una idea completa de la vida y del hombre. A lo sumo puede unificar nuestro conocimiento de la naturaleza con nuestro conocimiento de la mente humana. La filosofía busca la verdad, guiada por su sed de sabiduría. El conocimiento interior, la unión del hombre con lo divino, sólo la Religión puede darlo. Así, cuando Pico atribuyó este alto valor a la religión, no se refirió a ninguna iglesia o profesión de fe en particular, sino a lo que está en el fondo de todas las formas religiosas y permanece independiente de sus diferencias—la Religión en sí misma.

Pico, como muchos otros de los espíritus más ilustres de su época, tenía el convencimiento de que podía hallarse una religión básica, común, original, cuyas verdades quedan oscurecidas por credos y dogmas. Trató de encontrar el significado viviente, original de las doctrinas de la iglesia cristiana, y demostrar sus correspondencias con las otras formas religiosas. El creía que la Trinidad y la encarnación de lo divino en el hombre estaba plenamente expresado en la Cábala. Según Pico, la sabiduría espiritual fué revelada a la humanidad por grandes Personajes que surgieron de tiempo en tiempo y proclamaron las verdades en varias formas, de acuerdo con el adelanto de su época. Entre tales Maestros, dice, estuvieron Moisés, Platón y Cristo. Cada uno de estos Maestros han empleado frecuentemente formas y alegorías que no son muy fáciles de entender. Según lo que Platón escribe a Dionisio, lo hicieron intencionalmente: «que uno debería expresar sus pensamientos acerca de las cosas elevadas sólo en términos oscuros, de manera que lo que uno quiere comunicar a los amigos iniciados no sea entendido también por los no iniciados».

Tampoco pueden entenderse los escritos de Moisés sino a la luz de las más antiguas y primitivas religiones. Las palabras y las imágenes del *Génesis* son como hermosos vasos que ocultan preciosos vinos.

Pico tomó la verdad dondequiera que la encontró, independientemente de las opiniones tradicionales. Valientemente denunció la astrología *degenerada* y otras formas de superstición que satisfacen la naturaleza inferior del hombre. Esta clase de astrología, expuso él, vuelve continuamente su mira-

da de los cielos a la tierra, aunque emprende lo contrario; la filosofía solamente puede explorar lo Invisible que está bajo las formas exteriores. En un voluminoso tratado, que se considera lo mejor que Pico ha escrito, trata detalladamente de los conceptos erróneos de la entonces corriente astrología, y logró influir poderosamente en la opinión pública sobre esta cuestión, que era entonces de especial importancia.

Después de todo, ha tenido la mayor consecuencia para nosotros el que Pico hiciera notar el libre albedrío del hombre y su responsabilidad moral. Nos recuerda las palabras del profeta Asaph:

«Vosotros sois dioses e hijos del Altísimo». «No abuséis del más preciado don de vuestro Padre, el libre albedrío que os ha concedido. No lo convertáis de bendición en maldición. Dejad que nuestro espíritu rebose celo sagrado, para que nosotros, los que no estamos contentos de la baja condición de la humanidad podamos aspirar a lo Supremo con toda nuestra fuerza—lo que verdaderamente podemos hacer si lo queremos».

Pico hace decir a los dioses al hombre:

«No te hemos creado ni celestial ni terrenal, ni mortal ni immortal. Tú, de acuerdo con tu propia voluntad y tu propia gloria, serás tu propio arquitecto y creador, y te crearás a tí mismo con los materiales que más te plazcan. Hasta el grado más ínfimo de animalidad tienes la libertad de descender—pero también puedes elevarte a la más alta esfera de la divinidad».

«De nada demasiado»: esta es la norma de toda virtud, y el canon del pensamiento, el principio-base de la filosofía moral. Y todavía más: «Conócete a tí mismo». Estas palabras nos animan a penetrar en todos los misterios de la naturaleza, pues el hombre es ciertamente el eslabón que une todas las cosas en la naturaleza. Es como un licor compuesto de todas sus esencias. Así es como Zoroastro ha escrito, y más tarde Platón en su *Alcibiades*, el que se conoce a sí mismo lo encuentra Todo dentro de sí.

OSVALDO STRÉN.

Doctor en Filosofía, Profesor
de la Universidad de Estocolmo, Suecia.

La vida lejana

Los barcos floridos desaparecen

«Un incendio ha destruido los
barcos floridos de Cantón.»
(*La Nación*, de Buenos Aires.)

Los que conocen Cantón, exclaman:

—Tantos más incendios iluminen las noches tibias del río de las Perlas, mejor para aquel pueblo, que vegeta miserablemente en sus chozas flotantes.

No hay una idea, en efecto, de lo que es el hormiguero humano que se muere de hambre y de suciedad en aquellas aguas amarillas. Yo no hice sino pasar en un vaporecito rápido por entre los sampanes de Cantón, y aún tengo en el alma la angustiada sensación de tan triste cuadro. A uno y otro lado del río amontónanse las embarcaciones más negras y más extrañas del mundo. Son juncos largos, muy largos, tripulados por diabólicos racimos de hombres medio desnudos... Son bateas en las cuales penetra el agua como en botes langosteros y que llevan, nadie sabe hacia donde, infinitas familias de aspecto famélico... Son lanchas que tienen proas en forma de dragones, y toldos de luto y de las cuales surge un murmullo enigmático de masa inquieta... Son botes sin nombre, botes de formas increíbles, botes hediondos, en los que la existencia de seres lamentables se estanca y se pudre, como el agua de los pantanos.

Por el día, el sol, que tiene clemencias de amante brutal, funde toda esa miseria en una inmensa caldera de vida ba-

llente y palpitante. Los andrajos de color lucen pintorescamente. Los ojos brillan entre los párpados pálidos. Una actividad febril mueve la formidable gusanera humana. Pero en cuanto la tarde cae, la melancolía más desgarradora invade el espacio. Con la luz se apagan las pupilas. Los grupos, en su quietud, en su abandono, en su desesperanza, no dejan ver sino sus miserias espantosas y mugrientas.



Cuando yo contemplaba aquel formidable infierno fluvial, un compañero de viaje acercóse a mí, y me explicó el mecanismo de la ciudad.

—Esta gente—díjome—no sale nunca del río. En el río nace y en el río muere. El río es su único tesoro, su única patria, su único horizonte. El río es cuna y sepulcro. Las tiendas en donde compran lo poco que necesitan, son embarcaciones que pasan a horas fijas. Sus ocupaciones están en el agua. Y no crea usted que se trata de un puñado de miserables. No. Es un pueblo entero, un enorme pueblo de cuatrocientas y tantas mil almas... Por la noche, cuando en la popa de cada sampán se enciende la hoguera, en la cual la familia pone o cocc su olla de arroz y sus pedazos de pescado podrido, el panorama es de una grandeza impotente. De lejos diríase que el río se ha cubierto de llamas menudas y quietas. Luego el amanecer, lo que indica la enormidad de la raza flotante, es el murmullo que sube por las márgenes y que lleva la noticia de que el río ha despertado hasta el palacio del taotai. Este medio millón de miserables tiene su lengua especial, sus costumbres especiales, sus fiestas especiales. En ciertos días los estandartes más suntuosos surgen, nadie sabe de donde, y un magnífico vuelo de dragones de seda llena el espacio claro, mientras las músicas más singulares esparcen en el ambiente sus monótonas melodías. Otras veces, todo es aquí triste, mientras en las calles de Cantón la existencia sigue su curso normal. ¿Qué pasa?—pregunta uno.—Y los eruditos le contestan que el pueblo fluvial conmemora una peste o un incen-

dio. Los incendios y las pestes son los únicos acontecimientos que sacuden el alma colectiva de la gente ésta, pues hasta el hambre misma los conmueve apenas. Un incendio, algún día, se llevará todos sus barcos de miseria.

No son los barcos de miseria los que se han consumido esta vez. Son los barcos de flores, los legendarios, los fabulosos, los feéricos barcos de amor y de locura cantados por los poetas.

Yo me acuerdo de la extraña sensación que me produjo un buque de esos, que distinguimos de pronto al pasar en nuestro vapor entre los vendedores de pescado y frutas.

— Es el primer barco florido—nos dijo nuestro guía — Los otros vienen en seguida.

Y, en efecto, vimos que tras aquel pontón aparecían otros y otros reunidos entre sí por ligeras paralelas cubiertas de lotos y de lirios.



¡Los barcos floridos!

Cuando en el Occidente oímos estas palabras, no podemos menos de recurrir a las evocaciones para tratar de ver algo. Entre la brisa de las leyendas, suave murmullo de cuerdas de guitarra llega a nuestros oídos.

Un aroma ligero, que atraviesa los malos olores del pueblo miserable sin mancharse las alas, viene hasta nosotros revoloteando con suavidades de pétalos desprendidos de inmensos jazmines. Las evocaciones llenan el espacio de sombras adorables... Y con la imaginación vemos un desfile de hieráticas sacerdotisas de amor, que pasan, graves los ojos oblicuos entornados, las manos cubiertas de amuletos, la cabellera coronada de perlas... Y las historias galantes se mezclan en nuestra memoria con las aventuras trágicas... Y son princesas galantes que una noche, después de seducir con sus canciones al terrible taitai de la ciudad, al representante del poder del Hijo del Cielo, lo llevan hasta la alta terraza florida prometiéndole la flor de sus labios y, de pronto, lo precipitan en el piélago obscuro... Y son pobres hijas de príncipes le-

janos, que los piratas del Yunán traen en sus juncos vencedores para venderlas como aves cautivas, para que con sus gorjeos entretengan los ocios de la juventud noctámbula... Y son mártires de sus propias bellezas, damas que, por haber inspirado una pasión incurable a algún hijo de mandarín se ven una noche estranguladas por misteriosos enmascarados, que llevan en las mangas de su túnica magnífica el blasón de algún virrey.

...Y son cuentos picarescos de orgías extraordinarias de decamerones, de intrigas fantásticas, en las que la risa y el vino, los besos y las canciones, los poemas y las anécdotas se mezclan y se tejen en un velo transparente, que deja ver rostros de damas aristocráticas y de oficiales de la guardia, de pescadores célebres y de banqueros millonarios...

—¡Quién dirá jamás las mil y una noches de Cantón!— exclama a mi oído un amigo que pasó allá un año entero sirviendo a su país en un puesto consular.

Yo mismo, que sólo hice una excursión de dos días en uno de los vaporeitos que salen de Hong-Kong por la mañana, yo mismo, cuando evoco el cuadro apenas entrevisto de una barca florida, pienso en la grandeza extraña que debe revestir la vida galante de aquella raza cruel y refinada, que vive entre ensueños de opio y visiones de placeres sobrehumanos. Una estampa de esas que se venden en las tiendecillas de Shangai me da una idea de lo que es el lujo de una recepción nocturna en la ciudad flotante de las caricias y de las flores. El navío destácase en la sombra, cubierto de oros, de jazmines, de rosas y de lotos. Entre las plantas, lucen, como nelumbos eléctricos, los farolillos multicolores. Una amplia escalera, que parece un sendero de Mayo en un parque de Ontamaro, baja hasta el agua negra, en donde acaba de detenerse un sampán sonoro de guitarras, de risas y de sedas. Dos vendedoras de caricias descienden, seguidas por una cuantas guitarristas, para recibir a los que llegan. Sus gestos son sacerdotales. Sus actitudes son hieráticas. Graves y lentas, van asidas de las manos, lo mismo que las vírgenes antiguas que precedían los cortejos triunfales. Sus cuerpos esbeltos, de un color adorable de ámbar, de miel y de azafrán, aparecen en

toda su pureza a través de los flotantes velos que los cubren. De trecho en trecho, una joya extraña, una joya en forma de cabeza de dragón o de cola de monstruo fluvial, brilla con la violencia de sus pedrerías. En la cabellera las gemas son tan abundantes, que de lejos, bajo el reflejo de los faroles de color, diríase que las dos sacerdotisas están cubiertas de luz. Por las ventanas de la barca véanse otras damas igualmente adornadas, que reposan sus cuerpos perfectos en divanes de un lujo increíble. Todo es de laca, todo es de oro, todo es de seda en el bajel florido.

Pero esto que vemos en las estampas no es nada, según parece, comparado con lo que sólo los chinos conocen. Porque aquellos templos de amor están cerrados implacablemente para los extranjeros. La hospitalidad galante de los Yosiwara y de los Simawara japoneses es desconocida en las casas de té chinas. Las orgías es lo único que aún no ha sido manchado por los diablos europeos. Así, todo lo que Mirbeau dice en el último capítulo de su divino «Jardín de los suplicios» no es sino fantasía pura. El mismísimo Pierre Loti, que tiene amigos mandarines, confiesa que jamás logró pasar una noche en las barcas donde el taotai y sus magnates fuman sus pipas diabólicas, viendo las danzas voluptuosas que las sacerdotisas amarillas ejecutan al compás de lentas y raras guitarrillas de tres cuerdas.



...Y ahora ya eso no existe. Un incendio ha bastado para suprimir todo un país de ensueño que levantaba sus alcázares en medio del universo miserable de los sampanes plebeyos. Yo lloro esta desgracia con lágrimas sinceras, porque creo que cada vez que un poco de misterio y de belleza desaparece, el mundo disminuye.

E. GÓMEZ CARRILLO.



Por nuestro programa

Nuestro colaborador el Dr. M. Catalano nos ha manifestado el deseo de que se publiquen en esta revista tradiciones y creencias, libros sagrados de pueblos antiguos y del oriente y el pensamiento de nuestros más descollantes pensadores, hoy poco conocidos y divulgados. La forma compendiada con que piensa realizar dicha divulgación la hace factible, y estando de acuerdo con el espíritu que le anima, hemos creído conveniente ofrecerle la dirección—de una sección, que denomináramos: *Pensamientos y Libros*—a dicho colaborador; dado su entusiasmo, ha aceptado nuestro ofrecimiento. Le auguramos empeño, constancia y éxito.

Hemos creído oportuno publicar su carta, para que nuestros lectores, conozcan las razones que nos han obligado a proceder como lo hemos hecho.

LA DIRECCION.

Buenos Aires, Julio 27 de 1913.

Director de LA CRUZ DEL SUR. Señor Angel Clara.

Estimado amigo:

.
.
.

Poseído de la importancia que me merece su revista, con sus miras amplias, su programa y la plena libertad—impuesto como deber y como lema—que da a cada escritor,

en la exposición de sus ideas las más atrevidas, creo que es necesaria la publicación de obras antiguas, de todas las creencias, de todos los países—libre de todos los estrechos convencionalismos que deprimen—; así se realizaría obra nueva, buena e indispensable.

Me sorprende, verdaderamente, esta *allívez y magnanimidad*, en una época en que todo se hace por mercantilismo, donde la prensa vive de los intereses del momento, las revistas se encastillan en prejuicios y tratan o responden a una sola orientación ideológica, como si les asistiera el pleno convencimiento de la veracidad de lo que piensan o creen.

La afirmación explícita de lo que *no se Sabe y no se Siente*, es dogma y mentira. El *estudiante sincero*, busca amorosamente la *verdad* y no se fija ni en sus harapos ni en la pompa de sus oropeles.

Nos olvidamos, bastante frecuentemente, de la labor educativa y moral que se debe desarrollar por la prensa y si esto es de lamentar, no lo es así el abandono premeditado y egoísta.

Es por todo eso que me sorprende su atrevimiento y ojalá sea siempre ese su deseo y su lema: libertad, tolerancia y libre examen. Es así que en su revista irían a estrecharse las ideas más opuestas y extrañas; y es así que me la imagino como una selva con sus mil vegetaciones y coloridos: las panteras que rugen, las hormigas que trabajan en el misterio de los segundos, las mariposas que revolotean, las abejas que liban el néctar de las flores y fabrican su miel, la paloma de los montes que se queja tristemente, la calandria que rapso-dia amorosamente, la gramínea que alegra, la enredadera que abraza al corpulento roble, la copa de los árboles que se besan y la labor incesante y eterna de los microorganismos, que llevan al equilibrio y permiten la vida—*que es el sendero de los seres que anhelan divinidad*... Es así que se abrazan y confunden las mil manifestaciones de la vida, que pendientes de un mismo calvario, tienen una esperanza lejana y vibran la música de un amor infinito. Si la ignorancia y el egoísmo separan, como los abismos estelares, el amor y los buenos deseos, unen con lazos eternos. El hombre se ha hecho enemigo del

hombre y el hombre debe tornar al amor. En su revista veo que palpitan esos nobles anhelos que aliento y deseo.

Uniendo todas estas razones, es que he creído que la tarea de su revista sería más fielmente llenada, si juntamente con el pensamiento contemporáneo, se adjuntara—aunque en forma compendiada—el de nuestros antiguos.

La armonía que se anhela, debe abarcarlo todo, en espacio y tiempo. Hemos podido contemplar el resurgimiento de muchos pensamientos, hipótesis y hasta completos sistemas filosóficos, que creíamos ya muertos y desaparecidos para siempre. Pero las ideas que aprisionan verdad, surgen como la vida, porque la tienen, y *viven la eternidad...*

La publicación de toda la *obra del hombre*, realizaría la síntesis que se desea, además del beneficio de divulgación y el interés que despertaría; y si conjuntamente con esta tarea se publicaran, simultánea y metódicamente, los libros sagrados de la India-Persia-Egipto y China, *divulgaríamos* creencias, que hoy se desprecian por ignorancia. Así nos acostumbra-
ríamos a respetar, ya que con la ignorancia todo lo pisoteamos inconsideradamente. Extenderemos lazos de unión entre todos los pueblos y todas las edades y glorificaremos la *labor del hombre*, que no por ser vieja debe ser falsa.

Esperando se realicen, estos anhelos, lo más pronto posible, lo saluda cariñosamente, su sincero

M. CATALANO.

PENSAMIENTOS Y LIBROS

Redactor: M. CATALANO

En esta sección, que inauguramos, queremos *reverdec*er todo lo bueno y grande que ha producido el *hombre*.

No nos interesan aquellas producciones cuyo objetivo es, exclusivamente, la originalidad. Creemos que cuando ella no es debida al intenso anhelo de la verdad—la originalidad—se nos asemeja a difíciles y peligrosos ejercicios aeróbicos, muy difíciles, pero inútiles, que sólo consiguen la aprobación y el aplauso de los pequeños y de los aburridos. Pero cuando la originalidad es el esfuerzo noble y desinteresado de la integración en nuestros valores intelectuales, éticos y filósofos, merece nuestro aplauso y nuestra cooperación.

«Sólo la verdad, la verdad únicamente».

«Pero cuando un escritor sólo se preocupa de ser original, o sublime o elegante, como tal otro de una nación extranjera, no puede en realidad servir a los ideales del arte ni tampoco a la sociedad». *Máximo Gorki*.

Creemos que los hombres que, afanosamente, buscan la originalidad exclusivamente no tienen el sentido de la tierra ni el progreso infinito y divino de las cosas; en ellos ha marcado su estigma la decadencia y la decrepitud. A fuerza de querer ser originales nos hemos extraviado—y hasta no creemos—de lo bello, bueno y verídico. Nuestros deseos deben ser: canalizarlos en los grandes caminos del progreso.

Publicar pensamientos de nuestros grandes pensadores y reformadores, extraer páginas que sinteticeen sistemas y creencias, es el programa que pretendemos desarrollar en esta sección de la revista; no excluirémos, por cierto, reflexiones sueltas y sentidas de nuestros contemporáneos. La condición será, siempre, lo compendiado; y el objetivo, la síntesis. Este es nuestro deseo.

M. CATALANO.

El evangelio de Ramakrishna

Le bien, par n'importe quelle main,
la vérité, par n'importe quelle bouche.

baron DU POTET.

En los catálogos de algunas importantes librerías del centro, figura una obra titulada: «El Evangelio de Ramakrishna». La palabra Evangelio, no tratándose de los cristianos, sonará extrañamente al oído de muchos; y no estarán lejos de juzgarla osada, cuando se aplique a enseñanzas sindicadas como exóticas. Felizmente, las expresiones de la Verdad pura, que no pertenece a tal o cual raza, sino a la humanidad toda, se ciernen muy por encima de nuestros prejuicios. Para ser reconocida, la Verdad, ha de hallar su genuina expresión; sus ecos han de repercutir hondamente en nuestras intimidades; también quienes así la presentan, difunden, e imponen —a nuestra atención—son los primogénitos de la divinidad entre los hombres.

Con respecto a una obra de la índole del Evangelio de Ramakrishna la crítica corriente no corresponde; abarca tan graves problemas que solamente la investigación científica puede aportar razones sobre ella. Esa investigación ha sido hecha, en un libro, «La Folie de Jesús». El profesor Binet Sanglé de la Sorbonne de París, ha analizado la vida y obras del Cristo y a la luz de las leyes científicas de nuestra época, ha caracterizado la personalidad del Salvador en sus rasgos esenciales determinando, netamente, sus contornos patológicos.

Los que comulgau con las ideas positivo-materialistas del momento (y no son los menos), han de encontrar su ratificación en la obra del profesor Binet Sanglé y si les cae entre manos algún ejemplar del Evangelio de Ramakrishna, tendrán, a más, la satisfacción de poder cotejar la directa ma-

nifestación individual de la vida de Ramakrishna, con las constataciones del libro, hechas sobre los documentos y tradiciones del pasado. Faltaba a la obra del sabio francés una comprobación experimental, contemporánea; Ramakrishna, con sus condiciones de ser, sus dichos y sus hechos, la ofrece. ¿Qué habrán de desear todavía los positivistas?

Sin embargo, convendría saber, si se ha ganado probando las anormalidades patológicas de la personalidad de Jesús y por ende, de aquélla de Ramakrishna. Si se recorren los hospitales y los manicomios se encontrarán constataciones idénticas a las del libro de Sanglé, expresables en iguales términos, resultando del hecho que, para el vulgo y aun para los intruídos, no haya diferencia alguna entre cualquier almacenero recluído por creerse Hijo de Dios y Salvador del mundo, y Jesús o Ramakrishna, reconocidos por tales por sus discípulos y fieles.

¿Entonces, cierta parte de la humanidad (y no son los menos) viviría inspirándose del ideal y de las enseñanzas de unos pobres ilusos? Esto no deja de ser raro y más si es posible la apreciación de la distancia mental y psíquica que separa a un hombre normal del almacenero loco, o de Jesús y Ramakrishna. El pobre comerciante trastornado interesa solamente al médico y a los enfermeros que lo cuidan y los otros dos, conmueven al mundo.

Naturalmente, quien infiere de lo expresado al órgano de manifestación y reduce su valor al estado de aquél, mal ha de ver bellezas si evidencia la patología de este último. Consecuentemente, los discursos de un valetudinario sobre la salud o las reflexiones de la moral de un Jean Jacques Rousseau—de fama poco relevante en su vida privada—nada valdrán para un positivista fuera de la constatación patológica del origen de esos discursos y reflexiones. Pasados al sedazo de semejante teoría, Alejandro el Grande, César, Napoleón e infinidad de otras entidades descollantes de la humanidad, quedarán chicas ante el hombre normal, prototipo exclusivo de la raza. De arraigarse esa seguridad, se levantarán estatuas en el porvenir a los footballers más en boga, o a los más acabados cultores de los «Mon Systéme» de gimnasia sueca. El hombre normal, podrá ser la más completa esperanza re-

productiva de la raza, pero ir hasta colocar científicamente sobre su frente, la corona de integral humanidad, provoca la sonrisa y hace suponer que se ha tomado a la raíz por la flor o que se trata de apuntalar a sabiendas teorías acomodaticias.

Es muy propio argüir que, obras de la clase del Evangelio de Ramakrishna, difunden ideas y tendencias nocivas para nuestras condiciones de sociabilidad. La imputación es superflua, porque su espíritu es el mismo que el de los Evangelios cristianos, cuya influencia ya se ha experimentado y nos prueba que van a la comunión con la divinidad, solamente aquellos íntimamente empujados a ella. Las dos tendencias del mundo y de la espiritualidad no coexisten en virtud de convenciones sino que son, las resultantes mismas de las almas adictas a ellas. Lo explícito, accesible a todas las mentes, del Evangelio de Ramakrishna, acentuará sin duda esa creencia de una influencia demoledora, pero téngase en cuenta, por lo dicho, que no es precisamente propia de él.

En el lejano pasado, la India alcanzó a muy altos niveles de civilización, pero cuando los hombres volvieron la faz hacia Dios, se olvidaron de su potencia, de sus riquezas, de sus monumentos, y lo que antes hiciera su orgullo y grandeza se desmoronó paulatinamente, no quedando en pie sino lo que pudo desafiar a los siglos. Llamamos decadencia de la India a ese proceso humano, a la inversa, y los hindús miran con una cierta compasión esos arios europeos, engréidos en su civilización, pero que no conocen a Dios, en sí y en sus obras.

Nuestras modernas corrientes de investigación prolija y de libre examen, han desacreditado los misterios y las afirmaciones exclusivamente autoritarias; la corriente espiritual no había de escapar al movimiento y hoy tenemos en el Evangelio de Ramakrishna una amplia confirmación de ello.

Como se dijo, la crítica corriente poco tiene que juzgar en esta obra; para apreciarla es menester leerla y meditarla a solas; y antes que saber su lugar en las producciones humanas, urge verla al alcance de todos a fin que las almas saquen de su sustancia, lo indispensable a sus necesidades.

ALEJO CURUTCHET.

Poemas ⁽¹⁾

POR

WALT WHITMAN

*Detrás de todo Adiós se oculta en gran parte,
el saludo de un Comienzo nuevo.*

*Para mí, el Desarrollo, la Continuidad, la
Inmortalidad, la Transformación, constituyen
los temas y las significaciones capitales de la
Naturaleza y de la Humanidad.*

WALT WHITMAN.

CANTO DE LA VÍA PÚBLICA (fragmento)

.

La tierra, y basta.

No deseo que las constelaciones estén más próximas.

Sé que están muy bien allá donde están.

Sé que ellas bastan a aquellos a quienes pertenecen.

.

Aquí se pone a prueba la sabiduría.

La sabiduría no se pone a prueba en las escuelas.

La sabiduría no puede ser transmitida por el que la posee al
que no la posee.

La sabiduría es del resorte del alma, no es susceptible de
prueba, ella misma es su propia prueba.

(1) Versión de Armando Vasseur (Acaba de aparecer). La personalidad de Walt Whitman no necesita de nuestra presentación, su fama atravesó naciones y continentes y sus Poemas se han traducido a varias lenguas.

Se aplica a todos los grados, objetos, cualidades, y permanece satisfecha,

En la certidumbre de la realidad y de la inmortalidad de las cosas, es la excelencia de las cosas;

Hay algo en el móvil espectáculo del mundo que la hace emerger del alma.

Ahora analizo las filosofías y las religiones:

Pueden parecer muy buenas en las salas de conferencias,

Y sin embargo, no significan nada bajo las vastas nubes, frente al paisaje y a las aguas corrientes.

Aquí es donde nos damos cuenta;

Aquí es donde el hombre siente sus concordancias,

Comprende lo que en sí encierra;

El pasado, el futuro, la majestad, el amor.

Si eso suena a hueco en vosotros, es porque vosotros estais vacíos de ello.

Lo único que nutre es la simiente oculta en el corazón de cada objeto.

¿Dónde está el que arrancará la suya para vosotros y para mí?

¿Dónde está el que desenvolverá las estratagemas y deshará las envolturas para vosotros y para mí?

Aquí se expande el alma.

La expansión del alma emana de lo interno, a través de portales enguinaldados de follajes provocando incesantes cuestiones.

.

La tierra, jamás fatiga. La tierra es ruda taciturna, incomprensible al principio.

La Naturaleza es ruda e incomprensible al principio;

No os descorazoneis, continuad. Las cosas divinas siempre yacen ocultas.

Yo os **juro** que las cosas divinas ocultas en su seno, son más bellas que lo que pueden decirlo las palabras.

.

¡Vamos! Con potencia y con libertad, con la tierra y con los elementos.

Con salud, con osadía, con entusiasmo, con orgullo y con curiosidad;

¡Vamos! ¡Saltemos por encima de las fórmulas!

Por encima de vuestras fórmulas, elérigos materialistas de ojos de murciélagos.

El cadáver putrefacto obstruye el paso;

No esperemos más para sepultarlo.

.

¡Yo y mis iguales no convencemos con argumentos, con comparaciones ni con estrofas rimadas.

Convencemos con nuestra presencia!

.

El origen de todo arranca del viaje de las almas:

Todas las religiones, todas las cosas sujetas a la pesantez y a la gravitación, las artes y los gobiernos,

Todo lo que fué y es, en este globo o en cualquier otro globo,

Se oculta en escondrijos y en rincones, ante la procesión de las almas desfilando por las grandes rutas del universo.

.

¡Vamos a través de las luchas y de las guerras! No podemos abandonar la conquista de la meta.

.

Mi vocación es vocación de batalla; mi canto es toque de clarín. Yo engendro rebelión activa.

El que venga conmigo debe venir bien armado.

¡El que venga conmigo tendrá a menudo por compañeros el hambre, la pobreza, la enemistad y el abandono!

.

MEDIA NOCHE.

He aquí tu hora, alma mía, la hora en que emprendes el
vuelo a través del éxtasis sin palabras,

¡Oh! Lejos de los libros, lejos del arte y de las arduas jor-
nadas;

Emerges de tu estuche, divinamente silenciosa, maravilla-
da, meditando los eternos y predilectos motivos:

La noche, el sueño, la muerte y las estrellas.



EN LAS PRADERAS (fragmento)

.

Ahora me nutro de inmortalidad y de paz,
Admiro la muerte y verifico las proposiciones.

.

Ahora, mientras me anegan los grandes pensamientos del
espacio y de la eternidad, quiero elevarme a su altura,

Ahora me siento en contacto con las vidas de otros mundos,
que acaso han llegado al mismo desarrollo que las vidas de la
tierra.

En contacto con las vidas que aguardan la hora de igua-
larnos, o con los que han subrepujado las vidas de la tierra,

A partir de esta noche, los tendré tan presentes como mi
propia vida.

A las vidas de la propia tierra, tan desenvueltas como la
mía, les espera la hora de alcanzar análoga graduación.



Ahora veo que a semejanza del día, la vida no puede mos-
trármelo todo.

Ahora comprendo que debo esperar lo que me revelará la
muerte.



El Dhammapada ⁽¹⁾

(EL SENDERO DE LA LEY)

Las sentencias pares

1.—Las cosas vienen de lo más íntimo; nacen del corazón y el corazón las dispone. Si un hombre habla u obra con un mal corazón, el dolor irá tras él como rueda del carro tras el pie de la bestia que lo arrastra.

2.—Las cosas vienen de lo más íntimo; nacen del corazón, y el corazón las dispone. Y si un hombre habla u obra con buen

(1) «El Dhammapada forma parte de uno de los cánones sagrados del Buddhismo, del primero y más antiguo de los cuatro que se conocen: el pali, el de Nepal, el tibetano y el chino.

El canon pali o *Tripitaka* (el triple ramo) está informado por multitud de escritos religiosos que se dividen en tres grandes grupos, según se refieran a exposiciones de disciplina (*vinaya*), de doctrina (*sutra*), o de metafísica (*abhidharma*).

El Dhammapada (*El sendero de la ley* o *Los versos de la ley*, según traducen otros), conjunto de diferentes sentencias de aplicación moral inmediata, pertenece, pues, al segundo grupo del *Tripitaka*, esto es, a los *Suta* o *Sutra-Pitakas*, formados por diez y nueve grandes colecciones de escritos divididos en dos grupos: los *Cuatro Grandes Nikayas* y los *Quince Nikayas menores*.

El segundo de los *Quince Nikayas menores* es el Dhammapada. Está escrito en pali, como se ha dicho, se divide en 26 capítulos y consta de 423 versos.—Prologo a la versión española de «El Dhammapada»—Rafael Urbano.

Esta publicación es sacada de dicha versión. Lo que nos proponemos es su divulgación entre nosotros. Debajo de su aparente sencillez se esconde un profundo significado moral y filosófico.

corazón, la dicha le seguirá sin separarse como su propia sombra.

3.—«¡Me ha injuriado uno, me ha pegado, me ha derribado, me ha vencido!» Los que hablen así no dejarán de odiar.

4.—«¡Me ha injuriado uno, me ha pegado, me ha derribado, me ha vencido!» Los que dejen de hablar así, cesarán de odiar.

5.—«Lo que acaba con los odios no es el odio, sino la ausencia del odio.» He ahí una máxima tan antigua como el mundo.

6.—Algunos no conocen este precepto: «No contendamos.» Los que le conocen, éstos, no contienden nunca.

7.—El que atiende únicamente al placer; el que vive en la incontinencia de los sentidos y goza sin medida, se despoja de energía, y Marâ (El Mal) le arrastra, como al árbol sin raíz le arrebatara el viento.

8.—Y el que atiende al placer únicamente; el que vive en la continencia de los sentidos y goza con medida; éste, acrecienta su celo y su energía, y Marâ no le aniquilará, como el viento no vuelca una montaña.

9.—El que impuro se reviste con la casta túnica amarilla del monje, siendo ajeno a la continencia y a la verdad, es indigno de vestirla.

10.—Y el que es puro, está dotado de todas las virtudes y conoce la continencia y la verdad, éste es digno de vestirla.

11.—Los que en la esencia no ven la esencia, y en lo que no es esencia la ven, se abandonan a inútiles aspiraciones y no alcanzarán la verdad.

12.—Y los que en la esencia ven la esencia, y en lo que no es la esencia no la ven, se entregan a aspiraciones legítimas y alcanzarán la verdad.

13.—Así como en la casa mal techada cala la lluvia, en el ánimo que no medita penetran las pasiones.

14.—Y así como en la casa bien techada no cala la lluvia, en el ánimo que medita no penetran las pasiones.

15.—En este mundo y en el otro se lamenta el malvado. Se aflige, se atormenta ante la perversidad de sus obras.

16.—Y en este mundo y en el otro se goza el hombre de bien. Se goza, se deleita ante la pureza de sus obras.

17.—En este mundo y en el otro se desola el malvado. «He

hecho el mal», se dice, desolado. Y mayor es su desolación cuanto más avanza en su camino.

18.—Y en este mundo y en el otro se regocija el bueno. «He hecho el bien», se dice, alegrándose. Y mayor es su alegría cuanto más avanza en su camino.

19.—El injusto, aunque recite todos los textos sagrados, no practicándolos, no es un buddhista. Es como el vaquero que cuenta las vacas de otro.

20.—Y el que sigue la ley (*Dharma*), aunque no recite más que un versículo, si es ecuánime, benévolo, sin odio, sin envidia, ése es un buddhista.

LA CRUZ DEL SUR

REVISTA MENSUAL 

CONDICIONES DE SUBSCRIPCIÓN

REPÚBLICA ARGENTINA.—CAPITAL E INTERIOR

Semestre.....	\$ m ¹¹	3,50
Año	" "	7,—
Número suelto.....	" "	1,—

PAÍSES DE LA UNIÓN POSTAL

Año	Pesos oro	4,—
Número suelto	" "	0,50

PAGOS POR ADELANTADO

Correspondencia y giros a nombre de la Dirección: Ramón L. Falcón 2230 (Flores)

BUENOS AIRES

LIBROS DE RECIENTE PUBLICACIÓN

Pí y Margall. —Historia de la Pintura en España, 1 tomo.	\$ 2.40
Angels. —Anti-Oübring o la revolución de la ciencia de C. Oübring, 1 tomo encuadernado.	> 5.40
Goudray Warren. —La Ciencia de los negocios, 1 tomo.	> 2.50
Marcelino Menéndez y Pelayo. —Obras completas (en publicación) publicados tres tomos encuadernados.	> 31.50
Pidal. —Instrucción Pública, 1 tomo.	> 2.10
Villanueva. —Resumen de la Historia General de América, un tomo encuadernado.	> 4.50
Cuichot. —Como habla Ancian, un tomo.	> 1.20
Calle y Sánchez. —Alrededores del libro, 1 tomo. . .	> 1.80
Sigliele. —Literatura trágica, un tomo.	> 2.—
Bosch. —Del Idealismo moderno, 1 tomo.	> 1.80
Goucourt. —La blairon, 1 tomo encuadernado. . .	> 4.80
Carle. —La Vida del Derecho en sus relaciones con la vida social, 1 tomo encuadernado.	> 6.—
Mauclair. —Del amor físico, 1 tomo encuadernado. .	> 4.—
Richard. —Pedagogía experimental, 1 tomo encuadernado.	> 3.50
Froebel. —La educación del hombre, 1 tomo.	> 2.40
Goethe. —Wilhelm Meister, 1 tomo encuadernado. .	> 3.50
Séché. —Aida de Stendhal, 1 tomo encuadernado. .	> 2.—
Beaume. —Miguel Angel (su vida y sus obras), 1 tomo encuadernado.	> 2.—
Saint-Saens. —Wágner (su vida y sus obras), 1 tomo encuadernado.	> 2.—
Saint-Saens. —Beethoven (su vida y sus obras), 1 tomo encuadernado.	> 2.—
Berruti. —Educación, 1 tomo.	> 2.—
Cuadro. —La sugestión, el hipnotismo y las facultades psíquicas, 1 tomo.	> 4.—
Lebron. —Educación regeneradora, 1 tomo.	> 2.—
Ramos. —Satanás, 1 tomo.	> 1.80
Muñoz. —Un héroe del Mogreb, 1 tomo.	> 1.50



LA CRUZ DEL SUR

Ciencia - Filosofía - Tradicionalismo

Director: ANGEL CLARA

COLABORADORES:

DR. EDUARDO L. HOLMBERG.—RICARDO ROJAS.—DR. MARIO ROSO DE LUNA (España).—DR. ENRIQUE HERRERO DUCLOUX.—DR. HORACIO DAMIANOVICH.—RÓMULO D. CARBIA.—DR. VIRIATO DÍAZ PÉREZ (Paraguay).—DR. FEDERICO W. GÁNDARA.—SALVADOR MARÍA BOUCAU.—PROF. J. FERNANDO CARBONELL (Uruguay).—DR. RENÉ BASTIANINI.—DR. DELFINA MOLINA Y VEDIA DE BASTIANINI.—ALFREDO FRANCESCHI.—JUAN AMADO (Paraguay).—DR. MIGUEL CATALANO ALEJO CURUCHET.—SRA. ALICE VON SONKLAR (Alemania).—F. DÍAZ FAJF (Uruguay).—ADRIÁN A. MADRI.—SALVADOR BOCCA.—DR. JORGE DAMIANOVICH.—DIEGO MOLINARI.—ING. ENRIQUE MARCÓ DEL PONT.—PROF. JUAN G. LACRAMPE.—PROF. EDUARDO MELGAR.—P. DIAMICO (Brasil).—ING. EMILIO REBUELTO.—ULYSES L. BERGARA.—DR. GUILLERMO F. SCHAEFER.—ALEJO CURUCHET.

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Calle RAMON L. FALCON N.º 2230

FLORES—BUENOS AIRES

1913

SUMARIO

<i>Del libro de mi amigo.....</i>	E. HERRERO DUCLOUX.
<i>El drama lírico de Wagner.</i>	
<i>IIo Lohengrin</i>	M. ROSO DE LUNA.
<i>En las horas de ensueño...</i>	ALEJANDRO NIETO.
<i>Las islas del Sol y de la Luna.</i>	ANGEL CLARA.
<i>De "Las Horas Místicas"...</i>	F. W. GÁNDARA.

PENSAMIENTOS Y LIBROS

<i>Iniciación</i>	PASCAL.
<i>La conversión de Pascal....</i>	E. BOUTROUX.
<i>Los tres modos del ser.—Las afinidades.....</i>	PICO DE LA MIRÁNDOLA.

LA CRUZ DEL SUR

CIENCIA - FILOSOFÍA - TRADICIONALISMO

AÑO I.

SEPTIEMBRE 1913

N.º . 5

DIRECTOR: ANGEL CLARA

Del libro de mi amigo

(Fragmentos)

Cosmópolis

Viajando por lejanas tierras llegué a encontrarme un día rodeado de heteróclitos personajes, viajeros como yo, que por sus caras y sus trajes demostraban venir de muy distintos climas.

Sentados alrededor de una mesa, cada cual—como en los cuentos antiguos—dijo de donde venía y a donde iba, relatando sus aventuras, expresando sus preocupaciones y esperanzas como si en alta voz pensasen.

Sólo yo callaba y todos me miraron interrogantes.

—Yo soy, señores,—dije—de un país que se extiende más allá del mar, grande y rico, donde todo esfuerzo halla su premio y donde toda iniciativa noble florece; tierra bendita, donde reinar debía el trabajo alegre y la alegría trabajadora, si no cundiese el lujo desmedido como fiebre enloquecedora y se multiplicase la coima como lepra sin cura.

—El lujo lo llevásteis de mi país, sin duda, dijo un joven afeminado que me observaba impertinente a través de su monóculo, agitando, indolente, dijes y colgajos con sus dedos cuajados de sortijas.

—La coima es la roña de mis huesos, agregé un tétrico personaje envuelto en una capa parda, de semblante de co-vachalista, digna figura del Gran Tacaño.

—En mi tierra, señores, por gran desgracia, la dilapidación de dineros públicos si son muchos, da opción a honores y dignidades y a mayores riquezas...

—Pareces mi compatriota, interrumpió un gigante rubio envuelto en pieles.

—Allí, quien se consagra a la ciencia o al arte es considerado como un loco, como un pescador de luna, pues nadie piensa sino en hacer dinero.

—Es curioso,—me dijo un correcto gentleman que impasible ante su copa seguía en el aire las espirales de humo de su cigarro,—en mi tierra no hacemos otra cosa.

—Entre nosotros, añadí, la clase media no vive sino caricaturando a la plutocracia que no sabe distinguirse sino por su despilfarro.

—No os quejéis,—observó un viejo,—eso se hace en todas partes.

—Además, concluí, allí no hay justicia!...

—No prosigas,—me interrumpieron a coro:—Tu eres de Cosmópolis.

Enfermos distinguidos

Ayer mi amigo Pablo me dijo, al bajar del tren:

—Ves ese viejo de faz simiesca que tararea alegremente, esperando su turno para salir del vagón? Pues es un exfuncionario acusado de robo y convicto y confeso de delitos comunes que el código reconoce.

—Ha cumplido ya su condena?

—Terminará con ella cuando se muera, porque sus jueces le impusieron una renta viajera respetable como castigo de sus crímenes.

—Te burlas?

—No, querido. Entre nosotros—y tal vez «un peu partout»—sólo los enfermos contagiosos pobres van a la casa de aislamiento: los enfermos distinguidos se asisten en sus domicilios...

Rara avis

—Hoy he tenido un desagrado que no creo olvidaré fácilmente.

—Has perdido dinero?

—Eso lo olvidaría trabajando.

—Has descubierto la falsedad de algún amigo o la inconstancia de tu amante?

—Hace mucho tiempo que sé es problema imposible la cuadratura del círculo.

—Renuncio a descubrir el motivo de tu descontento: tú dirás.

—He hallado un hombre con dignidad y susceptibilidad quijotesca y he sentido algo de lo que deben sentir las prostitutas ante la esposa o la joven virgen y algo también de lo que amargar debe a los viejos ante el triunfo de la juventud y de la belleza.

—Severo, por demás, te encuentro contigo mismo.

—No exajero, ojalá exajerase! Nuestro ambiente nos quiebra vértices y nos lima aristas por poco que luchemos y pronto nos entrega al que gobierna, suaves, lisos... El cariño a los bienes conquistados, a las posiciones alcanzadas, nos hace blandos, conciliadores, amañadores de arreglos y componendas; y el hábito de obedecer mata en nosotros el germen de la protesta, lenta y fatalmente, cayendo vencidos, para sufrir más tarde ante la virilidad y la energía indomables.

Una respuesta elocuente

En mi cobarde vida de burgués, en nada de la vida pública de Silvertown me mezclo. Sin embargo, la medida se colma muchas veces y un grito de rebelión me demuestra que aún vibra en mí la célula de antepasados revolucionarios.

En la entrada de «lo que fué»—como Itálica—maravilloso bosque de Silvertown, se levantaba un arco monumental de hermoso aspecto, reproducción de una obra de arte europea. Hace algún tiempo, bajo la piqueta, comenzó a derrumbarse; suspendióse la destrucción por unos días, para colocar enfrente del arco la primera piedra de una estatua, y terminada la ceremonia, las piquetas volvieron al ataque con más bríos.

Indignado entonces, pregunté a un periodista amigo mío que contemplaba el crimen, sonriente:

—¿Vd. sabe por qué destruyen ese arco?

—Hombre, me contestó—yo le diría como los que «ésto» dirigen, que el arco molesta a la futura estatua; pero prefiero responderle con el método de Ollendorff en la mano: «yo no tengo su caballo de Vd., más tampoco el libro de su tía».

— (1).

Un hombre honrado?

—Ha muerto un hombre honrado ¿sabes? y me siento triste, profundamente triste.

—Cómo se llamaba? Lo conozco?

—No me lo preguntes. Acepta como nombre propio Hombre Honrado, del mismo modo que admites Juan Pérez o Pedro González, aún sabiendo que hay millones de ciudadanos con tales apellidos y muy pocos que merezcan el que te propongo.

—Y de donde procede tu tristeza? Era tu amigo? O, temes que con él la «especie» haya concluído?

—Ni una cosa ni la otra.

—Entonces...

—Ha muerto pobre y...

—No de otro modo pudo morir si rico no naciera y el nombre que le has dado mereció hasta su fin.

—Ha muerto pobre, te repito, y es la protesta contra su pobreza y su honradez, escuchada de sus labios ya descoloridos y temblorosos lo que sin quererlo me apena.

—Bah! ya comprendo. El espíritu fué débil antes de liberarse de la materia, tras larga vida de austeridad y fortaleza, como la cuerda de un arco que a la guadaña cede, habiendo resistido a la polilla.

—Debilidad, desvanecimiento, instante de duda, como quieras. Pero si a las pavorosas visiones de ultratumba que en el borde del sepulcro deben asaltarnos, sumas la suprema angustia de la perspectiva de hambre y desamparo para los que abandonas, ¿cómo no maldecir de un concepto moral que has

(1) Han pasado casi 3 años y la estatua como el arco han caído en el olvido.

visto impunemente falsear, andamiaje que creiste esqueleto, sombra sin cuerpo? ¡Cómo no dudar ante la bondad culpable de nuestro ambiente, ante la dormida conciencia de los que nos rodean?

—Quizá tienes razón; pero, ¿piensas cambiar desde hoy tu rumbo?

—No, más no por virtud: por cobardía. Lo que me tortura es no saber qué rumbo «debo» señalar a los que deben sucedernos.

Por la copia

ENRIQUE HERRERO DUCLOUX.

Museo de La Plata, 1913.

El drama lírico de Wagner y los misterios de la antigüedad

II.—Lohengrín

Los Misterios de Eleusis.—Los libros de Numa y de la Sibila.—La Jana o Religión Jaina de los arioatlantes.—Las etimologías de Swan (el Cisne).—El Kwan-Yin de los chinos.—El Ultra-marevitae o Conquista de Ultramar.—El Lohengrin del Bravante y la fábula de Apuleyo.—Elías y Ulises.—El poema de Wolfran de Eschenbach y el Monsalvato. La partitura wagneriana.—Su notorio ocultismo.—El titanismo humano y el tema de la justificación.—La rebeldía y los poderes celestes.—Las soluciones imprevistas, en los grandes problemas de la vida.—La humanidad y los redentores.—Origen de la Fábula.—Swan-Ioan-Choan o Juan.—Las fiestas paganas del solsticio.—Wagner y los Eddas escandinavos.

Continuando la tarea que nos hemos propuesto de poner en parangón las ideas matrices de todos los *dramas líricos* de Wagner con los Misterios antiguos, recordaremos, ante todo, que éstos, según nos enseña la eximia H. P. Blavatsky, eran llamados en Grecia *teletai* o perfección, derivando la palabra de *teleuteia*, muerte, o más bien *vida de ultratumba*, porque las altas verdades en ellos proclamadas se referían a ese gran secreto que nos aguarda más allá de los linderos de la vida semi-animal que ordinariamente llevamos sobre la Tierra. Las reglas de los dichos Misterios eran guardadas generalmente en secreto para los profanos y en ellas, como ya expresamos en el artículo anterior, se enseñaba bajo el velo simbólico de las representaciones dramáticas y otros procedimientos, el origen de las cosas; la naturaleza del espíritu humano *nous*; sus relaciones con el cuerpo por ese mediador plástico que llamamos alma o *psyche*, que es el campo de lucha entre ambos y el

elemento que hemos de salvar mediante la práctica de la virtud y el esfuerzo del conocimiento.

Los misterios de Eleusis se celebraron cada cinco años durante más de veinte siglos por todos los pueblos griegos y aun por muchos otros que no lo eran. Se verificaban de noche siempre porque la noche del mundo físico es el día del mundo espiritual y por ello los misterios cosmológico-antropológicos de Baco o Dionisio (el sol de la noche) eran tenidos como superiores a los de Apolos-Helios (el sol del día). Constaban los misterios, según Platón, de cinco períodos, a saber: 1.º, el de la purificación previa; 2.º, la admisión a participar de los ritos secretos (comunión); 3.º, la revelación epóptica; 4.º, la investidura o entronización, y 5.º, síntesis iniciática o comunión interior con nuestro propio Ego Divino o *Nous*, felicidad la más completa que es dable gozar sobre la Tierra. Los libros de Numa-Pompilio, encontrados en su tumba y descritos por Tito Livio, no se mostraban al público, porque al contener en sus tratados de filosofía los más secretos misterios iniciáticos daban las claves de la religión establecida, por lo que el Senado los hizo quemar. Conocida es, por otra parte, la historia de la Sibila de Cumas y su escena con el rey Tarquino, así como los detalles de la fiesta sibilina que los romanos celebraban el cinco de Julio desde cierta legendaria lucha con los etruscos, en la que concurren iguales detalles míticos que en nuestra leyenda de Covadonga que hoy se quiere hacer pasar como histórica en unión de otras vidas de reyes astures no menos fabulosos que ella.

Pocos siglos antes de la catástrofe del imperio atlante, de hace unos 11 mil años, Europa estaba llena ya de pueblos arios, tales como el griego, esparcidos en el seno de los más importantes núcleos semito-atlantes de Noruega, Escocia, Bretaña y el Oeste de España, incluyendo en este Oeste de España las razas del Gaedhil o Irlanda gallega. Estos pueblos, a diferencia del cultísimo pero degradado pueblo atlante, habían desterrado los horribles ritos de necromancia, consistentes en la inmolación de víctimas humanas, tal y como los españoles las encontraron establecidas en el imperio de Moctezuma a principios del siglo XVI, lo cual no quiere decir que, por desgracia, no cayesen también de tiempo en tiempo en semejantes abominaciones,

como lo muestran ciertos rasgos de la historia griega y la propia *Ley de las Doce Tablas* romana (1). En cambio, por causa de dicha mayor elevación espiritual, tanto en Grecia como entre dichos otros pueblos arios, eran conocidas en los Misterios las porciones secretas de la primera metafísica aria llamadas *Dana, Jana, Ianna* o *Dhyana*, metafísica que el propio Gautama Buddha reservaba, siglos después, para sus discípulos escogidos: los ascetas o *Arat*. En cuanto a esta palabra misma de *Arat* ha dado origen, entre otras, por mera transposición cabalista, y de lectura semita, a las de *Tara*, capital mágica del Gaedhil; *Tora*, la ley mosaica escrita; *Taro* o *Tarot*, la baraja primitiva atlante, madre de la egipcia y de la que hay grandes antecedentes en los códices mayas, y, por extensión, el azar, el destino ciego, la consulta necromante al modo de nuestras degeneradas *echadoras de cartas* (2); *Rota* (la Rota, tribunal romano) rueda, *ruleta*, con la misma idea de *karma*, destino ciego, ciclo de necesidad, evolución, etc.; *Ator*, *Atanor*, palabra que pasó luego al léxico alquimista y ocultista, *Ar-ar-at*, el monte armenio donde la Biblia cuenta que se detuvo el Arca de Noé, etc., etc., (3).

(1) Sobre estos detalles pueden verse nuestros artículos sobre «Ocultismo Atlante», publicados en *La Verdad*, de Buenos Aires, en 1911 y 1912.

(2) Todo un libro se podría escribir acerca de las relaciones entre el juego y la necromancia.

(3) *Ar-ar-at*, leído a la inversa, nos da el extraño nombre de una melancólica canción del *folk lore* ibérico: el canto de «*La Ta-ra-ra*» que el pueblo de Madrid entona aún a la novia en la noche de bodas, con una letra hoy nada moral o edificante, prostitución sin duda (como sucede siempre) de otra letra ya perdida que fué probablemente una elegía, todo un himno, a la pureza nativa de la mujer virgen. De estas adulteraciones o parodias groseras de un texto primitivamente idealista, tenemos infinitas muestras, por aquella ley histórica de que «los dioses de nuestros padres son nuestros demonios». Así, por ejemplo, la canción primitiva de los coros de niños que comienza:—«¡*Sal serafín del Monte; Sal, serafín cortés!*», etc.—que aun hemos podido oír en su pristino texto en Extremadura, tiene ya en el frívolo y excéptico pueblo de Madrid, que se burla hasta de lo más santo, esta otra, perfectamente majadera—«¡*San, Seremin del Monte!... Mire Vd., mire Vd. que tonto!*», etc., etc. ¿Quién puede ya reconocer bajo esta capa de grosería mil y mil joyas de nuestro cultísimo pasado ibérico?

Janna o *Jaina* es también la doctrina de aquel viejo dios de la lucha y de la acción llamado *Jano*, el dios de las dos caras, transposición andrógina del Hermes egipcio y de infinitos dioses de los panteones maya-quichés y aztecas cuyas esculturas aun se pueden ver reproducidas en la hermosa obra de Chavero «México a través de los siglos». El mito greco-romano conserva aún el recuerdo del destierro de Jano a Italia por su hijo Saturno o *Cronos*, es decir, su bajada a la Tierra, como ser divino, para la instrucción de los hombres.

La doctrina chino-tibetana de *Dan*, *Chhan Dzan*, *Djan* o *Swan* (*Ioan* o *Dhyán-Chohan*) es característica por otra parte, de todas las escuelas esotéricas del mundo ario, heredadas de los tiempos puros y esplendorosos de la Atlántida antes de su caída y de aquí el famoso «Libro de *Dzyan*» o de los *Dhyánis* (Reyes Divinos, Elohim, dioses) cuyos comentarios constituyen la tan conocida obra de Blavatsky *La Doctrina Secreta* (la doctrina *Danna* o *Jaina* primitiva) y cuyo contenido interno no es otro que el de la Ciencia-Religión primera de la Atlántida, la ciencia de la *D'jana*, la Religión Jaina, en fin, o «*reforma del hombre por medio de la meditación y el conocimiento*», doctrina salvadora infinitamente superior y más antigua que el Brahmanismo, y de la que en Asia Central y en China (—¿*Dzaina*?—) quedan no pocos ecos perdidos como también en la Masonería universal en la que ha dejado como supervivencia ancestral la simbólica cruz *jaina* o *swastica* (de Swan, cisne, *hamsa*, ave-fénix, paloma o Santo Espíritu Paráclito, es decir, nuestro Ego Superior (*Dhyani*) o Espíritu Inmortal).

Con estos antecedentes, que se podrían ampliar en grado sumo, aparece de un modo notorio el carácter oriental y ocultista de la leyenda del Caballero del Cisne o Lohengrín, en que está inspirado el célebre drama musical de Wagner. *Lohengrín*, en efecto, es un *Schwan* o *Dhyán-Chohan* en el famoso poema de Conrado de Würzburgo, titulado *Der Schwan-ritter* (el Caballero del Cisne) en el que se calcó, hacia el siglo XIII, el llamado *Lohengrín bávaro*, alma, a su vez, de la partitura wagneriana. Pero Lohengrín, o *Schwan*, es también el *Kwan-Shi-Yin* de la Isla Sagrada buddhista de China, que aparece flo-

tando, según Blavatsky, sobre una ave acuática o cisne negro (*Kalahamsa*) y que vierte sobre la cabeza de los mortales el *elixir de vida* para transformarlos en inmortales *dhyanis*, o sea un equivalente del *Logos* o *Verbo*, que con *Kwan-Yin* (su aspecto femenino) es el famoso *Christos-Sophía* de los gnósticos, o el *Chonubis* egipcio (1). (*Doc-Secreta*, t.º I, pág. 439 de la ed. esp.^a)

La historia del Caballero del Cisne (*Schwanritter*), dice el catedrático Bonilla y San-Martín en su obra *El Mito de Psiquis*, forma parte del libro francés del siglo XIV *La Conquista de Ultramar* (del *ultra-mare vitae* o mundo superliminal, que es como debió llamarse su original latino). Este ciclo caballeresco de *La Conquista*, tiene cinco ramas principales que son: *La Canción de Antíoco*; *La Canción de Jerusalén* (*¿Heros-alein?*, sacerdote de Eros); *Los Cautivos* («los prisioneros» de Platón o sea los mortales, que, de espaldas a la luz, toman por realidades, mientras permanecen en este bajo mundo, las sombras

(1) Este *Kwan-Yin* o *Swan-Yiao* es el *Avalokiteshvara* o *Padma-pani-chenresi* (el portador del Loto o Logos) indostánico. En los planos superiores el dicho *Logos* platónico o *el Hijo*; y en los planos inferiores o manifestados es *Daksha*, el Sacrificado, el progenitor espiritual del hombre, el *Bodhisattva* *Cenresi-Van-Chuang* (el poderoso que todo lo ve y lo socorre). Tal es también según los indostanos el gran protector de Asia en general y del Tibet en particular. Se dice que su Sér celestial se manifiesta en forma humana de edad en edad, a fin de guiar en la santidad a los lamas y de preservar del mal a los grandes *Arat* en el mundo. Una leyenda popular (que también puede verse en el diálogo védico entre Krishna y Maytreya, en la Sección VII, pág. 349 del tomo 1.º de *La Doctrina Secreta*), siempre que la fe empieza a extinguirse en el mundo emite un brillante rayo de luz y se encarna en uno de los dos grandes lamas (o bien de los *dos deva-pi* de la raza de *Kurú* y *Marú*, *Morú* o *Morya* de la Dinastía solar de los *Kshattriya* o guerreros) y se cree finalmente, dice Blavatsky que encarnará como el *Buddha más perfecto*, en el Tibet, donde sus predecesores, los grandes *Rishis* o Manús aparecieron a los comienzos de la raza aria, para no volver jamás. Hay, en fin, en el panteón oriental un *Avalokihita-ishvara* de los cuatro brazos o razas primeras, y otro *Avalokita-ishvara* de las once caras: la 1.ª blanca (los hijos de la luna, para siempre desaparecidos); la 2.ª amarilla; y la 3.ª rojo-castaña (adamas, de la raza roja del argentino Basaldúa) la 4.ª con una zona ratada, en simbolismo del triste fin de los atlantes, etc., etc.

de lo astral que se proyectan en las paredes de su calabozo); *Helias, Elías, Grailus, Gralius, Grail-o Graal* (el Caballero del Cisne), y la juventud de *Godofredo* (el joven *Sigfredo*, después protagonista del *Anillo del Nibelungo*).

Swane (el Cisne) después de su llegada como tradición oriental de los *Dhyan Chohan* a Europa, en la remota época de los bardos, ha quedado como símbolo augusto de todas las protecciones celestes en los momentos más angustiosos de la vida, y de aquí el argumento del *Lohengrín* wagneriano, último de una curiosa serie de ellos adaptados a las distintas épocas históricas, algunos de los cuales conviene mencionar.

Una tradición del Bravante, consignada por J. Le Maire en su *Tiers livre des Illustrations de France orientale et occidentale* (París 1848) afirma que el Caballero del Cisne es Salvio Brabon, lugarteniente de Julio César, quien, paseándose cierto día por las orillas del Rhin ve una barquilla tirada por un cisne; sube a ella y es llevado mágicamente hasta el castillo de la reina Germania, por sobrenombre *Swane* (cisne), que había sido robada por el rey Inaco. Allí reconcilia a Germania con su hermano Julio César y en premio recibe la mano de la hija del rey. Esta leyenda, símbolo de los dos mundos germano y romano reconciliados por el ocultismo tradicional tiene grandes puntos de contacto, por un lado con la española de Juanillo el Pescador que insertamos en nuestras *Conferencias teosóficas en América del Sur*, (t. I, pág. 212), y por otro con la leyenda caballeresca del *Conde de Partinoplés* o de *Parténope* que, ms al pormenor puede verse en la citada obra *El Mito de Psiquis* (1) y que daremos al tratar de Tristán e Iseo.

Otra versión del *Lohengrín* enlaza con la leyenda del Graal, base, como es sabido, del Parsifal de Wagner. Es la francesa de Clèves en la que el caballero *Swan* recibe los nombres de

(1) Es un hermosísimo libro sobre la famosa leyenda de Apuleyo. Apuleyo de Madaura (Africa) nació en 114. Estudió en Cartago y viajó por Oriente, Grecia e Italia hasta los 25 años. La familia de su mujer le acusó de mágico, pero fué absuelto. Consta que fué orador extraordinario y que tradujo al latín el *Phedon* de Platón, pero ésta y otras muchas obras suyas se han perdido, habiendo llegado a nosotros los once libros de la *Metamorfosis* (o el *Asno de Oro*) los cuatro de las *Floridas*, el opúsculo

Elías, *Helios*, *Grailus*, *Graül* y en fin *Ulysses*, cuyo periplo por Germania parece hubo de llevarle hasta el Rhin como a Sigfredo, dejando al paso las infinitas influencias griegas de Europa central que aun no se han dignado estudiar noblemente los doctos. *Helios*, lo mismo que el *Quetzalcoatl* mexicano llega a Islandia y Escania en un bajel sin velas bajo el nombre de *Sceaf* antecesor del *Wotan* u *Ondin* europeo y del *Wotan* fundador de la teocracia maya-quichúa de las costas del Pacífico. Todavía se imprimen en Flandes *Pliegos de Cordel* con el título de *Schoonne Historie van den Ridder Helias, genaand den Ridder met de Zwan*, el *Gerhart Swan* de Dinamarca. Kufferath llega a sugerir el enlace del *Loheran* o *Lohengrín* con la etimología de la *Lorena*. *Loherangrein* es también, según el gran *minnesinger* o maestro-cantor alemán Wolfram de Eschenbach (1205) hijo del rey del Graal y base por consiguiente de la leyenda templaria, que estos caballeros iniciados trajeron, sin duda, del alto Líbano, refrescando con ella otras prehistóricas análogas hace tiempo perdidas.

En el poema de Wolfran de Eschenbach, la duquesa del Brabante aparece solicitada a la vez, como la Penélope de Ulises, por multitud de pretendientes, pero ella no quiere ser sino de aquél a quien el Destino (karma) la confíe. Un día, dice Bonilla, aparece *Loherangrín*, procedente del Montsalvato y se casa con ella, pero exigiéndola la condición de que no trate de averiguar jamás ni su patria ni su nombre. Accede a ello, llena de felicidad, la enamorada princesa, pero la curiosidad femenina la vence al fin (como a Psiquis, como a Eva, como a la Pastorcilla del cuento español de *Brillante*) y *Lohengrín*, descubierta su condición superhumana, tiene que partir dejándola sumida en la desesperación y confiándole por todo recuerdo su espada, su trompa o cuerno guerrero y su anillo.

del *Daimon*, de *Sócrates*, los tres libros sobre la doctrina de Platón, el tratado *Del Mundo* y la *Apología* ante Claudio Máximo. Los Padres de la Iglesia, Lactancio, Marcelino y San Agustín le consideraron como un taumaturgo, un mágico y un defensor del paganismo, en nombre del cual le atribuyen milagros parecidos a los de Apolonio de Tyana, Cristo o Pitágoras, y, en general, a todos los adeptos. Apuleyo fué pues, un verdadero neoplatónico.

Wagner coloca la acción de su ópera en Amberes, a mediados del siglo X. Supone que Federico Telramondo, conde brabantón tiene bajo su tutela a los dos hijos del príncipe del Brabante Godofredo y Elsa. Deseoso de quedarse como dueño de aquellos estados, acusa pérfidamente a Elsa de haber envenenado a su hermano. El rey Enrique remite el pleito al juicio de Dios. Lohengrín viene por el Escalda en una barquilla conducida por un cisne (igual que en la leyenda chino-tibetana) y acepta el combate por Elsa contra Federico. Elsa le promete ser su esposa si vence, pero Lohengrín formula antes la condición referida de que no le ha de interrogar acerca de su patria ni de su nombre. El *Caballero del Cisne* vence después a Federico, más Ortuda, mujer de éste, adivina que de semejante secreto depende el mágico poder del caballero, y afrenta a Elsa públicamente por la ignorancia en que vive respecto de su amado. Impresionada Elsa, la misma noche de bodas pide a Lohengrín que le declare su nombre, patria y sér, porque teme que algún hechizo le arrebatase a su amante. En aquel momento penetran en la cámara nupcial Federico y los suyos para dar muerte a Lohengrín, pero éste mata a su enemigo y dice luego a Elsa que delante del rey le revelará lo que desea saber. En efecto, ante el monarca, los nobles y los vasallos, Lohengrín declara venir de Montsalvat, y ser hijo de Parsifal, rey del Graal, después de lo cual anuncia su partida, abandonando a Elsa por haber faltado a su juramento. Antes de partir hace oración y el cisne de la barquilla se trueca en Godofredo, el hermano de Elsa, ocupando su lugar la paloma del Graal, que arrastra la barquilla en que Lohengrín vuelve a su patria nativa.

—«Hay en lontananza, canta Lohengrín en el final de esta sublime escena, un mundo inaccesible, un lugar sagrado, llamado Montsalvat. Allí se eleva un templo indestructible, cuyo brillo no tiene igual en la Tierra. En sus muros, como el Santo de los Santos, consérvase con misterio un vaso augusto que los ángeles (los *Dhyanis* orientales) entregaron a la piadosa guarda de los hombres más puros. Una paloma (*hamsa*), cruzando el espacio, acude cada año a renovar su esplendor. ¡Es el santo Graal! El infunde en sus caballeros inextinguible ardor. Quien tiene la gloria de servirle queda investido de un poder sobre-

humano (*magia*) y, seguro de la victoria, tiene en su potente mano la suerte de los malvados. Aun cuando haya de trasladarse a lejanas comarcas para proteger el derecho y la virtud hollados, su poder subsiste y su fuerza es sagrada, *mientras su título sea ignorado de todo el mundo* (secreto ocultista). *Más, tan sublime y maravilloso misterio no debe ofrecerse a la mirada de los mortales; ninguno de los nuestros elude la severa ley y, el descubrirse su incógnito ha de partir.* ¡Pues bien, descorrido el denso velo que me ocultaba a vuestros ojos, he de seguir la ley del Santo Graal: Parsifal es mi padre; suya es la corona: ¡yo soy Lohengrín!.

El argumento de la presente obra wagneriana es un completo curso de ocultismo. Su alma entera cifra en el terrible problema del destino humano, destino que mientras permanecemos sobre la Tierra, es de lucha con los elementos inferiores, con la maldad y con la injusticia. Godofredo y Elsa son la primera pareja humana que hereda el imperio del Brabante, o por extensión el imperio de la Tierra, donde tienen que luchar con *Telramondo*, símbolo de los poderes elementales y del mal que en todo momento nos tienden asechanzas procurando nuestra completa ruina. Godofredo ha sucumbido y la desvalida Elsa está a punto de sucumbir, cuando su pleito falto de todo recurso humano, es sometido al Juicio de Dios. Este es el vigoroso *tema de la justificación*, alma de toda oración o plegaria y también, en cierto modo, de toda blasfemia, tema que se ha de presentar gigante en *La Walkyria* y que se contiene por entero en aquella titánica frase de Víctor Hugo que dice: «¿qué culpa tiene el hombre de que Dios no haya igualado sus fuerzas con las del tentador?»—o aquella otra de Job, cuando, privado ya de todo auxilio humano, le dice cara a cara a Jehová que le reconviene por su entereza rebelde—«¡Señor, señor, vos sois grande, pero yo *soy justo!*»—ideas que inspiraron al propio Bakounine su frase de entrada a la tan famosa obra *ácrata* que los desgraciados anarquistas no han llegado a comprender: «La característica del hombre es la *rebeldía*», pero entiéndase bien, la rebeldía contra un destino cruel que nos mantiene aherrojados en aquella ergástula a la que alude Platón en su *República*, no la rebeldía del crimen, que tantos puntos

de contacto guarda con la negra mano de la reacción homicida. La aparición de Lohengrín como paladín de la justa causa humana de Elsa, simboliza el descenso de las invisibles protecciones que llegan siempre al hombre en los paroxismos de sus angustias, cuando de sus labios ha salido ya el «¡Eli, Eli (o Helias, Helias) lacma sabactani!» de todos los Cristos, siendo muy de notar también el cómo Jesús en el Olivete y luego en la Cruz, igual que Elsa en el Lohengrín, invoca al *Caballero Helias* o *Elie* «cuando el hijo del hombre ya no tiene dónde reclinarse su cabeza» y cuando el angustioso drama de la lucha del hombre con su destino terrestre le tiene a punto de sucumbir.

Semejante momento se nos presenta con más o menos intensidad, pero siempre con gran frecuencia en la vida. Es la *solución imprevista* en los problemas insolubles grandes o pequeños de la existencia; la continua obra mágica de los poderes superiores (vulgo, providencia) sobre el mundo, *solución imprevista* que lo mismo hace triunfar al matemático Poincaré, por ejemplo, dándole la clave de sus funciones *fuchsianas*, cuando ya desesperaba de encontrarlas; que hace triunfar a Colón en el día en que, falto al parecer de todo auxilio humano, llama, pobre y hambriento, a las puertas del Monasterio de la Rábida; *solución imprevista*, en fin, que salva secretamente tantos honores y tantas existencias comprometidas por los impíos vivires de nuestra época positivista, vivires en los que sólo por semejantes milagros efectivos, logran mal comer y peor vestir nuestras Elsas y nuestros Godofredos desvalidos en las grandes y anónimas urbes.... ¡Y cuántas más de estas *soluciones imprevistas*, salvadoras del suicidio o de la afrenta, no recibiríamos si fuéramos hombres de más fe, no la pueril fe religioso-positiva (que salvar puede sin embargo a los pequeños), sino la *fe integral en la divina condición del hombre; en su augusta misión sobre un astro al que hemos de dominar al fin los hombres como dioses; y en las altas protecciones de los que desde arriba nos apoyan como otras tantas ineluctables leyes naturales, o cual la mirada tutelar del padre que vela en secreto por sus hijos, y que si los deja aparentemente solos en la lucha y en el peligro es porque sabe que la independencia y la*

responsabilidad son únicos modos de robustecer al cuerpo y al espíritu, ya que no puede haber día sin noche ni premio sin esfuerzo y sin lucha!

Dejémonos, pues, de estudiar hipócritamente las «*cuestiones sociales*» con el grosero positivismo de una baja impiedad que nada en verdad resuelve y, unidos como hermanos, abramos nuestros corazones y nuestras mentes a la contemplación y al estudio de esos *poderes protectores del humano esfuerzo* que están contenidos en el mito de *Lohengrín*, igual que en todas las epopeyas, y en los que el héroe humano, el divino titán caído del cielo, reconquista por su esfuerzo el retorno a la patria nativa a la cuna de su infancia, o sea esa *Edad de Oro* que antaño fuera dádiva protectora de nuestra pequeñez y en el mañana resplandeciente ha de ser *Vellocino de Oro* de nuestra grandeza de triunfadores héroes.

En cuanto al Caballero Helias, o el *Elías* protosemita de la obra wagneriana, no se ocultará a la perspicacia de nuestros lectores, que era de ese linaje de semidioses o *Dyanis-Choans* o *Swan*, vencedores de la muerte misma, que aparecen en todas las teogonías, y que en la propia Biblia son transportados al cielo en carro de fuego, o bajo la visión de un carro de fuego como Elías, Enoch (*¿dinos?*) o como Ezequiel, y pueden retornar a la Tierra cuando su alta misión así lo exige. Pero es tan impuro, letal y comprometedor todavía el contacto semi-animal de los hombres sublunares, los hombres del *hades*, los muertos-vivos de aquí abajo de que hablan los libros sagrados, que no se nos pueden revelar aquellos como tales, según la *sacra ley del Graal*, sin que hayan de partir inmediatamente, pues la misma humanidad los rechazaría, como ha rechazado siempre a la verdad desnuda, inmolándolos, si puede, como a todos los redentores de la historia. Buena prueba de este aserto es la de que estas tremendas verdades hay que darlas como mitos aun en nuestros días, y no como verdades sacrosantas que deberían ser enseñadas en los propios Templos, cual antaño acaeciese con las Iniciaciones hasta los luctuosos tiempos de Alejandro y de César. El Cristianismo, prostituyéndolas, ha hurtado al Paganismo sus más sublimes enseñanzas, como en

la fábula de Fenelón la Mentira hurtase a la Verdad las suyas (1).

La parte del *Lohengrin* de Wagner que hace referencia al *Santo Graal* hay que reservarla para cuando del Parsifal nos ocupemos. Asimismo hay otra porción muy profunda y cosmogónica de la leyenda primitiva del *Caballero del Cisne* que el coloso de Bayreuth no incluyó en su partitura y sobre la que

(1) No podemos resistir a la tentación de reproducir esta fábula sublime.

«Cierta día la Mentira sorprendió adormecida a la Verdad y la despojó de sus albas vestiduras, cubriendo con ella todas sus lacerías. Aquel tristísimo día fué el último de la Edad de Oro, porque la Verdad pura había sido arteramente suplantada por la propia Mentira en el mundo de los mortales. Volvió a presentarse a estos la infeliz Verdad, pero todos la rechazaban y desconocían: ¡nadie podía tolerar la vista de la Verdad desnuda!, mientras rendían toda suerte de bajos homenajes a la entronizada Mentira. Perseguida y escarnecida por todas partes la Verdad tuvo que retirarse a un bosque solitario, donde casualmente, (si es que la casualidad existe y no es hija de nuestra miopía para abarcar el juego de causas que gobierna al mundo) hubo de hallar las vestiduras abandonadas por la Mentira cuando le arrebató las suyas. Vistióse, pues, con ellas (pues otras no tenía) y se presentó así de nuevo a los mortales, quienes, accedieron a tolerarla. ¡Miserable condición humana: aquellos mismos que antaño no admitían la Verdad sino con velos o vestiduras, y que luego encontraron excelentes los disfraces verdaderos de la Mentira, se avinieron a tolerar a la Verdad de nuevo bajo el nombre de Fábula, o sea la Verdad disfrazada bajo el ropaje de la Mentira!.

Por eso dice con su habitual sabiduría Elena Blavatsky que «Las pruebas que ha presentado en su obra corroborando las antiguas enseñanzas se hallan esparcidas en todas las Escrituras de las antiguas civilizaciones. Los Puranas, el Zend-Avesta, los clásicos antiguos y hasta la propia Biblia están llenos de ellas pero pocos son los que se toman la molestia de recopilar hechos y confrontarlos. La causa de ello es que todos los grandes sucesos fueron registrados simbólicamente y que la mente de los hombres más expertos en la ciencia yace anublada por multitud de rutinas y conceptos preconcebidos. La mitología es al hecho histórico lo que la parábola a la moral. «Por eso, también, decía Platón en el *Phedon* y en el *Gorgias* que los mitos son vehículos de grandes verdades bien dignas de ser buscadas. Ellos son la vida de la intuición como la más excelsa de las facultades de la mente, si bien la fantasía colectiva los ha empuñado en su grandeza filosófica primitiva, al modo de la tierra con las ruinas que al sepultarlas las conserva en su seno largos siglos en espera de mejores épocas que las retornen a la luz del día.

hemos hecho extensos comentarios en nuestras «Conferencias teosóficas» (t. II, cap. de *Astronomía y Astrología* y t. I, página 208).

Dicha primera parte de la leyenda incluida en *La Conquista de Ultramar*, cuenta que la Infanta Isomberta (—¿Isis-Berta?, o Isis-Bythos?, o Isa-bel o baal?—) no queriendo acceder al deseo de sus padres sobre contraer matrimonio de conveniencia, huye de ellos, y, entrando en una barca que halla desamparada, navega varios días, hasta arribar a un desierto, donde la hubieran devorado unos lebreles, a no ser por el conde Eustaquio, dueño de aquel territorio, que la salva. El conde se enamora de Isomberta y se casa con ella, contra la voluntad de su madre, la cual, aprovechando la ausencia de su hijo en la guerra le hace creer, cuando aquella ha dado a luz, que ha parido siete monstruos, siendo así que eran siete niños hermosísimos—los siete planetas pequeños, según el símil cosmogónico—a quienes, a medida que nacían, les colocaba un angel un collar de oro al cuello—un zodiaco místico, una de las llamadas Jerarquías Creadoras por las teogonías.— El Conde dispone que guarden los monstruos hasta que él regrese; pero la pérfida suegra falsifica también la orden y da en su lugar otra de matar a Isomberta con los siete infantes, en conformidad con cierta ley del reino según la cual, si alguna mujer daba a luz en cada parto más de un hijo, era condenada como adúltera. El caballero en cuya guarda estaban, siente piedad, y en lugar de cumplir el decreto, abandona a los cuitados en un desierto, para no ser él, sino la voluntad de Dios—karma o Destino—quien los mate. Una cierva acude a los lloros, y da de mamar a los infantes, a quienes recoge un santo ermitaño—el Iniciador o Hierofante—que los cría y educa.

Cuando el ermitaño vió que los niños podían ya acompañarle, dejó a uno en casa—símbolo del gran planeta futuro, síntesis de los demás o Lohengrín—y salió a pedir limosna con los otros seis; más como llegasen a oídos de la cruel abuela las nuevas de sus prodigios, se apoderó de ellos con pretexto de educarlos, llamó a dos esbirros y ordenó que los despojasen de los collares y los degollasen, como Tifón diera muerte a Osiris, como Herodes decretase la muerte del Niño, o como Amulio la de Remo

y Rómulo. Obedecieron aquéllos, pero al despojarles de sus collares, vieron espantados que se transformaban en sendos cisnes—Amsaspend zoroastrianos, espíritus planetarios (1)—y se escapaban volando. La arpía ordenó se la hiciese una copa para su mesa fundiendo todos los collares; pero tanta fué la cantidad que resultó de fundir el primero, que pudo guardar para sí intactos los otros cinco—alusión mitopeica clarísima a la desaparición del planeta extramarciano, primero de la serie Tierra o de los siete Cisnes.—Después de diez y seis años de ausencia, el Conde volvió a su tierra y se informó de cuanto había ocurrido; pero no podía ir contra las leyes del país, y sus hijos y esposa tenían que morir, si un caballero no se prestaba a defender la inocencia de ésta, venciendo en singular batalla al acusador—la gran bestia o Indra.—Dios sugiere al ermitaño la idea de enviar al séptimo infante—Lohengrín—quien vence, en efecto, al caballero acusador. El Conde hace que el ermitaño traiga los seis cisnes, cuyo paradero él sólo conocía, y se les devuelvan sus collares. A medida que los cisnes reciben éstos, van tornándose hombres—su cieno organizado o corpóreo se une a la Tríada del Espíritu por el lazo o collar de la mente;—más como uno de los collares había sido fundido, el cisne a quien perteneciera queda en naturaleza de tal—*no encarna*.—El paladín victorioso recibe el don «de vencer en todas las batallas que riña en defensa del bien y de la justicia»; y aquel su hermano que permaneció Cisne, obtiene el don de guiarle a todos los lugares donde aquéllos hayan de quedar triunfantes por la intervención del héroe. La presentación de Lohengrín, viniendo *de la parte Oriente* en su bajel tirado por el cisne, y su casamiento con Beatrix, tienden ya el puente a la segunda parte de la leyenda que es la del Lohengrín bávaro por Wagner utilizada.

La prohibición de la *ley del Graal* relativa a que ninguno de sus héroes revele a los profanos *su patria ni su nombre* con-

(1) La idea de un Espíritu o Angel Planetario, alma de los cuerpos celestes, por descabellada que parezca a ojos vulgares, no ha repugnado a hombres como Santo Tomás de Aquino, Kepler y Swedemborg, ni hoy casi a astrónomos, como Flammarión.

cuerda con los poderes tremebundos de la *Guhya-Vidya* o magia de los poderes del Sonido (*Aeter*) y de la Harmonía (*mantras*). «Nunca sea permitido, dice el egipcio «Alfabeto de Toth» recitar hechos históricos, para no evocar de la luz astral, con la palabra, los poderes relacionados con ellos». De aquí que por supervivencia ancestral todavía sea casi una deshonestidad en la dama francesa dar *son petit nomme* (nombre de pila) a otro que no sea su marido o sus amigas más íntimas, igual que aun vemos entre los abipones, tasmanios, pieles rojas, negros africanos, y en general todas las tribus primitivas. Los poderes del mal, creen, pueden ser en cierto modo atraídos por dicho nombre (1).

Otro de los elementos ocultistas más preciosos en el *Swanrriter* o Caballero del Cisne (Lohengrín) es su conexión con el nombre de *Ioan* o *Ioagnes*, que la sencillez de los primeros evangelistas asignó también al precursor de Jesús: a Juan, el bautista

Toda la hermosa obra de Alexandre Bertrand «*La religión des Galois—Les druides et le druidisme*»—puede decirse que está consagrada a enumerar las infinitas supervivencias paganas que han perdurado hasta nuestros días, a pesar de veinte siglos de un persecutor Cristianismo, ensañándose siempre contra todo cuanto pueda recordar las gloriosas huellas de la gran cultura prehistórica de los atlantes y los ario-atlantes.

No vamos a repetir aquí, una por una, semejantes supervivencias, esparcidas por toda Europa, o, para mejor decir, por todo el mundo. En cuanto a España se refiere el culto pagano de *Juan*, *Ioan*, *Swan* o *Chhohan* está tan arraigado aún en nuestros pueblos, sobre todo los de montaña, que sus hogueras, sus fiestas y danzas drúidicas o celtíberas, sus banquetes, sus canciones y simbolismos, siempre varios en la forma, pero en el fondo siempre *unos*, perduran a pesar de las prohibiciones de la Iglesia, bajo una máscara de más o menos hipócrita catolicismo. Pueblos conozco yo en la cordillera Carpetana, a menos de cien kilómetros de la misma Corte, en los que la crudeza

(1) Véase «El Mito de Psiquis», pág. 134.

del invierno hace emigrar a los hombres al llano, en busca de trabajo y a las jóvenes solteras a las capitales como criadas de servicio. Por felices que unos y otras sean lejos de su pueblo natal durante los inviernos respectivos, es cosa sabida que, cual si obedeciesen a un conjuro mágico, o más bien con esa ciega sugestión característica de toda creencia religiosa bien arraigada por las leyes de la herencia psicológica, no hay fuerzas humanas capaces de contenerlos así que llegan los días solsticiales del *santo precursor*, evitando el que, sin cita previa, converjan a su aldehuela desde los cuatro puntos cardinales para celebrar inconscientes los paganos ritos de su infancia montañesa. Diríase que con ello cosechan, sino alegría, resignación al menos para la lucha del nuevo año que entonces les comienza y para hallar algo semejante a dicha sugestión irresistible, nostalgia que los gallegos califican con el pintoresco nombre de *morriña*, hay que recordar lo que acontece en Suiza y demás regiones del «*rendez des vaches*», melodía primitiva, cual nuestras muñeiras y zoztricos, que hubo de prohibirse se cantase en el ejército francés porque algunos montañeses al oírla no podían evitar que la nostalgia de sus evocaciones les arrastrase hasta el suicidio.

Lo enumerado basta para comprender cuán excepcional importancia filosófica entraña para todo pensador el drama lírico de *Lohengrín*. Como si esto no fuera bastante, vamos a encontrar elementos aun más preciosos en el siguiente epígrafe, consagrado al *Tristán*, y a ver luego reunidos estos y otros elementos arcaicos, en la ciclópea construcción mítico-musical que se llama *El Anillo del Nibelungo*, donde, para bien decir, se compendian todas las enseñanzas sublimes de los *Eddas*, escandinavos, poema del mismo cuño, pero infinitamente más científico y religioso en el genuino sentido de la palabra, que la *Biblia* mosaica, que los hebreos robaron a las enseñanzas acadio-caldeas y babilónicas, desnaturalizándolas con su grosero sentido fálico y sensualista.

M. ROSO DE LUNA.

En las horas de ensueño...

¡Noche... es la noche, la deidad doliente
que brinda al alma misterioso encanto,
con luces inmortales en la frente,
con sombras pavorosas en el manto...

La noche melancólica, y callada,
que a un mismo tiempo a contemplar convida,
en la tierra la inercia de la nada,
en el cielo las fuentes de la vida....

La noche, soberana del ensueño
a cuyo paso ingrátido y bendito,
se oculta a nuestros ojos lo pequeño,
se entreabre a nuestras almas lo infinito...

Si hay dentro del humano una voz santa,
un angel bello que en la senda incierta,
señale el rumbo a nuestra débil planta,
ese angel en la noche se despierta,
esa voz en la noche se levanta.

¡Con que recogimiento
desbordado el raudal de la ternura
se mece el pensamiento
en el abismo de la noche obscura!
Palpitan temblorosas las estrellas...
deslumbrantes no son sus luces bellas
cual la del ígneo luminar del día,
mas siempre el alma mía,
la antorcha del ensueño encendió en ellas.

En el fondo del piélago divino

por donde boga el ánimo silente
fulge como un ¡alerta! del Destino
el centelleo de su vida ardiente.

Junto al cantil lejano,
coronado de brumas,
entona el mar, al asaltarle en vano,
su canción de rugidos y de espumas.

Solo el mar vela... Funeraria calma
cubre y envuelve a la ciudad dormida.
¡Arriba, corazón! ¡Subamos, alma!
¡La escala de Jacob está tendida!

En la noche doliente,
bajo su suave y silencioso imperio,
siento que rozan mi angustiada frente
las alas invisibles del misterio.

Al batir de esas alas,
que olean el osario de mis penas,
¡huyen del alma tantas cosas malas!...
¡vuelven al alma tantas cosas buenas...!

Esa ráfaga trueca en llama ardiente
la chispa divinal del sentimiento,
que la vida inclemente,
quiso apagar con tormentoso viento;
Sacro fuego que nunca ví extinguirse,
de la existencia en la batalla dura;
lumbre espléndida y pura
que arde sin consumirse,
cual la zarza inmortal de la Escritura.

—

Más ¡ay!, hondo lamento
lanza al espacio el corazón herido;
de la duda el acento
perpétuamente siento
vibrar dentro de mí como un gemido.

Tal vez tras esa bóveda estrellada
reina la muerte gélida y callada
en reposo eternal, en calma inerte;
la destructora muerte;

hermana silenciosa de la nada.
No hay más tal vez que soledad y frío
tras esas luces vividas y bellas,
y ese inmenso atavío,
esa fastuosa túnica de estrellas,
es solo vestidura del vacío.

¡Acaso, acaso en el espacio ingente
a donde mira el alma del creyente
en busca del amor místico y santo,
reina la inmensidad indiferente,
sorda ante la oración, ciega ante el llanto.

El silencio, la nada y el olvido
sobre cuyas estepas solitarias
vuelan con flébil ruido
sin encontrar a Dios, nuestras plegarias
como banda de pájaros sin nido!

¡A donde fueron ¡ay! arrebatados
en brazos de la nada o de la suerte,
tantos seres amados
que vi entrar en la nave de la muerte?

En torno de esa nave,
debajo de su quilla,
¿no hay más que mar, un mar que no se acabe?
¿no arribará a una orilla?
¡No sé!... Yo solo sé que a veces siento
que en ese firmamento
donde mi corazón busca respuesta,
al subir mi angustioso llamamiento,
hay algo que contesta.

En la noche callada, cuando lucha
por penetrar sus piélagos profundos,
el alma, cual Pitágoras, escucha
la música sublime de los mundos.
Y al parpadear de su ojo que despierta,
un rayo azul de espiritual aurora,
se filtra por la puerta
del carnal calabozo donde mora.
Algo en el fondo obscuro

de nuestro ser se agita,
ansiendo hendir de la materia el muro
y volar a una cúspide infinita.
¡Quien de la vida en la veloz carrera
alguna vez mirando el centelleo
de la celeste esfera,
no sintió en su interior el aleteo
de la blanca paloma prisionera!...

Hay algo indefinido
que une con ténues hilos misteriosos
este islote perdido
a aquellos continentes luminosos.

No este recinto estrecho
solo la vida esconde;
al trémulo latido de mi pecho
un latido lejano le responde.

Y si mi mente, de saber avara,
al Misterio pidió que la dejara
ver el obscuro porvenir escrito,
sentí sobre mi cara
el viento aterrador del infinito.

—

¡Oh, sí! ¡vacilo en vano!
¡Adónde miraré, ¡Dios soberano!
desde esta frágil y mezquina escoria,
que no vea la huella de tu mano,
que no encuentre la estela de tu gloria?

Cuando audaz interroga el pensamiento
a esa Esfinge sin voz ni movimiento
que en la tranquila noche reverbera,
en mi espíritu siento
resonar un acento
confuso y vago que me dice: ¡Espera!

Esa voz que oigo ahora
no es a mi oído extraña;
es la voz redentora
que vibró en el sermón de la Montaña,
aquella voz que los espacios llena

y en la historia retumba;
aquella voz serena
que oyó en el lupanar la Magdalena,
Sáulo en su senda y Lázaro en su tumba;
voz de amor y consuelo
a cuyo son que en el Empíreo ondea,
hízose el río del humano duelo
tributario del mar de Galilea;
voz que revela al ánimo cobarde
que no es la muerte en su impotencia vana,
crepúsculo sombrío de la tarde,
sino de la mañana.

Nuestro abismo interior algo ilumina
con luz espiritual vívida y bella;
y esa chispa divina
el Padre no destina
a tornarse ceniza, sino estrella!

ALEJANDRO NIETO.

Las islas del Sol y de la Luna, según los libros y escritos del padre Sálas ⁽¹⁾

El año 1628, fray Baltasar de Sálas, de la orden de San Agustín, dió a la prensa un curioso memorial dedicado a la católica majestad de Don Felipe IV. La obra llevaba por título: *Excertas Aymáru-Aymára sobre delos orígenes delas gentes deste Nuev-Orve*. Como proemio, figuraba un trabajo de J-J-Moxaru a propósito del viaje de fray Bartolomé de Las Casas al lago de Titi-Caca, lleno de extraños incidentes y frases más que misteriosas, pronunciadas por seres que se pretende, sin duda, hacer pasar por muy superiores al común de los mortales.

La obra del padre Sálas despertó, por entonces, sumo interés y éste pareció sostenerse hasta 1776, debido a la intermitencia con que se fueron publicando los manuscritos dejados por el citado padre agustino. En el siglo XIX, empero, debían estar olvidados del todo sus trabajos, pues no se le encuentra citado en ninguna de las obras conocidas ni aún siquiera en las bibliografías americanistas.

La índole del libro, por lo demás, no era enteramente propicia a la revolución que el siglo XVIII había operado en las ideas y en el sentimiento religioso de los pueblos. En efecto, aun cuando en la obra se pretendan resolver todos los proble-

(1) En ninguna de las bibliografías americanas que he consultado, ni aún en la tan completa de la «Historia del Mundo en la Edad Moderna» que acaba de publicar «La Nación», he encontrado citadas las obras del padre Sálas. Sin embargo, el franciscano J. Viscarra F., nombra varias

mas planteados acerca del origen de los americanos, lo cierto es que se hace gala de una gran sutileza para armonizar dentro del dogma toda la leyenda aymára, y que a cada paso se encuentran piadosas invocaciones, relación de milagros de la vírgen de Copacabana y páginas enteras en latín con transcripciones, por demás aburridas, de las santas escrituras.

Un ex-claustrado de la orden de San Francisco, J. Vizcarra F., publicó en 1901, en La Paz, un voluminoso tomo donde resucitó parte de los trabajos del padre Sálas. El intento era amplio, pues había de alcanzar a todas las obras del augustiniano; no se si lo habrá proseguido; pero en todo caso no he tenido el placer de conocer la continuación.

Si pesada era la obra de Sálas, la que nos presenta Viscarra tiene el poco mérito de superarla. En primer término, ha hecho un verdadero mejunje de los capítulos y manuscritos originales, hasta hacer perder la cabeza al que pretende orientarse dentro del estrambólico nuevo plan de la obra. Luego, procede y epiloga cada foja con notas, aforismos, documentos, etc., etc., que, aisladamente, tienen su innegable valor, pero que perjudican por lo extensas e inoportunas las más de las veces. El estilo es rimbombante, defectuoso en grado sumo y a veces incomprensible por la manía de vocablos y términos caprichosos o rebuscados. Unase a todo esto una disposición tipográfica contraria a todas las reglas del buen libro, y veráse cuanto se aminora el valor de la resurrección desde el punto de vista de las condiciones particulares que exige a los que se embarquen en su lectura.

* * *

Sin embargo, tanto los trabajos del padre Sálas, como las notas de su comentador, merecen una consideración de que no han sido objeto, pero que no le negarán los que muy en breve hayan de ocuparse de las antigüedades americanas.

ediciones de las mismas y reproduce curiosos facsimiles en su «Copacabana de los Incas», (La Paz, 1901). No sería explicable semejante omisión si cada nueva bibliografía no apuntara obras y documentaciones enteramente olvidadas por las anteriores. Por lo demás, no creo haber agotado las investigaciones a este respecto.

Solo en la parte descriptiva, contienen una suma de datos que no suministra ninguna otra obra o documentación conocida. Los dibujos de Sálas, si bien precarios, y los mapas, aunque hasta unos y otros haya llegado la manía de las leyendas bíblicas y los piadosos garabatos, no dejan de tener su importancia. Muchos de los primeros, asegura el autor ser fieles reproducciones de objetos y planchas de tumbaga, de estaño y de cobre, encontradas en el santuario de la isla de la Luna, grabadas por los hijos de Noé que, según él, anduvieron por estos andurriales donde también estuvo el paraíso terrenal, honor del que pueden estar orgullosos los bolivianos. Lástima que las tales planchas fueron fundidas en Lima para costear tres templos católicos en Copacabana; pero estudiaremos las insografías del padre Sálas a la *bona fide* cuando llegue el momento, ya que muchas de ellas presentan indudables vestigios de autenticidad y pueden servir de guía para interpretar las creencias religiosas de los aymáras.

En conjunto, toda la obra merece un detenido estudio, y a él nos arriesgaremos porque encaja perfectamente en la índole de nuestra revista. Confesamos que en gran parte nos es simpática por un aspecto del espíritu que la informa, cual es el de reivindicar el valor intelectual del indio, desconocido no solo por el conquistador sino también por más de un historiador americano. El padre Sálas no pierde oportunidad de combatir enérgicamente esta creencia (1) y a veces se expresa en forma menos que evangélica, aunque siempre justi-

(1) «...Nos hemos impuesto, dice en uno de sus capítulos el padre Sálas, un doble e impreciso deber, *primero de justicia vindicativa*, es decir, vindicar y defender los derechos naturales y divinos que los ultrasabios, y los sub-peripatos y los neo-panteístas del envejecido continente o viejo mundo les niegan a *radice* a todos los aborígenes de este Continente... y más abajo: Causan bascas, comenta Viscarra, los calumniosos e injuriosos escritos de esa gruesa pandilla de ultra-sabios Sepulvedistas, que dicen «los indios del nuevo orbe fueron *ex-putre* producidos; menos que los micos y orangutanes, aparecieron como los hongos y yesqueros... Otros dicen que hubo dos Adanes, uno en el Asia y otro en las Indias. Ignorantes!! no saben lo que dicen! y estampan lo que ni balbucear pueden! ¡Miserables!! que mienten a destajo! escolares o escolinos, huecos

ficada, contra los que no concedían al aborigen los más elementales derechos de la condición humana, no ya siquiera un destello mínimo de inteligencia.

* * *

En la carta a Don Francisco de Borja, príncipe de Esquilache y Virrey del Perú, fechada en 1618, Baltasar de Sálas hace una descripción de las islas del Sol y de la Luna, precediéndolas de las siguientes palabras: «Malleu Kcapa o Manco Capac (Condor Imperial) con su mujer Marmi Ojllata o Mama Ocello, viniendo de Aymár-Apu, poderosa ciudad triforme situada entre Phy-Illapa y Güakke, habían reedificado los más célebres y famosos monumentos existentes desde los años de Cristo 111 y florecientes hasta 666, en estas regiones y destruídos y abandonados hasta los 888 (1) en los que, recorriendo desde el río Laj-jra-Ccotta, habían rehecho y levantado y erigido sobre la cumbre de este grande promontorio o «Isla del Lago de los Intis» este primer templo consagrado al sol. De quien se declaró Hijo primogénito y su enviado para reunir en una sola familia a todas las gentes esparcidas por estas vastísimas regiones».

La isla, cuando la visitó el padre Sálas y más tarde las personas que enviara para estudiar a fondo el rito de los Aymára, estaba habitada por familias privilegiadas y sacerdotales, en número de cuatrocientas almas elegidas y que se turnaban en su permanencia. La isla se dividía en seis departamentos, cada uno de los cuales estaba afectado a un as-

o hueros, jamás escolásticos! y que nunca ni a pitagóricos-rutinarios ascenderán!» Como se vé, no puede ser más pintoresco el estilo del exclaustro de la orden de San Francisco.

(1) La seguridad de las fechas que dá el padre Sálas, obedece, a mi entender, a una caprichosa e ingénua interpretación de ciertos signos colocados en lo alto de las planchas encontradas en el desmonte del sepulcro de Mama Ocello: en medio de un arco que corona el grabado, véanse, primero, siete crucesitas, luego, tres signos que pueden ser en la isografía tres números uno, pero en el original quizá fueran caracteres paleográficos como el que les sigue y afecta la forma de una serpiente: a este suceden otros tres signos en forma de 8 y siete otras crucesitas.

pecto del culto o a una faena que servía a su sostenimiento. La carta geográfica que acompaña a la memoria, y que, como todos los mapas y croquis antiguos carece de perspectivas y proporciones, nos presenta un abigarrado conjunto de árboles, templos, animales, buques, etc., etc. La fauna, sobre todo, está representada convencionalmente, no solo en cuanto a tamaño, sino también por los individuos que nos pinta: camellos, elefantes, caballos, girafas y otros seres que jamás conoció la América prehistórica. Pero estos defectos son propios de una buena parte de los cronistas de indias y en manera alguna una posible o a lo menos mal intencionada superchería de nuestro autor (1).

La isla de Titicaca tendría unas treinta millas de superficie, siendo algo mayor que su vecina la isla de la Luna, cuya descripción dejaremos para el próximo número.

Estaba dividida en seis departamentos, como digimos más arriba, dedicados, el primero, a las huacas o templos del sol, de la luna y de las estrellas matutina y vespertina, como también del trueno, del relámpago, rayo y algunos astros; el segundo, al templo del sol con criptas y sótanos o galerías que habitaban los distintos ministros del culto: Wilumis, Amautas, Antaguayllas, Yatiris, etc., etc.; también, un poco más alejada, estaba la casa de las Vírgenes, especie de convento que tan bien describe el Inca Garcilaso en sus Comentarios Reales. El tercer departamento dependía del palacio de los Incas:

Esta mansión, «contiene jardines labrados con arabescos de cobre y estaño que causan verdadero asombro, y que ni en Europa no los hemos visto». El cuarto departamento comprendía los baños del sol (aguas termales, de cinco clases y grados). El quinto, las ermitas, donde cuatro veces por año se reunían los sacerdotes para iniciar, en cada una de las estaciones, con anticipación de siete días, sus adoraciones, ceremonias y ritos. El último de los departamentos, com-

(1) Por lo demás no eran sino simulacros, vaciados en estaño y arena fina y engastados por medio cuerpo en las peñas, pero tan naturales «que a la distancia de cuatro pasos parecen vivientes».

prendía una cierta clase de servicios auxiliares especificados con el nombre de «Ceotta Aymis». Los hombres a ellos dedicados, ocupábanse en mantener listas un determinado número de embarcaciones para el transporte de los que entraban o salían de la isla.

Cuando examinemos el interrogatorio de los emisarios del padre Sálas en la isla de la Luna, podremos darnos una idea del culto a que se dedicaban los habitantes privilegiados del Lago. A esta parte puramente descriptiva, para no mezclar los asuntos a la manera del padre Viscarra, solo corresponde añadir que en la isla del Sol existía un adoratorio donde se guardaban y reverenciaban los restos del primer rey Manco Capac, como en la isla de la Luna se guardaban los de Mama Occló. A más, también existían otras reliquias aunque no tan principales; pero que igualmente merecían un culto especial, como tendremos ocasión de verlo más adelante.

El padre Sálas compara el Santuario de la isla del Sol al de Monserrat, en España, «tanto por sus monumentos como por sus peñas y rocas escarpadas. La erudición, y quizá el estudio mismo de los dogmas incásicos, llevó a nuestro agustino a usar de otra suerte de comparaciones, basadas en similitudes que tendremos ocasión de apreciar. Así, dice que en estas islas se observa el rito «con una exageración sin nombre y que las hace muy semejantes a lo que fueron Atenas y su Areópago para la Grecia, el Capitolio para Roma y Lutecia para las Galias».

ANGEL CLARA.

De "Las Horas Místicas"

«*Patiens, quia æternus*»

SAN AGUSTIN.

¡Oh Júpiter! y tú también ¡Oh Destino! Guiad mis pasos hacia el fin que me está señalado; os seguiré voluntariamente; además si os hago resistencia, será culpa mía y no dejaré por eso de seguirlos.

Epicteto.—Paseje extraído de una poesía de autor desconocido.

I

No sé por qué canto.

Algo grande, incomprensible—misterioso como la vida,
me conduce no sé a donde...

Allá voy como esas nubes que arrastradas por el viento,
se posan fatigadas en las cumbres o descienden al seno del
[Océano
—tumba de las gotas de rocío que acariciaron blancos lirios,
mágico santuario de las nieves de las alturas!

Tu también, agua tranquila de la playa, guardas el secreto
[de mis amores.

Allí están mis lágrimas, mis llantos, mis divinos estallidos!
Te veo lamer las arenas, acariciar las rocas.....

.

En la blanca espuma contemplo tu silueta de mujer,
tu alma de azucena.
El murmullo de las olas me recuerda viejas melodías...

Eres tu que me dices: aquí estoy, aquí te espero!...

Te veo en el musgo de las rocas y en las flores de los campos;
en el Sol que se oculta, en la Luna que se eleva.
Las aves me anuncian tu llegada
y las mariposas que revolotean al caer la tarde,
me hablan también de tí.

Al cruzar los humildes pueblos que circundan la montaña,
te veo pasar entre los niños como el hada misteriosa de la
[leyenda,
el hada buena de los cuentos azules.
Te contemplo también a través de los ojos ingenuos,
que siempre encuentro en mi camino...

Cuando ya mi alma no se siente a sí misma,
cuando se confunde en el torbellino de la vida,
en fin, cuando estoy próximo a perder el rumbo,
—a través de mil formas distintas, de múltiples miradas,
siento que me dices: aquí estoy, aquí te espero!...

Cuando en el silencio de la noche, en el caos, en la sombra
[elevo mis plegarias,
te veo aparecer entre la niebla como el Sol
después de noches sin cuento.
¡Espíritu de Luz; emblema de Amor!
Angel misterioso que me acompañas en el curso de las edades:
Tú y nadie más que tú, recorrerás el velo de lo Desconocido.
Al alimentarse mi alma con el divino perfume de tu pureza,
me siento crecer como esos titanes, que tienen por patria el
[Infinito!

F. W. GÁNDARA.

Septiembre, 13 de 1913.

PENSAMIENTOS Y LIBROS

Director: Dr. CATALANO

Iniciación de Pascal⁽¹⁾



Año de gracia de 1654

Lunes, 23 de Noviembre, día de San Clemente, papa y mártir y otros del martirologio.

Vigilia de San Crisóstomo, mártir, y otros.

Desde las diez y media de la noche, más o menos, hasta cerca de las doce y media.

Fuego

Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob (Exod. III, 6, etc., Mat. XII, 32, etc.).

Nó de los filósofos y de los sabios.

Certidumbre; certidumbre; sentimiento, júbilo, paz.

Dios de Jesucristo.

Deum meum et Deum vestrum (Juan XX, 17).

«Tu Dios será mi Dios» (Ruth I, 16).

Olvido del mundo y de todo fuera de Dios.

El no se encuentra más que por las vías enseñadas por el evangelio.

(1) Nietzsche, tan helénico en su concepto de la vida, tiene para Pascal las más respetuosas palabras, y es que las ideas del solitario de Port-Royal, podrían ser discutidas, pero no su personalidad.

Grande por su genio y por su sinceridad aquí se retrata en la más personal y más sincera de sus páginas: aquella que escribió en momentos de verdadera iluminación, la noche del 23 de Noviembre de 1624.

Este momento marca su determinación definitiva; los años anteriores llenos de dudas—embellecidos siempre por la preocupación religiosa—son las fatigas que preceden a la victoria.

El escrito de Boutroux que aquí publicamos conjuntamente es un her-

Grandeza del alma humana.

«Padre justo: el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido» (Juan XVII, 25).

Júbilo, júbilo, lágrimas de júbilo.

Me separé de El.

Dereliquerunt me fontem aquae vivae (Jerem. II, 13).

«¿Dios mío, me abandonarás?» (Mat. XXVII, 46).

Que yo no sea separado de El eternamente.

«Esta vida es la vida eterna. Que ellos te conozcan, solo, verdadero Dios y a aquel que tú has enviado, Jesucristo» (Juan XVII, 13).

Jesucristo.

Jesucristo.

Me separé de El: le huí, le he renunciado, crucificado.

Que jamás sea de El separado.

El no se conserva sino por las vías enseñadas por el evangelio.

Renunciación total y dulce.

Sumisión total a Jesucristo y a mi director.

Eternamente en júbilo por un día de ejercicio en la tierra.

Non obliviscar sermones tuos. Amén. (Salmos CXIII, 16).

Conversión de Pascal

Pascal, habíase dado cuenta tanto de su estado como de los medios que debía emplear para llegar a su fin.

La razón le llevaba a creer y sin embargo, no podía.

mostró un análisis de esos años de inquietud y al mismo tiempo una explicación de la página a que nos referimos.

Todos aquellos que tengan la preocupación religiosa, verán en los conceptos de Pascal, muchos pensamientos, muchos estados afectivos que quizás hayan experimentado ellos mismos, y esto será útil a su progreso. Y aun independientemente de la utilidad personal del estudio de tan noble evolución espiritual, en la página referida y en la glosa de Boutroux se ha de ver el gran hecho del pensar y ¿cuál es sino éste el signo de nuestra grandeza? «*Toda nuestra dignidad consiste en el pensamiento*».

(Nota de A. FRANCESCHI).

El obstáculo estaba en el corazón que rehusaba obedecer a la razón. Por consiguiente lo que debía cambiar era su corazón. ¿En dónde reside la verdadera fe, sino en el corazón? Las ideas del entendimiento no son la fe: ellas no tienen en sí mismas ni fuerza ni luz. El entendimiento se aplica con indiferencia al objeto que se le presente o que nos place considerar. La fe, al contrario, es la impresión profunda y eficaz de la luz sobre el principio mismo de nuestra inteligencia y de nuestra voluntad.

Ahora bien ¿en qué consiste propiamente, este corazón rebelde, esta naturaleza que me separa de Dios? Mi naturaleza en el fondo, no es sino costumbre. Los pirrónicos lo saben, ellos que con vista sincera, consienten en ver las cosas tal cual son. Pero, si esto es así, mi naturaleza es modificable. La misma causa que le ha dado nacimiento puede cambiar su manera de ser y así el medio de hacer descender la fe de la razón al corazón, es hacer como si se creyera, tomar el agua bendita, oír misas, decir oraciones; en una palabra, someter la máquina.

Naturalmente estas acciones provocarán en mi corazón la fe de que son el signo. A medida que disminuyan mis pasiones, los vanos sofismas que ellas engendran en mi inteligencia se disiparán y la luz se hará en mí. Pero creer así, ¿no es embrutecerse? ¿Qué me importa? ¿Nuestra sabiduría es pues tan preciosa? ¿Es acaso perder algo rechazar la vana ciencia de los filósofos?

Un corazón de niño ve más lejos que ellos. No es renunciar a la verdadera sabiduría menospreciar la del mundo. Más fuerte, al contrario, más recta y más alta es la inteligencia que, desdeñando recibir de las pasiones, sus principios, los demanda a Dios.

Pero ¿acaso todos los esfuerzos que pueda yo hacer serán vanos? ¿No me han enseñado, no he experimentado en mí mismo que yo no puedo nada para mi conversión si Dios no la opera? Ciertamente, y yo no puedo pretender forzar por mis propios actos, yo criatura limitada y caída, la intervención de Dios infinito y santísimo. Pero no me incumbe, a mí, razonar sobre las intenciones de Dios. Ignoro sus caminos, no sé más que una cosa y es que debo comenzar yo y que el comienzo consiste en dejar los placeres y orar.

Tal fué el método que se trazó Pascal; siguiólo con un celo creciente. Combatió en sí mismo, de esta manera, los impulsos de la naturaleza rebelde, particularmente la confianza en sí mismo, el deseo de vivir en la estima y en la memoria de los hombres, en una palabra, el orgullo, esta concupiscencia, la más engañadora y temible de todas, porque se alimenta de las victorias que obtenemos en el combate con todas las otras y sobrevive aun en el momento en que triunfamos, aplastándola. Lucha esta rica en sufrimientos pero en sufrimientos activos y fecundos. Ya no era la angustia del abandono y de la impotencia, sino la impresión de la naturaleza que resistía. Y si resistía, es porque era atacada por la gracia; si sangraba señal de que la gracia era la más fuerte. Desde ese momento Pascal medía sus progresos por sus sufrimientos. Y con estos se mezclaban, poco a poco, consuelos que eran casi alegrías.

Así la esperanza de Pascal no había sido engañada. El esfuerzo que había hecho para crear en él, por la acción y las obras, una costumbre nueva y para reducir en cierto sentido, desde fuera, este corazón que rehusaba obedecer por sí mismo, se había revelado como la imagen del trabajo que la gracia operaba en su interior. Había creído empezar, pero era Dios, quien en realidad había venido a buscarle y que, cada día más sensiblemente, le atraía hacia El.

Y así descubría que la peor consecuencia del pecado es el hacernos ciegos sobre nuestro propio estado. A diferencia del prisionero, que sabe que está en la prisión, nosotros no advertimos nuestras cadenas, sino en el momento en que se rompen. Es el perdón lo que nos revela nuestros pecados; lo que hace evidente la vaciedad de nuestra ciencia y de nuestros placeres, es la verdadera luz y el verdadero goce. Cuanto mayor es nuestra desnudez, menos tenemos el sentimiento de lo que nos falta. Amamos nuestra servidumbre y empleamos todas nuestras fuerzas en perseverar en ella. Pero, apenas somos liberados, no podemos ya comprender nuestra pasada indiferencia. Que el hombre no se entretenga pues, con complacencia, en el punto de perfección al que por aventura le ha sido dado llegar. ¡Cuán bajo sería este grado a sus propios ojos, si pudiese

considerarlo desde el término supremo al cual debe pretender!

Hasta este momento Pascal ha empleado sucesivamente, para llegar a la fe, la razón y la costumbre. Ciertamente, ha sentido que un cambio se operaba en él. No contento con menospreciar el mundo, ha comenzado a amar a Dios. Sin embargo de hecho no se decide a menospreciar el mundo. Alega tal o cual pretexto; invoca, entre otras razones, su salud, que es muy mala en efecto, y que—dice él—impide las austeridades de la vida devota. Además, aunque siente muy bien que le es necesario un director, eleva dificultades, cuando se trata de escogerlo: un resto de espíritu de independencia se levanta en él. Aun no está enteramente conquistado por Dios, y parece que algún movimiento interior, de distinta naturaleza que los ha puesto a prueba hasta hoy, se hace necesario para que la conversión sea verdaderamente consumada.

En tal estado de incertidumbre se encontraba aun cuando aconteció que, durante una visita que hizo a su hermana, en Port-Royal-des-Champs, tocaron para llamar al sermón. Sucedió esto probablemente, como M. Delègue ha notado, el día de la presentación de Nuestra Señora el 21 de Noviembre; Jacobina dejó a su hermano que entró a la iglesia para oír el sermón. El predicador ya estaba en el púlpito: era M. Singlin. El sermón análogo a los que ordinariamente eran predicados el día de la presentación, en que se celebra la consagración de la Virgen al Señor, trató del comienzo de la vida entre los cristianos y sobre la importancia que hay en no comprometerse, como hacen las personas mundanas, por hábito, por costumbre, por razones de conveniencia enteramente humanas, en empleos y matrimonios. El predicador expuso cómo conviene consultar a Dios antes de entrar en estas situaciones y examinar bien si en ellas se podía trabajar sin obstáculos en la obra de la propia salvación. Oyendo estas palabras, Pascal quedó sorprendido de la relación que tenían con su propia situación. Le pareció que, por un conducto especial de la Providencia, todo esto había sido dicho especialmente para él y ésto le emocionó tanto más cuanto que el predicador habló con mucha vehemencia y con fundamento.

Desde ese momento el problema se precisaba. ¿Podía él, conservando algún lazo con el mundo, cumplir la idea de la vida cristiana? ¿Bastaba para ello una renuncia parcial? ¿No le pedía Dios, literalmente, todas sus fuerzas, todos sus pensamientos todo su ser? ¿Era posible un sacrificio semejante? ¿Renunciar enteramente a sí mismo, no era una cosa inconcebible y contradictoria? Y repetía «¡Dios mío, buscad a vuestro servidor!» Deseaba con un ardor tan vivo, que no podía creer que Dios no estuviese cerca. Un tal esfuerzo no podía venir nada más que de Dios mismo.

Ahora bien, dos días después de haber oído el sermón de M. Singlin, el lunes 23 de Noviembre de 1654 tuvo una especie de éxtasis en que vió y sintió la presencia de Dios. Desde las diez y media de la noche, aproximadamente, hasta cerca de las doce y media, fué como iluminado por un fuego sobrenatural. Lo que le comunicó esta revelación fué, sobre todo un conocimiento. Vió con una claridad nueva que el Dios que instruye y que salva, el Dios que busca el alma humana no es el símbolo que quieren los filósofos y los sabios; es el Dios vivo, real, comunicable, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Este Dios es demasiado grande y demasiado santo para que podamos unirnos a él. ¿Estamos condenados, pues, a desearlo eternamente? La llave de nuestro destino está cerca de nosotros y no sabemos recogerla. Toda nuestra impotencia nos viene de un punto: no aceptamos el socorro que nos es ofrecido. Aquel, por medio del cual, podemos llegar a Dios nosotros, separados de El por el infinito, es Jesucristo. El es la vía, la única vía. Esta es la revelación por excelencia, la que concede a todas las otras su sentido y efecto. ¡Dios de Jesucristo, mi señor y mi Dios!

Ante esta verdad ya no queda sitio para la duda, ya no hay más pruebas que pedir. ¡Certeza, certeza! La certeza del sentimiento y del corazón, la que es inmediata y absoluta; la que viene de la vista, no del raciocinio. Júbilo, paz. El alma, al fin en posesión del objeto verdaderamente digno de ella, que buscaba a través de tantas trabas y que constituye la grandeza del alma humana. No se trata ya de una quimera. Dios ha

entrado y restaurado la armonía. ¡Júbilo, júbilo! ¡Lágrimas de júbilo!

Ahora es cuando, Dios mío, iluminado por tí mido el abismo que de tí me separaba. Yo me he separado de Jesucristo, le huf, le renuncié y le crucifiqué. ¿Qué seguridad puedo tener ahora, de que Dios permanecerá conmigo? Dios mío ¿Me abandonarás? ¿Qué no me vea eternamente separado de tí!

Y en estas alternativas de delicias y de terror Pascal sentía la resistencia, atenuarse cada vez más. El amor de Dios rechazará y reemplazará en su corazón al amor de la criatura; la obra de regeneración realizóse en el fondo de su ser. Cada regreso al sufrimiento era la señal de una victoria nueva; y cada progreso de la acción reparadora, trabajando en un mal ignorado, provocaba un nuevo sufrimiento. La alegría, sin embargo, triunfaba cada vez más, y el dolor mismo se trocaba en goce; hasta que al fin, caída la última resistencia, entregada entera, el alma; y definitivamente, sin ninguna idea de retroceder, Pascal, en un momento indivisible que no pertenece al tiempo sino a la eternidad, sintió a la vez, en una unidad viviente, que no hubiera podido concebir su inteligencia, su propio aniquilamiento, la presencia en él de un Dios de amor y de misericordia y esta inundación infinita de pasión, sólo capaz de llenar la capacidad de un alma humana, que tanto había deseado antes. ¡Renunciación total y dulce! ¡Eternamente un júbilo por un día de ejercicio en la tierra!

Comprendió entonces cual era, por encima de la razón y de la costumbre, el tercer medio de creer, cuya necesidad había sentido confusamente. Este medio supremo es la inspiración. La razón y la costumbre, que ponen en juego la actividad natural, exponen al hombre a imaginarse que se da a sí mismo la fe, cuando lo que hace es recibirla, pero el hombre no cree verdaderamente sino cuando refiere enteramente su fe a la única fuente de donde ella puede venir, del libre don de la misericordia y de la bondad divina. La inspiración es una acción propia de Dios, que el hombre no puede confundir con la suya. Esto no significa que deba esperarla en una actitud pasiva y perezosa, como el favor de un amo caprichoso. Pero toda su acción debe consistir en ofrecerse, por las humillaciones a las inspi-

raciones únicas capaces de producir el efecto verdadero y saludable.

Habiendo así escalado los tres peldaños que nos elevan a Dios, Pascal no se preocupa de imaginarse que sólo debe gozar de El y gustar de la recompensa dispensándose de la labor. La gracia no opera sino en aquel que trabaja y obra con todas sus fuerzas. Son estos mismos esfuerzos y no una quietud perezosa, sus frutos y su manifestación. Así, da al misterio que acaba de consumarse en él, una conclusión práctica. Sumisión total a Jesucristo y a mi director. *Non obliviscar sermones tuos. Amén.*

Para conservar un monumento de los pensamientos que Dios le había inspirado en esta noche decisiva se apresuró a escribirlos. La escritura precipitada, ilegible, dice lo mucho que a su mano cuesta seguir los movimientos de su corazón. Por otra parte, le bastan breves indicaciones. Conoce ahora el sentido profundo y útil de las palabras, que repetía antes con los labios sin comprender más que su sentido profano. Así, el nombre de Jesucristo, el nombre tan sólo, que escribe repetidas veces y sin comentario, representa, a sus ojos, el método mismo de la salvación. Jesucristo es el verdadero Dios del hombre. Algún tiempo después, Pascal copió estas líneas en un pergamino, escribiéndolas con gran cuidado y en hermosos caracteres. Se hizo con esto, una especie de memorial, que llevaba siempre consigo, cuidando de coserlo y de descoserlo a medida que cambiaba de traje. Sabía por experiencia que una conversión por sincera que sea no es por completo definitiva, que perseverar es mucho más difícil que comenzar. Donde se manifiesta decididamente la vida sobrenatural, es en la perseverancia: el hombre por sí mismo, no es incapaz de sobrepasarse en un esfuerzo momentáneo. Estaba, pues, bien resuelto a conservar celosamente, la gracia que Dios le había dispensado en estos momentos demasiado cortos; y para asegurarse contra la negligencia quería tener siempre presente, ante el espíritu y ante sus ojos, el testimonio de la misericordia divina.

Por otra parte el trabajo de reforma total que en adelante se le imponía, apenas lo juzgaba empezado. La fuente estaba pu-

rificada. Pero el hombre natural quedaba, con su endurecimiento y con su impenetrabilidad. Se trataba de derramar sobre todo su sér las aguas regeneradoras. Se trataba no ya solamente de concebir y de abrazar, sino de realizar plenamente, en los actos, en los deseos, en los hábitos el ideal de la vida cristiana. Pascal se aplicó a ello sin tardar. La dirección espiritual que, durante algún tiempo un resto de orgullo le había conducido a juzgar inútil, la reclama ahora; pide para este objeto a la persona que visiblemente le había enviado la providencia, a M. Singlin. Este, retenido en el campo por sus ocupaciones comenzó por poner a Pascal bajo la dirección de su hermana. Algún tiempo después descargó a ésta de tal cuidado y tomó él mismo la dirección espiritual del penitente. Juzgó que en París estaba Pascal demasiado distraído, por sus relaciones y especialmente por la intimidad de su buen amigo el duque de Boannez y le aconsejó que se retirase a un lugar desierto. Pascal partió el 7 de Enero de 1655, con el duque de Luynes, para habitar en una de las casas de éste. Más tarde, no juzgándose bastante solo aun, pidió una celda en Port-Royal-des-Champs. En Enero de 1655, a la edad de 32 años, recogióse entre los solitarios.

E. BOUTROUX.

Traducido para LA CRUZ DEL SUR por A Franceschi.

Los tres modos del sér

Establecen los platónicos, como dogma y principal fundamento, cualquier cosa creada tener su ser en tres modos, los cuales aun cuando por diversos han sido diversamente llamados, concurren sin embargo a un mismo sentido y pueden, por nosotros, llamar por ahora, así: Sér causal, sér formal, sér participado. Tal distinción no puede ser significada por más términos pero con un ejemplo será manifestísima: En el sol, según los filósofos, no hay calor ya que el calor es propiedad elemental y no de naturaleza celeste; sin embargo el sol es causa y fuente de todo calor.

El fuego es caliente y lo es por su naturaleza y por su propia forma. Un leño no es, por sí mismo, caliente pero puede muy bien ser calentado por el fuego, participando de éste, la antedicha cualidad. Luego esta cosa llamada calor tiene en el Sol, sér causal; en el fuego, sér formal; en el leño o en análoga materia, sér participado. De estos tres modos de ser, el más noble y el más perfecto, es el sér causal y de aquí que los platónicos quieren que cualquier perfección que se afirmé estar en Dios, esté en él, según este modo de ser y por ello dirán que en Dios no existe cosa alguna sino que él es causa de todas las cosas. Análogamente, que en Dios no existe intelecto, sino que él es fuente y principio de cualquier intelecto. Tales afirmaciones, por no ser entendido su fundamento, dan a los platónicos no poca molestia: yo recuerdo que una vez, un gran platónico me dijo que se maravillaba mucho de algo de Plotino, donde dice que Dios nada entiende ni conoce pero quizás sea más maravilloso el hecho de que él no entienda en que modo quiere Plotino que Dios no entienda, que no es sino afirmar que esta perfección del entender está en Dios según el sér causal y no según el formal, lo que no es negar el entender de Dios sino atribuirselo según un modo más perfecto y excelente. Entendido el sér así, se puede de aquí comprender manifestamente cómo Dionisio Areopagita, príncipe de los teólogos cristianos—el cual afirma que Dios conoce, no solamente a sí mismo, sino también cualquier cosa mínima y particular—usa el mismo modo de expresarse de Plotino, diciendo que Dios no es naturalza intelecto y cogrucción. Débese, por consiguiente, notar con diligencia esta distinción ya que—y nosotros a menudo la usaremos—arroja mucha luz en la inteligencia de las cosas platónicas.

Las afinidades

Es consiguiente a toda virtud desiderativa una propiedad común, y es que siempre, quien desea, en parte posee la cosa deseada y en parte no. Si de la posesión de aquella estuviese

privada enteramente, jamás la desearía: lo cual se verifica de dos modos; el primero es: no se desea la cosa sino después que es conocida y está por los filósofos, sútilmente declarado, cómo el conocer las cosas es un poseerlas, de donde el dicho vulgar de Aristóteles: el alma nuestra es cualquier cosa porque cualquier cosa conoce; y en Asapto, poeta hebreo, dice Dios: todas las cosas son mías porque todas las conozco, si bien como entre su conocer y el nuestro hay diferencia grandísima, así la hay en el poseer.

El otro modo es: siempre entre quien desea y la cosa deseada hay conveniencia y similitud. Se goza y conserva cualquier cosa por aquello que, por conjunción de naturaleza es más conforme. Por aquello que le es desemejante y contrario se atrista y corrompe. Por otra parte, entre cosas disímiles no hay amor y la repugnancia de dos naturalezas no es más que un odio natural, así como el odio no es sino una repugnancia con cognición. Evidentemente, de aquí se sigue, que es necesario que la naturaleza de lo creado esté de algún modo en el que desea, pues de ser de otro modo no habría similitud, y que deben estar aquellas imperfectamente pues vano sería buscar aquello que se posee del todo.

PICO DE LA MIRANDOLA.

CONDICIONES DE SUBSCRIPCIÓN

REPÚBLICA ARGENTINA.—CAPITAL E INTERIOR

Semestre.....	\$ m _n	3.50
Año	" "	7.—
Número suelto.....	" "	1.—

PAÍSES DE LA UNIÓN POSTAL

Año	Pesos oro	4.—
Número suelto	" "	0.50

PAGOS POR ADELANTADO

Correspondencia y giros a nombre de la Dirección: Ramón L. Falcón 2230 (Flores)
BUENOS AIRES

Librería de J. BONMATI hijo

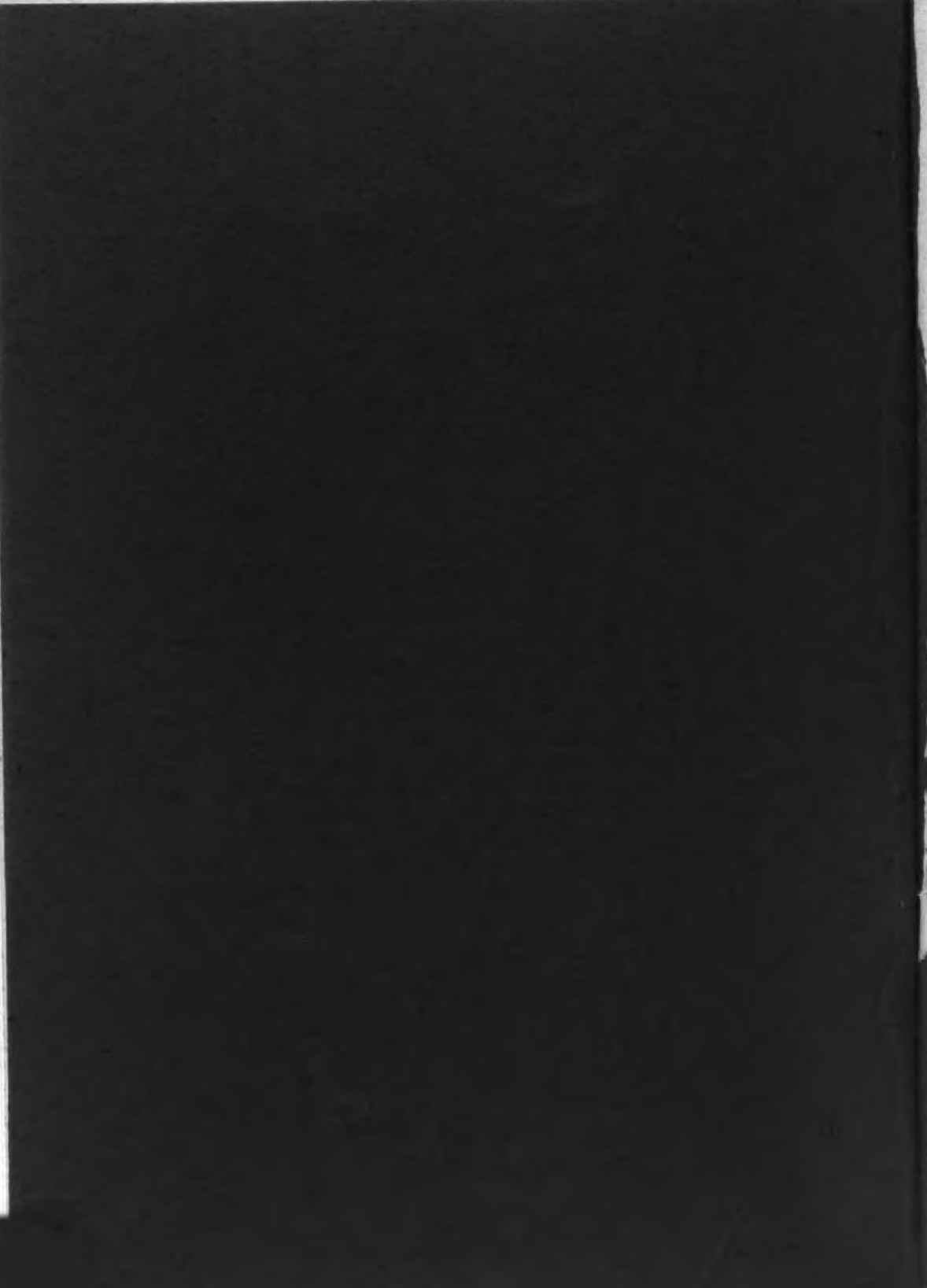
B. DE IRIGOYEN, 259

Buenos Aires

LIBROS DE RECIENTE PUBLICACIÓN

Pí y Margall. —Historia de la Pintura en España, 1 tomo.	\$ 2.40
Angels. —Anti-Oübring o la revolución de la ciencia de C. Oübring, 1 tomo encuadernado.	> 5.40
Goudray Warren. —La Ciencia de los negocios, 1 tomo.	> 2.50
Marcelino Menéndez y Pelayo. —Obras completas (en publicación) publicados tres tomos encuadernados.	> 31.50
Pidal. —Instrucción Pública, 1 tomo.	> 2.10
Villanueva. —Resumen de la Historia General de América, un tomo encuadernado.	> 4.50
Cuichot. —Como habla Ancian, un tomo.	> 1.20
Calle y Sánchez. —Alrededores del libro, 1 tomo.	> 1.80
Sigliele. —Literatura trágica, un tomo.	> 2.—





LA CRUZ DEL SUR

Ciencia - Filosofía - Tradicionalismo

Director: ANGEL CLARA

COLABORADORES:

DR. EDUARDO L. HOLMBERG.—RICARDO ROJAS.—DR. MARIO ROSO DE LUNA (España).—DR. ENRIQUE HERRERO DUCLOUX.—DR. HORACIO DAMIANOVICH.—RÓMULO D. CARBIA.—ERNESTO MARIO BARREDA.—DR. VIRIATO DÍAZ PÉREZ (Paraguay).—DR. FEDERICO W. GÁNDARA.—SALVADOR MARÍA BOUCAU.—PROFESOR J. FERNANDO CARBONELL (Uruguay).—DR. RENÉ BASTIANINI.—DR. DELFINA MOLINA Y VEDIA DE BASTIANINI.—JUAN AMADO (Paraguay).—DR. MIGUEL CATALANO.—DR. ULISES L. BERGARA.—SRA. ALICE VON SONKLAR (Alemania).—F. DÍAZ FALP (Uruguay).—ADRIÁN A. MADRID.—SALVADOR BOCCA.—DR. JORGE DAMIANOVICH.—DIEGO MOLINARI.—ING. ENRIQUE MARCÓ DEL PONT.—PROF. JUAN G. LACRAMPE.—PROF. EDUARDO MELGAR.—P. DIAMICO (Brasil).—ING. EMILIO REBUELTO.—ALFREDO FRANCESCHI.—DR. GUILLERMO F. SCHAEFER.—ALEJO CUBUCHET.



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle RAMON L. FALCON N.º 2230

FLORES—BUENOS AIRES

1913

SUMARIO

<i>El Ameguinismo.....</i>	RICARDO ROJAS.
<i>El drama lirico de Wagner.</i>	
<i>III.—El Tristán.....</i>	M. ROSO DE LUNA.
<i>Las islas del Sol y de la Luna.</i>	ANGEL CLARA.
<i>El supremo amor.....</i>	F. MIRABONT VILAPLAN.

Crónica Científica

<i>La Teoría de Myers.....</i>	DR. TRAVELLER.
--------------------------------	----------------

Pensamientos y Libros :

<i>De “El pensamiento de la Humanidad”.....</i>	LEÓN TOLSTOI.
---	---------------

LA CRUZ DEL SUR

CIENCIA - FILOSOFÍA - TRADICIONALISMO

AÑO I.	OCTUBRE 1913	N.º . 6
~~~~~ DIRECTOR: ANGEL CLARA ~~~~~		
•=====••=====•		

## El Ameguinismo (1) . . .

Señor Ministro de Instrucción Pública:

Señoras y señores:

«Nó mi presencia en esta tribuna, nó mi palabra en este recinto, no tampoco mi nombre en los carteles de este homenaje; sino otra presencia más dominadora, y otra palabra más eficaz, y otro nombre más autorizado en la esfera de las ciencias que cultivó Ameghino, es lo que hubiera sido menester esta noche para cerrar con verbo de oro la justiciera ceremonia. Calificada está la fiesta, entre sus propios números, por el Himno nacional que la ha preludiado, despertando en el sentimiento colectivo las tradiciones de la stirpe, y el canto de Tannhäuser que ha de coronarla con la emoción de la esperanza heroica, pues en oyéndola es como si nos nacieran alas en los flancos y en el alma: la marcha se hace vuelo, y parece anticiparse en esa plenitud del esfuerzo, la imagen alada de las antiguas victorias. Entre ambas músicas formidables, véome conminado a alzar mi voz, señores; trémulamente hablada entre la música de esas dos in-

---

(1) Conferencia leída en el teatro Colón, la noche del 20 de Octubre último, aniversario de la muerte del sabio Florentino Ameghino. El señor Rojas ha tenido la gentileza de ofrecernos los originales de su hermoso discurso, primicia que agradecemos y con la que honramos las páginas de LA CRUZ DEL SUR.—N. de la D.

mensidades: la de la patria y la de la gloria; y sólo se mostraría digno de ello quien pudiera hacerlo con palabra tan elocuente que lograrse esculpir en vuestro silencio la imagen de Ameghino, a fin de que la poderosa música final cayese en ondas vivas dentro de esa imagen, como dentro del ícono moldeado en blando yeso, cae en onda vibrante el bronce de los talleres, para fundir con vida resistente la duradera forma de la estatua.

Ya veis, señoras y señores, si pongo en alto la responsabilidad de mi empresa; pero quiero decir que cuando fueron a imponérmela en nombre de la Científica, yo decliné la honrosa proposición, y si en noble insistencia me doblaron, fué porque se trataba de Ameghino, a cuya naciente gloria debemos todos los argentinos contribuir, admirando en su ser al varón probo, al patriota constante, al investigador desinteresado, al trabajador infatigable, al autodidacto ejemplar, al maestro sincero, al paleontólogo luminoso, al antropólogo revolucionario, al filósofo trascendente, pues de tan íntegras virtudes se avaloraba su vida, que el hombre, el ciudadano y el sabio resplandecen con una sola grandeza, forjando en él un arquetipo humano capaz de enorgullecer a su patria, pero capaz también de enorgullecer a su especie y a la cultura universal, que él alumbró con la luz zodiacal de su pensamiento. Por eso no es acto de mundanal ostentación ni de osado diletantismo, el venir a hablar ante vosotros de una gloria que excede los estrechos moldes de cualesquier especialidad, para convertirse en fuente de bien, de verdad, de belleza y de vida, por paradoja de la misma muerte. Tal acontece al genio cuando baja al abismo de la tumba. No de otro modo el sol en el ocaso, caído en su tumba del horizonte y velado ya por la sombra occidua, fórjase templos góticos en las agujas de la nieve montañesa o asiáticas pagodas en las volutas de la nube oceánica; y cuando aún eso le arrebatara la noche, el astro muerto esparce sobre el manto de la enemiga, tal como un don de joyas y de flores, la muchedumbre de sus estrellas:—¡cosa alta y hermética, en verdad, como la propia ciencia de los mundos, pero capaz de encender con el misterio de su luz el éxtasis, hasta en el alma ingenua de los pastores!...

Con alma de pastor, por lo ignorante y por lo sencilla, he contemplado yo la vida y la obra ameghinianas; más de ellas sólo

debiera hablarse con palabra de poeta, porque la palabra del poeta se manifiesta sucitando vuelta a vuelta, con sus alegorías y sus tropos, ese mismo fenómeno que Ameghino estudiara, o sea el gran misterio del universo como unidad de esencia y como variedad de formas en movimiento rítmico, a través de los mundos y las edades. Así quisiera hablaros si pudiera, porque nuestro sabio no hubiese logrado consumir su obra estu-penda, en lo que ella tiene de hallazgos materiales, de previsiones teóricas, de restauraciones intuitivas, de series matemáticas, sino auxiliado por la inspiración de las Musas, o sea el clásico dón apolineo que confería a los hombres la visión de lo oculto, y que ligaba las formas visibles por una ley de números que las habían regido a través del tiempo en su evolución, y a través del espacio las equilibraba en su actual existencia. Acaso pueda parecer todo esto una simple gala del decir, suntuaria como una pluma de sombrero, pero aseguro a mis oyentes, con didáctica austeridad, que Ameghino tuvo entre sus virtudes espirituales, ya señaladas, la de ser un poeta, un alto y verdadero poeta, en el sentido más arcaico y menos retórico de esta palabra. Si no lo hubiera sido, no habría podido descubrir la identidad que hay entre la mecánica celeste y la cosmogonía; ni dentro de ésta pasar, por una correlación secreta y sucesiva, de la geología a la paleontología, de la paleontología a la zoología matemática, de la zoología a la antropología, de la paleontropología y la paleogeografía a la historia, y de la historia a los valores morales de la civilización, donde la mente del hombre torna a encender el divino fuego de la Unidad primordial, como la mano industriosa vuelve a encender en el carbón la llama adormecida de las primeras épocas del mundo.

Con esa misma integridad de panorama, con esa misma profundidad de visión, con esa misma claridad de pautas, afrontaron la explicación del Universo algunos sabios antiguos, los fundadores arios de nuestra civilización, cuyo recuerdo se ha conservado en los anales filosóficos de la India y la Grecia. Y así tal es la analogía de la doctrina, la semejanza de posición espiritual entre Ameghino, que fundó lo que él llamaba «la zoología matemática», o sea el álgebra de las ciencias naturales, se hace patente cuando lo comparamos con Pitágoras,

quien explicaba también el cosmos por la doctrina de los números, y bajo el amparo de las Musas. Yo lo recuerdo ahora al sabio antiguo, impartiendo las enseñanzas orales del *Hieros Logos*, en aquel templo apolíneo, que mandó construir para escuela el famoso senado de Crotona. Por entre un bosque de cipreses y olivos, divisábase desde la costa de Tarento laontananza del mar de Jonia, mientras adentro del recinto hermético, exponía él también un álgebra de las ciencias naturales, en presencia de Vesta, que simbolizaba el fuego imperecedero del Uno divino, y las nueve Musas que la rodeaban personificando en sus aras de mármol la variedad de las ciencias humanas. He ahí porque he necesitado poner el pensamiento pitagórico de Ameghino bajo el amparo de las musas esotéricas, pues su doctrina es grande y hermosa como la del sabio antiguo, aunque al moderno le faltaran los símbolos del escenario, y tuvo el nuestro que hallar su templo apolíneo, o en la choza nativa de Luján, o en la escuela municipal de Mercedes, o en ese humilde tendejón del Once, donde escribió en días precarios su luminosa *Filogenia*.

Releyendo aquel libro, y todos sus libros, la fantasía se recrea tanto como se abisma la razón. Descubre en su ciencia las analogías más insólitas, y ya sabéis que en ello estriba la función del genio, bien nos revele las armonías de la belleza, o bien las armonías de la verdad. Así en el Capítulo X de la *Filogenia*, Ameghino propone, bajo el título de «Zoología Matemática» y «Fórmulas Zoológicas», un paralelo entre la astronomía y la zoología. Tan insólito es ello, que tal epígrafe propone la brusca asociación de palabras heterogéneas, como no se las halla sino en los poemas inspirados y los libros apocalípticos. Y pues pudieran sospecharle de insania vaticina, doscientas páginas, antes se apresura a curarse de ello en el prólogo, diciendo: «¡La zoología matemática! He ahí una frase que me valdrá el apodo de loco de parte de más de uno de mis lectores. No importa. No por eso dejará de ser menos cierto que los naturalistas ahora se ocupan casi exclusivamente de lo que constituye la zoología descriptiva». Así se expresa este hombre libre, y dejando atrás prejuicios, dogmas y tradiciones, traspone con paso titánico las columnas de Hércules de la trivial experimentación, para entrar resueltamente en el gran mar desco-

nocido de la intuición imaginativa y del cálculo numérico. Y así descubre la tierra nueva, donde hace de la zoología y del transformismo una rama de las ciencias exactas, como lo son ya las formas superiores de la astronomía, de la química y de la física. Esto solo bastaría para calificar la excelsitud de su espíritu, pues si no fuera verdad todo el sistema, debiera serlo en premio de tan fértil y arrojado ingenio. Por eso he venido a hablar con esta confianza ante vosotros. Yo sé que si no os conmueve la palabra del panegirista, ha de conmoveros el pensamiento del glorificado. Levante el lampadario su antorcha, que misión es de la antorcha el iluminar la ceremonia.

Yo no podría descender a los pormenores del sistema, a la que llamaré su economía, su tecnicismo y su método, sin incurrir en una disertación inoportuna: se me ha pedido que clausurara esta reunión y no que descomedidamente la prolongue con abuso de vuestra benevolencia. Pero no puedo resistir a la tentación de deciros que la *Filogenia*, después de sus primeras doscientas páginas, en que es un libro de crítica filosófica tan importante como las similares de Darwin, conviértese en una especie de álgebra novísima cuando expone y analiza las fórmulas dentarias por Ameghino perfeccionadas, o en texto de geometría cuando inventa sus ingeniosas fórmulas digitales, bellas como estrofas, que con las fórmulas restantes del esqueleto, abrevia la descripción de los tipos, restablece los parentescos filogénicos, y permítele no sólo restaurar las fases porque ha pasado un animal cualquiera en sus transformaciones paleontológicas, sino fijar las leyes generales del transformismo, e imaginar los individuos extintos aún no hallados, y hasta prever las formas posibles de una futura evolución en que entraremos los seres actuales, sin excluir al hombre, en los largos milenios que aún le restan de existencia a la Tierra,—esta madre resignada de tan trágica vida y de tan dolorosa progenie. Sin duda, por haber llegado el propio Ameghino a un estadio tan alto en la evolución, pudo ver con tan asombrosa certidumbre la escala retrospectiva de su sistema, y por eso cuando restaura la lenta serie antropológica, desde el homuncúlido patagónico hasta el homo sapiens europeo, no parece investigador que descubre, sino patriarca que rememora o peregrino que refiere en la hospitalaria choza de una meta, lo que vió

en larguísimo viaje, a través de sus mares de lodo, de sus selvas de piedra, de sus pampas de sal, y de sus montañas de horror coronadas por la grímpola humeante de los primeros cataclismos.

El espíritu materialista de nuestra educación, nos aconsejará, probablemente, que admiremos en la obra ameguiniana su magnitud externa, sus hallazgos materiales, su técnica complejidad. Todo eso es admirable, por cierto; pero su signo excepcional no finca ni en su copiosa bibliografía, en la que figura hasta un sistema de taquigrafía y un estudio sobre el lenguaje; ni en sus descubrimientos de explorador, en lo cual tuvo colaboradores; ni en la técnica de cierta especialidad, asequible al esfuerzo de una mediana inteligencia. Su grandeza fulgura, singular y magnífica, en las generalizaciones, previsiones y especulaciones que realizó apoyándose en ese vasto caudal de hechos y guiándose por su doctrina, que he llamado pitagórica, de la evolución por series matemáticas. Eso es lo que constituyólo en un revolucionario de la ciencia y en un revelador de nuevos fenómenos de la naturaleza. Por su pensamiento alcanza entonces, si se vuelve hacia lo pretérito, la clarividencia de un reencarnado, y si se vuelve hacia lo futuro la clarividencia de un profeta. El conjunto de su obra, no puede tampoco circunscribirse a una especialidad científica, pues ella abarca, directa o indirectamente, las ciencias todas, como en aquella escuela de Crotona, que antes recordé, donde Urania, Poliminia y Melpómene, presidían la física celeste, o sea lo que hoy llamamos metafísica, cosmografía, astronomía, geología; Calliope, Clio y Euterpe, inspiraban las ciencias que se refieren al hombre, su obra social y su destino; y Terpsícore, Erato y Talía, auspiaban la física terrestre, o sea el estudio de los minerales, de las plantas, de los animales, de los elementos. Así las divinidades de las artes se convertían en las divinidades de las ciencias, como que surgen unas y otras de una misma y sola confrontación del misterio humano con el misterio cosmogónico.

Este movimiento de opinión iniciado por la Sociedad Científica Argentina, a la cual tengo la honra de pertenecer, no es desproporcionado con la personalidad y la obra ameguinianas; pues, como lo señalo, estamos en presencia de un fundador de escuela. El sistema del sabio argentino completa la obra de La-

place sobre los mundos, la de Cuvier sobre las tierras, la de Darwin sobre los seres animales, la de Spencer sobre las sociedades humanas. A todos ellos los complementa Ameghino, y aún se corona con el noble lauro de haber espiritualizado el transformismo, pues al asignar al universo una evolución regida por leyes matemáticas—y comprobarla en la evolución de los mamíferos—ha excluido la antigua hipótesis de que la lucha por la vida, la adaptación al medio, la sobrevivencia del más apto, fuesen una mera contingencia de la materia. Las leyes que establece, certifican que los seres evolucionan de acuerdo con un plan inteligente—tan inteligente y previsto que es susceptible de expresión matemática—lo cual significa afirmar la antigua hipótesis de la Providencia. Las matemáticas serían, según todo ello la lógica del Creador. Se equivocan, pues, los materialistas si lo creen un aliado de su bandera; y se equivocan los clericales, si lo creen un agresor de la Divinidad. El genio no ha combatido nunca contra el misterio, porque lo siente dentro de sí mismo. Atacó Ameghino los dogmas religiosos, pero atacó también los dogmas científicos. Combatió al monogenismo, pero al poligenismo también lo combatió. Negó la creación directa del hombre por Dios, pero también negó la creación del azar. No aceptó que viniéramos de la pareja edénica, pero tampoco aceptó que descendiéramos de los monos actuales. Así su pensamiento, revolucionando la geología, la zoología y la historia, constituye un sistema filosófico que antes de un cuarto de siglo ha de ser enseñado en las universidades europeas, como una de las concepciones más originales de la ciencia moderna y como una de las más altas afirmaciones de la civilización argentina. Los discípulos suyos deben propender a esa bella conquista, porque ello probará que tal advenimiento en nuestra tierra no fué tampoco una merced del azar; y ya que para el ciudadano, la vida se deslizó misérrima y oscura, brille para el pensador la gloria universal, como premio inefable que prometemos a su espíritu.

La doctrina del maestro, expuesta en obras monumentales, entre los que me bastaría citar *La Formación Pampeana*, *Los Mamíferos fósiles*, *La Antigüedad del Hombre en el Plata*, *la Filogenia*, *El Lenguaje*, el *Credo* y las monografías que las integran, abarca tan enorme cantidad de fenómenos, que sería

imposible resumirlos en esta ocasión, pero me arriesgaré a concretar en pocas palabras las líneas generales del sistema que me place esta noche denominar *el ameghinismo* como al otro se le denominó «el darwinismo». Ameghino afirma que el Universo ha sido creado de acuerdo con un plan matemático y que de acuerdo con él evolucionan los astros y los mamíferos; que en esa evolución el hombre actual es la progresión ascendente de un antropoide terciario, tronco de otros homínidos que se fueron bestializando en otra rama hasta ser los monos actuales; que esa aparición del hombre se ha producido en la América del Sud antes que en otros continentes, y que la pampa argentina es el paraíso sin árboles de ese obscuro génesis; que en el curso de tal evolución, los gigantes y los enanos, los faunos y las sirenas, han existido, y con ellos toda la fauna alada, monstruosa, poliforme de las leyendas y las mitologías; que el llamado Nuevo Mundo por la Historia, es en realidad más viejo que el otro según la prehistoria, pues aquí han nacido el caballo, el fuego y la piedra labrada, cuna de las industrias y las artes; que la Atlántida de Platón y la Lemuria de los Rishis hindúes han existido, y que ellas explican la genealogía del hombre por los fósiles de la tierra americana y la genealogía de la civilización por esas ruínas de Tiahuanaco, de Palenke, de Uxmal, fósiles de la historia americana, ante los cuales la ciencia de Europa retrocede espantada, como ante un enigma donde los ídolos de piedra, que empuñan cetros coronados de víboras, de dragones y de cóndores, estuviesen próximos a proclamar el milenario secreto y devolver al hombre de América la primacía que le arrebataron los cataclismos de la tierra y los de la historia.

Los que tal sentimos la obra de Ameghino, creemos no sólo contemplarla en su integridad científica, sino también aquilatarla en su significado moral, pues si he dicho que fué un poeta y un filósofo, he dicho que fué asimismo un gran patriota. Cuando en los días del Centenario, habló él de su ciencia en un libro donde yo también fui llamado a colaborar, él escribió estas significativas palabras, después de mencionar a todos los sabios argentinos que antes de él habían investigado en ciencias naturales: «Podemos, pues, afirmar que en este campo de los conocimientos humanos, existe una ciencia argentina que tra-



baja con elementos propios y métodos nuevos, produciendo numerosas publicaciones que llevan cada año un poderoso contingente a la ciencia universal. Ya no solo somos exportadores de productos naturales. Exportamos también ideas que no tan solo contribuyen a aumentar el caudal de los conocimientos humanos, sino que, en algunos casos como en el de la paleontología de los mamíferos y de la paleoantropología han revolucionado por completo esas ciencias, dándoles nuevas bases y otros rumbos.» He ahí, señores, porqué he sostenido en otra ocasión, y en el propio recinto de la Sociedad Científica Argentina, que la obra de Ameghino tiene una importancia moral y democrática. Su pensamiento linda con la religión, tanto que sería sobremañera sorprendente el comparar su genealogía del hombre, con lo que da en forma simbólica las *Estancias de Dzyan*, un libro sánscrito que dos mujeres inspiradas, la Blavatsky y la Besant, han revelado al mundo occidental. Su pensamiento linda también con la historia de la civilización, puesto que le ha dado su contribución americana; y arraiga, por fin, como un árbol incommovible, en el cimiento geológico de nuestra pampa, pues su epopeya cívica consiste, en que por la tierra y el idioma patrio, regionalizó la ciencia sin mengua de lo infinito. ¡La patria es a veces tan grande, señores, que cabe en ella, no digo la humanidad, esa cosa pequeña y triste, sino el universo todo entero, desde sus rocas negras hasta sus blancos astros!

Y ahora, señores, trátase de levantar a este hombre una estatua. Puesto que las hemos levantado a los elérgicos, a los militares y a los políticos, bueno es que llegue la hora de erigirlas aquí a los poetas, a los sabios y a los filósofos. ¡Hay tantas en la ciudad, que son el resultado de un equívoco histórico o el tributo doméstico de los amigos agradecidos! Esta otra de un hombre que vivió pobre y obscuro y que dejó su pensamiento en sus libros, no ha de ser murmurada, a fe mía, por la sonrisa de los transeuntes, ni han de bajarla, como a otras, de sus usurpados pedestales, futuras revoluciones. Pero si esta ha de elevarse en Buenos Aires, voto porque ella sea la obra de un artista argentino y el resultado del óbolo consciente del pueblo, debidamente iniciado en la idea que glorifica. Y desde ahora me lo figuro al prócer nuevo, con su erecta figura caucásica, tallada en mármol andino, y recuadrados en tres lavos

de su plinto, tres bajorelieves de bronce donde viéramos representada la visión que él nos legó de la tierra argentina, en sus arcaicas fases geológicas: de un lado la pampa como por nacer, sin Cordilleras y sin Atlántico, en la matriz del mar de barro que confinaba con aquella misteriosa tierra negra dilatada hasta el Africa y la Australia; del otro lado la llanura rojiza, recién nacida, con sus densos vapores sobre la selva trágica de colosales frondas y de monstruosos gigantes; del otro lado las llanuras demudadas por las transgresiones marítimas, cuando se hundió la Atlántida, cuando el Plata era un mar amargo, y los Andes surgían coronados de volcanes para alumbrar el alba de aquel génesis, en que el padre adámico acababa de descubrir en su choza de gliptodontes el secreto del fuego, lo cual era, según el símbolo arcaico, haber descubierto el secreto del hogar de la patria y la civilización.

He dicho.

RICARDO ROJAS.

---

## El drama lírico de Wagner y los Misterios de la antigüedad

---

### III.—EL TRISTÁN

*Un primitivo poema de los bardos nórdicos.—Los nombres de Amhergin, Rif y Cerne como nexos-prehistóricos entre Europa, África y América.—Los I'ais y el culto de Isis.—La leyenda de Tristán y Sir Morold.—El tributo galaico de las cien doncellas.—El rey Mark (Karma o el Destino).—Los tartesios primitivos y su Deidad Incognoscible.—El culto sibilino.—La Necromancia.—Los Nagas, Nebos o Dragones de la Sabiduría.—Arthus.—Sutra.—El Kame-loc (Kamaloca) y la Bestia Bramadora (Habitante del Umbral, Leviatán apocalíptico).—Isis-Blanca-Flor-Heros y Psiquis.—El Deseo y la Muerte.—El Tristán de Wagner y La Doctrina Secreta de Blavatsky.*

Entre los curiosísimos manuscritos de la Academia Real de Irlanda fué hallado, a mediados del siglo XIX, un folio de 600 páginas, compilado por *Silla-Isa-Mor-Mac-Firbis* (1). En él se copia el poema de *Ur-accept Man-eges*, tenido por el más antiguo de los bardos irlandeses, y la clave gramatical atribuida a *Cennfaclad* el Instructor o el Profeta, fallecido en 677 quien, a su vez hizo su trabajo sobre los documentos de *Amhergin* y *Feir-ceirtne*, poetas-filósofos de la más remota y legen-

---

(1) Este nombre es para nosotros todo un notable anagrama que nos atreveríamos a leer así: *Sil-la; Isa* o *Isis; Rom*, radical de la *Roma* latina o de la *Romaka-pura* de Occidente; *Cam*, la indiscutible raíz Camita, o libio-ibera cuyo centro africano nos es ya demasiado conocido; *Bis-rif* o segundo Rif; un rif por decirlo así europeo. No se nos ocultan las acres críticas a que se hace acreedora ante nuestra infatuada lingüística semejante manera de descomponer un nombre tenido por del siglo XV, y que es sin embargo perfecto símbolo de un personaje mitológico, como casi todos los de los bardos.

daria antigüedad, según leemos en la obra de Richard Rolt Brash «The Ogam Inscribed Monuments of the Gaedhil in the British Islands».

El bardo-instructor *Amhergin* es un personaje que tanto puede considerarse europeo como americano, es decir como un verdadero atlante, en la hipótesis que sirve de fundamento a este trabajo nuestro. Amergin o Amargin da nombre, en efecto, a cuatro o cinco lugares, montañas, ríos y dioses de América Central y de la región antillana de la del Sur y a semejante nombre, no al de Américo Vespucio, debe el suyo el mundo de Colón. En cuanto a *Feir-ceirtne*, *Rif-ceirtne* o *Cerne*, nos trae a la memoria aquella legendaria *Certne*, más atlante que africana, sobre cuyo emplazamiento marroquí tanto han discutido los autores, y patria sin duda de este antiquísimo Instructor. El códice en cuestión es conocido por el nombre de *Book of Lecan* o *Lai-can*, y sus cantos mitológico-simbólicos pueden en un todo relacionarse con los cantos, *Lais* o *l'ais*, del reino atlante que el Sr. Said Armesto ha coleccionado, recogiéndolos del folk-lore galaico-portugués. Sobresalen entre ellos los cuatro estudiados por C. Michaëlis que se supone figuraban como *intermezzos líricos* en alguna traducción gallega del clásico poema de la Europa Occidental denominado *Tristán e Iseo* y base, como es sabido, del maravilloso drama lírico de Wagner. Suprimiendo la *ele* de la palabra *lais*, que, al igual del *tli* de las lenguas mexicanas primitivas y de sus equivalentes europeos parece ser un artículo, los *l'ais* o los *isa* en plural, no serían en suma los *intermezzos* de referencia sino cantos religioso-simbólicos, de las gentes del Gaedhil o la Galicia irlandesa, cantos en verso como los Vedas, los himnos órficos, los cantos tartesios, y todos, en fin, los relativos al culto de Isa, Isis, Isen, Isot, Isolda, Isomberta o Isis-bertha, Isabel o Isis-Abel (de Abel el Caín femenino), etc., etc., personaje femenino que, como veremos después, no es sino el Yo superior, la Divinidad latente en todo hombre, o como diríamos en lenguaje wagneriano y de los Eddas: su *Walkyria*.

Conviene recordar el primero de los cuatro *lais* del Cancionero galaico-portugués tal y como se consigna por nuestro querido amigo Said Armesto en sus notas a la traducción hecha

por Luis París del drama wagneriano de Tristán e Iseo. Es como sigue:

Cuatro doncellas celebran con canto y danza la victoria de Tristán sobre el nimotauro céltico Morhoul o Sir Morold que exigía a los reyes de Cornwallis el horrible tributo de cien doncellas, cien mancebos nobles y otros tantos caballos. Aquellas danzas de victoria y religiosas son en el fondo las mismas danzas religiosas de los Misterios de la antigüedad, simbolismos cosmogónicos o especie de Astronomía representada teatralmente en los Misterios, y de las que son buen ejemplo las del rey David en torno del Arca Santa; las de los Seises en nuestras catedrales y las numerosísimas danzas de los aborígenes americanos de que más al por menor nos ocuparemos. Aunque los restos salvados de la leyenda no lo digan, en semejante tributo de los cien hombres, mujeres y caballos, vemos un testimonio dolorosísimo, por un lado, del serrallo envilecedor, y por otro de los sacrificios humanos y de animales que los conquistadores hallaron implantados en el imperio de Moctezuma en toda su horrible realidad, hasta el punto de llegar a hacerse guerras a guisa de verdaderas cacerías de hombres, que suministrasen víctimas por centenares al fanático itzli o cuchillo sacrificador de los sacerdotes mayas y mexica. El tributo famoso de las cien doncellas de los días de nuestro mítico rey de Asturias, Mauregato, (especie de Sir Morold) de nuestras discutibles dinastías primeras de la Reconquista, que son otros tantos mitos, es el documento ibérico concomitante con el anglo-bretón y el maya-quiche; documento con cuya repetición legendaria se evidencia la conexión misteriosa que la mitología anglo-bretona-ibera guarda con la de los pueblos de la otra orilla del Atlántico, unos y otros como conservadores por tradición oral del recuerdo de la Atlántida y de las artes necrománticas de sus últimos tiempos que, al decir de la unánime tradición de todos los países, acarrearón su repentina sumersión en las aguas del Océano.

En la lucha entre Tristán y Morold éste sueumbe bajo la espada de aquel, pero no sin dejar herido a Tristán con una saeta envenenada. Semejante saeta simbólica no es sino las terribles artes de la necromancia, porque no debemos olvidar, según repetidas veces consigna Wagner por haberlo leído sin

duda en los poemas de los bardos donde se inspirara, que Tristán, «con rara previsión» ocultaba su nombre verdadero, llamándose *Tantris*, pero Iseo reconoció en él a Tristán porque en la espada del herido faltaba un pedazo: el trozo de hierro que quedó incrustado en el cráneo de Morold.

Recordemos asimismo que «entonces—canta Iseo en el drama inmortal—desde lo más hondo de mi corazón surgió un grito de cólera y levanté la refulgente espada sobre la cabeza de Tristán para vengar en aquel menguado la muerte de Sir Morold... Tristán, clavado en el lecho, elevó sus miradas, no hasta la espada ni a mis crispadas manos, sino hasta mis propios ojos... Tuve piedad entonces de su miseria; la espada cayó de mis manos y curé su herida, la tremenda herida abierta en su pecho por Sir Morold, para que, al devolverle la vida, pudiese tornar a su hogar, librándome del suplicio de su presencia... Escucha, ahora, añade Iseo a su fiel Brangania, como cumple un héroe sus juramentos. Ese mismo *Tantris* que yo dejé partir humilde y acongojado, no tardó en volver orgulloso y audaz a bordo de un bajel soberbio y pedir mi mano, mi mano de heredera de la corona de Irlanda, para el decrépito rey de Cornouailles, para Marc, para el rey, su tío, en fin. Cuando mi prometido Morold vivía, ¿quién hubiera osado proponernos tal oprobio? ¿Quién se hubiera atrevido a pedir para los tributarios de Cornouailles la corona de Irlanda, su soberana? ¡Ay de mí! ¡Yo fuí la causa secreta de tal vergüenza».

Este sublime pasaje compendia por sí sólo toda la leyenda tradicional de la catástrofe atlante, con más viveza aun de colorido que la relatada por los sacerdotes de Sais o de *Isa* al divino Platón.

Tiene conexiones grandes, asimismo, con el Mito de Psiquis y con la leyenda del Conde de Parténopé (1).

---

(1) Melior, (la mejor) emperatriz de Constantinopla, deseando contraer matrimonio con el hombre más digno, oye pregonar la fama del conde de Partinoples, señor de Blés y sobrino del rey de Francia. La emperatriz, con sus artes mágicas, le hace extraviarse en la caza y le encanta en el castillo de Cabezadoire donde le acaecen escenas de amor con la emperatriz semejantes a las de Eros y Psiquis. Semejante felicidad se interrumpe porque Partinoples necesita acudir en socorro de su tío

Tristán es todo el símbolo de la raza aria, cuya noble sangre circula por las venas de todos los pueblos de Europa proto-histórica tales como el bretón y el anglo-gaadhélico, el libio-ibero o vasco, y en general toda la raza mediterránea, y asimismo por las venas de los nahoas mexicanos y otros pueblos similares. Estos pueblos primitivos, como enseña Alexandre Bertrand en su «Religión des Galois—Les Druides et le Druidisme», tenían por característica, a cambio sin duda de una menor cultura que la espléndida y desde entonces perdida del genuino pueblo atlante, una mayor inocencia pristina y gran pureza de ideales, que les hacía rechazar con horror hasta la sombra de los sacrificios humanos, en sus cultos primievales e incruentos al *fuego Ur y a Ra el cordero misterioso*, cuando no «A la Deidad Una y sin Nombre» y con simbolismos aun no conocidos, como dice Carrasco respecto de los pueblos tartesios que hallaron en Gades los fenicios invasores (1). Las respectivas característi-

---

el rey de Francia en sus luchas con el rey Sornaguer. La madre y el tío del héroe victorioso le engañan luego y trastornando su razón le hacen contraer matrimonio con la hija o sobrina del Papa (*), pero pronto recobra Partinoples el sentido y abandonando a la esposa que le dieran huye con la Emperatriz. Un taimado obispo le engaña, sin embargo, haciéndole creer, como a Psiquis sus hermanas, que aquella invisible no es sino un monstruo que quiere perderle y a quien debe ver a toda costa. Sigue un pasaje idéntico al de Psiquis, en el que pierde al Conde su curiosidad funesta, por castigo de la cual tiene que peregrinar trabajosamente por el mundo, hasta que recibe el perdón de su amada, y consigue su mano, al fin, venciendo en un torneo a sus enemigos.

Esta leyenda inspiró a Doña Ana Caro (*la décima musa andaluza*) su famosa comedia y antes a Tirso de Molina en su *Amar por señas* a Calderón en su *Encanto sin encanto* y a Lope de Vega en su *Viuda valenciana*, según el doctor Bonilla. Ella tiene, además de las indicadas conexiones con la leyenda de Apuleyo, otras muy claras con la de Tristán e Iseo, que el buen juicio de nuestros lectores sabrá por sí propio deducir sin necesidad de más explicaciones.

(1) Carrasco en su «Mitología Universal» dice: «Con razón se asegura que los primitivos españoles tuvieron su culto originario e indígena, distinto del importado por Celtas, Griegos, Cartagineses, Griegos y Romanos. Eforo, hablando de España, dice que en su tiempo (338 antes de J. C.) no había aún templo de Dios alguno en Turdetania, y que en vez de

* Una preciosa alusión a las artes necrománticas empleadas por el Vaticano en todos los tiempos.

cas de Arios y Atlantes en suma y en escala infinitamente mayor sin duda, fueron a la manera de las que ulteriormente presentaron los pueblos del Norte invasores, y los invadidos romanos, porque es harto notorio que las selecciones operadas siempre por el Destino histórico otorgan la preferencia del

---

éstos se hallaban piedras amontonadas de 3 en 3 o de 4 en 4 (dólmenes). Tampoco hacían sacrificios. Según Estrabón, los celtíberos y sus comarcas adoraban a un dios sin nombre. San Agustín afirma que los españoles, por ser sabios y filósofos, adoraron un solo Dios, autor de lo manifestado; incorpóreo, incorruptible, nuestro origen y nuestro bien. Duplex se expresa así: «es cosa harto admirable que estando las otras naciones del mundo sumergidas en la idolatría y en el culto de diversas divinidades con nombres diferentes, los celtíberos adorasen a un dios de ignorado nombre..... Los P. Moledanos añaden: preciso nos es confesar que apenas si quedan vestigios de la idolatría de España antes de la venida de los fenicios. El culto y la religión de los naturales, si alguna tenían, no era tan abominable y supersticiosa como la de algunos pueblos de Oriente..... En las naciones tenidas entonces por cultas floreció la idolatría multiplicando las deidades hasta lo infinito, más en las incultas no se multiplicaron ellas tanto. Su propia barbarie las preservó largo tiempo de esta desgracia. Su religión, a la verdad, era falsa, diminuta y más grosera que en los pueblos civilizados, pero al mismo tiempo más sencilla, menos absurda y no tan supersticiosa. Masden dice que hay que convenir en que la religión revelada (la primitiva?) se introdujo en España juntamente con los primeros hombres y que se mantuvo constantemente por medio de la tradición hasta que los fenicios trajeron la muchedumbre de sus deidades. Según Erro, en fin, los españoles, por el rito simplicísimo de aquellos tiempos no conocían templos ni altares: unas piedras amontonadas eran las únicas aras que usaban y en las que ofrecían a la Deidad las primicias de sus frutos: el mundo entero era para ellos templo del Señor. Añade que los primeros templos que se vieron en España fueron los de las colonias fenicias, pero sus ridículos dioses penetraron en muy pocas partes de la Celtiberia sin alcanzar jamás a las naciones septentrionales, donde conservaron pura la primitiva religión hasta que fué anunciado el Evangelio».

Cuanto coinciden estas admirables alusiones a la primitiva «Deidad de ignorado nombre», con culto todavía desconocido puede verse en la misma obra de Gerbhardt «Los dioses de Grecia y Roma», aludiendo a la influencia de pueblos prehistóricos tales como el etrusco-atlante, rama también del tronco ligur o libio ibero: «Cumás, dice, fué la colonia griega más antigua de Italia. Su Sibila presentó una vez los 9 libros sagrados a Tarquino, pidiendo por ellos un precio exorbitante sobre toda medida. El rey rehusa aceptarlos, y la Sibila quema impasible tres de ellos y pide



triumfo a los hombres y pueblos más fuertes, física y espiritualmente, contra los pueblos más intelectuales o sabios, pero más perversos, por obra y gracia ¡extraña paradoja! de su propia pero mal empleada cultura.

Sin embargo, la Magia Negra de los sacrificios humanos, contagió más o menos a los indo-europeos, y de ello hay numerosas pruebas históricas y ello explica esa inversión del nombre de *Tristán* en *Tantris*. Todavía puede verse en acción en muchos pueblos de la India y de Africa la terrible magia *Tantrika* o de *Tantris*, basada como el Budhismo, el Nargalismo, el Nañiguismo y demás prácticas muy en uso entre los pueblos negros, en los sacrificios humanos, sin traer a colación ciertas flajelaciones medioevales y las tan bárbaras de los Hamachas o Camitas marroquíes. *Tantris*, leído por sílabas y al modo que tantos otros v. gr. *Ca-in: in-ca*, por el entrecruce del modo de

---

otra suma, aún mayor por los seis que le quedan. Segunda negativa del rey y segunda quema de otros tres libros por la Sibila. Aterrado el rey, la detiene cuando ya iba a destruir los tres últimos y la otorga cuanto pidiera. Dichos tres libros fueron llevados al Capitolio y custodiados allí en urna de pórfido, lejos del alcance profano, hasta que el incendio del Capitolio por Sila los hace desaparecer. El Senado romano prevee entonces las calamidades que con tamaña pérdida van a descargar sobre la república y envía solícito comisiones sacerdotales a Cumas, Grecia y otras para reconstituir el tesoro perdido. Desde entonces acudió a ellos la República en religiosa solemnidad, cuando sobrevenían circunstancias muy críticas, celebrando fiestas «en honor de un Dios de ignorado nombre y en forma rituarial todavía desconocida». La Egloga IV de Virgilio se depura como una alusión honda a semejante Rito. Los primeros PP. de la Iglesia citan con respeto a la Sibila Cumana y en el canto elegiaco del *dies irae* se invoca su testimonio para robustecer el del propio profeta David. Marcio, ciudadano y acaso sacerdote romano, vaticinó el desastre de Canas y dijo que la restauración de la disciplina sibilina era el único medio de salvar la República. Pocos años después como la peste se ensañase de Roma, el Senado restauró dicha fiesta anual del 5 de Julio, y cesó como por encanto el azote. Cuéntase en cierta antigua leyenda que, reunido el pueblo para la fiesta, cayeron de improviso sobre él sus enemigos, pero surgió, no se sabe de donde, una lluvia certera de flechas, dispersándolos hasta el punto de que el pueblo romano pudo volver ensanguinado a sus juegos del Dios salvador, sin que el sacerdocio hubiese siquiera interrumpido sus cánticos. Semejante leyenda es idéntica, como se ve, a la nuestra de Covadonga, en la que los últimos refugiados godos, rechazados a otros semitas invasores bajo el protector influjo celeste.

leer ario de izquierda a derecha y del semita de derecha a izquierda, nos da *Nattris* y *Watris*, equivale a la gran serpiente tentadora que tantas veces sale a relucir en la propia Biblia mosaica, y a la que se ha denominado en griego *Hydros* la Hidra o Serpiente del Mal, muerta a manos de Hércules, como la del Gogar lo fuera a las de Odín y la de los nahoas lo fuese por Quetzalcoatl, etc., etc.

No paran aquí las claras alusiones simbólicas de la partitura wagneriana. Si Tristán u Osiris, frente a Tantris y Nattris o es una serpiente buena, un Dragón de la sabiduría, es decir un Naga, un Instructor, o un Iniciado, del cielo caballeresco, e Iseo en sus mil troponimias, no es sino la clásica Isis egipcia o la Istar de los parsis, Wagner, como un verdadero iniciado a su vez de los tiempos modernos, ha manejado a maravilla lo que podríamos llamar filología simbólica en todos los demás nombres de los personajes de su partitura.

En efecto:

Un lector no superficial, bien documentado por otra parte en la terminología védico-sánscrita, ha podido ver en el *Arthus* del cielo caballeresco el *Suthra*, o *Hilo de Oro*, que enlaza a nuestros Egos animales con nuestro Ego Divino (Psiquis y Eros, Castor y Polux, Sigfredo y la Walkyria, Tristán y su divina Iseo, etc.). También ha podido ver en el *Camelot* o infierno de terrores, donde Arthus y todos los caballeros andantes tenían previamente que vencer a la *Bestia Bramadora* o Minotauro cretense («Habitante del Umbral» de la literatura del Ocultismo), etc., el *Kama-loca*, o lugar de la pasión y del Deseo, (que son causa, según la propia partitura wagneriana, de todos los dolores que desgarran al hombre), o sea la morada de *Kamax-tli*, el Plutón nahoa de las más arrebatadas e infernales pasiones.

Wagner, o los textos por él cien veces consultados, han llamado rey *Mark* al que no es sino el *Destino* o *Karma* sánscrito, que, más fuerte que los dioses y que los hombres, es el único que sobrevive a la tremenda catástrofe final del drama y también es, por otro lado, la causa de todo él, ni más ni menos que acontece en la vida, según es la verdadera significación de la palabra *Karma* y *Dharma*: o fatalidad y libertad actuando a un tiempo siempre sobre las resoluciones de los hombres.

Ciego Tristán, como Sigfrido y como Cupido, como Flores en Blancaflor, porque nada nos ciega a las luces superiores del espíritu como nuestros bajos y tempestuosos deseos, olvida a su Divino Ego, a su Iseo, a su propio Espíritu, en una palabra, entregándola, insensato, a los tempestuosos azares de su Karina o su Destino, o sea la desposa, que dice el texto, con el propio e ínfimo rey *Marc* de Cornouailles. Y no se escapan tampoco al simbolismo ario los demás personajes de la obra. *Brangania* o *Bracania* (1) la dama de Iseo, es decir el hada de confianza de la reina (y cuyo nombre es una alusión plenamente gaedhéllica que fué llevada, como enseña la citada obra de Rolt Brash desde Braca o Braganza a las Islas *Británicas*), por su raíz sánserita *brig* es sinónima de esplendor y de fuerza y de aquí *bright*, (puente), y tantos otros en dicha radical apoyados.

En cuanto a Melot, el traidor, no es sino «un mal elemental» que diría un ocultista, *melot*, o infierno de los deseos (*Kama-loca*), como en el escudero *Kuru-cual*, no vemos sino al Gurú marroquí, al *Kurú* o Cauro milite romano, o al *Gurú* sánserito y en el pastor que canta con su flauta la sonata del dolor y la del placer en el mundo de los muertos, el reflejo de tantos y tantos Pastores y Reyes-Pastores de las leyendas, como muy al pormenor se ve en la curiosísima obra greco-latina de los Amores de Clareo y Florisca, con los trabajos de Iseo (2), bien merecedora por sí de un especial estudio, aunque sólo fuese por haber servido de base a la obscurecida novela de Cervantes, «Los trabajos de Pérsiles y Segismunda».

En el simbolismo atlante de todo el primer acto de la obra de Wagner que nos ocupa, la personalidad de Sir Morold, presentada en las otras leyendas menos primitivas como necromante, según hemos visto, toma aquí un relieve de todo punto notable y más adecuado a nuestro entender a las tradiciones

---

(1) No es en modo alguno violenta esta segunda transcripción si se absorbe nasalmente le *ene* de *Bran*, como sucede en francés y se cambia en *ce* la *ge* del nombre, cosa tan frecuente por otro lado en lenguas neolatinas.

(2) Debe consultarse el extracto que de tan interesantísima obra caballerescas se hace en la página 287 del tomo I de nuestras *Conferencias Teosóficas en América del Sur*.

genuinas del continente sumergido. Isis es el ideal, el *Iris* de la Humanidad regenerada y libre, la suprema aspiración redentora de los superhombres, como hoy diríamos y este ideal estuvo siempre representado por la Magia propiamente dicha, la sublime Magia Blanca, tan antigua como el planeta mismo, ciencia suprema que luciese esplendorosa en los días mejores del poderío atlante, y que hoy aparece refugiada solo en el corazón de los *elegidos*. A ella hace referencia Iseo en la partitura wagneriana con estas palabras:

—«¿Dónde perdiste ¡Madre! el poderío que tenías sobre mares y tormentas, ¡oh Arte Mágica!, que ya no sirves más que para adobar ungüentos y bálsamos? ¡Resurge a mi voz, Potencia intrépida, brota del fondo de mi corazón, en donde te refugiaste!» y después dirige una vibrante invocación a todos los elementos destructores contra la raza necromántica de *Tantris*, que acarrese la ruina del imperio de Sir Morold, el primitivo imperio de la Buena Ley al que hacen alusión en sus comienzos los libros sagrados de todos los países, no el imperio del desacreditado Morold de las edades posteriores, cuando el sacerdocio explotador y corrompido apelara ulteriormente a la necromancia que hoy vemos entronizada en los tiempos que reputamos como los más remotos de nuestra prehistoria.

La personalidad del Morold atlante de la Buena Ley, aquel cuya prometida era Iseo o sea el Mundo Superhumano que anhelamos, está admirablemente delineada en los siguientes pasajes de la repetida obra:

«*Iseo*—¡Ciegos ojos, corazones inconscientes, menguado valor, silencio miserable!... ¡Cómo propaló el felón Tristán el secreto (mágico) que yo tenía tan oculto, entregando a la venganza de sus enemigos a aquella cuyo silencio (el sigilo de todos los iniciados) salvó su vida!»...

Y más adelante añade Iseo cuando Tristán invoca cerca de ella el juramento del completo olvido:—«No fué así como yo oculté (o sumergí) a *Tantris*, y cómo Tristán cayó en mi poder... Ante todos él se irguió fiero y majestuoso; pero yo no

---

(1) También el cráeulo de Apolo en Delphos presentaba como un monstruo cruel al divino Eres el futuro esposo de Psíquis.

juré lo que él juraba... ¡porque yo aprendí a callar! Cuando Tristán yacía moribundo en mi recóndito camarín (el Adytia iniciático de los Templos), al blandir su espada con mis amenazadoras manos, en pie junto a él, impuse silencio a mis labios y mis manos juraron antes..., con el pensamiento, juré de nuevo mantenerlo siempre... ¡El juramento de vengar a Sir Morold!... ¡Era Sir Morold mi prometido! ¡El! ¡El más noble caballero de Irlanda! Yo bendije sus armas y por mí combatió. Al caer él cayó mi honor, y entre las angustias de mi desdicha juré que si ningún hombre lograba vengarle, yo misma, ¡pobre mujer!, le vengaría...; y cuando, languideciendo y febril, caíste en mi poder, no quise herirte, y supe curarte, para que te pudiese matar el vengador de Iseo, cuando estuvieras sano y fuerte!»...

En cuanto al carácter de esta Suprema Ciencia de la Magia, que según el dicho del «Libro oriental de los preceptos de Oro» es como la madera de sándalo que perfuma el hacha que la corta, está simbolizada a las claras en las palabras con las que Iseo brinda a Tristán el vino de la reconciliación entre ambos, que no es sino un veneno, antes de desembarcar en la corte del rey Marc.—«¡Oyes esos gritos? (1). Estamos cerca del fin. Dentro de breves momentos (*con ironía*) estaremos... ante el rey Marc. Al presentarme ¡no serás dichoso, diciéndole: «Mírala, señor; jamás podrás contemplar hembra más mansa! Yo maté a su prometido; yo la envié la cabeza del muerto, y ella, en cambio, curó generosamente la profunda herida que su espada me había hecho. Mi vida estaba en sus manos y me la devolvió, añadiendo en arras para ser tu esposa, el oprobio y la humillación de su patria...! pues bien, tan preciosa recompensa para tan grandes hazañas débola a un dulce filtro de reconciliación que, con mano benévola, me ofreció para borrar la huella de toda injuria....» Momentos después los dos rivales, Tristán e Iseo, beben la muerte en la copa de la reconciliación, porque la muerte es en verdad el filtro mágico único capaz de reconciliarnos en un mundo mejor, libres de deseos

---

(1) Los gritos de los marineros son «¡Hohé! ¡Hohé!» onomato; eya del mundo elemental muy frecuente en el Anillo de los Nibelungos.

inferiores, con nuestra Esencia Inmortal en mágico abrazo redentor, superior a cuanto la razón humana puede colegir, al modo de la divina unión de Heros y Psiquis. Por un cruel sarcasmo del Destino, beben el filtro del Amor en lugar del de la Muerte, porque la Diosa del Amor, como Venus en la leyenda de Psiquis, al ver hollados sus derechos, tomó tan cruel venganza como era inmergirles en la insaciable ola del Deseo, según dice Wagner en el comentario al Preludio del Tristán, que, naciendo de la confesión tímida, crece aguzada por el suspiro vacilante, a través de la esperanza, del lamento y del deleite, del goce y del sufrimiento, hasta que, llegando en el paroxismo de su impulsión: al dolor frenético, encuentra la brecha por donde el corazón se derrama en el océano de las infinitas delicias del Amor... ¡Más, en vano tal, embriaguez! El corazón, impotente para resistir, desfallece de nuevo, para consumirse en el deseo, en el deseo inasequible, pues que todo deseo logrado es el germen de otro más ávido, hasta que en el postrer decaimiento alborá en el alma desgarrada el presentimiento del deleite supremo: la delicia de la muerte y del no-sér, la definitiva redención sólo lograda en el maravilloso reino del que más nos alejamos, cuanto más, con más impetuosa fuerza nos obstinamos en penetrarle... ¡Llamaremos a esto morir? ¡O es más bien aquel oscuro mundo del Misterio del cual surgieron una hiedra y una vid estrechamente entrelazadas, sobre la sepultura de Iseo y Tristán, como nos cuenta la leyenda...?»

Como dice Luis París en el prólogo de la traducción española del drama que nos ocupa, los amores de Tristán e Iseo es una de las tradiciones poéticas más esparcidas en Europa durante la Edad Media. Tal leyenda inspiradora de anónimos romances en Inglaterra, España, Francia, Dinamarca, Noruega y aun Italia, como atlante que es, abarca todo el litoral del Océano Atlántico, y Wagner no ha hecho sino rehacer con su fino genio de Iniciado, las enseñanzas de los poemas fundamentales (en lo que conocemos) de tan maravillosa leyenda, es a saber: a la cabeza de todos los demás (el Tristán anglo-normando de Tomás de Breñaña (siglo XII) por su idealismo y su místico significado, como dice Said Armesto; la *prosación* o novela francesa hecha en el siglo XIII con cargo al poema en verso de Beroul traducido al alemán por Eilhart de Oberg y

del atribuído a Chretien de Trojes, nombre que, como casi todos los de los autores de este género, trasciende a cábala y a pseudónimo. Está exhornada, además, aquella novela francesa con mil galas y episodios propios ya del ciclo bretón, entre ellos Lancelot o Lanzarote del Lago y la Demanda del Santo Graal. Gotfredo de Strasburgo tradujo al alemán el Tristán de Tomás de Bretaña y la traducción fué complementada por Ulrico de Turhein (1240) y Enrique de Feeiberg (1300) y por el *Sir Tristeem* de 1330 descubierto por Walter Scott en Edimburgo. Wagner, como nos enseñan los citados señores, pudo inspirarse para su drama inmortal tanto en dichas obras (principalmente la de Gotfredo, de Strasburgo), como en la tragedia que sobre el repetido tema compuso sobre los cánticos de los Maestros Cantores (*mine-singer*), Hans-Sachs, el poeta zapatero de Nürenberg, relativa al mito escandinavo de Sigfrido, que después veremos. También fueron elementos de inspiración para Wagner los de la fábula helénica de Teseo, todo ello más o menos reflejado por otra parte en las trovas del Rey Sabio Alfonso X de Castilla, en las de Don Dionis de Portugal; en el Tristán castellano del Vaticano y en el de la Biblioteca Nacional (descubierto por el profesor Bonilla San Martín); en las leyendas de los Amantes de Teruel y en la histórica de Don Pedro de Portugal y Doña Inés de Castro, de tal modo, dice Said Armesto, que los Iseos y Tristanes abundan hasta cansar en el onomástico gallego y portugués del siglo XV, y en ellos se perciben, hasta la publicación del Quijote, las últimas palpitaciones de la literatura caballeresca y de todo el movimiento provenzal que, como perversión erótico-literaria del sublime y purísimo simbolismo primitivo, fué ahogado en sangre, según muy al pormenor nos refiere D. Víctor Balaguer en su hermosa obra relativa a los trovadores provenzales y catalanes, sin contar asimismo los castellanos y portugueses que pulularan en aquellas admirables Cortes de los respectivos reinos de nuestra península. Sirva de muestra el romance gallego que nos trascribe Said Armesto acerca de

## BERNALDINO E SABELIÑA

- «Po-lo mundo me vou madre,  
po-lo mundo á camiñar,  
en busca de Bernaldino  
que non-o podo atopar».—  
E foise de terra en terra,  
e de lugar en lugar;  
Topou unha lavandeira  
lavando'nun areal:
- «¿ De Bernaldino, señora,  
¿ qué novas me podés dar?»—
- «Bernaldino è da Reiña  
o paxeciño galán,  
po-lo día, po-la noite,  
'no xardín está á cantar.»—  
Ao cabo de sete anos  
á altos pazos foi chegar.
- «¿ Caballero d'armas brancas  
por aquí o viu pasar?»
- «Caballero d'armas brancas  
'no meu monte vai cazar,  
e non ven hoxe'na cea,  
nen ven mañá'no xantar».—
- «Pois que veña, que non veña  
aquí hei-no d'aguardar.»—  
Ao decir estas palabras  
Bernaldino á porta está.
- «¿ Quén te trouxo aquí, Sabela,  
quén te trouxo á este lugar?»—
- Os teus amores, Bernaldo,  
por aquí me fan andar»—
- «Cando eu t'amaba á tí,  
tí non me quixeches amar,  
agora son da Reiña  
e non-a podo deixar;  
se queres volver pr'a terra  
diñeiros n'han de faltar,  
eu che darei ouro e prata



canto pouderas levar».—  
—«Que m'ó deas, non m'ó deas,  
de tí non m'hei d'apartar,  
que os teus amores, Bernaldo,  
son moy malos d'olvidar.»—  
Colléronse po-lo brazo  
puxéronse á pasear.  
Logo que os viu a Reiña,  
logo os mandara matar;  
A ela enterran-na'no coro,  
á él enterran-no'no altar;  
De ela nacen una oliva,  
e de él un lindo rosal;  
Era tanto o que crecian  
qu'aos ceos foron chegar;  
Cando os nortes sopran mainos  
os dous se queren falar,  
cando os nortes sopran recios  
os dous se queren bicar.  
Logo que os viu a Reiña  
logo os mandara cortar;  
De ela naceu unha fonte.  
e de él un río caudal;  
P-olas veigas van correndo,  
po-las veigas sin parar;  
cando van desapartados  
van depresa á rebuldar;  
desque van os dous xuntiños  
van mainiños amainar.  
A fonte tiña un letreiro  
que decía este cantar:  
«Quen padeza mal d'amores  
aquí vénase á lavar.»  
A Reiña los padecía  
e tamen se foi lavar;  
Cando a Reiña chegou  
comeza a fonte á falar:  
—«Cando era nena en cabelos  
tí me mandache matar,

cando era unha verde oliva  
ti me mandache cortar,  
agora son fonte santa  
e á min ves pra te lavar,  
para todos darei agoa  
e por ti hei de secar»—(1).

Después de todos estos apuntes, a los que se podrían dar dimensiones de libro sin gran violencia, hay que admirar una vez más ese prodigioso monumento que se llama «La Doctrina Secreta» de H. P. Blavatsky, donde se barajan a millares los mitos arcaicos que son el *Hilo de Ariadna* que nos puede guiar en el oscuro laberinto de la prehistoria hasta la brillantísima luz de una civilización perdida, la civilización de los atlantes entre los que hubo un tiempo en que la Religión no era sino una Ciencia Matemática, digna más de los dioses que de los hombres.

M. ROSO DE LUNA.

---

(1) Véase, también, en el Romancero galaico-portugués, los pasajes relativos a los Caballeros de la Madreselva lusitana (lai du chevrefeuille de M.^a de Francia) el Simbolismo de las azucenas (Ousenda, Ousea, Ausenda, Euxendra, Urgelia), etc., etc.

## **Las islas del Sol y de la Luna según los libros y escritos del padre Sálas**

---

### **II**

Desde la península de Copacabana, donde establecieron su sede los agustinos, Baltasar de Sálas organizó una expedición a las islas del Sol y de la Luna hacia los comienzos del año de 1617. Señalósele como objeto el estudiarlas y recoger cuantos datos se pudiera acerca de las tradiciones, costumbres y monumentos de las dos islas donde habían establecido los Incas el santuario de la estirpe.

En verdad, era este solo el fin visible de la misión. Estudiando los varios documentos de que consta la obra del padre Salas, puede creerse que quizá se tuviera como mira principal el establecer la identidad de una india llamada Coyllor Lulú y habitante de la isla de la Luna, que según se afirmaba era hermana del Inca Huayna Capac, padre de Atahualpa y Huáscar. Tenía esta india, a la sazón, ciento treinta y seis años (1), pasando por ser la misma que hacia 1530 guiara al padre Bartolomé de las Casas a las orillas del Titicaca y recibiera de él, con el bautismo, el nombre de Candelaria.

Ahora bien: una de las tantas cédulas reales dadas en favor de los aborígenes americanos, firmada por Carlos Quinto, conce-

---

(1) Como se verá más adelante, casi todos los habitantes de la isla eran centenarios. El padre Vizcarra asegura que aun hoy abundan en la región del lago los que han vivido más de un siglo. Idéntica afirmación se nos ha hecho por parte de muchos que conocen el sur boliviano. Puédese, pues, creer en la longevidad de Coyllor Lulú; en cuanto a su parentesco tan inmediato con Huayna Capac, pudiera ser, como sugerimos más adelante, una piadosa maniobra para hacerse de recursos con que levantar los templos católicos de Copacabana.

día toda suerte de honores a los descendientes del gran Inca, llamándolos a dividirse los bienes que este dejara a su muerte. Consistían estos en extensas fracciones de tierra, en su mayor parte usurpadas por los conquistadores y los que tras ellos llegaron desde España, pero solo poseídas a título de ocupación. El padre Salas exhumó la cesárea cédula y según parece, intentaba hacer reconocer el mejor derecho a favor de Coyllor Lulú. Nada podía conseguirse sin antes probar la identidad de su protegida. Pensó, entonces en levantar una información jurada en el Titicaca y fué este el verdadero y oculto fin de la misión a la isla de la Luna (1).

Pero ¿por qué se tomaba tanto empeño el padre Sálas por Coyllor Lulú? En nuestro artículo anterior hemos hablado de tres templos que pensaba levantar en Copacabana. Ya había puesto la península bajo la advocación de la Candelaria y en el convento agustino venerábase una milagrosa imagen, de la virgen tallada por un indio, y la cual había obrado portentos «aun antes de ser bendecida». Pues bien, Coyllor Lulú tenía una gran devoción por su patrona y no habría de negarse a contribuir a su mayor prestigio, máxime cuando todo lo que podría recibir le vendría por la intervención del padre Sálas. Haríase de la península un verdadero santuario y lugar de peregrinación para todos los cristianos del nuevo mundo, bajo la citada advocación de la virgen de la Candelaria, a lo que por otra parte se prestaba la tradición aymará que hacía de Copacabana «el faro de luz del mundo».

Sólo así se explica una actitud que habría de acarrear al agustino el odio de cuantos disfrutaban de la herencia de Huay-

---

(1) No se desprende esto del texto de las instrucciones, pero se sugiere de un diálogo que más adelante tuvo Sálas con Coyllor Lulú. Es de admirar la política del agustino. Una reivindicación por las vías ordinarias, era difícil o cuando menos muy larga; abreviábase, intentándola con el favor del monarca, al que se le explicaría la situación de la hermana del Inca en el desarrollo de un relato interesante sobre los santuarios del Titicaca.

Según parece, la reivindicación fué intentada seguramente sin éxito. Oponíanse a el dos cosas: la influencia de los usurpadores y la infinidad de descendientes, falsos o verdaderos, de Huayne Capac.

na Capac. No sería su objeto tan elevado como el que persiguió Las Casas; pero pudo ser igualmente desinteresado. En cambio, es más explicable, pues el fanatismo suele obrar mayores milagros que el ideal humanitario y que el mismo móvil personal. En provecho propio, quizá hubiera temido intentar semejante empresa y también en favor de terceros; pero le sobró valor para hacerlo en beneficio de la iglesia a que pertenecía.

Decidida la expedición a las islas del lago, fué puesta al frente de tres encomenderos, los padres José de Zamacola, Alonso de Cepeda y Sebastián de Indacochea López. Constaba de unos sesenta indios de distintas razas, con sus curacas o jefes y lenguaraces. Antes de partir, dividióse la labor a realizar en tres secciones colocándose un padre al frente de cada una de las mismas.

La primera sección tendría a su cargo el estudio y proceso de la religión de los naturales; la segunda, todo lo concerniente a monumentos, palacios, adoratorios, etc., y la tercera el ir recogiendo y anotando datos sobre la historia, costumbres y ocupaciones de los Incas antes de la conquista española, si bien en su mayor parte subsistieran aun (1).

Distribuída así la tarea, los expedicionarios partieron del embarcadero de Sampaya en varias balsas de totora y botes contruídos por los indios de la península. El lago cruzóse fácilmente en una extensión de tres leguas, llegándose al cabo del día a Coaty o isla de la Luna. Afecta esta isla la forma de un inmenso cetáceo, según la gráfica descripción del relato que comentamos y se halla situada frente al Sorata y a la entrada del estrecho de Tiquina. Sus dimensiones pueden calcularse en tres millas de largo por dos de ancho.

Poco antes de llegar, y entre los claros de los árboles comenzó a ver los diversos monumentos cuyas ruínas, según se nos asegura, subsisten todavía. Intactos a la sazón, aunque desmantelados, fueron apareciendo sucesivamente el castillo de las Vírgenes al Oriente, el Templo de la Luna al centro y hacia el ocaso el palacio de los Incas.

---

(1) Y aun hoy, después de cuatro siglos de influencia católica, aunque no, por cierto en su pureza primitiva.

Divisados desde la orilla los expedicionarios, salióslos a recibir la totalidad de los habitantes: unos treinta individuos de ambos sexos vestidos a la manera incásica, pero entonando en *sagrado aymará* las letanías y cánticos que les enseñaran los primeros doctrineros llegados por aquellos parajes. Eran todos viejísimos, pero conservaban todavía sus facultades mentales perfectamente equilibradas. El menos viejo de todos, una mujer, pasaba de los noventa y dos años, llegando a ciento ochenta y dos el más anciano.

Entre estas dos edades estaba la de los demás miembros de la comunidad de Coaty, que parece formaran algo parecido a un extraño convento donde se adorara a las viejas divinidades con el nombre de las nuevas traducido al lenguaje aimará (1), lo que viene a significar que, en resumen, muy poco habían ganado los evangelizadores españoles.

Entre las mujeres de Coaty que salieron a recibir a los viajeros, estaba Coyllor Lulú.

Teníasela en mucha consideración, pues era la Sibila de la comunidad, ejerciendo funciones más parecidas a las de una maga que a otra cosa. Llamábanla *princesa del Lago*, a más de otras denominaciones religiosas o jerárquicas que revelan cómo la práctica católica figuraba a título por demás precario en la liturgia de los isleños, a pesar de las aseveraciones hechas en las memorias remitidas a príncipes y virreyes sobre el éxito catequista.

A más de esto, Coyllor Lulú o Candelaria pasaba por ser la que mejor manejaba los quipos y un verdadero archivo viviente de la historia incásica y de todo el nuevo mundo.

Más adelante, en una visita que el padre Sálas hizo a Coaty.

---

(1) En realidad, el culto seguía siendo el incásico. Incapaces de extirparlo, los doctrineros se contentaban con destruir los ídolos que no podían servir para Cristos, vírgenes o Santos, tales como piedras o animales quiméricos y personificaciones absurdas, símbolos más bien que ídolos pero cuyo significado ignoraban en absoluto los españoles. Tanto Sálas como los otros primeros historiadores de Indias, convienen en que, con cierta reserva, los Incas prosiguieron siempre tributando adoración a sus dioses. Hoy mismo se rinde culto a Pachacamac hasta en nuestras mismas provincias del norte. Ciertas prácticas católicas, como la *misa chica* son vestigios de los cultos incásicos aceptados por los tolerantes monjes del norte.

oyó de labios de la princesa la tradición religiosa de los aymará, desde la creación del universo hasta la conquista española. Ya tendremos ocasión de resumir esa leyenda más adelante, cuando hayamos dado a conocer otros pormenores de la isla de la Luna y de la misión de los encomenderos.

«Desde la playa, dice la relación, subimos una hermosa calle con gradiente de una milla por entre árboles seculares (kisgnaras, kkolis y kkeñuas) hasta una plaza de cien varas cuadradas, sita a nuestra izquierda. En sus dos frentes hay edificios modernos, donde nos recibieron en sus espaciosos salones y gabinetes magníficamente entapizados con tejidos muy finos de color tornasol verde, rojo y violado, hechos de lanas de kargnas, allpakas, pakkos, gnanacus y wicuñas.»

Una vez instalados, comenzaron a desempeñar su misión. En primer término, fueron a desmontar el sepulcro de Mama Ojillo, situado en el Templo de la Luna (1). Este templo, cuya descripción ocuparía mucho espacio, conocíase que había encerrado riquezas inmensas en labrados y planchas de oro y plata. Pero desde la caída de Atahualpa, los grandes sacerdotes

---

(1) No estará de más una descripción del palacio Imperial, y en la imposibilidad de hacer de la que escribieron los encomenderos un resumen inteligible, la transcribo al pie de la letra:

Dice así: «Fuimos a este (el palacio Imperial) por una vereda embalsada, entre jardines a nuestra izquierda y con canchones del ganado a nuestra derecha, o sea hacia las goteras sobre el lago misterioso.

Ocupa un área de 143 varas de largo por 78 de ancho, en buen terreno, con bases de granito, en el límite occidental de la isla y a la altura de 50 varas sobre el nivel del lago. Esto baxa, fuera de sus patios colaterales y de sus torreones dentellados con sus ídolos de lápiz lázuli y otros de berenguela blanca. Le divide en dos buques una calle de ocho varas, que principiando de su rada cruza toda la isla hasta su límite oriental. Por cada frente, que tiene altos y bajos, sobre el patio, le cuadran doce pirámides dentelladas ó torreones de piedra, cada uno de dos á dos varas cuadradas y del alto, sucesivamente, de ocho, de diez, y de doce varas. Llevan por cada frente su nicho cuadrilongo, conforme al torreón; en cada nicho están embutidas piedras hieráticas, *alternative*, con planchas de estaño de á doce pulgadas cuadradas; todas tienen, en bajo relieve, geroglíficos egipcios y cifras arábes de tres seis (666) en medio de 14 (catorce) rayas ó signos del pali |||||666|!!!!!!!, adornando una piedra angular, poco mayor que todas; y en cuyo centro de oro hay tres ocho (888) ára-

fueron poco a poco arrojando al lago el inmenso tesoro que representaba, para impedir que cayera en manos de los conquistadores. Esto que fué asegurado a los encomenderos, lo encontramos, también, en muchas relaciones de la época colonial, y aun los indios del Norte cuentan que el lago de Titicaca está sembrado con el oro de los Incas.

Guiados por los sacerdotes indios, penetraron los encomenderos en la tumba de Mama Ojjillo. En un rojo ataúd de mármol, de tres varas de largo por una de ancho y alto, guardábase el brazo de la primera reina y madre de los Incas, Mama-Huacú Ojjillo, llevado allí por su hijo Cinthy Rocka, «para que custodie la puerta de la escala subterránea, y por su calle que rodee por debajo del Lago todo su Imperio». El brazo, momificado, estaba dentro de un tubo de plata, que a su vez era guardado por una caja de estaño, primera cosa que se vió al abrir el ataúd de la reyna. Junto con el brazo, el tubo de plata encerraba también varios amuletos, kipos y monedas de oro y de plata.

Prosiguiendo la investigación, los encomenderos hallaron la puerta y la escala subterránea de que le hablaban los sacerdotes indios. Esta escala, o mejor dicho, pasadizo, descendía hasta el nivel de las aguas y recorriéndola, se encontraron tres piza-

---

hes, primorosamente embutidos y rodeados con las catorce rayas de los tres seis en forma de círculo. También en cada nicho están los Khellas con sus kipos de plata, y en forma de agujas y alfileres, (que llaman llauris) son de chuqui o charo, de kleyallas y cchillihuas, y los vulgares de hilos diversos. Frente a su puerta general, embellece su patio otro grande torreón de berenguela, en lugar de la pila, con su chorro de agua caliente por cada lado. Tiene un solo nicho alto, lleno de idolitos de lápiz lázuli y con la piedra angular, adornada de estrellitas y geroglíficos mayúsculos. Y pidiendo su interpretación a sus amauthas y yatiris, dicen: Mokke-Uyu (Moquechua) *Bodega Imperial* de 888 ** del Into y 666 ** del Inca Malleu y padre de catorce príncipes. Igual a este es el otro buque, al cual pasamos. Tiene en altos y bajos, salones y oficinas de un grande *Hospital de reyes*; y es muy semejante a nuestras clínicas y anfiteatros de Europa, por sus lunetas e instrumentos de cirugía. Su torreón blanco, hace terno con el del anterior; y sus idolitos de oro y plata, son: del Trueno, del Rayo y del Fuego en llama y en brasas. Los geroglíficos y kipos, designan las salas quirúrgicas; y los del torreón, dicen: Apuceo-llañuyu. . . . (Sacro-hospital y botica) de 888 ** del Inti y 666 ** años del Malleu-Ceolla-wayu. (Inca Callaguaya) médico y cirujano universal.



rras de a un codo cuadrado y de un espesor de cinco pulgadas, con cifras arábigas grabadas en bajo relieve. Tenían la forma de romboide y se repetían también en ellas las crucesitas griegas (1).

La que no les fué posible encontrar a los enviados del padre Sálas, fué la calle subterránea que rodeaba todo el Imperio. A pesar de lo crédulo que fueron los hombres del siglo xvii, no creyeron posible que pudiera existir semejante camino, al que se hace alusión en más de una leyenda del sur de Bolivia y el norte de la Argentina.

Todas las reliquias halladas por los encomenderos, incluso los restos de Mama Ojillo en sus tres envases, fueron transportados a Copacabana.

Los objetos de oro y plata se fundieron para costear asuntos piosos. De las planchas se sacaron dos copias, una en estaño y otro en papiro al mazzo; de las primeras, nada se sabe, y en cuanto a la segundas, completamente llenas de sentencias e interpretaciones, agregados, etc., etc., se hallaban impresas en los manuscritos y obras del padre Sálas, como también en otros documentos que reunió de distinto archivo el padre Viscarra para completar la documentación de su obra *Copacabana de los Incas*.

Habría deseado dar, cuando menos, un resumen de los expedientes formados por los tres sacerdotes enviados a Coaty; pero ellos están completamente diluidos en la obra de Viscarra y costaría una labor inmensa el armonizarlos de nuevo. No hay más remedio que aprovecharlos cuando la ocasión se presente. Por lo demás, procediendo con orden hemos de arribar al mismo fin, cual es de extraer de las obras y manuscritos del padre Sálas todo lo que en alguna manera pueda contribuir a restaurar la tradición incásica.

ANGEL CLARA.

---

(1) Ya he manifestado que sigo al pie de la letra los libros del padre Sálas, y éste o sus auxiliares son los que responden de la verdad de sus afirmaciones. Todo el libro está plagado de aseveraciones de este estilo: caracteres palí, caracteres hebreos, caracteres egipcios, griegos, etc., etc.). ¿Qué otro remedio que aceptar de buena fe las palabras de los únicos que estuvieron en posesión de la verdad diéranla o no?

## El supremo amor

---

Una cultísima maestra superior—doña Asunción Mascaró y Gaurán—ha editado una conferencia que leyó hace unos días en el local social del Gremio de Profesores particulares de Cataluña.

El tema es interesante—mucho más porque lo desarrolla un cerebro femenino, destinado a enseñar y a corregir a las mujeres adolescentes—, y bien merece que un cronista diga su comentario, que, si no desde un punto pedagógico, sabrá decirlo desde un punto serenamente humano.

En las primeras páginas, la conferenciante tiene un acierto definitivo. Con una clarividente seguridad afirma que a la mujer hay que educarla para el dolor. Es exacto. El dolor purifica y ennoblece, es fuente de venturas. El dolor es el supremo adorno del alma generosa y sensible de la mujer. Educándolas para el dolor, serán abnegadas, piadosas y caritativas. No separándolas de los dolientes y de los afligidos, hallarán la clave de la vida, que es el constante penar y la eterna tristeza. Las alegrías y los goces sólo sirven para acrecentar el valor espiritual del dolor.

¿Y quién enseñará a la mujer—pregunta la conferenciante—a soportar el peso del dolor?... ¿Quién le inspirará el espíritu del sacrificio y la hará superior a la pena?... «Únicamente la religión y una educación prácticamente cristiana, católica».

Ahora ya no, mi buena señora; ya no es usted justa.

Después del acierto al exponer la idea de la solución, viene el eterno error formal. Pasable fuera lo que usted dice si, en lugar de concretar dogmáticamente, dejara usted una puerta abierta a los anchos horizontes. ¿Por qué decir «únicamente religión»,

y no «únicamente Moral?...» ¿Por qué decir cristiana, y en seguida especializar mezquinamente con la palabra católica?...

En otro punto de su conferencia nos habla usted del goce íntimo que experimenta el alma cuando ha llevado a cabo una buena acción. Y dice: «¿Puede haber mayor premio que la voz de la conciencia, cuando nos alienta diciéndonos: «has cumplido con tu deber?...» Pero añade usted: «...Dios será tu recompensa». Y entonces la abnegación se desprende de la más alta emoción espiritual: el sacrificio.

¿Por que no la Moral y la conciencia? ¿Por qué no la religión del Bien por el Bien?... Esa es la más noble y la más pura. Hacer el bien con la esperanza de premio, es moral egoísta. El cielo que prometen los hombres de acá lo hemos hallado en la tierra todos los hombres buenos. Es la limpieza de la conciencia. Es la paz del espíritu. Es la moral justiciera de Epicteto. La alabanza secreta de la conciencia es ya la mayor recompensa. No hay otra. No puede haber otra. Hombres buenos hay en todo el haz de la tierra, y sería muy triste y muy duro que un hombre bueno, hijo de su religión y de su patria, no católico ni cristiano, sufriera castigo de un Dios vengador por el solo hecho de no haberse rotulado con un nombre de origen exclusivamente humano. El hombre bueno está por encima de los viejos dogmas.

Se llega a una cumbre espiritual—y usted lo sabe bien, mi buena señora—en que la única religión es la Bondad. Ella es la gran educadora. Ella es la que, generosa y abnegadamente, nos hace amable el camino del dolor, y nos fortalece y nos premia. La mujer que ha de perder el alma, lo mismo la pierde con religión que sin ella. Pero no la pierde si es buena.

El problema está en si el catolicismo es el único vehículo de la bondad, o si la bondad es eterna y libre. Es fácil decidirse: ¿los únicos hombres buenos son católicos?, o bien: ¿hay hombres buenos que pertenecen a otras religiones?... Es innegable. Hay hombres buenos en todas las religiones. Acaso son los hombres que sobreponen siempre su moral a su dogma. Luego la bondad es el supremo bien universal.

El dolor es el temple de nuestra bondad. Y para ser fuertes ante el dolor hay que ser buenos. Siendo, pues, tan íntima esta relación, bastaría decir que hay que educar a la mujer para la bondad.

El defecto estriba en que se ha viciado de tal modo nuestra inteligencia y nuestra razón, que se hace difícil concebir el bien por el bien. Nuestro sentido interior, nuestra fantasía, no se aviene a retenerse en los límites del deber—esa Moral pura que dibiéramos inculcar en todas las conciencias—, sino que todo lo esperamos de lo milagroso, de lo sobrenatural, de la fuerza superior... Y entre tanto rito, y tanta leyenda, y tanta teoría..., ¿dónde está la verdad?...

La verdad única es el Bien. Pero el Bien—oigo decir—es una emanación divina. Y ahora oigo preguntar: Divina... Divina... ¿y de cuál Dios emana?... De un Dios bondadoso y suave, que es infinito y eterno, grande y desconocido. Es el mío, el que yo adoro. El Dios perpetuamente desconocido, en el cual desconocimiento está la mayor verdad. Porque el hombre que dice haber llegado a conocer a Dios, y lo pinta a su imagen, y lo envuelve en misterios milagrosos y sobrenaturales, es un hombre ensoberbecido, orgulloso, un teurgo ridículo...

De mi Dios yo sólo conozco la esencia, que es la Bondad. Ella nos basta a los hombres buenos. Es delicia de la conciencia, que enciende el amor al Bien y nos hace fuertes para el dolor. El alma tiene un solo rótulo: el deber.

Una educación religiosa, divinizadora de dogmas y milagros, que sujeta la moral a los misterios sobrenaturales, será siempre semillero de odios. No se diga por réplica ese enorme lugar común de que la religión es un freno para el mal. El mal no tiene freno en teóricas definiciones. Sólo en el amor puro, abnegado, piadoso que es la bondad.

Edúquese en bondad a las mujeres, y desbrócese de viejas imágenes el camino. No haya más que un espejo. Un espejo ancho, resplandeciente, cristalino... El amor al Bien.

F. MIRABONT VILAPIAN.

---

## Crónica científica

---

### **¿Sueñan los muertos?—La teoría de Myers.— Sugestión de ultratumba.—Casos**

La *Society for Psychical Research*, de Londres, publica todos los semestres un volumen de estudios psicológicos, que suelen ser fecundos en teorías novísimas sobre la manera de ser del alma y revelaciones sorprendentes al extremo.

En uno de esos volúmenes, monsieur Myers sostiene la original teoría de que los muertos sueñan, y como no deja de ser curioso lo expuesto por ese sabio, vamos a hacer un extracto de ello, recogiendo lo más interesante, más por la fantasía que revela que porque las admitamos como fundadas sobre sólida base.

Sonar no es la palabra más apropiada para definir lo que hacen los muertos, pues en realidad lo que Mr. Myers les atribuye es la facultad de pensar.

Pero como se llama un sueño al pensamiento de la persona que duerme, de igual modo cree el honorable individuo de la S. P. R. que debe decirse que los muertos sueñan y no que los muertos piensan.

La teoría de Mr. Myers puede condensarse en las ideas siguientes:

Así como después de apagada la llama de una luz, queda todavía encendido durante algunos minutos el pábilo y despidiendo débiles fulgores, de igual manera el espíritu de los muertos no abandona brusea y totalmente la tierra, ni los seres queridos, sino que por algún tiempo conserva lazos que el transcurso de los años va debilitando.

Durante ese lapso de tiempo, los muertos piensan en las cosas de la tierra; en los afectos profundos que aquí dejaron y en las cosas graves que callaron y que querían comunicar a los vivos.

Cuando se trata de revelaciones de verdadera importancia, el pensamiento del muerto puede adquirir tal intensidad y tal energía, que llega a causar en el espíritu de los vivos afectos verdaderamente hipnóticos, siempre que encuentre un «sujeto» favorable, es decir, siempre que el muerto encuentre un vivo cuya voluntad y fuerza de pensamiento sean más débiles que las suyas, como sucede entre el hipnotizador y el hipnotizado.

Mientras el vivo está despierto, no es fácil la comunicación del muerto con él.

Pero cuando el vivo duerme, se aproxima grandemente el estado de su espíritu al del muerto y entonces la aproximación de ambos espíritus es fácil y que con el haya acción hipnótica.

Cree entonces el hombre vivo que sueña determinada cosa, cuando en realidad es que el pensamiento del muerto ha logrado sobreponerse al suyo propio.

Y cuando el durmiente despierta, le sorprende la fuerza con que ha soñado, y la cosa soñada se convierte en obsesión durante la vigilia.

Mr. Myers ilustra su artículo con multitud de ejemplos, cuya verdad garantizan varios testigos en la mayoría de los casos.

DR. TRAVELLER.

---

# PENSAMIENTOS Y LIBROS

**Director: Dr. CATALANO**

## De "El Pensamiento de la Humanidad"⁽¹⁾

POR

LEÓN TOLSTOI

### La Fe

Para vivir feliz debe, el hombre, saber aquello que puede y aquello que no puede hacer. Y únicamente la fe se lo enseña. La fe indica lo que es el hombre y porqué está sobre la tierra. Esta fe ha existido siempre y existe en todos los hombres dotados de razón.

### I.—En qué consiste la verdadera fe

1.—Para vivir una vida feliz debe, el hombre, comprender lo que es la vida, aquello que puede y aquello que no puede hacer. Los que fueron mejores y los más sabios de todos los pueblos, enseñaron ésto en todo tiempo. Todas las doctrinas de

---

(1) Creemos que con esta traducción, damos a nuestros lectores de LA CRUZ DEL SUR, una obra *grande, hermosa y buena*. Resume el pensamiento que, sabios y santos, han tenido sobre el eterno problema de la *existencia* y de la *vida*. Tolstoi llamó, poética y sentidamente, a su obra: EL CAMINO DE LA VIDA; E. Halpérine Kaminsky—el traductor al francés del texto ruso—le ha dado el nombre, que nosotros hemos adoptado.

El prólogo que el autor coloca a su obra, es el siguiente:

«Los pensamientos aquí recopilados, pertenecen a los más diversos autores; desde los escritos de los brahmanes, Confucio, los budistas, hasta el Evangelio, las Epístolas y los trabajos de numerosos pensadores, tanto antiguos, como modernos. La mayor parte de esos pensamientos han sido totalmente modificados por mis traducciones y adaptaciones, que sería impropio mantener la firma de sus autores. Los mejores de esos pensamientos no son míos, sino de los más grandes sabios del universo». León Tolstoi.

«Tolstoi cita, ... todos los libros sagrados conocidos por todos los países: la *Biblia*, *Vichnú-Purana*, *Ramakrishna* y otros textos hindúes; Buda,

esos sabios, se unen por su base. Y este conjunto de doctrinas, revelando el fin de la vida humana y la conducta a seguir, es lo que constituye la verdadera religión.

2.—¿Cuál es la significación de ese universo, del cual yo no concibo ni fin ni principio? ¿Qué representa mi vida en este universo y como debo vivir esta vida?

Sólo la fe responde a estas cuestiones.

3.—La verdadera religión tiene por misión, revelar la ley que rige todas las leyes humanas y que es una para todos los hombres.

4.—Pueden existir muchas creencias erróneas, pero la verdadera creencia es una.

KANT.

5.—Si tu fe ha sido desflorada por una duda, tú no tienes más la fe.

La fe es solamente la fe, cuando ni aun tienes el pensamiento de que ella pueda ser engañosa.

6.—Existen dos clases de creencias: la confianza que se acuerda a lo que afirman los hombres; ésta es la fe en la humanidad y se cuentan en gran número. La otra reconoce la dependencia que tiene con respecto a Aquel que nos ha enviado a este mundo. Esta es la fe en Dios y es una para todos.

---

Lao-Tseu, Confucio y los Brahmines; el *Evangelio*, los Apóstoles, el *Talmud* y el *Corán*; y también las más antiguas tradiciones: chinas, hindúes, árabes, persas, e igualmente la de los mejicanos anteriores al descubrimiento de América y los quince siglos antes de la era cristiana; los filósofos griegos Heráclito, Sócrates, Platón, Jenofonte y Epicteto, como los romanos Catón, Cicerón, Séneca, Juvenal, Marco, Aurelio y Lactancio; Basilio el Grande y Juan Crisóstomo; Mahoma, Saadi y Said Ben-Hamed; Juan Huss, Erasmo, Lutero; Montaigne, Pascal, Fenelón, La Bruyère, Rousseau, Lamennais y Lamartine; Emerson, Bentham, Thomas Moore, Carlyle, Ruskin, Carpenter, Grant-Alen y Enrique George; Kant, Lessing, Humboldt y Schopenhauer; Gogol, Herten y Dostoievsky, etc., etc., para no nombrar más que libros y autores universalmente conocidos y sin proponernos mencionar las fuentes que Tolstoi no indica; en cuanto a los pasajes tomados, son, como él lo explica en su prefacio, interpretados y no fielmente traducidos por él. E. Halpérine-Kaminsky.



## II.—La enseñanza de la verdadera fe es siempre clara y simple

1.—Creer—significa tener confianza en lo que nos es revelado, sin preguntarnos por qué es así y qué resultará de ello. En eso consiste la verdadera fe. Nos enseña quiénes somos y qué deberes suscita en nosotros éste conocimiento; pero enmudece ante las consecuencias y los resultados ordenados por ella.

Si creo en Dios, inútil es conocer el fin de mi obediencia a la voluntad divina, porque sé que Dios es amor y que el amor no tiene más que un fin: el Bien.

2.—La verdadera ley de la vida es tan simple, tan clara y tan comprensible que los hombres no tienen disculpa por su mala vida, pretextando ignorancia de esa ley. Si los hombres viven contrariamente a la ley de la verdadera vida, repudian la razón. Y es eso lo que hacen.

3.—Se dice que el cumplimiento de la voluntad divina es arduo. Es falso. La ley de vida no nos pide más que amor hacia nuestro prójimo. Y el amor no es penoso sino alegre.

Según GREGORIO SKOVORODA.

4.—El sentimiento que experimenta el hombre, cuando descubre la verdadera fe, es semejante al de una persona que hiciese brotar la luz en un cuarto obscuro. Todo se ilumina y el alma se llena de júbilo.

## III.—La verdadera fe está en el amor a Dios y al prójimo

1.—«Amad los unos a los otros como os amo; todos os reconocerán por mis discípulos, si os amáis los unos a los otros»,—ha dicho Jesús. No dice: si *creéis* en ésto o en aquéllo, pero si, si *amáis*.—La fe en los hombres, en diversas épocas, puede variar, pero el amor es invariable en todos ellos.

La verdadera fe es única—es el amor a todo lo que vive.

IBRAHIM DE CORDOUE.

2.—El amor hace a los hombres felices, porque une el hombre a Dios.

3.—Jesús ha revelado a los hombres, que lo *eterno* no es lo mismo que lo *futuro*, pero que lo eterno, lo invisible, está en nosotros, en esta misma vida; que nos hacemos eternos cuando estamos en comunión con el Dios-Espíritu, en el cual todo vive y se mueve.

#### IV.—La fe dirige la vida de los hombres

1.—Únicamente aquel que obra siguiendo lo que considera como ley de la vida, conoce la ley de la vida.

2.—Toda fe no es más que la respuesta a: ¿cómo debo vivir en el mundo, nó para las miradas de los hombres, sino a los ojos de Aquel que me ha enviado sobre la tierra?

3.—La verdadera fe no consiste en saber hablar bien de Dios, del alma, de lo que ha sido y de aquello que será, sino únicamente de saber bien, aquello que se debe y no se debe hacer en esta vida.

Según KANT.

4.—Si un hombre experimenta desdichas en la vida, es únicamente porque este hombre no tiene fe. Lo mismo es, para todo un pueblo. Si un pueblo es desdichado, es porque ha perdido la fe.

5.—La vida de los hombres es feliz o desdichada, según su concepción de la verdadera ley de la vida. Cuanto más claramente comprenden esta ley, tanto más feliz es su vida; cuanto más falsamente la comprenden, tanto más desdichada es su vida.

6.—Para desprenderse de las manchas del pecado, de la depravación y de la vida desdichada, es necesario a los hombres una cosa, una religión en la cual no vivan cada uno para sí, como lo hacen actualmente, sino una vida en común, reconociendo todos la misma ley y el mismo fin. Entonces, solamente, los hombres, repitiendo las palabras de la oración del Señor: «Que tu reino sea sobre la tierra como en el cielo» podrían esperar que el reino de Dios viniera realmente sobre la tierra.

Según MAZZINI.

7.—Si una religión nos enseña, que es necesario renunciar a esta vida por la vida eterna, es una religión falsa. No se puede renunciar a esta vida por la vida eterna, por la razón de que la vida eterna ya existe en esta vida.

WEMANA INDIA.

8.—Cuanto más sólida es la fe de un hombre, tanto más su vida es firme. La vida de un hombre sin religión, es la de una bestia.

### V.—La falsa religión

1.—La ley de la vida, ordenando amar a Dios y al prójimo, es simple y clara: todo hombre habiendo alcanzado la edad de la razón, la siente en su corazón. Por consiguiente, si no hubiera doctrinas erróneas, todos los hombres reconocerían esta ley, y el reino de los cielos estaría en la tierra.

Pero, en todas partes y siempre, falsos doctores han enseñado a los hombres a reconocer como ley de Dios, lo que no es su ley. Las multitudes han aceptado estas falsas doctrinas y se han alejado de la verdadera ley de la vida y del cumplimiento de la verdadera ley. Es así que su vida, se ha vuelto más penosa y más desdichada.

No debemos, entonces, creer en ninguna doctrina, si ella no está de acuerdo con el amor en Dios y en el prójimo.

2.—No debemos creer que la religión es cierta, porque sea vieja. Al contrario, cuanto más los hombres viven, tanto más la verdadera ley de la vida se les hace clara. Suponer que en nuestra época, debemos creer en lo que creían nuestros abuelos y abuelas, es creer que un adulto puede continuar llevando los vestidos de su niñez.

3.—Nos lamentamos de que no creemos en lo que creían nuestros padres. No debemos desconsolarnos, pero sí esforzarnos en crear una religión, en la cual podamos creer, tan firmemente, como nuestros padres creían en la suya.

MARTINEAU.

### VI.—El culto exterior

1.—La verdadera fe está en la creencia en una sola ley, que conviene a todos los hombres del universo.

2.—La verdadera religión, enseña a vivir en el bien, de acuerdo con todos y de obrar con el prójimo, como quisiéramos que se obrara con nosotros.

Esta verdadera religión, ha sido enseñada por todos los sabios, por todos los santos de todos los pueblos.

### **VII.—La idea de recompensa, por la buena conducta, es incompatible con la verdadera ley**

1.—Cualquiera que practique una religión, en vista solamente de las recompensas que ella puede asegurarle por sus buenas obras, no hace prueba de fe, sino de cálculo, cálculo siempre falso. Es falso, porque la verdadera ley asegura la felicidad únicamente en el presente; ella no da, ni puede dar, ninguna felicidad en el porvenir.

2.—Un obrero deseaba colocarse. Encontró dos agentes de colocación que, cada uno por su parte, pusieron a alabarle sus patrones. El uno díjole que la colocación era excelente. «Es cierto que si no satisfaces al patrón, te golpeará, te aprisionará; pero si aciertas en satisfacerle, no tendrás una vida más agradable. Cuando hayas terminado tus horas de trabajo, tendrás tu descanso, vivirás sin hacer nada; fiestas, vino, golosinas y paseos cada día. Agrádale solamente; la vida te será tal, que no imaginarás mejor.»

El otro agente de colocación invitó, a su vez, al obrero, a aceptar su patrón, pero no dijo cómo sería recompensado; no podía ni indicarle dónde y cómo vivían los obreros y si el trabajo era fácil o penoso; sólo afirmó, que el dueño era bueno, que no castigaba a nadie y que vivía, él mismo, entre sus empleados.

El obrero reflexionó: «El primer patrón promete mucho. Si todo fuera cierto, no serían necesarias tantas promesas. Dejándome tentar por una vida muelle, podría suceder mucho mal. El dueño debe ser malo, porque castiga severamente a los que no trabajan a su gusto; me iré, más bien, con el otro; al menos no promete nada, pero dicen que es bueno y que él vive entre sus obreros.»

Así son ciertas doctrinas religiosas. Algunos doctores incitan a los hombres a bien hacer, intimidándolos con castigos y atrayéndolos con promesas en el otro mundo, donde nadie ha estado. Otros enseñan únicamente que el amor, base de la vida,

está en nosotros y que aquel que reconoce dicho principio es feliz.

3.—Si tú sirves a Dios para obtener el goce eterno, te sirves a tí mismo y no a Dios.

### **VIII.—La razón verifica los dogmas de la fe**

1.—No se obtiene la fe por la razón. Pero la razón nos es necesaria, para controlar la religión que se nos enseña.

2.—No temamos desechar de nuestra religión, todo aquello que es inútil, material, tangible, lo mismo que aquello que es vago y dudoso: cuanto más purifiquemos el núcleo espiritual, tanto mejor comprenderemos la verdadera ley de la vida.

3.—Aquel que no cree en lo que todo el mundo cree a su alrededor, no es un incrédulo; mientras que aquel que piensa y dice que cree en lo que no cree, es un verdadero incrédulo.

### **IX.—La conciencia religiosa de los hombres, no cesa de perfeccionarse**

1.—Debemos servirnos de las doctrinas de los antiguos sabios y santos, marcando la ley de la vida, pero debemos verificar lo que nos enseñan: aceptar lo que está de acuerdo con la razón y desechar lo que le es contrario.

2.—Es sorprendente que la mayoría de los hombres permanezcan fieles a las antiguas doctrinas, a aquellas que no convienen a nuestra época, mientras rechazan y consideran como inútiles y dañinas, todas las nuevas doctrinas. Olvidan que si Dios ha revelado la verdad a los antiguos, queda él mismo y puede revelarla, de la misma manera, a los hombres que han vivido en otros tiempos, como a los que viven actualmente.

Según THOREAU.

3.—La religión no es cierta, porque los santos la hayan predicado; sino, que los santos la predicaron, porque ella es cierta.

LESSING.

4.—Cuando el agua de lluvia corre por los canales de los tejados, nos parece que de allí brotara. Pero el agua cae del cielo. Así sucede con las doctrinas de los sabios y de los santos; nos parece que son estos últimos los que las han formado; pero ellas proceden de Dios.

Según RAMAKRISHNA.

# LA CRUZ DEL SUR

REVISTA MENSUAL \$600

## CONDICIONES DE SUBSCRIPCIÓN

REPÚBLICA ARGENTINA.—CAPITAL E INTERIOR

Semestre.....	\$ m _n	3.50
Año .....	" "	7.—
Número suelto.....	" "	1.—

## PAÍSES DE LA UNIÓN POSTAL

Año .....	Pesos oro	4.—
Número suelto .....	" "	0.50

## PAGOS POR ADELANTADO

Correspondencia y giros a nombre de la Dirección: Ramón L. Falcón 2230 (Flores)  
BUENOS AIRES

**Librería de J. BONMATI hijo**      **B. DE IRIGOYEN, 259**  
Buenos Aires

### LIBROS DE RECIENTE PUBLICACIÓN

<b>Pí y Margall.</b> —Historia de la Pintura en España, 1 tomo. ....	\$	2.40
<b>Angels.</b> —Anti-Oübring o la revolución de la ciencia de C. Oübring, 1 tomo encuadernado. ....	>	5.40
<b>Goudray Warren.</b> —La Ciencia de los negocios, 1 tomo. ....	>	2.50
<b>Marcelino Menéndez y Pelayo.</b> —Obras completas (en publicación) publicados tres tomos encuadernados. ....	>	31.50
<b>Pidal.</b> —Instrucción Pública, 1 tomo. ....	>	2.10
<b>Villanueva.</b> —Resumen de la Historia General de América, un tomo encuadernado. ....	>	4.50
<b>Quichot.</b> —Como habla Ancian, un tomo. ....	>	1.20
<b>Calle y Sánchez.</b> —Alrededores del libro, 1 tomo. . .	>	1.80
<b>Sigfiele.</b> —Literatura trágica, un tomo. ....	>	2.—

# LA CRUZ DEL SUR

Dienda - Fuego - Tradicionalismo

Editor: ANGEL CLAR

Publicaciones

El Director de Publicaciones, Angel Clar, ha publicado la obra "La Cruz del Sur" de la Editorial "Fuego". La obra, que trata de la historia de la Cruz del Sur, es una obra de gran importancia para el conocimiento de la historia de la Cruz del Sur. La obra, que trata de la historia de la Cruz del Sur, es una obra de gran importancia para el conocimiento de la historia de la Cruz del Sur. La obra, que trata de la historia de la Cruz del Sur, es una obra de gran importancia para el conocimiento de la historia de la Cruz del Sur.

DIRECCION Y PUBLICACIONES  
DANIEL HANON I. TELLOH DE JESU

Editor: ANGEL CLAR

L

LA CRUZ DEL SUR

REVISTA MENSUAL

CONSEJO DE ADMINISTRACION

MANUEL DE LA CRUZ DEL SUR

...

...

...

LA CRUZ DEL SUR

...

...

LA CRUZ DEL SUR

...

...

...

D  
(Españ  
MULO  
(Parag  
SOR J  
MOLIN  
LANO.  
FALP  
NOVICH  
G. LAC  
RERUM  
RUCHET



# LA CRUZ DEL SUR

**Ciencia - Filosofía - Tradicionalismo**

---

**Director: ANGEL CLARA**

---

**COLABORADORES:**

**Dr. EDUARDO L. HOLMBERG. — RICARDO ROJAS. — DR. MARIO ROSO DE LUNA (España). — DR. ENRIQUE HERRERO DUCLOUX. — DR. HORACIO DAMIANOVICH. — RÓMULO D. CARBIA. — ERNESTO MARIO BARREDA. — DR. VIRIATO DÍAZ PÉREZ (Paraguay). — DR. FEDERICO W. GÁNDARA. — SALVADOR MARÍA BOUCAU. — PROFESOR J. FERNANDO CARBONELL (Uruguay). — DR. RENÉ BASTIANINI. — DR. DELFINA MOLINA Y VEDIA DE BASTIANINI. — JUAN AMADO (Paraguay). — DR. MIGUEL CATALANO. — DR. ULISES L. BERGARA. — SRA. ALICE VON SONKLAR (Alemania). — F. DÍAZ FALP (Uruguay). — ADRIÁN A. MADRID. — SALVADOR BOCCA. — DR. JORGE DAMIANOVICH. — DIEGO MOLINARI. — ING. ENRIQUE MARCÓ DEL PONT. — PROF. JUAN G. LACRAMPE. — PROF. EDUARDO MELGAR. — P. DIAMICO (Brasil). — ING. EMILIO REBUERTO. — ALFREDO FRANCESCHI. — DR. GUILLERMO F. SCHAEFFER. — ALEJO CURUCHET.**

---

**DIRECCION Y ADMINISTRACION**

**Calle RAMON L. FALCON N.º 2230**

**FLORES—BUENOS AIRES**

**1913**

## SUMARIO

---

<i>Un fantasma.....</i>	EDUARDO L. HOLMBERG.
<i>El punto de vista en la ciencia</i>	EUGENIO LÉVY.
<i>Sentencias criollas.....</i>	JORGE DAMIANOVICH.
<i>Meditaciones.....</i>	F. W. GÁNDARA.
<i>Cleopatra.....</i>	GOY DE SILVA.

### **Pensamientos y Libros :**

<i>Dios.....</i>	LEÓN TOLSTOI.
------------------	---------------

---

# LA CRUZ DEL SUR

CIENCIA - FILOSOFÍA - TRADICIONALISMO

AÑO I.

NOVIEMBRE 1913

N.º 7

DIRECTOR: ANGEL CLARA

## Un fantasma

*Señor Director de LA CRUZ DEL SUR:*

Caro Señor y amigo.

Conversando con Vd. y con el Doctor Federico W. Gándara. pocos días antes de aparecer su Revista, á propósito de mi artículo titulado *Los fantasmas*, publicado en *Fray Mochó*, el tema nos llevó, como era natural. á consideraciones de orden muy superior al de aquella exteriorizacion humorística de la fantasía más ó menos bien servida por recuerdos literarios, y habiéndoles referido el único caso de aparicion fantasmal que he observado, me pidieron lo escribiese para LA CRUZ DEL SUR.

No sé cómo saldrá, porque al dar comienzo á la tarea lo hago con la intencion de que corra la pluma sin más trabajo que el de mojarse de tiempo en tiempo; y, escribiendo sin plan preconcebido, es posible, dado el diapason del momento, que se parezca más á una conversacion íntima en familia que á uno de esos artículos que los autores severos firman con placer.

No soy un soñador, no soy un visionario,—no lo he sido jamás, y desde muy temprano he tenido la suerte de educar la voluntad por encima de todas las otras facultades, lo que fué sustentado por una base congénita que se tradujo á su tiempo con la palabra «voluntarioso». De ésto ha resultado

que todas mis obras, cualquiera que sea su caracter, y en particular aquellas que corresponden al dominio de la fantasía, surgen de combinaciones voluntarias dirigidas en su expansion ó desarrollo por la razon y por los conocimientos científicos, literarios y artísticos, sin los cuales no hay escritor de fundamento, y sin esclavizar por ésto las espontaneidades de combinacion que se realizan en el cerebro bajo el impulso del pensamiento en accion. Esto no era difícil, si se considera la ayuda simultánea de una memoria bastante buena, que ya se encuentra en los comienzos de su declinacion, debido á los años, debilitándose particularmente en lo que se refiere á Historia y Geografía, materias que dominaba antes de dedicarme especialmente á trabajos de Historia Natural.

Aquella educacion de la voluntad no iba á crear ésta, porque era hereditaria. Tenía mi madre un carácter ríjido, tanto, que muchas veces pensé, cuando era niño, que rayaba en crueldad. Mis primeras observaciones al respecto se relacionaron con el dulce. Jamás me permitía repetir, y lo que más me aflijía era su forma categórica, á veces aforística, de decir las cosas.—«Yo quiero más dulce».—«¿Tienes hambre?»—«No, mamá».—«Entonces quédate con el deseo».—Pero no sabía por qué habría de quedarme con el deseo, siendo así que ya entonces (tenía cinco años) necesitaba, por un anhelo insondable, conocer la razon, el motivo de las cosas. Las negativas sucesivas dieron á mi fisonomía un aspecto taciturno que se marcaba bien en el momento mismo de producirse aquellas, lo cual no era del agrado de mi padre. Cierta día en que, terminada la comida, salió mi madre del comedor, mi padre se levantó, y viendo una fuente de otro dulce sobre el aparador, lo probó.—«¿Qué bueno parece; déjame probarlo». Y lo probé. Y una vez que hubo salido él tambien, probé cuatro ó cinco raciones. Al otro día por la mañana, el médico estaba en casa, y francamente me pareció que era mejor el dulce sin repetición que el gusto del emético, y al otro día el del aceite de castor. En Verano hubo operaciones en las colmenas, y como me gustaba mucho la miel, y me tentaba más aún el aspecto de los panales, que nunca había visto, se me dió un trozo que no tendría más de una cucharada de

miel.—«¡Qué rico! yo quiero más!»—«¡Tienes hambre?»—«No, mamá».—«Entonces quédate con el deseo».—Sí, ya lo creo. Tomé disimuladamente el rumbo de las colmenas, y saqué de una fuente un panal que, mucho despues, he calculado tendría más de doscientos gramos de miel. Y mientras lo saboreaba, repetía:—«Quédate con el deseo... quédate con el deseo...»—Aj!! Un rato después hacía gestos involuntarios. Movía las alas de la nariz, y la línea transversal de la boca cerrada se estiraba bajando en las comisuras deprimidas. Pero entonces no sabía decirlo así; ni pensaba en decirlo. Lo único que decía era «¡Aj!!»—«Estás empalagado, eh? Te has ido á comer uno de los panales más grandes que había en la fuente ¿quieres más?»—«No!!»—Durante todo ese verano no probé el dulce en la mesa, y cuando me lo servían lo rechazaba. Es cierto que abundaba la fruta en la quinta,—y podía tomarla á discrecion, prefiriéndola muy madura y del árbol. Pero no volví á probar la miel hasta 20 años despues.

Por esa época solía haber en el mercado bananas que traían del Brasil. Un día se presentó en la mesa una frutera que las contenía, y me dieron una. Su sabor, aunque algo lo conocía por los caramelos, me llenó de asombro. Me pareció que era el *non plus ultra* de lo exquisito y pedí otra.—«¡Tienes hambre?»—«No, mamá»—«Pues quédate con el deseo»—Pensé en el aceite de castor; pensé en la miel; pero hice un puchero, y una vez que se me hubo pasado exclamé en tono decidido, aunque con remezones indecisos de sollozo:—«Cuando yo sea rico me voy á comer una docena de bananas». —Algunos meses despues fuí rico y compré seis bananas bien maduras. Cuando empecé á comer la cuarta movía las alas de la nariz y la línea transversal de la boca cerrada se estiraba bajando en las comisuras deprimidas. Pasé 13 años sin volverlas á probar. Un día, ya de 30, comí dos. Creo que sólo 25 años más tarde he vuelto a saborear otra.

Ese asunto de quedarse con el deseo empezó á explicarse por sí mismo, debido á una experiencia creciente; pero sin darle proyecciones de caracter moral; cuando más se producía una reminiscencia de correlacion sincrónica entre la supresion del deseo y el estiramiento de la línea de la boca cerrada. A los seis años ya sabía leer, y fuera de los libros

con figuras, los demás no me interesaban, porque entendía las letras pero no las palabras, y los otros porque no les entendía ni las letras.—«¿Qué dirán estos libros con letras llenas de esquinitas!»—pensaba. Lo único que entendía eran unos libritos llenos de cosas fastidiosas en que se hablaba de moderacion, de conformidad y de algo más por el estilo. Entónces no existían esos libros tan lindos de «Simon el Bobito», «Rin-rin-Renacuajo», etc.

Pero poco á poco, y andando el tiempo, persiguiéndome la idea de que el hecho de quedarse con el deseo tenía vinculaciones con la moderacion, y en general proyecciones más extensas que el estiramiento de la boca (tenía ya 13 años) me llamó un día mi madre y me dijo:—«Ponte el sombrero y acompáñame».—Iba á visitar una familia amiga que vivía allí cerca. Cuando la vieron las niñas de la casa, salieron á recibirla. Al pasar por el corredor, vió un chiquito precioso, como de dos años, sentado en una alfombra y rodeado de más de cincuenta juguetes distintos. La madre era una de aquellas jóvenes, casada con un escocés.—«¿Pobrecito!»—exclamó mi madre—«este niño vá á ser muy desgraciado!»—«¿Por qué, Señora?»—«Porque nunca vá á tener deseos».—Pobrecito! No se pudo corroborar el pronóstico porque murió un año despues. Pero aquellas palabras quedaron grabadas en mi cerebro, y mucho más tarde, habiendo leído mucho, mucho, hasta libros con letras llenas de esquinitas, no encontré en ninguno de ellos una definicion satisfactoria de la Felicidad. Era un problema, y un problema fundamental de la vida, que exigía una resolucion. Ah! pero entónces ya había de por medio ínfulas doctorales. No era posible encojerse mentalmente de hombros y esperar que otros lo resolvieran. Era necesario poner en juego la inteligencia, la razon, la voluntad, el estudio, las opiniones todas, y alcanzar la meta. El resultado nunca podría tener más que una importancia subjetiva; pero, en verdad, no se buscaba otra cosa. Si los instrumentos de investigacion han sido buenos, cualquiera puede, con ellos llegar á esa meta. Y en verdad, por lo que á mí se refiere, creo haber resuelto mi problema personal, con lo siguiente:

La felicidad consiste en tener deseos y realizarlos. Un alma sin deseos (ó aspiraciones) es desgraciada. Es un alma muerta

en un cuerpo vivo. Pero todos no son realizables, porque muchos de ellos son absurdos antes de haber nacido. Entonces, para que lo sean, deben tener un caracter particular. Los deseos deben ser razonables. Pero cuando tengas un deseo razonable y lo quieras realizar, pon en su ayuda toda tu voluntad, todo el peso de una voluntad de diamante hasta que tus retinas vean celeste en las tinieblas; pon toda tu inteligencia, todas tus energías, toda tu alma. No mires á los que pasan, no te preocupes de lo que piensan, no les pidas opiniones. Ya no eres una voluntad, eres una mision. Los deseos razonables son hijos de la raza, de la familia, de la patria, de la educacion, del ambiente. ¡Adelante! aunque tropieces con la muerte! Y cuando la razon de tu deseo vaya más allá de los límites personales, no importa: lo realizarán los que te sigan!

La dificultad que existía para definir la felicidad se encontraba en la amplitud total y armónica que se le señalaba. ¿Una grave enfermedad intercurrente? Eso no es una desgracia; es un accidente. ¿Una incurable? Eso puede ser un obstáculo próximo al límite. ¿La pobreza? No es una desgracia. ¿La miseria? Una calamidad mil veces transitoria....

Claro está que, si toda la aspiracion de la vida de un hombre se expresa con

*Io son'innamorato d'una stella...*

que lo lleven al tonticomio.

Y dejando estas constancias de que no soy ni he sido un soñador, ni un visionario; á una edad en que difícilmente se modifican las convicciones—que por otra parte no he ocultado jamás ni en los escritos, ni en la conversacion, ni en la cátedra—voy á ocuparme del fantasma á que aludí al comenzar.

El día 4 de Julio de 1857 fué uno de los más lúgubres de ese año en Buenos Ayres: mucho viento frío y el cielo encapotado con nubarrones negros de vasta extension que llegaban á exigir la luz artificial aún en las horas próximas á la meridiana. Nos encontrábamos en la quinta. Mi padre estaba de viaje y solamente acompañaban á mi madre su hermana y la Señora Manuela Almanza de Acosta, abuela de la que, andando los años habría de ser mi mujer. Esta Señora había

sido íntima amiga, desde su juventud, de mi abuela paterna, y la relacion se extendía tambien, desde largo tiempo, á la familia de mi madre. Sus nietos la llamaban Mama-Meme, nombre con que siempre la designé, lo mismo que mis hermanos menores, que nacieron más tarde, Carlos y María. Mis padres la trataban como si fuera para ellos una segunda madre, y, mientras vivió (hasta fines de 1865), su presencia en la quinta era para todos un motivo de fiesta. Su espiritualidad, la exactitud de sus juicios, los temas de sus conversaciones, eran una escuela. Afectuosa en extremo, no he conocido jamás una persona más atenta y servicial. Tenía un talento, que sólo he encontrado más tarde en Don Domingo de Oro (aquel hombre extraordinario al que Sarmiento, en *Civilización y Barbarie*, designa como *la palabra-viva*, que el idioma inglés expresaría mejor con *the living-word* y el castellano mismo con la de *viviente*) y que consistía en adaptarse de tal modo en su expresion y palabras á las diversas edades, que con igual rapidez fascinaba á una persona madura que á un chico de dos ó tres años. Melchora, la hermana de mi madre y dos años mayor que ésta, era mi madrina de bautismo, en cuya fé del mismo encuentro varias cosas que sin duda se relacionan, por una coincidencia extraña con nuestro apellido eslavo Kaulitz, con expresiones de devocion, como «del corazon de Jesus»—y aunque era realmente piadosa, no le hacía ascos á la lectura de Voltaire, ni de Montesquieu, ni de Volney;—y como ésto parece algo oscuro, lo aclararé diciendo que mi segundo nombre «Estanislao».... Pero esta aclaracion reclama otra prévia, sin la cual todo quedará más oscuro.

En 1840, el Eduardo de la generacion anterior tenía 25 años, y debía casarse con una Laura, de 20 años, que más tarde vino á ser parienta mía en primer grado; pero sabiendo que el General Lavalle se encontraba entónces con su ejército á una legua de distancia, se armó, montó á caballo, y se fué con él el día antes del casamiento, con gran orgullo de la mencionada Laura, la más tenaz y consecuente de las unitarias, como casi todos los Correa Morales. Se fué, pues; estuvo ausente once años, y se casó al día siguiente de regresar. Desde chicuela, mi madre era íntima amiga de Amalia, hermana de mi padre, y la cual, sin ser una beata, era devota de



San Estanislao Kotsky, un chicuelo de aspecto enfermizo, cuya imagen, grabada en cobre, me fué familiar en los primeros años. Amalia, pues, le había pedido á su amiga Laura que, cuando tuviera un hijo, ya que habría de darle como primer nombre el de «Eduardo» por ser el primogénito, que se le agregase el de «Estanislao» como segundo, lo que ella no pudo confirmar porque murió en 1851. Esta devocion por un santo eslavo; el de «Wenceslao», uno de los nombres secundarios de mi padre, así como el de «Cirilo», más la terminacion en «itz» del apellido, me tuvieron mucho tiempo intrigado.—Y continuando con lo de la devocion, el «Ladislao» era el del santo del día en que nací, mientras que lo de «corazon de Jesús» se debería á la madrina.

Ahora está claro, si no me engaño.

Mi tía y madrina, pues, en vez de enseñarme á quedar callado, me enseñó á hablar y á rezar, esto último por obligacion y lo primero indiscutiblemente por divertirse.

Todos estos datos preliminares podrían parecer inútiles, absurdos, ó como se quiera, si se tratara de un artículo literario; pero los considero de tal modo indispensables para mi narracion, que los someto al juicio del mejor médico psicólogo, pues trato nada menos que de establecer las relaciones íntimas que me ligaban tan profundamente á aquellas tres damas, así como los antecedentes étnicos parciales que me vinculaban á una raza mucho más moderna que la helénica, la céltica y la germánica respecto de su desprendimiento de la raza ariana primitiva.

Era, pues, el 4 de Julio de 1857, día del cumpleaños de mi madre, y que, desde entonces, lo fué de duelo. Tenía yo cinco años y algunos días. Mi hermanita Amalia, de dos años, se encontraba gravemente enferma de escarlatina. Los médicos que la vieron en junta en esa tarde ordenaron, entre otras cosas, tres sanguijuelas detrás de cada oreja. Afirmo simplemente un hecho, y mientras llegan esos recursos, describiré la casa á grandes rasgos. La quinta, muy dividida hoy, se hallaba situada en la esquina de Santafé y Ministro Inglés (hoy Canning), y corriéndose hácia la ciudad unos cien metros, se encontraba la vieja casa, entrada diez metros más ó menos, y cuyas habitaciones y dependencias accesorias han

sido demolidas. Al frente tres piezas corridas, siendo la central la mayor, y hácia adentro dos más, á cada lado de las extremas, y un corredor entre ellas. En la izquierda de éstas se encontraba mi hermanita, y, rodeando su cama, las tres señoras que he citado. Debía ser temprano porque no me habían acostado. En esos días se habían sacado todos los muebles del comedor (la pieza central del frente) colocándolos en el corredor, para pintarlo y empapelarlo. Esto último se hizo con un papel claro, apropiado, todo lleno de vetas finas, imitación pino lustrado.

Había entonces en casa un sirvientito, de poco más de seis años, llamado Juan Cufre, cuyas importantes tareas se vinculaban más con mis nacientes inclinaciones de naturalista que con las domésticas, pues su hermano, que era bastante mayor, viajaba entonces con mi padre. En aquella hermosa quinta, poblada de jardines y de grandes árboles plantados en 1815, abundaban los nidos y los pájaros (de los que, andando el tiempo, catalogué más de 200 especies), de manera que, cuando no era él quien trepaba por las ramas para despojar á un Churrinche, á una Torcacita ó á un Benteveo, lo hacía yo;—y no pocas veces cuando el sol estaba muy fuerte y no me dejaban salir de la casa, él era quien salía en excursion por las regiones más apartadas del fondo y me entregaba su cosecha, sin poder olvidar jamás que en una de esas expediciones arriesgadas, porque podía ser asustado por un lagarto, un escuerzo, ó una serpiente no venenosa, obtuvo los huevitos blancos de nuestro «Dormilon» (Caprimulgo), declarándome de una manera categórica que el animal ponía los huevos en el suelo pelado, y como le negara la veracidad de una noticia tan contraria á mi concepto actual de la nidificación, inició una serie de investigaciones persistentes y diarias, hasta que llegó un día de subversion en que acercándose á mí con la cara llena de misterio, me dijo en voz baja:—«Acabo de ver el Dormilon echado».—Huimos entonces desafiando todos los peligros, y á poco más de cien metros de distancia me indicó que tomara precauciones y adelantase con sigilo. Poco despues avanzaba el brazo y me mostraba con el dedo á la hembra echada, la que, al volar, me permitió ver los huevitos en el suelo pelado.

Además de estas ocupaciones graves, dedicábamos el tiempo á otras tareas igualmente profundas: la rayuela, las bolitas, la payana, las cunitas,, los barriletes de confeccion casera, cuyos ángulos, que nos llenaban de satisfaccion por los hexágonos alargados, seguramente salían como la mona, á pesar de mis deberes hereditarios de matemático. Por decreto médico me estaba prohibido mirar siquiera letras impresas.

En ese anochecer oscuro y triste del 4 de Julio, mi madre ordenó á la mucama que extendiera en el centro del comedor desnudo un trozo de estera, porque yo quería jugar con mi ayudante. Cumplida la orden, colocó una vela sobre ella, y me senté, en actitud de Buda, dando la espalda á la calle, y mi compañero se colocó en igual forma frente á mí. La vela quedaba entonces avanzada algo a mi derecha. Con carozos de damascos iniciamos una partida á la payana.

Un rato despues gran alboroto de susto, gritos y llantos y carreras. Hacía tiempo que las sanguijuelas habían desempeñado sus funciones; pero la sangre de una de las heridas no se podía contener, mientras que en las otras cinco se había detenido á la primera aplicacion. La sexta había consumido todo el resto de la yesca, y la sangre seguía manando. Enviar un peon á caballo á buscar más era inútil: la botica más próxima distaría tres cuartos de legua. Al fin, alguna de las señoras insinuó la idea de trapos quemados, y mientras una de ellas comprimía con un dedo la cisura, otra quemó los trapos. Momentos despues quedaban restablecidos el silencio y la calma.

¿Cuánto tiempo pasaría? Quizá media hora. Al levantar la mirada hacia el rincon que quedaba al frente, y más aún á mi derecha, ví algo que no estaba antes allí. Se dibujaba de un color pardo ahumado, ó gris algo subido; pero no sabía lo que era; no estaba en mis libros. Como persistiera en mirar fijamente en esa direccion, Juan me preguntó:—«¿Qué mira, niñito?»—«¿Qué es eso, ché, ahí en el rincon?»—le contesté. Miró con fijeza tambien durante unos instantes, y volviéndose á mí me observó con esa confianza que tienen en sus afirmaciones los que saben más ó han corrido más mundo, como que él ya sabía andar á caballo y solía hacer mandados:—«No sé, niñito; pero si la gente tiene osamenta como los animales, eso

parece una osamenta de cristiano».—Yo nunca había visto osamentas. Pero nos quedamos mirando aquello con insistencia. Entónces la imagen empezó á desvanecerse gradualmente por arriba, como en el aire frío los últimos copos de vapor de una locomotora en marcha (esta comparacion sólo me fué dado hacerla casi dos meses despues). Desapareció tambien la parte media, y cuando empezaban á borrarse las rodillas, sentimos un alarido, y más alaridos y llantos y gritos.

Al otro día, vestido ya poco antes de salir el sol, salí al patio. La ventana del cuarto de Amalita estaba abierta; me acerqué á la reja, y, sobre una mesa, completamente vestida, blanca como la nieve, yacía mi hermanita inmóvil.—«¿Por qué la han puesto así?»—pregunté á mi infantil Mentor.—«No sé, niño; debe estar muerta».—De la continuacion inmediata de este episodio sólo recuerdo un cajoncito alargado, celeste, hexagonal. . . . .

Al año siguiente aprendí á leer; pero, entre los numerosos libros que había á mi disposicion (últimas reliquias de una biblioteca de algunos miles de volúmenes) había mucho en otros idiomas que no eran el mío, y aunque los hubiera sabido entónces, me pregunto ahora qué habría podido hacer con *L'Art des fortifications* de Vauban, ó *Essai sur les poudres de guerre* y otras análogas, sin contar lo que había en aleman, en inglés, en latín, etc. De todos modos, en ninguno de ellos se encontraba «una osamenta de cristiano» (1), de manera que al llegar á la edad de ocho años no había visto por aquellos caminos apartados y solitarios, próximos á la quinta, otras osamentas que las de vacas, caballos, perros ó gatos. En esa época tuve alguna novedad en la garganta, y como entónces (¡y cuántos años despues tambien!) se le tenía terror pánico al erup, mi madre me trajo á la ciudad, ó más bien «al centro» y me llevó á casa de uno de nuestros médicos, el Dr. Nicolás Alvarellos, mi padrino de tesis 20 años despues. Vivía el célebre Galeno en la calle Victoria entre Suipacha y

---

(1) Esta expresion era muy frecuente, hasta hace pocos años, entre la gente de campo. En mis estudios ulteriores nunca he podido encontrar diferencias reales entre las «osamentas» de los adeptos de las diversas religiones.

Esmeralda. Vencidas las vueltas de la escalera, llegamos á un pequeño «hall», y, tirando del cordón de la campanilla, apareció una criada.—«¿Está el Doctor?».—«Sí, Señora; puede Vd. esperarlo un momento en la sala».—Para llegar á ésta se pasaba por una galería muy estrecha, y la sala era espaciosa y ocupaba todo el frente de la casa. Al llegar á ella, ví en el fondo algo que me hizo dar casi un grito.—«¡Mamá! mamá! eso!».—«Eso ¿qué?».—«Eso! eso!».—«Pero muchacho ¿estás loco?».—«Eso que está entre la vitrina!».—«Pero eso es un esqueleto humano!».—«Pues eso es lo que yo ví en el rincón del comedor la noche que murió Amalita!»—Por otra puerta apareció el Doctor, y, después de los saludos, exámen de la garganta, en la que no había ni hubo nunca nada importante. Naturalmente: cocimiento de llantén con alumbre y miel rosada.

El carácter de mis padres, por aquella época, me parecía absolutamente antagónico. Mi madre cargaba con todo el peso de mi educación, especialmente en lo que se refería á religión y urbanidad, y como era intransigente y categórica en sus afirmaciones frecuentes, á veces me fastidiaba. En la mesa: «baja los codos; no vuelles; toma bien el cuchillo; que tu boca no suene como fuelle al tomar el caldo; el dulce no se repite; cambia de cuchara; no te hamaques en la silla...» —y así por el estilo. Otras veces se trataba de disertaciones con aforismos: «es necesario ser honrado hasta por conveniencia; la mejor urbanidad es la indiferente, tan equilibrada, que no llama la atención de nadie».—Mi padre nunca me decía nada al respecto. Cuando me veía poner un codo en la mesa, se componía el pecho, se enderezaba, y tocando la mesa con las yemas de los dedos, decía algo tan sin relación con lo que quería corregir, que me hacía mucho más efecto que un sermón. Ya sé que iba á poner un codo en la mesa durante diez días! Sólo una vez en mi vida le oí decir algo relativo á urbanidad:—La única lección de urbanidad que me dió mi padre fué esta: «El hombre educado se conoce en la mesa, en el juego y en su trato con las damas».—Odiando el juego, se me ha simplificado mucho la tarea. Pero los tiempos y las gentes han cambiado tanto! Las modas, el progreso, la intervención de otras etiquetas distintas de la imperialísima anti-

gua etiqueta castellana, han permitido á gente con fama de tono enjuagarse la boca con agua tibia y echar el buche en un recipiente de vidrio, frotarse luego los dientes con la servilleta en presencia de todos... etc. etc., etc.; pero hoy, ya nadie sabe comer aceitunas, cuando es t n fácil, con tal de no arrojar el carocito   los vecinos de mesa que quedan al frente. La higiene, por su parte, ha ipecacuanizado los estómagos   fuerza de letreros, y ya no es grave falta de educacion hablar en la mesa de porquerías, de enfermedades   de desgracias.

El jamás me sorprendía con una pregunta. Cuando quería dirigirme una, me llamaba para mostrarme una flor nueva que había abierto, una fruta rara, un pájaro extraño. En la ocasion   que deseo aludir me llevó hácia el fondo de la quinta, y so pretexto de buscar unas peras   hacerme ver cualquier cosa, me hizo pasar por donde se encontraba un esqueleto pequeño.— Qu  es eso?— No s , papá; debe ser un esqueleto de gato.— Creo que no; la cabeza es muy alargada; ah! sí; es de Comadreja. Pero hombre,   propósito   que viste en el rincón del comedor la noche que murió Amalita?—Y con tal motivo le referí lo que ya sabemos.— Es muy curioso!   no lo habrás soñado?— Qu  esperanzas! pregúntale   Juan Cufre .—Esa noche, de sobremesa, habl  de Cagliostro, de Mesmer, de magnetismo... En cierto momento en que decía algo en voz muy baja distinguí las palabras:  lo que vieron estos chicos...  Para lo que yo entendía de todo eso!

Pocos años despues, Juan Cufre  salió   correr mundo; pero volví   verlo all  por 1870 ó 71, y una vez satisfechas las averiguaciones de orden le pregunt :— Recuerdas lo que vimos en el rincón del comedor la noche que murió Amalita?— Ya lo creo! Como si fuera ahora: era un esqueleto humano, y, cuando se iba borrando, la Señora dió un grito...—En 1877 lo llevó de peon en mi viaje á las provincias del Norte, y en un momento en que recordábamos cosas de la quinta le pregunt  lo mismo, y me repitió casi textualmente lo que acabo de escribir.

Dos palabras sobre la educacion religiosa. Desde muy chico me hicieron rezar el *Bendito*, y más tarde el *Ave María*, el *Padre Nuestro*, el *Credo*, y tantas otras oraciones y enumera-

ciones más. Recuerdo algo así como *El Trisagio* cuando había tormenta; pero un día oí que mi padre decía entre dientes respecto de lo último: «El día que este muchacho lea algo de los pararrayos...»—y *el Trisagio* no se oyó más; pero yo averigüé lo que era el pararrayos. En esa época (y desde muchísimo antes) los niños no podían dar á sus padres los buenos días ni las buenas noches sin el agregado de «Buenos días papá; la bendición papá»—y lo mismo á la mamá, con la contestación obligada de «Dios te haga un santo» ó «Dios te haga bueno»—pero eso no impedía que á veces oyera frases perversas como «Fíate en los santos y no corras».

Alrededor de los trece años noté que mi madre padecía de una recrudescencia de misticismo. Se conservaba en casa una imagen de San Antonio, como de medio metro de alto, muy bien trabajada, y no sé si hacía cien ó doscientos años que estaba «en poder de la familia». Su cara era juvenil, plácida, como si llevara un caramelo en la boca, y todos los jolgorios de la vida en los ojos brillantes. La actitud de su brazo izquierdo levantado y doblado habría sido ofensiva si lo moviera; pero sostenía un grueso libro encuadernado de color café y con cantos dorados, el cual servía de peana á un Niño Jesús cuyo pié izquierdo se fijaba al libro por un alambre que se hundía en aquel como un clavo. Había llegado á ser giratorio. Nunca se me ocurrió preguntar en poder de qué familia lo habían conservado.

Cárlos ya tenía ocho años y María iba para los seis. Además figuraban dos chiclelas y un chico para los servicios menudos, de manera que se hacía indispensable darles enseñanza religiosa. Pero ¿por qué motivo se me incluía á mí también? No lo sé. Era necesario obedecer. En el cuarto de la chimenea, el derecho del frente, el piso era de baldocitas hexagonales muy lisas... y muy duras, y como por entonces dí un fuerte estiron que me proporcionó la altura definitiva, con el correspondiente dolor en las rodillas y en las canillas, no me hizo ninguna gracia cuando por vez primera resolvió mi madre que rezáramos de rodillas frente al San Antonio, colocado en mi cuarto sobre el marco de la chimenea. Los rezos durarían... la verdad es que no lo sé, porque era tanto lo que bostezaba—digamos 14 minutos ó 14 horas.

A la noche siguiente hice extender una tira de alfombra. Cuando mi madre la vió, la hizo sacar.—«Nó; hay que hacer un sacrificio; más padeció Jesu-Cristo por nosotros»—dijo.—«Es verdad»—repuse;—«sufriendo así se piensa menos. Por eso debe ser que apestan las iglesias con incienso, perfume guarango».

En esa noche comenzó la lucha.

A la tercera me ligó un inconveniente.

Además de los rezos de costumbre, aquella directora de seis almitas resolvió rezar un rosario. Ahora no recuerdo si era con este motivo ó con otro; pero sí que se trataba de un error que se repetía. —«Mamá: ¿el vientre de la Virgen María se llama Jesús?»—«¿Por qué?»—«Porque decimos, y vos también: «...y bendito sea el fruto de tu vientre Jesús.»—«Y así se dice.»—«Debe estar mal, porque despues de vientre debería haber dos puntos ó siquiera una coma.»—«Toma dos puntos!»—Y eso fué lo que me ligó: un pellizco en el brazo. Probablemente, en prevision de esas correcciones me hacía hincar á su lado.

A la cuarta, y despues de muchos bostezos á causa del rosario de memoria, porque en casa no había rosario, pregunté:—«Mamá ¿Dios y la Virgen son muy estúpidos?»—«¿Qué disparate estas diciendo, muchacho?!»—«Sí; porque cuando una sirvienta hace algo mal, la enseñas á hacerlo bien; á la segunda la tratas de torpe ó de ruda, y á la tercera le dices estúpida ó algo peor.»—«Toma algo peor!»—Y me ligó otro.—«Eso no quita que el Padre Nuestro sea una oracion egoísta, que alaba á Dios, lo adula luego, y sigue pidiendo y pidiendo, como si él no supiera lo que necesitamos; parece cosa de indios».

A los pocos días hubo una modificacion. Me pareció oír: «*Secuderam num principium, nuncansemperseculascculorumamen*. Esto produjo un verdadero estupor en la grey, que ni siquiera había pestañeado antes, cuando se presentaban en las Letanías el *Kyrie eleyson*, el *Frederis arca*, el *Ora pro nobis* y toda la Babel que las constituye. «*Secuderam!*» Había que estudiar eso, escuchando bien. Claro está que lo estudié. Al oirlo por cuarta vez, me convencí de que había oído bien la primera, y aprovechando la pausa obligada despues del: *rumamén*, dije:—«Mamá: eso está mal; así no tiene sentido. El *secu-*



*deram num principium* debe ser *sicut erat in principio*; in, proposicion de ablativo, y vos lo pones en acusativo».—Me pareció oír una risa en el comedor.—«Y despues, no *nuncansemperseculaseculorum*, sino *nunc et semper, per secula seculorum*.»—Y cuando me iba a ligar algo, oí á mi padre en el comedor que se reía á carcajadas, reventando materialmente de risa. La grey fué disuelta *nuncansemper*, y cuando la gente menor se fué a dormir, oí desde mi cuarto, que dragoneaba de Capilla, estas palabras:—«Déjate de farsas. Si hubieras reducido tu repertorio á una ó dos oraciones discretas é inteligibles, que bien podrías haber confeccionado, no habrías inyectado en el entendimiento del muchacho ese espíritu hoy inconsciente de humorismo razonador que acabará con la poca devocion que le queda ¡*Secuderam numprincipium*... já! já! já! en acusativo! já! já! já! ¡Cómo vá á soportar un ablativo en acusativo? já! já! já!»

Pero eso sí: ahí coincidían los dos, en lo del génio alegre. Mi madre, que era más burlona, acabó por darse cuenta de la situacion, y en la *joie de vivre* de ambos, acompañó á mi padre en las carcajadas. Sólo tres veces en mi vida lo he visto reirse así, porque generalmente no pasaba de una sonrisa más ó menos acentuada. De todos modos, ésta era la segunda. La tercera fué muchos años más tarde, y siendo yo ya médico, con motivo de un cuento inglés, y en inglés, que le referí á propósito de un espárrago.

La profecía paterna se realizó tres años despues. Mis profesores de Filosofía, en los preparatorios, fueron el Dr. D. Luis de la Peña y el Dr. Pedro Goyena. Los textos eran el Gerusez y el Balmes. ¡Se necesitaba tanta oscuridad para que surgiera en mi entendimiento un Sol sin más noche que la de la vida!

Y ahora, para terminar: Creo sinceramente en la realidad de la vision; pero no en la objetividad de la misma, porque ha sido una objetivacion. Esas tres señoras que rodeaban á mi hermanita moribunda han estado pensando en la muerte y conversando sin duda en voz baja. El rincon en que vimos el esqueleto era adyacente á los dos aposentos en que murieron mi tía Amalia en 1851, de escarlatina, y mi abuelo en 1853, probablemente de aneurisma. Alberto mi hermano, que me seguía, murió en el que quedaba á mi izquierda, y—de paso—Amalita

agonizaba en el mismo sitio en que falleció mi abuela materna. Las tres señoras pensaban en personas que habían conocido perfectamente, y al pensar también con toda intensidad en la muerte que tan cerca estaba, su símbolo universal, el esqueleto, se ha pintado en sus cerebros con más intensidad aún, amalgamando esa idea con la situación en que volvía yo á quedar privado ahora de mi hermanita, como antes de un hermano al que sólo llevaba menos de dos años, que podría haber sido mi futuro amigo y compañero de la vida, quizá con las mismas inclinaciones, los mismos gustos, los mismos estudios, y realizar quién sabe qué proezas ó qué desatinos, porque al otro, que venía en camino y que llegó casi cuatro meses más tarde, hijo del dolor, le llevaría más de cinco años, mientras que ahora quedaba reducido á la compañía de aquel chicuelo que, en el invierno de 1856 se presentó en la quinta, en un día horrible de frío y de lluvia—lo recuerdo bien—descalzo, hambriento y mal cubierto de andrajos, huyendo de los malos tratos, cuyos moretones y cicatrices llevaba, recibidos de la cruel familia en cuya casa se criaba. Una asociación de ideas semejante era perfectamente natural, y los tres pensamientos de personas de alta voluntad y carácter, han reflejado en nuestros cerebros infantiles sensibilizados la imagen simbólica que se dibujaba en los suyos, para objetivarse por medio de aquellos en el rincón en que la vimos. Puedo dar al fenómeno el nombre de *Telepatía birefleja sintética*.

No soy visionario, no soy iluso, ni tengo ninguna superstición y me felicito de haber visto un fantasma, porque, después de cincuenta y seis años, me brinda la oportunidad de ofrecer la explicación científica de un fenómeno que quizás, en casos análogos, haya sumergido á más de un entendimiento superior en el infierno de la superstición y del fanatismo.

En la Naturaleza infinita todo es natural, hasta los fantasmas.

EDUARDO L. HOLMBERG

Buenos Ayres, 1913.

## **El punto de vista de la ciencia**

### **I**

La obra del señor Steiner trata de la adquisición de nuevos sentidos con la ayuda de los cuales mundos antes inaccesibles a las facultades humanas serían percibidos.

¿Qué ha de entenderse por «nuevos sentidos»?

«Preguntar cuantos sentidos tenemos es preguntar cuantas clases de sensaciones específicamente distintas somos capaces de experimentar, y nada más. Un sentido es la facultad que posee un organismo de experimentar cierto orden de sensaciones merced a un órgano particular»: (Grande Encyclopédie).

Todo orden de sensaciones nos informa sobre una propiedad del Universo. El sentido macizo del tacto confiere a los animales inferiores, una esfera de experiencias desconocida para la planta. El olfato, la vista, el oído, son otros tantos medios de penetración en regiones del Universo inexistentes para las sensaciones del escalón evolutivo precedente. ¿Registrando por medio del cerebro una experiencia específicamente distinta de todas las sensaciones,—las lógicas referencias de las cosas,—adquiere el hombre un nuevo sentido?

Examinemos este hecho de conciencia y el órgano en que radica, a la luz de las definiciones científicas. Constatamos enseguida que, por esta experiencia, nuevas propiedades del Universo nos son reveladas; una información suplementaria se agrega a todas las que suministran los sentidos del escalón evolutivo anterior.

Ese nuevo fenómeno inherente a un órgano particular, no tiene por sede un nuevo órgano. Este hecho, sin embargo, no permite disputar al entendimiento el carácter de sentido distinto. Enseña la biología que nuestros cinco sentidos son tan

solo especializaciones del tacto primitivo. El gusto no es más que el tacto de la superficie bucal; es pues una sensación específicamente distinta por simple localización, sin órgano particular. Lo mismo el olfato es sólo una de las funciones de la mucosa nasal, dividida en región olfativa y en región respiratoria. La considerable diferencia entre el animal y el hombre respecto de la superficie y de los tejidos cerebrales, hace admisible la localización de un nuevo sentido. La característica esencial, «la distinción específica», es de todas maneras innegable. A más, el fenómeno de conciencia concomitante, es idéntico al que acompaña a las demás sensaciones.

¿Cuál es ese fenómeno interno? La sensación visual, auditiva o táctil surge en nosotros, de las profundidades de nuestro ser, en contestación a las impresiones del mundo externo. Esas sensaciones nacen de nuestro abandono a las representaciones espontáneas emergiendo en nuestra alma, de nuestra acquiescencia a las imágenes que se instalan automáticamente en el campo de nuestra visión interna. La coordinación de esas sensaciones—la inteligencia,—penetra en nuestra conciencia bajo forma de un impulso interno en todos puntos semejante. La inteligencia resulta de la instintiva obediencia a la energía lógica manifestándose en nosotros mismos. En los dos casos, sentidos diferentes habrán aprehendido diferentes aspectos de las cosas según su función específica. Nuestro esfuerzo hacia una percepción más nítida, solo nos suministrará una imagen más precisa, lo mismo que el esfuerzo de nuestro pensamiento nos revelará un encadenamiento más estrecho de causa y de efecto.

Para todos nuestros sentidos, estos hechos son susceptibles de contralor. Se aplicarán igualmente a todos los grados de la perfección del pensamiento, en el salvaje, en el niño, en el sabio. Se puede objetar que este último obedece menos a la energía lógica inconcientemente activa en él, que a su voluntad consciente dirigente de las operaciones de su pensamiento. Pero la característica principal que aquí nos ocupa, el empuje interno clasificando las sensaciones espontáneamente, sin concurso externo, no dejará de ser menos el elemento esencial de esa apreciación. Puede alegarse qué innumerables observaciones, qué miriadas de experiencias han sido necesarias al género humano para llegar a poner un poco de orden

en sus percepciones. Se puede decir también que sin el estímulo de la naturaleza externa y sin el eco que ofrece el mundo a nuestra inteligencia por el carácter ordenado de su propia organización, el pensamiento humano jamás se hubiera desarrollado. Esto es exacto. Pero por sí solas esas indispensables condiciones hubieran sido insuficientes. En un momento cualquiera de la evolución, las facultades discriminativa y sintética han de haber surgido como funciones internas del alma humana. Solo «después» ha podido el hombre verificar su concordancia con los hechos de la naturaleza. El más armonioso y sabio orden del universo rodeando al hombre, se habría reducido para él a un hacinamiento de objetos sin lazo común entre sí, si una facultad interna no hubiera podido darse cuenta de sus inteligentes relaciones. La ausencia de reacción lógica en los animales colocados frente de esos mismos fenómenos, es una indiscutible demostración de ello.

Constatamos pues, que el impulso inicial determinando la función de los sentidos en el organismo humano, se resume netamente en una iniciativa interna. Respetemos, sin embargo, la susceptibilidad de aquellos de nuestros contemporáneos que fácilmente descartan el testimonio, no obstante perentorio, de una experiencia interna compartida por la humanidad toda entera y que únicamente se inclinan ante los hechos externos, agrupados por nuestras facultades razonantes.

La misma conclusión se impondrá—y esta vez bajo forma de un principio dominando la entera evolución,—si remontamos por el pensamiento, hasta la unificación de toda materia terrestre en el torbellino gaseoso de la nebulosa primitiva. A menos de admitir una interrupción extraña a esta nebulosa, es siempre sobre la acción de un proceso espontáneo interno que ha de colocarse la primera diferenciación, punto de partida de toda la evolución terrestre. Las teorías mecanistas que niegan esta impulsión interna, recurren al medio para hacer de él el agente de la evolución, transformando sustancias inertes. Estas concepciones pierden de vista que el medio mismo es ya un producto de la diferenciación. Su propio origen está así en absoluta contradicción con el papel exclusivo que se le atribuye.

Podría objetarse que esa primera diferenciación no es el

efecto de una energía activa y bien de una pérdida de energía. El enfriamiento progresivo de la nebulosa habría provocado la cristalización de los minerales, y en ese medio habría aparecido la vida organizada por el efecto combinado de los materiales en presencia. Sería siempre colocar en el interior de la substancia—en el seno de cada mineral al estado gaseoso,—las energías determinantes de la diversidad bien definida de las propiedades de ese reino. Pero a más, la experiencia científica recusa esta hipótesis. Semejante combinación de elementos químicos, en vida orgánica, ha fallado constantemente en los laboratorios, a pesar de los incesantes esfuerzos consagrados a esas investigaciones y de los admirables progresos de la química. Ciertos hechos, por el contrario, se oponen a esa hipótesis. La misma partícula de materia albuminoide está a la base de la vida vegetal y de la vida animal (1); sin embargo organismos completamente diferentes derivan de esos gérmenes formados de una misma materia. Inversamente, el huevo de un molusco y de un vertebrado difieren por su composición química (2); sin embargo, los organismos provenientes de esos gérmenes, no semejantes, tienen en ciertos puntos estructuras de órganos idénticas, la del ojo por ejemplo. La creencia en la intervención de un impulso director interno, extraño al elemento físico-químico, se impone, pues, al buen sentido.

## II

¿Establecidos estos principios, la hipótesis de un nuevo sentido es sinrazón?

Estudiemos esta cuestión con ciertas ideas generalmente admitidas. Empecemos por la idea de evolución.

Defínese esta última por: «una gradual y continua transformación del Universo considerado como un todo. En razón de un principio encerrado en el mismo, desenvuelve espontáneamente la serie de sus estados». (Grande Encyclopédie).

---

(1) Ver «Cellule». Grande Encyclopédie.

(2) BERGSON.—«Évolution Créatrice», pág. 81.

Importa darse cuenta de que esta idea implica la prolongación en el porvenir de esta constante transformación. La idea de evolución ha brotado de la observación y de la experiencia; los mismos factores han de dictarnos nuestra concepción del porvenir. Por otra parte, ninguna escuela científica o filosófica moderna se opone a la idea de una nueva evolución abarcando los tiempos futuros al mismo título que las edades recorridas.

Si se reconoce tal hecho, convendrá incorporar su alcance a la redacción de nuestra hipótesis y diremos: ¿Es admisible que en el curso de la evolución aparezcan en seres evolucionando, nuevos sentidos que les revelen dominios del Universo no sospechados antes?

La ciencia, fiel a los principios generales resultantes de sus investigaciones, lejos de desechar esta hipótesis, estaría en el deber de acogerla favorablemente. Sin embargo, podría recusarse, porque fuera de los principios generales hay las condiciones particulares. El medio en el cual vive la humanidad actual, otras circunstancias todavía podrían no corresponder a las condiciones que han caracterizado la aparición de nuevos sentidos para el animal, elevándose por encima de la planta o en el hombre accediendo a la lógica. El principio de brote de nuevos sentidos en el hombre podría ser una teoría irrecusable; pero, por ejemplo, no dejaría de ser menos erróneo de proponer su aplicación a demasiada breve distancia de la adquisición de otro sentido, por demostrar la observación que muy largos períodos preparan tales acrecentamientos de poderes. Se podría también pretender que todos los dominios del Universo están explorados o al alcance de nuestros actuales medios y rechazar así nuestra hipótesis, por un argumento irrefutable: la ineficacia de cualquier nuevo sentido, es decir, el absurdo de su existencia, contraria al papel útil de los sentidos funcionando en los organismos conocidos.

Para refutar estas objeciones, sería necesario recurrir a un orden de pruebas muy variado y que por otra parte llevaría la cuestión a un terreno completamente diferente. Será, pues preferible, apoyándonos en los trabajos científicos que hacen autoridad, buscar el conjunto de condiciones que han caracterizado, en los organismos existentes, la aparición de

un nuevo sentido. Si hemos de adoptar la hipótesis de un futuro sentido, la presencia de las mismas condiciones en el seno de la humanidad actual habrá de sernos demostrada. Únicamente semejante orden de pruebas positivas será concluyente.

### III

Se admite hoy que la cadena evolutiva, extendiéndose de la planta al hombre, es el resultado de una transformación progresiva.

«La teoría transformista, universalmente adoptada hoy, expone cómo bajo la influencia de causas naturales, los seres complejos y maravillosamente coordinados de la época actual, pueden haber descendido de seres muy simples, más simples que los más simples protozoarios conocidos». (Félix Le Dantec). «Admiten en general los naturalistas, hoy, que las especies vivientes se han formado por evolución y no constituyen otros tantos tipos orgánicos irreductibles y discontinuos». (René Berthelot).

El mecanismo de esta formación está de muy interesante manera expuesto por el naturalista americano Cope, promotor de una corriente importante del pensamiento moderno. Los trabajos de ese sabio son resumidos por Félix Le Dantec en la Grande Encyclopédie:

«Basta echar una ojeada sobre lo que sabemos de la filogenia de las especies para notar que las líneas de descendencia no han sido continuas, pero pueden ser representadas en forma de sistema dicotómico, de árbol genealógico. En otros términos, el punto de partida de una serie progresiva de formas en un período geológico no ha sido un tipo terminal de una serie progresiva de la edad precedente, sino un tipo anterior a ese tipo terminal y por consiguiente, menos diferenciado. Asimismo, no son las plantas superiores las que han dado luz al reino animal, sino las formas inferiores de protófitos y de protozoarios. Entre los animales, no son los moluscos, tipos especializados, los que presentan el más estrecho parentesco con los vertebrados los simples gusanos o tunicios. Entre los vertebrados, no son los peces más elevados en organización



los que presentan la mayor semejanza con la clase inmediatamente superior de los baetracios, sino los tipos mucho menos especializados de la época devonana. Los tipos modernos de baetracios no han suministrado el punto de partida de los reptiles, punto de partida que se encuentra en los antiguos estegocéfalos que son ictoides, de los cuales se puede hacer descender netamente los mamíferos. Así, pues, los tipos altamente desarrollados o especializados de un período geológico no han sido parientes de los tipos de los períodos ulteriores, desconocidos al contrario de los tipos los menos especializados del período precedente. El hombre mismo presenta en su estructura general el tipo predominante en los mamíferos del período eoceno, es decir, del principio de la época terciaria. Esta ley notable se explica por el hecho de que los tipos especializados de un período han sido generalmente incapaces de adaptarse a las condiciones nuevas que caracterizan el advenimiento de un nuevo período. No se ha de concluir de tal ley que cada período ha sido poblado por las formas las más simples del período precedente. Positivos progresos hanse efectuado y caracteres altamente diferenciados se han gradualmente desarrollado y han resistido victoriosamente a las revoluciones geológicas, más no han sido ellos los más especializados de sus respectivas edades. Han presentado una combinación de progreso efectivo y de plasticidad que les ha permitido adaptarse a condiciones nuevas.»

Esta genealogía dicotómica, es, pues, la ley del desarrollo de los organismos. Y la ramificación fecunda se produce antes de la especialización del organismo anterior más imperfecto. Establecida para el conjunto de las series progresivas, merced al estudio separado de cada forma animal, esta ley es forzosamente aplicable a los órganos de los sentidos, ya que representan una fracción importante de esas estudiadas formas animales.

Y la estrecha relación de órgano a sentido no es discutida. Esta teoría está sólidamente escudada por hechos probados por la observación científica. Su verificación se ha efectuado sobre la entera cadena evolutiva que abarca hasta el hombre; y la ley se ha afirmado constantemente.

¿Sería fuera de lugar su aplicación a la humanidad actual?

Conviene hacer remontar la especie que llamaremos «la actual humanidad» hasta los albores de la historia, prolongándola todavía en un porvenir remotísimo. Comparadas a ese espacio de tiempo, las edades geológicas cubren períodos inmensos y hacen retroceder el origen del hombre a épocas mucho más remotas aún. Y es en aquel origen que se han de asentar los primeros tanteos hacia una coordinación de las sensaciones, es decir, los principios del sentido lógico. Es la era cuaternaria toda que la geología misma, tomando a testigo el hombre fósil, asigna al período de aprendizaje del ser humano. A más, recordémonos que el injerto progresivo se produce siempre en tipos anteriores al tipo terminal de un período geológico: el hombre, ya lo vimos, se vincula a los mamíferos del principio de la época terciaria. Los geólogos atribuyen a ésta una duración cinco veces más larga que el tiempo corrido desde el principio de nuestra era cuaternaria estimada, ella, en cien mil años. En tales condiciones, ninguna desproporción existe entre la duración de la era actual y la fracción de principio del período precedente que ha preparado los más plásticos organismos de la época al futuro cumplimiento de la etapa evolutiva humana. Podemos entonces, sin titubear, aplicar la ley de Cope a su vez al reino humano.

Enunciemos ahora los puntos importantes.

#### IV

Dos cualidades son requeridas del órgano susceptibles de ulterior evolución. Comparado al grado anterior del cual el mismo arranca, ha de haber realizado ciertos progresos «efectivos» en el ejercicio de la nueva facultad. El progreso ha de ser bastante pronunciado para que la construcción del órgano pueda asegurar el ejercicio definitivo de la facultad; la transformación orgánica de las especies-troncos examinadas por Cope, es un hecho estableciendo tal condición. Pero la nueva facultad no ha de volverse una orientación exclusiva—especializada,—impidiendo al organismo acoger un elemento nuevo que implica un cambio de dirección.

Hemos visto que la inteligencia es el sentido específico del

escalón evolutivo humano; y el cerebro es su órgano. ¿Órgano y función llenan las dos indispensables condiciones: progreso y plasticidad?

Es fácil darse cuenta que el órgano cerebral de la inmensa mayoría de los hombres está hoy en condición de satisfacer a la actividad normal del pensamiento—no especializado,—es decir, del pensamiento aplicado inmediatamente o refiriéndose indirectamente a las cosas de la vida práctica.

Si podemos responder así, afirmativamente, en cuanto al progreso realizado, el postulado de plasticidad exigirá un más detenido examen. En nuestro caso particular, la plasticidad corresponderá a la facultad de poder, a fin de adquirir una nueva información sobre el Universo—un nuevo sentido,—abandonar la senda del pensamiento—último sentido adquirido,—para recibir una comunicación de fuente absolutamente diferente y fuera de todas las anteriores experiencias del organismo. Como para los actuales sentidos, hase de admitir que un impulso interno apresará las primicias de los futuros sentidos. La plasticidad se manifestará pues, en la medida en que los impulsos íntimos hayan sido arrastrados más o menos exclusivamente al ejercicio de la razón. Por una demasiada completa identificación con la razón, estos impulsos se cristalizan; pierden la elasticidad que los hace capaces de almacenar la vibración de la futura facultad subiendo de las profundidades del ser. Y el órgano se torna entonces en un molde definitivo de sus presentes capacidades, una forma rígida con la cual el ser se identificará irrevocablemente. Será la orientación en adelante inalterable, del ser futuro de ese organismo. El postulado de plasticidad formulado por la ley para los organismos susceptibles de ulterior evolución, parece así resolverse, para la humanidad, de una manera individual y no general. Es por lo tanto sobre ese terreno que se operará la selección del escalón futuro.

De modo que la especialización de la inteligencia—facultad del último grado franqueado—formará el escollo trabando el progreso de una parte de la humanidad actual. Aquellos que piensan que el aporte de sus sentidos materiales, saturados de lógicas relaciones, colocan a su nivel el íntegral tesoro de los conocimientos que nos reserva el Universo y excluyen

por lo mismo todo sentido futuro de su mundo real, formarán el elemento estacionario, del que el tiempo hará un elemento retrógrado. En cuanto al contingente progresivo, no le bastará examinar ingénuamente la hipótesis de facultades nuevas para despertar en el mismo los indicios precursores. Contemplando esta perspectiva, no habrá más de abdicar el progreso efectivo realizado por el pensamiento, que el hombre renunció a la perfecta función de sus cinco sentidos materiales, al elevarse, por el sentido lógico, por sobre el animal. De otro modo pronto intervendrían las consecuencias de otra ley bien conocida: ausencia de función, atrofia del órgano. Y por razones inversas, un paro no dejaría menos de amenazar la evolución de ese organismo, pues la ley de Cope lo proclama: el progreso efectivo, definitivo, de la anterior facultad es para la nueva ascensión tan indispensable como la plasticidad.

## V

Tres proposiciones traducirán fielmente estas constataciones, estos hechos.

Primero, ninguna condición inherente al estadio actual de la evolución humana se opone a la hipótesis del brotar de un sentido futuro.

En segundo lugar, los futuros sentidos se manifestarán bajo forma de un impulso interno obscuro.

El obstáculo, en fin, amenazando esta evolución, reside en la especialización de la facultad propia del último escalón subido, la especialización de la inteligencia.

Otras concordancias vendrán a apoyar estas proposiciones y conferirles un carácter coercitivo para nuestra razón.

Hemos aprendido hace un rato que los tipos especializados de un período son generalmente inaptos para adaptarse a las nuevas condiciones caracterizando el advenimiento de un nuevo período: la nueva facultad no se manifestará, pues, uniformemente en todos los miembros de una especie representando en un momento dado el más elevado escalón evolutivo. ¿Qué de extraño, en tales condiciones que aquellos que afirman en ellos la existencia de nuevos sentidos—los místicos, los clarovidentes—estén aislados a través de los siglos que preparan ei

advenimiento gradual de una nueva función? Más, para aquellos que juzgan sus escritos dignos de una seria atención, las idénticas afirmaciones de todos esos hombres, en todos los pueblos, en todas las edades, proclaman una ley de la Naturaleza. Todos sus relatos llevan la huella innegable de ella.

Hemos igualmente constatado que los tipos especializados de una especie, no dejan menos de subsistir al lado de la nueva especie. Pero no poseen la facultad con la cual se ha enriquecido el organismo progresivo. De tal acrecentamiento de facultades, ignorarán todo, ya que estas se definen precisamente por la penetración en un dominio del Universo inaccesible al organismo inferior. La observación nos suministra, por otra parte, esta certidumbre. La planta ignora las sensaciones del animal. Este no sabría participar de nuestros pensamientos. En estas condiciones ¿por qué exigiríamos la demostración externa y convincente para nosotros de una nueva facultad, para admitir su existencia? Parece inconciliable con los resultados de la observación científica de poner en duda una facultad nueva, porque no se refleja en todas las conciencias. La ley de los «no-especializados» de Cope, nos permite concebir perfectamente que en el momento en que el reino humano se ha elevado por sobre el reino animal, un número bastante crecido de esos organismos animales dotados de cinco sentidos se haya encontrado fuera de estado de sentir ese oscuro instinto de agrupación lógica de sus sensaciones, de modo suficientemente pronunciado para producir el remover de su materia nerviosa y cerebral. Esta incapacidad los ha mantenido en la etapa anterior.

En cambio, el reino animal ofrece un elocuente espectáculo de «especializaciones» en el dominio de la percepción sensorial. El ojo proverbial del lince, el olfato del perro, el oído del ciervo y tantas otras proezas animales sobrepasando las facultades de nuestros sentidos, atestiguan un desarrollo en línea recta que ha apartado estos organismos de la curva ascendiente del progreso evolutivo.

## VI

Pero inquétemonos, ahora, de la impresión producida por este exponente sobre los espíritus refractarios a la tesis de nuevos sentidos. Emplearán más o menos el siguiente lenguaje:

«Toda vuestra demostración descansa sobre el hecho de que la inteligencia humana sería un nuevo sentido. Pues bien, carece de una de las características del sentido: la transmisión hereditaria. La transmisión de los descendientes del órgano y de su función, es la piedra de toque de los cinco sentidos. El azar que prevalece en la herencia intelectual se opone a vuestra clasificación».

Hay que recordar aquí que el pivote mismo de la evolución es el hecho de que todo ser dotado de un sentido cualquiera, deriva de un antepasado poseyendo en menos el carácter particular del ser en cuestión. La herencia no puede, pues, en ningún caso ser considerada como una característica esencial de los sentidos. Este hecho sería una refutación suficiente de aquella objeción. Pero la experiencia nos enseña en lo que concierne a la humanidad, que la herencia, si aparece constante en la estructura aproximativa de los órganos de nuestros sentidos, no lo es de ningún modo en el ejercicio de la facultad que a ellos se refiere. La perfección de la vista, del oído, etc., varía de los ascendientes a los descendientes en proporciones tan considerables al menos como los grados de la inteligencia; los miopes de los presbítes, hijos de padres de vista normal, no son ni más ni menos numerosos que las inteligencias mediocres o notables, filiación de inteligencias medianas. Y la proporción de idiotas, de ciegos natos y de sordo-mudos, rebasándose sobre su herencia, parece ser equivalente.

Sin embargo, nuestros antagonistas no se declararán convencidos; pretendéis, dirán, que al través de los siglos existe una filiación de seres humanos que han desarrollado el uso de nuevos sentidos. ¿Cómo es entonces que no podéis, en estas condiciones, tras un espacio de tiempo tan considerable, indicarnos una sola familia en que esos sentidos hayan llegado a

ser una facultad hereditaria al mismo título que la inteligencia, la vista o el oído? Porque estas fluctuaciones cuantitativas, observadas luego en el ejercicio de estas facultades, representan la casi totalidad de los casos. Atestiguan bien que el órgano y su función son legados siempre de ascendiente a descendiente.

La ciencia espiritual sabría enunciar perfectamente las razones precisas de esa real intermitencia, apoyándose sobre leyes, rigiendo ciertos dominios de la naturaleza aún inexplorados por la ciencia moderna. Esta última, sin embargo, dispone de un argumento suficiente para combatir tal objeción: la transmisión de los caracteres adquiridos descansa sobre la herencia congénita. Los cambios adquiridos han de ser comunes a los dos sexos colaborando a la producción del nuevo organismo. Y las manifestaciones de nuevos sentidos a los cuales nos referimos, pueden ser consideradas como primicias de la evolución futura. Son casos aislados en que, condiciones particularmente favorables, se han encontrado reunidas para la herencia congénita. Estando esta abandonada al azar es concebible que una filiación constante no esté todavía establecida. No podrá serlo sino al través de la secuencia de los tiempos, cuando el nuevo carácter habrá hecho su aparición en miembros de los dos sexos suficientemente numerosos para asegurar la herencia congénita ininterrumpida. De ahora a entonces, representémonos la inmensa extensión de los períodos geológicos y consideremos las miríadas de generaciones sucesivas al través de las cuales todo carácter nuevo ha sido progresivamente adquirido y fijado, primero, poco a poco en los organismos aislados, antes de venir a ser, por herencia congénita, un carácter permanente, independiente de las condiciones.

Aún así los recursos de nuestros adversarios no se habrán agotado. En efecto, les queda una réplica digna, imparcial, benévola: «Admitamos por un instante que sea perfectamente legítimo creer en la evolución de nuevos sentidos en el hombre. Vosotros mismos, no obstante, nos afirmáis que un impulso interno anuncia su advenimiento en el alma humana. ¡A que discutir entonces! Sólo pedimos nosotros entregarnos a este obscuro instinto conforme él nos invite. Mientras tanto, sin

embargo, permitidnos esperarlos, sin preocuparnos mayormente de él igual que lo han ciertamente hecho las especies que nos han precedido. No han dejado menos de sentir, a su hora, el estremecimiento íntimo que las ha elevado a la nueva facultad.»

Semejante punto de vista merece particular atención porque es inspirado de buena fe y de lógica. No por eso es menos insostenible y presenta un verdadero peligro para aquellos que lo profesaran, porque un cambio fundamental se ha producido en las condiciones generales de la evolución en el seno mismo del escalón humano y de lo cual conviene hacer estado. Por vez primera, la fuerza directiva de la evolución y la responsabilidad del porvenir son, por la naturaleza, puestas entre manos del ser evolucionante mismo. Ese elemento nuevo introducido en la evolución es «la selección artificial». La ciencia estudia sus repercusiones en los reinos inferiores; el injerto de las plantas, el cruce de las razas animales dan resultados no previstos y a menudo contrarios a los caracteres distintivos de las especies. Animales inmigrando en oscuras grutas pierden gradualmente el sentido de la vista. Los ojos disminuyen de volumen, se hunden en la órbita, son cubiertos por la piel, acaban por atrofiarse y los descendientes de esos animales nacen ciegos. La rapidez de los caballos de carrera y la de sus descendientes, sobrepasando en mucho la de las demás razas, es un resultado de la selección artificial. Esta, por lo pronto, no es sino la juiciosa y multiplicada aplicación del «bien conocido principio científico según el cual el empleo frecuente y sostenido de un órgano lo desarrolla y le da un poder proporcional a la duración de dicho empleo; mientras que la carencia de uso lo debilita insensiblemente, lo deteriora, disminuye progresivamente sus facultades y acaba por hacerlo desaparecer.» (Grande Encyclopédie).

Es sobre todo a ella misma que la humanidad aplica la selección artificial de una manera determinante para su porvenir. Toda educación es el hecho de la selección artificial. Y cuando la ciencia nos obliga a constatar que la selección artificial es perfectamente capaz de contrariar lo mismo que de secundar la obra de la naturaleza, su aplicación no podrá ya más dejarnos indiferentes.



Integraremos toda la gravedad de su intervención discerniendo los dos siguientes puntos capitales: la educación moldea sobre todo la inteligencia humana y la dirección imprimida a esta le asignará su papel de obstáculo o auxiliar en la futura evolución del hombre.

La influencia que la educación, la selección artificial humana, ejercerá de ahora en adelante sobre el curso ulterior de la evolución, sobre los escalones futuros de los organismos, es, pues, considerable; es decisiva. La dirección dada a la educación puede considerablemente aumentar o disminuir la fracción de los organismos humanos progresivos, según que los rudimentos de los futuros órganos y sus primitivas y titubeantes sensaciones sean cultivadas o descuidadas. ¿Y cómo no habrían de ahogar fácilmente esos ténues instintos apenas germinantes, no aún brotados, ciertas corrientes de pensamiento? Los instintos, los más profundamente arraigados en la naturaleza humana, el instinto de la conservación, de la maternidad y tantos otros, pueden ser desalojados por representaciones particulares. Su supresión puede provocar el suicidio y numerosos otros hechos en absoluta oposición con los que compondrían nuestros normales instintos, familiares, sin embargo, a nuestros organismos a través de millones de generaciones. La razón misma, definitivamente aclimatada sin embargo en nuestra conciencia, es más o menos poderosa en nosotros, según los esfuerzos que le consagramos. En los estadios inferiores, en el salvaje por ejemplo, en ausencia de estimulante, es casi inactiva.

Para el sentido lógico, llegado en nosotros mismos a un grado de efectiva lozanía, la iniciativa individual determina así ampliamente el ejercicio de la facultad y de la medida del progreso. ¿Y nos sorprenderemos de que el apresamiento de un sentido a venir exija una más acentuada iniciativa, un entrenamiento largo y paciente antes que se manifiesten los más mínimos rastros de sus poderes? Cuando admitamos que un animal razona con su grosero cerebro, que un niño se dispensa de ejercer su pensamiento hasta el momento en que ha comprendido los problemas a resolver, entonces tendremos el derecho de negar la existencia de sentidos que no poseemos, so pretexto que las percepciones que registran se nos escapan.

La sola actitud concerniente es la de proporcionar el esfuerzo al fin, de recorrer el camino que de él nos separa. Y nada más natural que prolongados ejercicios, sinceros y tenaces, sean indispensables para conseguir aún el más ínfimo resultado. Pero que al contrario, una actitud de negación o siquiera de indiferencia deba paralizar estos frágiles gérmenes, ¿quién podría dudarlo? Suprimiendo de deliberado propósito la hipótesis de los nuevos sentidos del campo de la conciencia, la inteligencia ha de fatalmente hacer perecer esta delicada germinación (1).

Aún consiguiéramos así vencer la oposición que en ciertas mentes encuentra el ocultismo, nos quedaría todavía que disipar la desconfianza manifestada al ocultista, pues, si es innegable que el buen juicio justifica la verosimilitud de nuevos sentidos, una restricción de otro orden se impone: ¿El ejercicio de una nueva facultad, confiere al propio tiempo, el conocimiento de los medios que la desarrollan en el prójimo?

No hay aquí, en efecto, lazo lógico. El ejercicio aún real de esas facultades, no implica más el conocimiento de los métodos que las despiertan, que el uso normal de los sentidos materiales una calificación suficiente para un profesor de ciencias. Y para más la impostura, la mediocridad, el engreimiento disponen, en tales dominios, de recursos sin cuento y fáciles, al abrigo de contralor profano alguno. Por lo tanto, la mayor prudencia, la más juiciosa circunspección se imponen respecto de los propagandistas del ocultismo que de todas partes surgen en nuestra época. Sus discursos ejercen en ocasiones una poderosa fascinación por la oferta de resultados rápidos y maravillosos fácilmente conseguidos. La contradicción entre esas seductoras proposiciones y la laboriosa

---

(1) Únicamente estas conclusiones importan y son susceptibles de arrebatarse al acaparamiento exclusivo de la razón las conciencias que las acogen. También es indispensable notar que no serán desvirtuadas si la condición de sexto sentido es contestada al entendimiento, o si otras objeciones fueran formuladas sobre otros puntos. Es cierto que estas no han podido ser todas examinadas y refutadas en el cuadro de este estudio. Para desvanecer estas conclusiones sería menester demostrar que el cerebro no es una forma animal agena a la ley de Cope y que no hay una constante y absoluta relación de órgano o sentido.

lentitud de la evolución, que es un hecho irrecusable, es tan aparente como inconcebible. También las prácticas nacidas de conocimientos demasiado superficiales pueden provocar en el organismo humano, tan delicado y complejo, las más lamentables degradaciones.

Pero cuando una exposición clara y precisa proyecte una luz segura ante nuestros novicios pasos e indique, para la evolución de nuevos sentidos, una disciplina que nuestra razón y nuestro corazón hayan de aprobar, haríamos mal de rehusarle nuestra confianza. Y si las obligaciones que nos son impuestas revelan el poder constante y espontáneo de organizar y enriquecer todos los instantes, todos los aspectos de nuestra vida cotidiana, profundizándola siempre más e incesantemente, nos sentiremos tranquilizados y nos pondremos a la obra sin vacilaciones. Aún fuera de toda cultura de nuevos sentidos, la ambición de una vida mejor ordenada y más fecunda ha de animar toda alma celosa de verdadero progreso. Y aquellos que adopten esta actitud habrán encarrilado su destino en una obra ardua pero gloriosa.

EUGENIO LÉVY.

---

# SENTENCIAS CRIOLLAS

(*Artículo de costumbres*)

No hay que remontarse a las sentencias de Sócrates, Cervantes o Franklin en este simple pasatiempo. Ni siquiera a los refranes de Sancho Panza que llegó a quejarse, diciendo: qué extraño es que critiquen mis sentencias si no las entienden.

Las sentencias, pensamientos o dichos criollos, sin ser tan intrincados, abundantes y confusos como a veces los son los del escudero de Don Quijote, merecen alguna explicación o comentario.

Esos pensamientos son representativos, pintorescos, espontáneos y originales, si no por su invención, por su oportunidad; parecen nacidos de las mismas circunstancias que evocan y ponen de manifiesto.

La libertad de pensamiento, la vida de campo, la proximidad a la naturaleza, la ausencia de preocupaciones, dan a las ideas formas con figuras de relieve, que en general son comparaciones en que lo conocido sirve perfectamente de espejo a lo que se quiere dar a conocer.

Citaré algunas de esas frases pintorescas a medida que vengán a la pluma.

*Donde hay yeguas potros nacen.*—Con este modo de decir se explica que todos los hombres y todos los pueblos son iguales; que no hay que asustarse ni acobardarse por nada; que si en Europa han tenido por no ir más lejos, grandes capitanes, sabios oradores, pensadores y poetas también los hay en América, como Washington, San Martín y Bolívar, Vélez-Sarsfield y Ameghino, Esquiú, Avellaneda, Moreno y Alberdi, Echeverría y Andrade. Que aquí también se hacen soldados, marinos, voladores, inventores, ingenieros, médicos, jurisconsultos, naturalistas, químicos filósofos, estadistas, (y es el

caso de recordar a modestos pero ingeniosos industriales, como el molinero de Mendoza que hizo la bayeta para el ejército de los Andes y aquel fraile que forjaba las armas).—*Donde hay yeguas potros nacen.*

¿*Acaso quiero mi cuero para carona?*—Representa a las claras el valor y el desprecio de la vida. El cuero para carona no ha de ser herido, como mármol sin vetas, para estatua, porque es una pieza muy estimada del recado del paisano. Este estima tanto y a la par menosprecia la vida, como aquella prenda de su apero—*Acaso quiero mi cuero para carona?*

¿*Tanto potrillo lindo que muere!*—También esta es una expresión (a veces de pena), de coraje y de desprecio de la vida. Es preciso pensar en lo que es un potrillo lindo para el paisano. Este filósofo rural no encuentra que en el orden de la naturaleza haya cosa más bella que un lindo potrillo, a no ser la china trás la cual no va siempre por pura estética. En verdad que en todos los órdenes de la naturaleza se encuentran maravillas, en el reino vegetal, mineral y animal; para un poeta una flor, para la mujer un diamante, para el paisano un potrillo; en una o en otra forma todos darían la vida por la cosa más bella. El gaucho no la estima en más ni en menos: *¡Tanto potrillo lindo que muere!*

*Valiente como las armas.*—Esta es una personificación del valor en su instrumento mismo. No se puede llevar más lejos la alabanza del valiente. Son las armas las que combaten, máquinas ciegas que no saben sino atacar o defender. Para el hombre que tiene que confiar en si mismo, el valor es una virtud necesaria y la virtud más grande a que da culto. Quiere que de él se diga como él dice de un héroe:—*Valiente como las armas.*

¿*Quién dijo miedo?*—Esta es una fórmula que incita a combatir. Hoy está a la moda. Es una una pregunta que se oye en todas partes y que nadie dice, según lo que por otro motivo se atribuye a Gambeta: no decirlo pero pensarlo siempre. El mundo está lleno de miedo. Las naciones se arman de miedo y de miedo no se atacan. Es el reinado del Dios malo, el miedo suspicaz, el más inmundo—de los tiranos que soporta el mundo, según Núñez de Arce.

Bien, he ido demasiado a fondo. La pregunta del paisano es

un reproche: va a embestir, niega el miedo, duda cuando menos de que exista. *¿Quién dijo miedo? . . . .*

*El amor es cosa fuerte.*—Basta ya de valor y hasta de su duda, el miedo. Hay una cosa más fuerte. Lo que obligó al famoso general Ramírez a hacerse matar por su querida. Conocía el valor más que ninguno, tal vez dudaba de él en la derrota; pero había algo más que el valor y la prudencia, y volvió para defender a su dama y perdió la vida como el antiguo caballero y el de siempre, porque. . . . *El amor es cosa fuerte.*

*Es una mujer que da chucho.*—Chucho, vulgarmente equivale a escalofrío, como sucede en los principios de la fiebre intermitente o en el *chucho* que es enfermedad frecuente en algunas de nuestras provincias.

El trastorno que se experimenta en presencia de una mujer atrayente, no puede ponderarse mejor que con referencia a las alternativas de frío y de calor. Son síntomas misteriosos del amor. No en vano Cervantes llamó al amor la amorosa pestilencia. Hay mujeres que llevan el contagio. Y en presencia de una de ellas nada hay de más decidor que la frase criolla: *Es una mujer que da chucho.*

*La bendición, madrina.*—Bien que esta frase no tenga forma de sentencia, lo es en el fondo por el sentimiento y modo de ser de la época a que da relieve. El gaucho vagabundo en el inmenso campo y debajo del cielo infinito, llena su alma de encontrados anhelos, se imagina que hay algo superior que enciende el sol, sopla los vientos, dirige los ríos, eleva las montañas, enseña a los pájaros a hacer sus nidos, da el llanto al niño para reclamar el seno de la madre y hace que a este acuda en su tiempo el maná de la vida. Tal vez no formula este esbozo de un proceso que maravilla, pero lo siente.

No pudiendo por sí mismo explicarse esta magnífica máquina o tejido del universo, busca en los sabios, en los que llevan hábitos extraños, al que ha de guiarlos en el laberinto de sus ideas; busca lo más significativo o más alto para dirigirse; será en el campo, el río, el bosque, el monte y los diversos ruidos que interrumpen la monotonía de la soledad, y en poblado las casas altas, la iglesia y su campana. Y aquí llegamos a la religión, que se le presenta como guía entre la tierra y el cielo.

En la religión encuentra el rústico los dos misteriosos polos

de la bendición y la maldición; con la primera se alcanza todo y hasta se neutraliza la segunda. Nuestros generales como creyentes o como filósofos (usando de los medios que conducían al fin), invocaban las bendiciones del cielo para el combate y daban gracias en los templos por la victoria.

Sirviendo la religión de guía al paisano en los misterios de la vida, se explica la influencia que aquella ha ejercido y ejerce aún en las gentes del campo.

Hubo épocas en que la bendición se pedía hasta a los patronos. Bien distantes estamos por cierto de aquel tiempo, hoy que no se pide ni a los padres.

Aunque esto ya va largo como posdata femenina, diré la rara impresión, mezcla de burla y de respeto que nos produjo en un paseo, en un pueblo, cerca de esta ciudad, la escena siguiente:

El cochero, criollo viejo ya, se aproximó con el carruaje a un rancho a cuya puerta salió una anciana, a quien dicho hombre, bajándose y sacándose el sombrero saludó con toda conciencia y respeto y en alta voz con estas palabras: *La bendición, madrina.*

Son estas cosas ingenuas, naturales y verídicas, rasgos característicos que impregnan del sabor, originalidad y sentimiento el lenguaje y modo de ser de nuestros gauchos. El valor, el amor y la religión, forman su código e inspiran sus acciones.

*No hay domador que no caiga.*—No puede darse por terminado este artículo, que tal vez viene más a pelo de lo que yo quisiera, sin citar esa sentencia trascendental. Con ella el paisano se aviene con su suerte, reconoce la fatalidad de las cosas, protesta contra toda tiranía y hasta soporta la derrota. *No hay domador que no caiga.*

JORGE DAMIANOVICH.

---

## Meditaciones

---

### FRAGMENTO

Así como la débil araña teje  
su red entre las ramas de un  
viejo árbol que el viento agita;  
el hombre, con invisibles lazos,  
une entre sí los puntos más  
lejanos del Universo.

El «hombre» en su viaje hacia la Eternidad, visita muchos mundos: busca siempre los medios para los cuales experiencias anteriores lo han preparado. Es así como prosigue su ruta!

Siglos tras siglos, edades tras edades, han de sucederse mientras que germine, crezca y dé sombra la *simiente de la vida*. Muchos deseos, muchas ambiciones tendrán que agotarse antes que un intenso dolor destruya cual fuego potente todo lo perecedero, mortaja que aprisiona al «Alma de las cosas», a la *Esencia* de las esencias, al *Amor* de los amores.

Cuando la esclavitud haya sido vencida; cuando impere el espíritu en el mundo transitorio de la materia, recién entonces aparecerá el *verdadero hombre*... Antes que esto suceda, no haremos más que confundir el «traje» con la «persona»; agregar eslabones a la «pesada cadena»; en fin, hacer marchar en las tinieblas de «la carne» al «rey de la creación», a ese ser divino e ignorado que pasa desapercibido por el mundo ilusorio en que vivimos.

A veces en medio de nuestras alegrías y de nuestros dolores, de nuestras pasiones y de nuestras virtudes, golpea *El* las puertas de su prisión... Recién entonces, a través de los espesos muros sentimos sus melodías secretas; vibraciones misteriosas que parecen llegar del infinito, extenderse de mundo en mundo y abarca la inmensidad!

F. W. GÁNDARA.



# CLEOPATRA

---

(POEMA EN PROSA)

## **Figuras del poema**

Cleopatra, reina de Egipto.  
El niño esclavo.  
Delio.  
Kobtis.  
Aquilas.  
La esclava Carmión.  
Cortesianos, guerreros, sacerdotes, esclavos.  
Rugidos de leones.  
La voz de Marco Antonio.

## **Lugar del poema**

*Un navío en el mar Jónico, serenamente azul bajo la luz de oro de un crepúsculo. Al fondo, en la proa, la cabeza bicornes de un mascarón, en figura de carnero, semeja una gran lira cuyas cuerdas fuesen los rayos del sol que muere en el horizonte lejano. Y en esta lira, la brisa cálida, en ráfagas suaves, teje armonías de misterio, acordes con los «johé!» desmayados de los remeros ocultos y los himnos nostálgicos de las doncellas griegas.*

*Los esclavos empavesan la nave y enguirnalдан las jarcias con las flores de loto y las rosas más rojas de Alejandría.*

*Del pabellón central, bajo la cubierta de la proa y entre las dos escalerillas laterales, sale Cleopatra seguida de sus siervos y de sus cortesanos fieles.*

*Manos invisibles descorren a su paso los ricos tapices que cubren la entrada de la tienda.*

*Hay un rugir de leones en celo.*

*Gimen las arpas y los sistros a una mirada ardiente de la reina.*

*Vuelan ibis sujetos por hilos de plata, y los abanicos de bysus y colas de pavo real, sujetos en los altos juncos se mecen blandamente, como palmas sobre la cabeza altiva de Cleopatra, que sonríe a un pensamiento de triunfo.*

*Está desnuda, bajo un velo extraño, que dicen es la propia vestidura de Isis.*

*Un velo tejido con luz de luna. Un velo diáfano, como una bruma leve, entre la cual la misma luna brillase.*

*Cleopatra está desnuda como la luna, sin misterio ni rubor.*

*Tras ella, las danzarinas, jónicas, las tañedoras de cítaras, las iniciadoras del amor; los sacerdotes de Osiris, con sus mitras gemmadas y sus vestiduras de brocado; los astrólogos caldeos, con sus túnicas consteladas; los sátrapas de Babilonia, convidados a las orgías de la reina; los poetas helénicos y los patricios, emigrados de Roma en busca de placeres ignorados; los adolescentes de Grecia y de Asia, escanciadores de Falerno, Creta y Massigue; los domadores líbicos, los encantadores de Persia y los tocadores de tímpanos, pífanos y sambucos.*

CLEOPATRA.—El sol huye, delante de mí, en su barco de fuego... No dirá el Triunviro que le abandono injustamente... Osiris es mi esposo verdadero, a quien debo seguir.... Esas galeras que escoltan mi nave, ¿no patentizan mi triunfo?... Egipto debe recibirme como a vencedor... Tended al viento el velamen de púrpura, y que el navío nade con remos de plata, como en otro tiempo, cuando me presenté a César, amo del mundo, a quien hice mi primer esclavo... ¡Délío!...

DÉLIO.—¡Reina!...

CLEOPATRA.—¿Estamos lejos del desierto?...

DÉLIO.—Sí, reina.

CLEOPATRA.—¡Oh, si yo pudiera seducir a Octavio!...

UN SÁTRAPA A UN PATRICIO.—¡Ni un recuerdo a Marco Antonio!

**EL PATRICIO.**—¡Cleopatra?... Todo su amor está en el Capitolio...

**EL SÁTRAPA.**—El Capitolio, aunque fuese preciso sacrificar a su amante.

**UN POETA GRIEGO.**—Indudablemente nació para dominar el mundo... para humillar a los hombres...

**UN ASTRÓLOGO.**—A los hombres y a los dioses...

**UN MAGO.**—Tiene un poder infernal...

**UN SACERDOTE.**—No cree en nada, ni en nadie, ni en sí misma...

**CLEOPATRA.**—¡Kobtis!...

**KOBTIS.**—¡Señora!...

**CLEOPATRA.**—¡Por qué rugen esos leones?... Que los arrojen al mar...

**AQUILAS.**—(En la cubierta alta).—Veo un navío al Oriente... Muestra la insignia real.

**CLEOPATRA.**—El Triunviro no pudo haber dejado el combate.

**DÉLIO.**—Tu amor, oh reina, es para él más que el triunfo y la gloria.

**CLEOPATRA.**—¡Más que la patria!...

**DÉLIO.**—Más que la patria, más que el mundo...

**EL PATRICIO.**—¡Y si Marco Antonio es derrotado!...

**CLEOPATRA.**—Entonces será Octavio vencedor...

**EL PATRICIO.**—¿Qué quieres decir!...

**CLEOPATRA.**—¡Kobtis!... ¡Por qué no callan esos leones... Arrójales un esclavo...

(Kobtis se dirige a un impúber asiático).

**EL ESCLAVO ASIÁTICO.**—(Echándose a los pies de la reina).—¡Misericordia, oh, divina, misericordia!...

**CLEOPATRA.**—Kobtis, ¿quién es este niño, semejante a aquel que fué mi pequeño esposo!...

**KOBTIS.**—Un esclavo que te regaló Marco Antonio en Samos.

**CLEOPATRA.**—¡Ah, sí!... Este niño trajo el más bello collar de perlas que había fuera de Egipto... ¡Es tan semejante a aquel que fué mi segundo esposo, mi pequeño Ptolomeo!... ¡Por qué se durmió para siempre, después de aquella orgía!... ¡Qué tenía aquel Falerno de color tan extraordinario y de sabor tan raro!... ¡No ha podido despertarlo el calor de mis

besos!... ¡Oh, amor, tú te vistes de cuerpo adolescente!... ¡Sólo en tí hay belleza!... ¡Quién me habla de Marco Antonio?... Su cuerpo está decrepito y sólo amo en él la púrpura de su manto, como he amado la diadema de César... Esos hombres saben mentir, y yo estoy cansada de mentiras... Estoy cansada de bocas secas, de miradas marchitas, de alientos depravados... ¡Oh, mi pequeño esposo, a quien sacrifiqué por la ambición de un reino!... ¡Qué reino, qué tesoro no daría ahora por verte sonreír... por volver a oír aquellas frases que balbuceaste a mi oído la primera noche?... ¡Qué tesoro, qué mundo?... Todos los reyes del mundo los sacrificaría ahora a tu amor...

AQUILAS.—Es, sin duda, la nave del Triunviro... Se acerca velozmente... Todas las naves la saludan.

CLEOPATRA.—Fustigad a los galeotos, que no nos alcance... ¡Oh, si pudiera uncir a mi navío los tritones de Horus!... ¡Cuándo llegaremos a Ténaro?... .

AQUILAS.—Esta misma noche.

CLEOPATRA.—Ansío verme en Alejandría, en la soledad de mis jardines, entre el silencio de las esfinges sin alma, que conocen todos mis secretos... ¡Me seguirá hasta allí? ¡Qué hastío!... ¡Dónde está mi pequeña Carmión?...

CARMIÓN.—¡Señora!...

CLEOPATRA.—Conduce a este niño a mi cámara y vístelo como a un rey... Tráeme mi espejo de plata y mi cofre de perlas negras... Volved pronto.

(Carmión desaparece, llevando de la mano al pequeño esclavo de Asia).

AQUILAS.—Hacen señales del navío y nos mandan esperar.

CLEOPATRA.—Forzad la marcha... poned dobles remeros... No quiero verle... Si hubiese sabido morir en la lucha, ¡cómo le hubiera glorificado!...

DÉLIO.—Reina, el Triunviro te ama hoy más que aquella primera noche de Cilicia... Lo ha dejado todo por seguirte.

CLEOPATRA.—¡Bah!...

DÉLIO.—Todavía puede repararse el mal... Debes recibirlo.

CLEOPATRA.—Ya no podrá vencer a Octavio, después de esta derrota.

DÉLIO.—Aún puede repararse.

UN SACERDOTE.—Confía, oh, divina en la sabiduría de Anubis e invoca a Hathor, cuya bondad es grande...

CLEOPATRA.—Estoy cansada de erigir inútilmente templos de mármol a las divinidades egoistas... No confío en otro poder que en mi propio poder... Nada hay imposible para quien tiene sobre sí el velo de Isis... ¿Queréis ver como en un instante el mar se viste de plata?... ¿Queréis ver como pongo a mis pies la luna, por alfombra de mi lanza?... Ved, ya, a la luna que baja a tenderse sumisa sobre las aguas del mar... Los remos de mi galera se han tornado de oro y mi galera navega ahora por un mar argentado... Quiero verme en el espejo de ese mar; quiero danzar sobre mi propia imagen.

(Súbitamente, sin transición alguna surgió la noche al descender el sol. Una noche toda blanca y un mar todo blanco como un lago de hielo. Cleopatra sube con presteza a la proa del navío, entre la lira bicornes del mascarón.

Contra la claridad inaudita de la luna, la reina, desnuda, es toda negra, como una estatua de basalto. Como la estatua de una diosa adolescente, dispuesta a recibir el primer homenaje de un sacrificio.

Vuelan los ibis en fantásticos giros. El ¡ohé!, acompasado de los remeros es como un ritmo mecedor.

Fulguran la pedrería de las mitras y el oro de los brocados.

Suspiran las flores de las guirnaldas, al beso de la brisa, en suaves efluvios de aromas.

Gimen las cuerdas vibrantes de los instrumentos músicos y ríen argentinamente los sistros.

Los flabelos de bysus y plumas de pavo real, como palmeras, se balancean con languidez.

Hay un revoloteo de murmullos.

Cantan las esclavas con acentos desmayados.

Y Cleopatra agita su velo mágico de sutiles mallas, como las alas de una mariposa gigantesca, y danza como una mariposa al viento, sobre el ondulante tapiz del mar. Vibra un clarín lejano. Cleopatra se vuelve ligeramente en un escorzo de gracia infinita.

En este instante aparece su esclava Carmión, coronada de

rosas y conduciendo de la diestra al niño asiático vestido con una túnica azul, ornada de crisopacios, un manto de púrpura y los cabellos encintados.

Cleopatra, al verle, tiene una exclamación de gozo y corre hacia él en un gran vuelo.

CLEOPATRA.—(Estrechando al joven esclavo mimosamente, envolviéndole en su velo de Isis purificador).

¡Niño mío, amor mío... mi pequeño amor!...

(La boca de la reina se multiplica en una fiebre de ósculos).

¡Mi pequeño amor!... Te he dedicado los más dulces instantes de mi vida... ¡Te he llorado tanto!... Vuelves a mí en un día de derrota, como una compensación... Ya no nos separaremos nunca... Seremos felices en un templo custodiado por esfinges..., en el seno de una pirámide..., seremos felices eternamente...

(Suena el clarín de nuevo y se oye una voz conocida y distante llamar a Cleopatra).

DÉLIO.—El Triunviro te llama, oh, reina...

CLEOPATRA.—Dejadle... No tengo oídos para él... Huyamos.

LA VOZ DE MARCO ANTONIO.—(Suplicante y lejana). ¡Cleopatra!... ¡Cleopatra!...

CLEOPATRA.—¡Huyamos, huyamos!... ¡Que no me alcance nunca!... Quiero vivir sólo y para siempre con mi amor... Esclavos, os regalaré mis joyas, mis perlas más bellas... Quiero sólo un palacio en el misterio, donde no entre la luna, donde no penetre el sol... ¡Oh, amor mío!, viviremos en jardines ocultos con nuestros recuerdos, lejos de todo ruido y de todo egoísmo... No valen nada el mundo, la gloria, los tesoros que tanto codicié..., las caricias obligadas de mis amantes por vanidad. Pondré mi olvido sobre todas las grandezas vacías y devolveré al Triunviro todas las riquezas de sus conquistas y las flotas que no supieron vencer... He despertado de mis pesadillas de ambición, y tendré en adelante el más dulce sueño de amor en los brazos de mi pequeño amor ingenuo.

LA VOZ DE MARCO ANTONIO.—¡Cleopatra!... ¡Cleopatra!...

CLEOPATRA.—La tierra se ha empequeñecido para mí... pero el mar parece dilatarse a medida que aumenta mi deseo de lle-

gar a la mansión de mi nueva vida... Desplegad al viento propicio todas las velas y que me separe pronto de ese hombre que me persigue, un abismo de olvido.

LA VOZ DE MARCO ANTONIO.—¡Cleopatra!...

CLEOPATRA.—¡Todavía su voz!...

(Hiende el aire un silbido de serpiente y una flecha de oro pasa, como un relámpago, ante los ojos de la reina y se clava en el corazón de su niño amante que muere sin proferir una queja.

Cleopatra lanza un grito capaz de dar alma a las esfinges de que habló. Sujeto al cabo de la flecha, un papiro decía:

«Cleopatra, espérame.» «Marco Antonio».

(Délío leyó en voz alta el escrito).

CLEOPATRA.—(Serenándose de pronto, con transición).

¡Detened la nave!... ¡Por qué siguen rugiendo esos leones?... Arrojadles ese esclavo...

(Sobre la proa de su nave Cleopatra tiende su sonrisa y sus brazos hacia el navío que llega).

(Aquí termina el poema de Cleopatra).

GOY DE SILVA.

---

# PENSAMIENTOS Y LIBROS

**Director: Dr. CATALANO**

## **DIOS (1)**

Además de la materia con la cual nosotros y el universo estamos hechos, conocemos todavía algo inmaterial que da vida a nuestro cuerpo y está unido a él. Es esta cosa inmaterial que denominamos alma. Lo mismo, esta cosa inmaterial que a nada está unido y que da vida a todo cuanto existe, es a lo que llamamos Dios.

### **I.—EL HOMBRE DESCUBRE DIOS EN SÍ MISMO**

1.—La base de toda religión está en el reconocimiento, no solamente de todo lo que vemos y sentimos materialmente, pero también de aquel algo invisible, inmaterial, que nos da vida a nosotros y a todo lo que es tangible y material.

2.—Yo sé que tengo en mí algo, sin lo cual nada existiría. Es lo que llamo Dios.

Según ANGELUS.

3.—Todo hombre, reflexionando en lo que es, está obligado a apercebirse que no es todo, pero sí una parte aislada de algo. Habiéndolo comprendido, el hombre piensa generalmente que ese algo, del cual está separado, es el mundo material que ve: la tierra en la cual vive y donde han vivido sus antepasados, y así también el cielo, las estrellas y el sol que contempla. Pero reflexionando más profundamente o sabiendo lo que pensaban los sabios de todo el universo, reconoce que ese algo, con el cual los hombres se sienten separados, no es mundo material que se extiende en el infinito del espacio y del tiempo, sino algo distinto. Si el hombre reflexiona aun y aprende lo que igualmente pensaban los sabios, comprenderá que el mundo material, que no tiene principio, no concluirá jamás, y no puede ser limitado; no es real, pero es una con-

---

(1) De «El Pensamiento de la Humanidad», por León Tolstoi.



cepción de nuestro cerebro y que por consiguiente ese *algo* del cual nos sentimos separados, no tiene ni principio ni fin, ni en el tiempo ni en el espacio, pero es inmaterial y espiritual.

Ese algo espiritual que el hombre reconoce como su principio, es lo que los sabios llamaban y llaman Dios.

4.—No se puede reconocer a Dios más que en sí mismo. Hasta tanto no lo hayas encontrado en ti, no lo encontrarás en ninguna parte.

No hay Dios para aquel que no lo siente en sí.

5.—Siento en mí, un ser espiritual separado de todo. Siento el mismo ser espiritual igualmente separado de todo en los otros hombres. Pero si lo reconozco en mí y si lo reconozco en los otros seres, El mismo debe necesariamente existir. Es ese ser existiendo por El mismo, que llamamos Dios.

6.—No eres tú el que vives: lo que te consideras como tú, está muerto. Lo que te anima es Dios.

ANGELUS.

7.—No pienses ganar a Dios por tus actos; todas las obras son malas ante Dios. No es necesario ganar a Dios, pero sí ser El.

ANGELUS.

8.—Si no miramos con nuestros ojos, si no oímos con nuestros oídos, si no tocamos con nuestras manos, no sabremos nada de lo que nos rodea. Pero si no reconocemos a Dios en nosotros, no nos conoceremos; no conoceremos en nosotros a Aquel que ve y que oye al mundo alrededor de sí.

9.—Aquel que no pueda hacerse hijo de Dios, quedará para siempre en el establo de las bestias.

ANGELUS.

10.—Si llevo la vida del siglo, puedo pasarme sin Dios. Pero no tengo más que reflexionar de dónde he salido, cuándo he nacido y a dónde iré después de muerto para que, de inmediato, reconozca que hay algo de donde he venido a este mundo de algo incomprensible y que voy hacia algo igualmente incomprensible para mí.

Es este incomprensible, de donde vengo y a donde voy, que llamo Dios.

11.—Se dice que Dios es amor y que el amor es Dios. Se dice también que Dios es razón y que la razón es Dios. Todo eso no es absolutamente exacto. El amor y la razón son cualidades de Dios que reconocemos en nosotros, pero no podemos saber lo que El es, por El mismo.

12.—Está bien temer a Dios, pero mejor todavía es amarlo. Lo mejor es resucitarlo en sí.

ANGELUS.

13.—El hombre debe amar; pero no se puede realmente amar más que aquello que es perfecto. Debe, por consiguiente, existir algo que carezca de defectos. Y no hay más que un solo ser sin defectos: Dios.

14.—Si los hombres no están nunca de acuerdo en lo que es Dios, todos los que realmente creen en El, comprenden siempre del mismo modo lo que Dios quiere de ellos.

15.—Dios ama la soledad. No entrará en tu corazón, hasta no estar El solo y hasta que tú no pienses más que con El.

Según ANGELUS.

16.—Existe un cuento árabe, hélo aquí: Atravesando el desierto Moisés oyó a un pastor suplicar a Dios: «¡Oh Señor!, decía ¡cómo hacer para encontrarte y hacerme Tu esclavo! ¡Con qué alegría Te calzaría, lavaría y besaría Tus pies, peinaría Tus cabellos, lavaría Tus vestidos, ordenaría Tu morada y Te traería la leche de mi rebaño! ¡Mi corazón Te desea!» Moisés oyendo esas palabras, se molestó del pastor y dijo: «Tú blasfemas. Dios no tiene cuerpo. No tiene necesidad ni de vestidos, ni de morada, ni de siervo. Dices necesidades». El pastor se afligió. No podía representarse a Dios sin cuerpo y sin necesidades materiales; no podía más negar y servir a Dios, y cayó en la desesperación. Entonces Dios dijo a Moisés: «¿Por qué has alejado de mí, mi fiel esclavo? Cada hombre tiene sus pensamientos y sus términos. Lo que es un mal para uno, es un bien para otro; lo que es veneno para tí, es miel para otro. Las palabras nada significan. Yo veo al corazón de aquel que se dirige a mí».

17.—Si el hombre no sabe que respira aire, sabe, cuando se asfixia, que le falta algo, sin lo cual no puede vivir. Es lo mismo para aquel que pierde a Dios, aunque no sepa lo que le hace sufrir.

## II.—TODO HOMBRE DOTADO DE RAZÓN ESTÁ OBLIGADO A RECONOCER A DIOS

1.—Vemos en los cielos y en cada hombre lo que llamamos Dios.

Cuando en el invierno, durante la noche, miras el cielo, tu ves estrellas, siempre estrellas, estrellas sin fin, y cuando meditas que cada una de esas estrellas, es muchas veces más grande que la tierra donde vives; que por arriba de las estrellas que ves, hay centenares, millones de otras estrellas y más grandes aun; y que ni las estrellas, ni el cielo tienen fin, comprenderás que aquello que no podemos concebir existe.

Cuando miramos en nuestro interior y vemos lo que llamamos nuestro «yo»; cuando divisamos algo que nos es incomprendible, pero que nos es más conocido que el resto y que nos hace comprender todo lo que existe, vemos en nuestro yo, en el alma, algo más incomprendible y más grande de lo que vemos en el cielo.

Es lo que vemos en el cielo y lo que sentimos en nosotros, en nuestra alma, lo que llamamos Dios.

2.—Desde todos los tiempos, en todos los pueblos, estaba formada la fe en una fuerza invisible que gobierna el mundo.

Los antiguos atribuían esta fuerza a la razón universal, a la naturaleza, a la vida, a la eternidad; los cristianos llaman a esta fuerza: espíritu, Padre, Señor, razón, verdad.

El mundo visible, mutable, es, en cierto modo, la sombra de esta fuerza.

Lo mismo que Dios es eterno, el mundo visible, su sombra, es eterno. Únicamente la fuerza invisible, Dios, existe verdaderamente.

SKOVORODA (1).

---

(1) Filósofo ucraniano del siglo XVIII; su excepcional valor ha sido recientemente reconocido en Rusia. (Nota de Halpérine-Kaminsky).

3.—Hay un ser sin el cual ni el cielo ni la tierra existirían. Este ser es apacible, inmaterial; sus cualidades se llaman: amor y razón; pero ese mismo ser no tiene nombre. Es el más alejado y el más próximo.

LAO-TZE.

4.—Se preguntó a un hombre: ¿Porqué sabes que Dios existe? Respondió: «¿Es necesario un candil para ver la aurora?»

5.—Si el hombre considera a algo como grande, es porque no ve las cosas desde la altura de Dios.

ANGELUS.

6.—Me es imposible la reflexión de lo que es el universo infinito y de lo que es mi alma que se conoce a sí misma; pero si pienso, me es imposible no reconocer lo que llamamos Dios.

7.—Existe en América una niñita ciega y sordo-muda de nacimiento. Le han enseñado a leer y a escribir por el tacto. Cuando su maestra la explicó que había un Dios, la niña respondió que ella lo sabía, pero que ignoraba su nombre.

### III.—LA VOLUNTAD DE DIOS

1.—Concebimos a Dios menos por la razón que por nuestra sensación de estar en Su poder, como una criatura en los brazos de su madre.

El niño no sabe quien lo tiene, lo abriga, lo nutre, pero sabe que ese alguien existe y no solamente conoce, sino ama a ese alguien del cual depende. Es lo mismo para el hombre.

2.—Cuanto más el hombre cumple la voluntad de Dios, tanto más Le conoce.

Si el hombre no cumple la voluntad de Dios, no Le conoce absolutamente, aunque diga Conocerlo y Le *invogue*.

3.—Lo mismo que no podemos reconocer una cosa sin aproximarnos, no se puede conocer a Dios más que acercándose a El y no se puede hacerlo sin la ayuda de las buenas acciones. Cuanto más el hombre se habitúa a hacer el bien tanto mejor aprende a conocer a Dios; y cuanto más aprende a Conocerle, tanto más ama a sus semejantes.

4.—No podemos conocer a Dios. Todo lo que sabemos de El, es Su ley, Su voluntad, tal cual está escrito en los Evangelios. Del conocimiento de Su ley, deducimos que Aquel que la ha hecho existe, pero nos es imposible conocerle a El mismo. En justicia, no conocemos más que una cosa: que debemos cumplir la ley que Dios nos ha dado y que nuestra vida es tanto mejor, cuanto más estrictamente seguimos esa ley.

5.—Es sorprendente que no haya visto antes, la simplicidad de esta verdad: que fuera de este mundo y de nuestra vida hay alguien, algo, que sabe porqué el mundo existe y porqué estamos, así, las burbujas que se forman en el alma hirviendo que explotan y desaparecen.

Si, algo sucede en este mundo, gracias a todos los seres vivos, a mí, a mi vida. Sino ¿por qué existiría ese sol, esas primaveras, esos inviernos y porque esos sufrimientos, los nacimientos y las muertes, las buenas acciones y los crímenes, porque todos esos seres aislados que aparentemente no tienen ningún sentido para mí y que viven con todas sus fuerzas, inquietándose tanto por sus vidas? La vida de todos esos seres aislados que aparentemente no tienen ningún sentido para mí que viven con todas sus fuerzas, inquietándose tanto por sus vidas? La vida de todos esos seres, me convence perfectamente, que todo es necesario a algo razonable, bueno, pero que no me es accesible.

6.—Cuando el hombre canta, clama, y dice ante todos: «¡Oh Señor, Señor!» es porque no ha encontrado el Señor. Aquel que Le ha encontrado guarda silencio.

RAMAKRISHNA.

7.—En los malos momentos no se siente a Dios, se duda de El. Pero la salud es siempre la misma: no pensar en Dios, pero sí en Su ley y cumplirla: amar a todo el mundo.

#### IV.—NO SE PUEDE COMPRENDER A DIOS CON LA RAZÓN

1.—Se puede sentir a Dios en uno mismo, lo que no es difícil. Pero comprender a Dios y saber lo que es El, es imposible e inútil.

2.—No se puede comprender con la razón que el hombre contiene su alma y Dios; así, es imposible concebir que no hay Dios y que el hombre no tiene alma.

PASCAL.

3.—¿Por qué estoy separado de todo el resto y porque sé que *el todo*, del cual estoy separado existe; y porque no puedo comprender lo que es ese *todo*? ¿Por qué «yo» cambio constantemente? Pero no puedo impedirme pensar que todo eso tiene un sentido, que hay un ser, para el cual, todo eso es comprensible, que sabe para qué todo eso sirve.

4.—Cada uno puede sentir a Dios y nadie puede Comprenderlo.

Es por eso que no buscamos comprenderle; pero cumplimos Su voluntad, que es el sentirlo en nosotros con más intensidad.

5.—Si tus ojos están ennegrecidos, no dices que no hay sol. Tú no dirás tampoco que Dios no existe, porque tu razón se embarulla y se pierde, cuando desees comprender el principio y la causa de todo.

Según ANGELUS.

6.—«¿Por qué me pides mi nombre?—dice Dios a Moisés.—Si detrás de lo que se mueve puedes ver lo que siempre ha sido, lo que es y lo que será, Me conoces. Mi nombre es el mismo que mi sustancia. Yo soy real. Yo soy aquel que es».

«Aquel que quiere saber mi nombre, no me conoce».

SKOVORODA.

7.—La razón que no se puede concebir, no es la razón eterna: el ser que se puede nombrar no es el ser supremo.

LAO-TZE.

8.—Tan extraño como es, el hecho de que no conozca a Dios, tengo sin embargo siempre miedo cuando estoy sin El, y no estoy tranquilo sino con El. Es más extraño todavía que no tenga ninguna necesidad de Conocerle mejor y aún más que no Lo conozca ahora en mi vida actual. Puedo y querría acercarme a El; mi vida entera tiende a eso. Pero ese acercamiento

no aumenta nada mi conocimiento de Dios. Toda tentativa de mi imaginación, que me demuestra que lo concibo (por ejemplo, cuando me lo imagino creador o misericordioso, o algo análogo) me aleja de El y suspende mi acercamiento a El. Aún el pronombre «El», aplicado a Dios, destruye en cierto modo, para mi, toda su significación. La palabra «El» lo disminuye.

9.—Todo lo que podemos decir de Dios, no se Le parece. No se puede diseñar a Dios con palabras.

ANGELUS.

#### V.—LA FALTA DE FE EN DIOS

1.—El hombre razonable encuentra en sí mismo la concepción de su alma, de sí mismo y del alma del universo que es Dios; y reconociendo la imposibilidad de llevar esas concepciones a la nitidez completa, se para dócilmente entre ellas sin tocar a lo que las encubre.

Pero ha habido, y hay todavía, gentes de un espíritu y una sabiduría refinada, que quieren explicar la concepción de Dios con palabras. No condeno a esas gentes. Sin embargo no tienen razón, cuando afirman que no hay Dios; semejante ateísmo no puede durar. De una manera o de otra, el hombre tendrá siempre necesidad de Dios. Si Su divinidad se os revelara con más brillo todavía que en el presente, estoy convencido que aquellos que protestan de Dios, inventarían nuevas sutilezas para Negarlo. La razón se inclina siempre ante las exigencias del corazón.

ROUSSEAU.

2.—Pensar que no hay Dios equivale, según Lao-Tze, a creer que el aire que sale de un fuelle tiene por origen al fuelle y que éste podría funcionar allí donde no hubiese aire.

3.—Cuando las gentes de mal vivir dicen que Dios no existe, tienen razón: Dios no existe sino en aquellos que miran por su lado y se acercan a El. Pero para aquél que se ha desviado de El y se aleja, no puede haber Dios.

4.—Dos categorías de hombres conocen a Dios. Aquellos que tienen el corazón modesto—ya sean sabios o ignorantes—y

aquellos que son verdaderos inteligentes. Sólo los hombres orgullosos y de mediocre inteligencia no conocen a Dios.

PASCAL.

5.—Moisés dijo a Dios: «En donde te encontraré, Señor?»—Dios le respondió: «Ya me has encontrado, si me buscas».

6.—¡Probar que Dios existe! Nada puede haber más estúpido que la idea de probar la existencia de Dios. El hecho, es querer probar la razón de su vida ¡A qué? ¡Cómo? ¡Por qué? Si Dios no existe nada hay. ¡Luego, cómo entonces probar Su existencia?

7.—Dios existe. No hay ninguna necesidad de probarlo. Hacerlo sería blasfemar; negarlo una locura. Dios mora en nuestra conciencia, en la afección de la humanidad entera, en la estructura del universo. Sólo un hombre muy miserable o muy depravado puede negar a Dios debajo la bóveda del cielo estrellado, sobre la tumba de seres queridos o ante la muerte feliz de un mártir.

MAZZINI.

## VI.—EL AMOR DE DIOS

«No comprendo lo que significa el amor a Dios. ¿Se puede amar lo inconcebible y lo desconocido? Se puede amar a sus semejantes; es comprensible y bueno. Pero amar a Dios, son palabras huecas de sentido». Así hablan muchas gentes. Pero las que lo dicen y lo piensan se engañan groseramente: no comprenden lo que es amar a sus semejantes—no a un hombre agradable y que nos es útil, pero si indiferentemente a todo hombre, aún mismo cuando fuera el más desagradable y hostil. Sólo aquel que es el mismo en todo puede así amar a su prójimo. De suerte que no es el amor a Dios lo incomprensible, sino el amor al prójimo, sin el amor a Dios.

---





